

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES IV

ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ÉFESO 1

Iglesia Cristiana Evangélica
C/ San Isidro nº 55
21710. Bollullos Par del Condado
Huelva (España)
www.icebollullos.org

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES IV

ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ÉFESO 1

Asociación Gracia Soberana



Oraciones de los apóstoles IV.
Oraciones por los cristianos en Éfeso 1

Publicado por Asociación Gracia Soberana
C/ San Isidro, nº 55
21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)
España
www.icebollullos.org
bollullosice@gmail.com

Primera edición: 2023

El texto de este libro se puede copiar y divulgar por cualquier medio, siempre que se cite su procedencia.

Diseño de la cubierta: Daniel Abad y Henry Rodríguez
Imagen de la portada por cortesía de Wikimedia Commons

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra
LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997

The Lockman Foundation. Usada con permiso

RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909

RVR 1995 = Versión Reina-Valera 1995

BT = Biblia Textual

N-C = Versión Nácar-Colunga

ISBN: 978-84-124092-7-7

Depósito legal: H 607-2023

Impreso en España

Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	7
1. Oración de gratitud I. La providencia de Dios.....	28
2. Oración de gratitud II. La necesidad y suficiencia de Cristo	40
3. Oración de gratitud III. La unión con Cristo.....	53
4. Oración por conocimiento I. Gratitud y alabanza	68
5. Oración por conocimiento II. Orando según Dios	81
6. Oración por conocimiento III. El Padre de gloria.....	94
7. Oración por conocimiento IV. El Espíritu de Dios	107
8. Oración por conocimiento V. El conocimiento de Dios....	120
9. Oración por más luz I. La luz de Dios	133
10. Oración por más luz II. Esperanza por el llamamiento....	147
11. Oración por más luz III. La herencia gloriosa.....	160
12. Oración por entendimiento espiritual I. De muerte a vida	176
13. Oración por entendimiento espiritual II. El poder de Dios	194
14. Oración por entendimiento espiritual III. El poder de Dios	212
15. Oración por entendimiento espiritual IV. El poder de Dios	231
16. Oración por comprensión del triunfo de Cristo I. Cristo exaltado	250
17. Oración por comprensión del triunfo de Cristo II. Cristo sepultado	262
18. Oración por comprensión del triunfo de Cristo III. Cristo resucitado	276

19. Oración por comprensión del triunfo de Cristo IV. Cristo resucitado, y nosotros	289
20. Oración por comprensión del triunfo de Cristo V. Cristo exaltado	303
21. Oración por comprensión del triunfo de Cristo VI. Cristo exaltado	322
22. Oración de adoración a Cristo I. Cristo sobre todo y sobre todos	338
23. Oración de adoración a Cristo II. Cristo sobre todo y sobre todos	355
24. Oración de adoración a Cristo III. Cristo e Iglesia, Cabeza y Cuerpo	366
25. Oración de adoración a Cristo IV. Cristo e Iglesia, Cabeza y Cuerpo	380
26. Oración de adoración a Cristo V. Cristo e Iglesia, plenitud.....	393
Tablas con motivos de oración	409

INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero dejar constancia que la base para estos estudios fue el de una antigua publicación de Arthur W. Pink, *Gleanings from Paul* (aunque se podrá comprobar que se han consultado otras muchas fuentes), que llegó a manos del que escribe de una forma un tanto extraña, como un regalo, desde una librería de antigüedades, y con el sello de haber pertenecido a un pastor del país de Gales en el Reino Unido. Sin saber mucho inglés, fui movido a curiosidad, la cual, tras comenzar a leer, se transformó en gozo y gratitud a Dios, así como en un sentido de deuda hacia la iglesia en la que ministro y, en general, hacia todo el pueblo de habla hispana. De esos sentimientos y convencimiento surgieron unas trescientas predicaciones que se fueron haciendo en un período de casi siete años cuando la iglesia del Señor en Bollullos Par del Condado (Huelva, España) se reunía en los cultos de oración, y que son las que han servido para realizar esta serie de estudios sobre las Oraciones de los apóstoles.

Uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana y que nadie cuestiona es el de la oración. El Señor habló *una parábola* a sus discípulos *sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar* (Lc 18:1), el apóstol Pablo, en una de sus exhortaciones a una iglesia que podía llamarse ejemplar (véase 1 Tesalonicenses 1:6-10), escribió: *Orad sin cesar* (1 Ts 5:17), y hay otros muchos pasajes que podían citarse y que confirman esta necesidad.

Ahora bien, cuando se conocen las vidas de los cristianos y de las iglesias como tales, es decir, cuando se examinan las conductas respecto a este asunto, tanto individual como colectivamente en los llamados «Cultos de oración», se puede sacar fácilmente la conclusión de que la oración no se considera una necesidad tan grande y que, para muchos cristianos e iglesias, no es un pilar tan esencial en sus vidas y existencias. La frase que dice que «una iglesia que no ora se muere» —y la iglesia la componen cada uno de sus miembros— ha quedado relegada a un segundo plano (o se desprecia), como también el pan de cada día de la Palabra de Dios, dando como resultado un cristianismo lánguido, si es que existe, que poco glorifica a Dios.

Esa comunicación en ambos sentidos, mediante la Palabra y la oración, entre Dios y su pueblo, es esencial, es uno de los grandes privilegios que se nos han concedido, pero, en general, el moderno cristianismo actual (como si pudiera hablarse de un cristianismo que cambia con los tiempos) no le da mucho valor ni considera su importancia. En esto, Satanás también usa sus artimañas y sabe tener entretenidos a muchos que dedican a otras cosas el poco tiempo de que disponen —redes sociales incluidas—, más atractivas para la carne. Y a estos solo quiero decir que presten atención a la Palabra que dicen creer, y la obedezcan en cuanto a su lectura y en cuanto a la oración.

Pero también hay otros cristianos e iglesias que oran, y que quieren que se les enseñe *a orar* (Lc 11:1), y esta enseñanza se encuentra de manera amplia en las que podemos llamar *Oraciones de los apóstoles*, esto es, en aquellas que pronunciaron o escribieron los apóstoles y en aquellas otras que enseñaron y solicitaron de sus primeros lectores. No es que estas sean más importantes que la oración del

Padrenuestro que nos enseñó el Señor Jesucristo, ni que la que tenemos de sus propios labios en el capítulo 17 del Evangelio de S. Juan: no es cuestión de importancia, sino de conocimiento; y puesto que se dispone de muchos comentarios acerca de dichas oraciones, y que son bastante conocidas por los cristianos, no nos vamos a detener en ellas.

Por tanto, vamos a considerar las *Oraciones de los apóstoles*, aquellas que encontramos en las cartas del Nuevo Testamento (en el libro de Hechos de los Apóstoles no tenemos ninguna), y que tomamos como oraciones para aprender a orar y cambiar aquellas cosas que necesiten ser cambiadas en este aspecto. Si nuestras vidas de oración son deficientes, es necesario que sepamos qué y cómo hemos de pedir, y de esa manera obtener mayores bendiciones y más respuestas de Dios, porque estaremos haciendo las cosas conforme a su voluntad.

Estamos llamados a crecer ***en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y es obvio que la oración formó parte esencial de su vida. Él mismo nos dijo que debíamos escudriñar ***las Escrituras*** (Jn 5:39), y eso es lo que pretendemos hacer en este asunto de la oración; pero repito: no solo para tener un mayor conocimiento intelectual, pues también dijo él en otra ocasión: ***Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen*** (Lc 11:28 BT)

Evidentemente, no quiero decir que la forma y el contenido de nuestras oraciones garanticen la concesión de lo que pedimos. Si estas no van acompañadas de una vida de santidad y esfuerzo por vivir para la gloria de Dios, tampoco tendremos resultados, y solamente por la gracia de Dios podremos ver alguna que otra vez su respuesta a nuestras súplicas.

Así que creo que es necesario que aprendamos, y que aprendamos mucho, pero a medida que lo hagamos y nos va-

yamos dando cuenta de nuestros errores, la consecuencia no debe ser que dejemos de orar, sino que lo sigamos haciendo, pero haciéndolo bien. Hay hermanos que, por una falsa humildad o timidez, no oran, y hay otros que dejan de orar cuando se les enseña a hacerlo correctamente porque prefieren seguir orando mal antes que ajustarse a lo que Dios enseña en su Palabra, y esto es orgullo. Ambas conductas están equivocadas y deben corregirse, pues son análogas a las del niño caprichoso que quiere salirse con la suya, se enfada, y dice: «Ya no juego». La oración no es un juego, y todos entendemos que sería muy triste que, al pasar los años, un hijo se dirigiera a sus padres con el mismo balbuceo con que lo hacía cuando tenía pocos meses.

A modo de ejemplo cito varias cosas que se observan en las oraciones públicas en las iglesias, y quizá también en las privadas, y que muestran lo deficientes que son; y no solo me refiero al tiempo que se dedica a ellas, sino a lo que se hace en ese tiempo, que puede estar muy equivocado.

DEFICIENCIAS EN CUANTO A LA ORACIÓN

1. En ocasiones, se entra en la presencia de Dios precipitadamente, como el muelle que salta de un resorte, aunque Dios nos dice en su Palabra: ***Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras*** (Ecl 5:1-2).

Muchas veces el que ora no se para a pensar ante quién va a orar, ni en cuál es su propia condición espiritual para ha-

cerlo, ni en las palabras que va a decir o dice, y parece más bien que solo intenta rellenar un espacio de tiempo en el culto; o no se tiene en cuenta la falta de comunión habitual con Dios en la oración privada, que luego queda reflejada en la oración pública. Se olvida muchas veces que aunque Dios es nuestro Padre, **él está en el cielo**, como hemos leído que dice Salomón, y que al orar nos acercamos a su trono; ciertamente **al trono de la gracia** (He 4:16), pero que también es el del infinito y santo Dios.

Si tuviéramos que comparecer ante la presencia de un rey, seguro que lo haríamos con un traje y unos modales distintos a los que utilizamos entre nosotros como compañeros, amigos o hermanos, y seguro que nos prepararíamos para ello con antelación; ¿no es cierto? Pero estas cosas se olvidan fácilmente cuando entramos en la presencia de Dios: cómo está nuestra justicia y santidad, y cómo son nuestras palabras.

Repito, el **Padre nuestro**, el de los cristianos y solo de los cristianos (*cf.* Ro 8:15-16), está **en los cielos** (Mt 6:9), y puede tenerse familiaridad con él, pero familiaridad que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no debe haber falta de reverencia ni el atrevimiento de un rebelde que no quiere someterse a su rey. Hemos de acercarnos con la confianza de un niño que se acerca a su padre, y lo teme porque lo ama, y lo ama porque lo teme.

2. En otras ocasiones, las oraciones, por así decirlo, se arrastran por la tierra. No interesan, ni se encuentran en ellas, las cosas celestiales, la gracia o la gloria; no interesan las almas de las personas (véase Efesios 3:14-19), y se centran en las cosas de aquí abajo. En este sentido, algunos oran en público y se olvidan de que están ante Dios, de modo que dirigen sus oraciones hacia el resto de los que están presentes: unas ve-

ces para enseñarlos, otras para que se enteren de algo que ha sucedido, otras para buscar los aplausos, y otras incluso para amonestar a alguien en público cuando falta valor para hacerlo en privado. Y no debe ser así, porque cuando oramos, entramos en un terreno santo donde debemos quitarnos el calzado.

También nos arrastramos por la tierra cuando empleamos palabras vulgares, y no quiero decir con esto que hayamos de ser académicos o tener un gran vocabulario, sino que hemos de pensar en nuestras palabras. A veces incluso se cae en la crítica hacia otras personas, olvidándose de nuevo que estamos ante el trono del Altísimo. Puede parecer gracioso, pero no podemos pedir por un hermano como aquel que dijo: «Señor, te pido para que hagas el corazón del hermano tan blando como su cabeza».

3. También es muy frecuente el uso repetitivo y constante de la palabra «Señor», lo cual puede ser admisible cuando nos convertimos, pero no debe ser el modo normal cuando ha pasado un cierto tiempo. ¿No es cierto que no hacemos esto cuando estamos hablando con otra persona? No decimos al hablar: «Oye, Manolo, mañana, Manolo, te llamaré, Manolo, porque tengo un problema, Manolo, a ver si me ayudas, Manolo...».

La repetición constante de la palabra «Señor», además de ser innecesaria, carga los oídos y denota que se está usando como un recurso del que se echa mano cuando faltan las palabras. Hay un mandamiento que dice: “**No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano**” (Éx 20:7 LBLA) y, aunque no estamos **bajo la ley** (Ro 6:14), o aunque podamos dejar de cumplirla sin darnos cuenta, cualquier transgresión de esta es pecado, pecado grave.

Hemos, pues, de usar con la mayor reverencia el nombre de Dios, el del Señor, o cualquiera de sus otros nombres. Los judíos habían llegado a tal grado de reverencia que no pronunciaban la palabra «Jehová» porque la consideraban demasiado santa para ser nombrada. No necesitamos llegar a este grado de superstición, pero es bueno que seamos más reverentes.

4. En otras ocasiones puede observarse en las iglesias que hermanos con muy poca espiritualidad son los encargados de hacer la oración inicial o final de los cultos. Y esto no debe ser: por el propio bien del hermano —que se pone, por su condición y atrevimiento al hacerlo, bajo la ira de Dios—, y por el propio bien de la congregación, que oye la oración como una simple formalidad. Cuando la condición espiritual no es buena, y se sabe que falta comunión con Dios o con los hermanos, hay que tener cuidado de dirigirse a Dios en nombre de todos si no es para hacer en primer lugar una confesión de pecado. Por tanto, nadie debe pensar mal para sus adentros cuando los ancianos o responsables de las iglesias no le conceden este servicio, porque no es solo un privilegio o un derecho, sino un deber santo, ante el cual quizá el único deseo de hacerlo esté motivado por el orgullo.

Creo que esto es fácil de entender, y del mismo modo que nos parecería intolerable que cualquiera fuese predicador de la Palabra, también debe parecernos el que cualquiera pueda dirigir la oración. La oración es también una parte del culto muy importante y provechosa, y no debe ofrecerse por un hermano desprevenido o cuya condición espiritual deje mucho que desear. Y es triste que con demasiada frecuencia los cultos de las iglesias comiencen con tan poca devoción que parece que va a iniciarse cualquier tipo de espectáculo: se re-

piten las palabras, no se piensa en el significado de estas, no salen del corazón, no llevan al resto de la congregación ante el trono de Dios, no tienen un propósito definido para la ocasión (se pide por cosas que no tienen nada que ver con el culto que comienza o con el que acaba de terminar), etc.

En algunas ocasiones, esto lleva a otros hermanos a estar con los ojos abiertos, mirando hacia cualquier parte, distraídos, porque sienten que esa oración es una simple formalidad. Esto no quita que también, aunque la oración sea la más elevada y sublime, haya otros hermanos que no presten atención y que se dedican a buscar canciones, a mirar para otro lado, o a cualquier otra cosa, como si la ocasión no tuviera que ver con ellos, aunque al final digan «amén» a algo que ni siquiera han oído.

Y en relación con esto, hemos de considerar que las oraciones públicas han de ser audibles para que el resto de la congregación pueda decir amén. Hay miembros de las iglesias que tienen una voz normal, e incluso un torrente grande, pero que en las oraciones públicas fingen una voz afectada de modo que es difícil oírlos a corta distancia. Hay que corregir esto también.

5. Y podríamos decir muchas otras cosas, pero, puesto que estaremos aprendiendo acerca de la oración, Dios mediante, durante mucho tiempo, en esta introducción indico solamente otro de los errores que se observan.

Todos los cristianos creen en la Santísima Trinidad, y aunque ese Dios infinito, trino y uno no puede concebirse en la mente, todos diferencian entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a menos hasta donde se nos ha revelado. Y puesto que nos ha sido revelado, también se sabe que cada una de las personas divinas tiene una parte en la obra de re-

dención. Todos los cristianos saben que no fue el Padre ni el Espíritu Santo quien murió en la cruz, sino el Hijo encarnado, aunque nos encontramos con el misterio indicado en la Palabra de que **Dios** [el Padre] *estaba en Cristo* (2 Co 5:19). Y todos saben también que, normalmente, la palabra «Señor» en el Nuevo Testamento se usa en referencia al Hijo. Y que el Hijo no engendró ni envió al Padre, ni el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo.

También pienso que se sabe —como el propio Señor Jesucristo nos indicó— que nuestras oraciones han de dirigirse al Padre. Es lo que él dijo a sus discípulos cuando estos le pidieron que les enseñase a orar: que se dirigieran al **Padre nuestro que está en los cielos** (Mt 6:9), y es el mismo ejemplo suyo que tenemos en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Así que nuestras oraciones deben ir dirigidas al Padre (aunque es cierto que también aparecen en el Nuevo Testamento oraciones en las que se invoca al Hijo, y podemos hacerlas), y deben hacerse en el nombre del Mediador, el Señor Jesucristo, en el sentir y la comunión del Espíritu Santo.

Pues bien, aunque se saben estas cosas, no es difícil oír que se den gracias al Padre porque murió en la cruz, o gracias al Señor porque envió al Señor o a su Hijo a la cruz, o gracias a Dios (este nombre generalmente hace referencia al Padre) porque derramó su sangre en la cruz; no es inusual oír que se comience una oración dirigida al Padre en la cual, en pocos segundos, se cambia el destinatario y pase a ser el Señor.

Y si todas estas cosas (no pensar ante quién estamos ni en la propia condición espiritual, no pensar sino en las cosas de aquí abajo, no pensar en Dios mismo sino en los oyentes por

cualquier motivo no santo, no pensar en las vanas repeticiones del nombre «Señor» ni en la importancia de la propia oración, no pensar que la oración pública no es un derecho que puedo exigir, no pensar en que los demás han de oír, no pensar en aquello a lo que decimos «amén», ni en lo que decimos de cada una de las personas divinas, etc.), y muchas otras, las mezclamos, ¿nos parece extraño que diga que debemos aprender, y aprender mucho, en nuestras vidas de oración?

Y con este objetivo —aprender, cambiar, y crecer en gracia y en santidad con el fin de glorificar a Dios y tener mayores bendiciones para nosotros y los que nos rodean—, hacemos este estudio de las oraciones de los apóstoles.

EL EJEMPLO APOSTÓLICO

Es siempre una bendición escuchar a un cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y que disfruta de su comunión íntima, derramar su corazón ante Dios. ¿Pero no nos habríamos sentido más bendecidos si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio? Y si alguno de los apóstoles estuviese aún sobre la tierra, ¿no sería un gran privilegio escucharlo en oración? Sería un privilegio tan grande que, seguro que estaríamos dispuestos a todo tipo de inconvenientes y a viajar largas distancias para ser bendecidos. Y si llegáramos a escucharlo orando, ¿no prestaríamos atención a sus palabras y diligentemente las guardaríamos en nuestra memoria y corazón?

Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente ni que hagamos un largo viaje, pues, a fin de instruir-

nos y satisfacernos, al Espíritu Santo le pareció bien dejar constancia de algunas de estas oraciones. Y hemos de valorar este don tan grande, y hemos de estudiarlas, y hemos de meditar en ellas, y hemos de cambiar en nuestras oraciones todo aquello que es deficiente y que deba ser cambiado. Ese va a ser nuestro objetivo.

La pregunta que ahora podíamos plantear es: ¿Por dónde empezar? Y podría parecernos lógico comenzar con el libro de Hechos para después continuar con las cartas en el orden en que las tenemos en el Nuevo Testamento. Ahora bien, aunque parezca extraño, el libro de Hechos, que nos da la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos ni una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos.

El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Es cierto que en él vemos a los apóstoles dados a la oración, tal como sus propias palabras lo muestran: ***Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*** (Hch 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (*cf.* Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8). Sin embargo, no se nos dice cuáles fueron sus oraciones, el contenido de estas. Lo que más se parece a una constatación de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos ofrece en Hechos 8:14-15, pero allí solo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. La oración de Hechos 1:24 pertenece a todos los discípulos, y la de Hechos 4:24-30 también perte-

nece a toda la compañía y no solo a Pedro y a Juan, como podemos comprobar en el versículo 23.

ASPECTOS DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Finalmente, destacamos en esta introducción otros aspectos de las oraciones apostólicas que también se consideran importantes.

En primer lugar, hay que resaltar que la mayoría de ellas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de Pablo y, hasta cierto punto, podría esperarse que esto fuera así. Pablo fue el apóstol de los gentiles, los cuales habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional (Pedro, Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos —*cf.* Gá 2:9—, quienes aun en sus días de inconversos estaban acostumbrados a orar y a doblar las rodillas delante del Señor). Además, Pablo escribió el doble de epístolas inspiradas que todos los otros apóstoles juntos, y en ellas hay ocho veces más oraciones que en el conjunto de las demás.

Pero, aparte de estos números, debemos recordar lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: ***He aquí, él ora*** (Hch 9:11), lo cual da la nota clave de lo que sería su vida. Pablo se distinguiría primordialmente como hombre de oración, a pesar de su mucha actividad que también vemos en los escritos del Nuevo Testamento.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, y el propio Señor afirmó que la marca distintiva de los cristianos, ***escogidos por Dios***, es ***que claman a él día y noche*** (Lc 18:7). Pero Dios permite que algunos de sus siervos disfruten de un compañerismo más estrecho y constante con él, y

así le ocurrió al hombre que en una ocasión **fue arrebatado** incluso **al paraíso** (2 Co 12:1-4). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de **espíritu de gracia y de oración** (Zac 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que el resto de los apóstoles.

En segundo lugar, quiero indicar que, en estos estudios, no vamos a limitarnos a las oraciones de los apóstoles que expresan peticiones, sino que abarcaremos un espectro más amplio. La oración debe incluir mucho más que las peticiones y, en una época como la nuestra caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la Escritura, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de esta. En Filipenses 4:6 (donde la segunda parte del versículo **en toda oración y ruego, con acción de gracias** se encuentra en el original griego antes que la primera con las peticiones), tenemos unos de esos aspectos, cual es la acción de gracias. Si no expresamos nuestra gratitud a Dios por las misericordias ya recibidas, y damos gracias a nuestro Padre por concedernos poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podemos esperar que nos atienda para recibir respuestas?

Pero hay más aspectos, porque la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos y eleva el corazón a contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en adoración. Además, debe preceder a la gratitud y a las peticiones el autoaborreimiento y la confesión de nuestra indignidad y pecaminosidad. Debemos recordar que nos acercamos en oración al Altísimo, ante quien los **serafines** mismos cubren **sus rostros** (Is 6:2), y aunque la gracia divina nos haya hecho hijos, todavía estamos a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Debemos recordar que, por naturaleza, somos criaturas pecadoras, y debemos tener conciencia de esto al incli-

narnos delante del Santo, porque solo así podremos invocar, con algún sentido y realismo, la mediación y los méritos de Cristo como fundamento de nuestro acercamiento. Solo así, «en el nombre de Jesús» será algo más que una simple coletilla final.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración debe incluir confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y adoración de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración (véase el Salmo 100). *El incienso* ofrecido en el tabernáculo y en el Templo era un compuesto de diversas *especias* (Éx 30:34-35), cuya mezcla hacía que aquel perfume fuese muy fragante. Dicho incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote y de *las oraciones de todos los santos* (Ap 8:3-4; cf. Mal 1:11). Por ello, al acercarnos al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcionada de humillación, súplica y adoración; sin exclusión de ninguna, sino una mezcla de todas ellas.

Finalmente, en tercer lugar, concluimos estas observaciones generales y preliminares señalando otros aspectos de las oraciones apostólicas.

OTROS ASPECTOS

El primero que debemos destacar, por su importancia, es que la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre de *Padre*, como en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3,17; 3:14; 1 Pedro 1:3; etc. Muchas personas han usado y usan el apelativo Padre para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta relación. Nada ha sido mejor calcu-

lado para producir calidez en nuestro corazón, y darnos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro Padre. Si en verdad hemos recibido el verdadero *Espíritu de adopción* (Ro 8:15 RVR 1995), no lo apaguemos, sino más bien sigamos su impulso y clamemos: *Abba, Padre* (Mr 14:36; Gá 4:6).

El segundo que debemos resaltar es la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No solo algunas, o la mayoría, sino todas son extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos; la más prolongada, en solo siete versículos. Martín Lutero dice en sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo: «Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y, sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor orarás...».

El tercero es que debemos prestar también atención al hecho de que estas oraciones eran muy específicas. Aunque muy breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. También existe mucho error en este sentido. Hay muchas oraciones incoherentes y sin propósito, carentes de precisión y de unidad, que cuando llegan al amén final, difícilmente podemos recordar una sola cosa por la que se haya dado gracias o alguna petición que se haya hecho. Solamente queda una impresión borrosa en la mente.

El cuarto aspecto que destacamos es la esencia y contenido de estas oraciones. Casi sin excepción no encontramos súplicas que pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco se pide que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de

este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, y que pertenecen a la gracia.

Así, por ejemplo, se pide al Padre que dé *espíritu de sabiduría y revelación* para conocerlo, que alumbre *los ojos del entendimiento*, de modo que pueda conocerse cuál es *la esperanza a que él [...] ha llamado, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos* (Ef 1:17-19). Se le pide que conceda, *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones*, que se conozca *el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, y que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3:16-19). Se pide que *nuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento*, que *seamos sinceros e irreprochables*, y que estemos *llenos de frutos de justicia* (Fil 1:9-11); que andemos *como es digno del Señor, agradándole en todo* (Col 1:10); que seamos santificados *por completo* (1 Ts 5:23); etc.

El quinto que también debemos resaltar es la universalidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, y tampoco es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Pero si prestamos atención a lo que los apóstoles hacían, veremos una sola vez a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular. Esto es lógico y era de esperar, pues se trata de oraciones dirigidas en su mayor parte a iglesias y no a individuos.

Tengo la seguridad de que, en privado, los apóstoles oraron mucho por casos y cosas individuales, pero las oracio-

nes constatadas, que podemos considerar como públicas, nos muestran que, en general, acostumbraban a orar por toda la iglesia a la cual se dirigían. En esto siguieron el ejemplo dado por Cristo: *Padre nuestro* [...] *danos...*, etc. (primera persona del plural). Así, encontramos pasajes tales como los de Efesios 3:18 o 6:18 que son un gran correctivo para el egocentrismo, porque al orar *por todos los santos*, por todos los hermanos de la Iglesia, ya me estoy incluyendo a mí mismo.

Ahora bien, en este punto, como en todos, hemos de ser cuidadosos, pues orar «por todos tus hijos en el mundo», o «por los cristianos de tal ciudad», a los cuales no conozco ni me interesan, no sirve para nada. Podemos y debemos orar por hermanos desconocidos, y también por los conocidos, pero solo cuando nuestra oración es más que una simple petición que forma parte de una lista que vamos presentando. Si es una simple lista con la cual esperamos, casi de forma mágica, la respuesta, tampoco sirve para nada.

Hoy es frecuente que nos lleguen listas de oración desde muchas partes, pero no sirve de nada utilizarlas si no sentimos una carga por las cosas que en ellas aparecen. Muchas veces da la sensación de que incluso los que las hacen y distribuyen no pretenden que sean más que eso: una simple lista. Se nos dice: «El lunes orad por tal tema, el martes por este otro...». O: «La primera semana por tal cosa, la segunda por tal otra...». Y las cosas son tan generales como «que la alabanza sea mejor en los cultos», cuando cada uno puede tener una idea distinta de ella y estar pidiendo cosas distintas. Esto es absurdo y, como en tantas otras cosas, la oración en nuestras iglesias se está convirtiendo en la misma clase de *vanas repeticiones* (Mt 6:7) que encontramos en todas las religiones, perdiéndose el sentido que tiene.

No puedo dejar de señalar lo que sucede incluso en organismos y asociaciones evangélicas que tienen sus propias comisiones o grupos de oración, y que se encargan de difundir los motivos que creen más pertinentes. Uno de ellos por el que se animó a orar a las iglesias no hace mucho tiempo es el siguiente: «Oremos a Dios para que nadie se pierda y que tengan vida eterna». Parece muy escritural, pero al pensar en él vemos que es todo lo contrario. Si por «nadie» y por «todos» entendemos a todas las personas, la petición es antibíblica, pues el Señor nos ha dicho que muchos van por *el camino espacioso [...] a la perdición* (Mt 7:13). Si, por el contrario, entendemos que se habla solo de los creyentes, estaríamos pidiendo a Dios algo que no tiene sentido, pues el Señor también ha dicho que todas sus ovejas tienen *vida eterna* (Jn 10:27-30).

Y así, nos encontramos con oraciones para que «nadie esté en paro» (independientemente de su diligencia o negligencia, de su fe o incredulidad, del objetivo fundamental que debe haber si se consigue trabajo, etc.), para que algún hijo o nieto «apruebe un examen» (sin tener en cuenta su esfuerzo, aprovechamiento del tiempo, responsabilidad, etc.), para quienes «sufren los efectos de la crisis», para que «los gobiernos prioricen en sus presupuestos la solución del problema del hambre», para que «disminuya el tiempo de padecimiento», para el «crecimiento de las ofertas de empleo», para que «desaparezca la avaricia y la desidia en las relaciones laborales», y un largo etcétera que casi da vergüenza nombrar.

Muestro otro ejemplo antes de dejar este asunto. En alguna ocasión se ha pedido que se ore «por quienes buscan la verdad», como si hubiera personas que estén buscando al Señor Jesucristo o al propio Dios, y Dios no quisiera revelar-

se a ellas, como si no fuera cierta la Palabra que dice: **No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios** (Ro 3:10-11). ¿No estará sucediendo con este asunto de la oración que hay verdaderos ciegos (no dudo de sus buenas intenciones) intentando guiar a otros?

Así que oremos por nosotros mismos, oremos por los hermanos de la iglesia con los que nos relacionamos más directamente, oremos por aquellos que no están por diversos motivos, oremos por otras iglesias y por hermanos de otras iglesias, oremos por hermanos en otras partes del mundo... pero que, en cada caso, sus asuntos nos preocupen casi, o sin el «casi», tanto como los nuestros. **No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros**, dice Pablo (Fil 2:4), porque al buscar cada uno **lo suyo propio** no se considera lo **que es de Cristo Jesús** (Fil 2:21; véase Isaías 56:11). ¿De qué sirve pedir a Dios trabajo para un hermano si no me preocupa mucho su situación, si no le ayudo en sus carencias económicas si las tiene, ni voy a hacer lo que pueda por conseguirlo para él?; ¿o de qué sirve pedir que Dios ayude a un hermano en su soledad, si no voy a ir nunca a visitarlo? Y así un largo etcétera.

Finalmente, hay que señalar también una omisión, algo que no aparece, y es que en ninguna de las oraciones apostólicas vemos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Ni una sola vez los apóstoles oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia, y en esto nuevamente se conformaron al ejemplo de Cristo (*cf.* Juan 17:9,20-21).

De nuevo creo que este punto necesita explicación. No es bíblico orar por una ciudad, por el mundo, o por personas en general cuando sabemos que el propio Señor no lo hizo, y

cuando sabemos que no todas las personas son elegidas por Dios *desde el principio para salvación* (2 Ts 2:13). Debemos orar por aquellos que algún día creerán en él. Pero como nosotros no sabemos quiénes son, también es lícito orar por personas concretas que no son creyentes, para que Dios tenga misericordia de ellas y derrame en ellas su gracia, pero siempre siendo conscientes de que él es el Soberano a cuya voluntad hemos de someternos y cuya voluntad pedimos que se cumpla.

Por cierto, Pablo enseña que se hagan *oraciones*, súplicas y *acciones de gracias por todos los hombres*, por *los reyes* y por todas las autoridades (1 Ti 2:1-2), tarea en la que muchos son deplorablemente remisos; pero esto que se pide no es para la salvación de todos ellos, sino para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida piadosa y digna.

Hemos de aprender, pues, mucho, y hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles, y todos los cristianos debemos aprender, puesto que la oración es algo que se nos encomienda a todos. Si leemos Hechos 6:4, vemos el orden de prioridades establecido por los propios apóstoles, pero esto no indica que la oración sea una tarea exclusiva de los predicadores. Los pastores y ancianos de las iglesias hemos de orar mucho por el bien de la propia iglesia local y por el de la Iglesia universal, y por el nuestro propio, pero las epístolas van dirigidas no solo a los pastores sino a todos los creyentes, y todos necesitamos practicar lo que en ellas se indica.

Y puesto que debemos orar mucho no solo por nosotros mismos sino también por los hermanos y hermanas en Cristo, debemos hacerlo de acuerdo con estos modelos escriturales, y pedir las bendiciones concretas que en ellos se especifican. Indudablemente, una buena manera, valiosa, y efi-

caz, de expresar nuestra solicitud y amor por los santos, es presentarlos en oración delante de Dios, pero hacerlo conforme a su voluntad.

Esta es también la oración del que escribe para todos sus lectores, y es la petición que les hace para sí mismo: que Dios derrame su gracia en nuestras vidas, en general, y en nuestras vidas particulares de oración, para que también en ellas sea glorificado. Si todos los cristianos somos indignos, más todavía es aquel que enseña, como pretendo hacer, cuando el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual. Pero ***cuando el pecado abundó***, y ***donde*** el pecado abundó, ***sobreabundó la gracia*** (Ro 5:20), de modo que, con el apóstol, nos quedamos extasiados ante ***la sabiduría y la ciencia de Dios*** y, sabiendo que ***de él, y por él, y para él, son todas las cosas***, también decimos: ***A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:33-36).

ORACIÓN DE GRATITUD I LA PROVIDENCIA DE DIOS

Efesios 1:3

Lectura introductoria: Salmo 94:16-19

¿Quién se levantará por mí contra los malignos?

¿Quién estará por mí contra los que hacen iniquidad?

Si no me ayudara Jehová,

Pronto moraría mi alma en el silencio.

Cuando yo decía: Mi pie resbala,

Tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba.

En la multitud de mis pensamientos dentro de mí,

Tus consolaciones alegraban mi alma.

En este nuevo libro de la serie *Oraciones de los apóstoles* vamos a comenzar a analizar las que se encuentran en la carta de Pablo a los efesios, lo cual da lugar al subtítulo de la presente obra: *Oraciones por los cristianos en Éfeso 1*.

A su vez, cada una de ellas llevará un título particular, a saber: *Oración de gratitud* (Ef 1:3), *Oración por conocimiento* (Ef 1:15-17), *Oración por más luz* (Ef 1:18), *Oración por entendimiento espiritual* (Ef 1:19), *Oración por comprensión del triunfo de Cristo* (Ef 1:20), *Oración de adoración a Cristo* (Ef 1:21-23), *Oración por poder interior* (Ef 3:14-16), *Oración por Cristocentrismo* (Ef 3:17), *Oración por comprensión del amor de Cristo* (Ef 3:18-19), *Oración por plenitud del carácter divino* (Ef 3:19), y *Oración de doxología* (Ef 3:20-21).

Puede apreciarse, pues, que este estudio será largo, y es por eso por lo que se ha indicado que en la presente obra «vamos a comenzar» con estas oraciones, porque si todas se incluyeran en un solo volumen este sería demasiado grueso. En la voluntad del Señor, analizaremos solo las cuatro primeras, y en esa voluntad, si lo permite, continuaremos con el estudio de las siguientes en próximas publicaciones.

También debe indicarse que la división, que a algunos puede parecer forzada, cuando se separan oraciones en versículos consecutivos se ha realizado porque los motivos en ellos son distintos, aunque relacionados, y porque sus contenidos son de suficiente importancia para hacer esto, y se ha considerado mejor en aras del estudio.

Pues bien, centrándonos ya en la primera oración mencionada, debemos destacar que, en muchísimas ocasiones, se repite desde los púlpitos que los cristianos debemos ser agradecidos a Dios, y que debemos mostrar esta actitud de agradecimiento no solamente cuando nos reunimos en su presencia para alabarlo, para adorarlo, para expresarle los motivos de nuestros corazones, para participar de la Santa Cena, o para escuchar y meditar en su Palabra, sino que también debemos conservarla en las distintas circunstancias por las que pasamos en nuestras vidas, aun también en aquellas que son difíciles o suponen aflicciones o tribulaciones.

Siempre debemos *ser* agradecidos a Dios, ¿no es cierto?; *siempre* debemos *estar* agradecidos a Dios, *siempre* debemos *dar gracias* a Dios, *siempre* debemos *mostrar* nuestro agradecimiento a Dios; ¿no es cierto? Y no solamente debemos ser y estar agradecidos, o mostrar esta gratitud por todo lo que nos ha dado y nos sigue dando, por deuda con él o como una deuda hacia él, sino también porque así se nos ordena y así se nos ha indicado que es su propia voluntad: **Dad**

gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús (1 Ts 5:18).

Y si de este modo debemos actuar, creo que también siempre debemos estar mirándonos y examinándonos a nosotros mismos para ver si verdaderamente somos agradecidos, siempre examinándonos para ver si verdaderamente estamos mostrando y demostrando este agradecimiento, para ver también cómo lo estamos haciendo, y siempre examinándonos para ver cuáles son nuestros principales motivos de agradecimiento. Y puesto que muchas veces fallamos y pecamos al no dar ***gracias en todo***, habremos de acercarnos a Dios y pedir perdón por ello, y pedir fuerzas y capacidad para que esto sea una realidad en nuestras vidas.

Por tanto, creo que en este tema, como en muchos otros, necesitamos aprender para que nuestras vidas cambien y, con ellas, también nuestras oraciones. Necesitamos *aprender a ser agradecidos*, *aprender a mostrar* nuestro agradecimiento, y *aprender a fijarnos* en los motivos principales que deben provocar en nosotros esta actitud constante de agradecimiento.

Y a ello puede y debe contribuir el análisis y exposición de la que llamamos *Oración de gratitud* que aparece al comienzo de esta carta a los efesios, por la cual también debemos dar gracias al propio Dios, y en la que encontramos al apóstol Pablo expresando la gratitud a Dios que salía de su propio corazón aun en circunstancias muy adversas.

Así que, sin más preámbulos, hacemos la lectura de la que llamamos *Oración de gratitud* y, tras pedir la bendición de Dios, comenzamos con una introducción a esta.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

La oración que vamos a comenzar a estudiar no solamente se circunscribe o limita a este versículo 3, sino que, con muchos motivos de gratitud entrelazados, se extiende hasta el versículo 14 (o incluso hasta el final del capítulo, aunque en nuestras biblias aparezca una nueva sección en el versículo 15, pues, en realidad, todo el capítulo primero de esta carta es una oración). Hasta allí, el apóstol va explicando y enumerando las bendiciones espirituales a que ha hecho referencia en el versículo 3, pero nosotros, en este estudio, no vamos a considerar todos los demás versículos. Es decir, el versículo 3 que hemos leído es como el encabezamiento de una oración más larga donde esta se encuentra resumida, y solo nos detendremos en él.

Pero antes de esto, y como hemos hecho en ocasiones anteriores, creo que es conveniente hacer una pequeña introducción histórica para ver las circunstancias que llevaron al apóstol a escribir esta carta, así como de la propia iglesia que estaba en aquella ciudad de Éfeso. En esta carta, además, hay otras oraciones muy importantes que también habremos de considerar, y todas ellas habremos de mirarlas bajo el prisma de la circunstancia especial del apóstol y, como veremos más adelante, quizá también de la iglesia.

Así que comenzamos con nuestra introducción general. Esta carta, junto a la de Filipenses, Colosenses y Filemón, forman un conjunto que se conoce como los escritos de la prisión, o mejor, *los escritos del cautiverio*, porque fueron las cuatro redactadas en un tiempo en que Pablo estaba preso o, quizá mejor, retenido, pero no en prisión, en una casa en

la ciudad de Roma, aproximadamente en el año 61 d. C. Hay otros escritos posteriores, las llamadas cartas pastorales —1 y 2 Timoteo y la carta a Tito—, que fueron también escritas en la prisión, pero en una época posterior, en un segundo encarcelamiento, y poco antes de la muerte del apóstol.

Si leemos Hechos 23:23-24; 24:24-27, podemos observar que Pablo fue enviado preso desde Jerusalén a la ciudad de Cesarea, que allí permaneció durante dos años, y que después fue enviado a Roma porque en su defensa él mismo apeló a César (*cf.* Hch 25:9-12). Allí en Roma permaneció otros dos años (*cf.* Hch 28:16,30-31), y fue, con toda probabilidad, en este tiempo, quizá en el segundo de estos dos años, cuando escribió la carta que nos ocupa.

Estos llamados *escritos del cautiverio* están estrechamente vinculados entre sí, con temas comunes, e incluso con repetición de las mismas frases o palabras, lo que pone de manifiesto que fueron realizados en el mismo período de tiempo, por el mismo apóstol, y desde el mismo lugar. Incluso el portador de dos de estas cartas fue el mismo hermano, Tíquico (*cf.* Ef 6:21-22; Col 4:7-8), quien tuvo por compañero de viaje a Onésimo (*cf.* Col 4:9), el cual fue aquel esclavo que se escapó de su amo Filemón, que se convirtió por la propia predicación del apóstol (*cf.* Flm 10), y que luego le llevó la carta en la que Pablo le pedía su aceptación (*cf.* vv. **15-16**).

Ahora bien, si nos remontamos un poco más atrás, vemos que, años antes, en el segundo viaje misionero, Pablo fue a Éfeso después de permanecer durante un año y medio en la ciudad de Corinto (*cf.* Hch 18:1,11,19). En esa primera ocasión estuvo poco tiempo, pero después regresó otra vez y permaneció allí durante más de dos años (*cf.* Hch 19:1,8,10), fundando en ese tiempo la iglesia en aquella ciudad, y afron-

tando todos los problemas que se nos relatan en el libro de Hechos. Principalmente, por lo que vamos a decir a continuación, debemos recordar el alboroto ocurrido en relación con los plateros que hacían templecillos de la diosa Diana, cuyo templo se encontraba en esta ciudad (*cf.* Hch 19:23-26,29,34).

Estos fueron los hechos de la vida de Pablo. En cuanto a la propia ciudad, Éfeso, fue una de las más grandes e importantes del Mediterráneo en los tiempos del Nuevo Testamento. Los arqueólogos estiman que tenía una población que podía oscilar entre trescientos mil y quinientos mil habitantes, y era una ciudad muy visitada tanto por su condición política, como económica y religiosa. Éfeso era la residencia del gobernador en la provincia de Asia y era muy bien conocida como centro de culto de la diosa Diana o Artemisa, diosa de la fertilidad. Precisamente, el templo de esta diosa era una de las siete maravillas del mundo antiguo, y en él había sacerdotes castrados que ejercían sus labores, y sacerdotisas dedicadas a la prostitución sagrada.

Como en otros lugares, las festividades religiosas terminaban en orgías inmorales. Y, si recordamos lo que dijimos en relación con la ciudad de Corinto en el volumen anterior, podemos comprobar que ambas eran muy parecidas: grandes ciudades, cosmopolitas, centros económicos y políticos, y al mismo tiempo, cada una con su gran templo idolátrico en honor de una diosa (Afrodita y Diana) y sus festividades inmorales en relación con ella.

Pero, además de esto, además de la idolatría, había otro elemento que incidía grandemente en los habitantes de aquella ciudad de Éfeso, el cual era la práctica de la magia y el ocultismo, cuyas doctrinas se escribían en una gran colección de libros, muchos de los cuales fueron quemados cuan-

do algunos habitantes de la ciudad se convirtieron (*cf.* Hch 19:17-19).

Con todo esto, pues, puede entenderse que la estancia de Pablo en dicha ciudad y la formación de la iglesia no pasaron desapercibidas, sino que tuvieron gran oposición, de modo que fueron judíos de la propia Éfeso los que formaron el alboroto en Jerusalén cuando vieron a Pablo en el Templo, incitando a la multitud para que lo apedreasen (*cf.* Hch 21:27-31). Fue a partir de entonces donde lo retuvieron preso y empezó aquella época de cuatro años aproximadamente, entre Cesarea y Roma, al final de la cual escribió la carta que estamos considerando.

Finalmente, también es conveniente decir algo acerca de la propia carta. La frase que aparece en el versículo 1 —*que están en Éfeso*—, no se encuentra en muchos manuscritos, por lo que se piensa que más bien era una carta circular que podía enviarse a muchas iglesias, y en cada una de las cuales se escribió el nombre de los destinatarios. Es decir, que el apóstol no puso ningún destinatario, y después, se hicieron copias de la carta, personalizadas para cada iglesia. De este modo, también se piensa que la carta *a los laodicensés* —que se cita en Colosenses 4:16 y que se perdió— pudiera ser una de estas copias y que se pide a aquella iglesia que la remita a Colosas y viceversa, por su proximidad. Eso también explicaría la ausencia de nombres y saludos personales.

Pero es un argumento más poderoso a favor de que esta carta era una circular para muchas iglesias, el hecho de que el concepto doctrinal que se encuentra en ella supera al de cualquier iglesia local, así como también los problemas de convivencia que se tratan, que son generales para todas las iglesias en todos los tiempos. El tema principal de esta carta es, precisamente, el misterio de la Iglesia como cuerpo de

Cristo, el misterio del propio Cristo como Cabeza de la Iglesia, y el misterio también de la unión en Cristo y con Cristo y todas las consecuencias que derivan de estos.

En este sentido, la carta a los efesios es un complemento esencial a la carta a los romanos. En esta última, se nos habla del evangelio y las doctrinas derivadas de este, pero en la que nos ocupa, se habla mucho más de la Iglesia como cuerpo de Cristo y de todo lo que ello implica.

2. INTRODUCCIÓN A LA EPÍSTOLA

Puede decirse que la carta a los efesios nos presenta los inestimables tesoros o riquezas de la sabiduría divina y la manifestación del amor de Dios para con su pueblo, que **sobrepasa el conocimiento** (Ef 3:19 LBLA). Así, se nos habla de **las riquezas de su gracia** (Ef 1:7), de **las abundantes riquezas de su gracia** (Ef 2:7), de **las riquezas de la gloria de su herencia** (Ef 1:18), de **las riquezas de su gloria** (Ef 3:16), y de **las inescrutables riquezas de Cristo** (Ef 3:8).

También contiene la carta la relación más completa del misterio del pacto eterno, y en ella vemos con mayor detalle que en ningún otro sitio la íntima relación de Cristo con la Iglesia. Es aquí, como en ningún otro sitio, donde somos conducidos a **los lugares celestiales** (Ef 1:3,20; 2:6; 3:10), y es aquí donde se nos muestran profundidades que nuestras mentes no alcanzan a sondear o alturas que nuestras imaginaciones no pueden escalar.

Si echamos un vistazo rápido a la carta, vemos también que se nos habla de la elección, de la santificación final (*cf.* cap. 1:4), de la adopción (*cf.* cap. 1:5), de la **redención por la sangre** de Cristo (cap. 1:7), del conocimiento de Dios y de su obra que nos ha sido dado (*cf.* cap. 1:9), de la **herencia**

que nos espera (cap. 1:11), de la unión con Cristo (*cf.* cap. 1:13), de la obra del *Espíritu Santo* (cap. 1:13-14), del *poder* que opera en *nosotros* los creyentes (cap. 1:19), del establecimiento del Reino de Cristo (*cf.* cap. 1:20-23), de nuestra condición natural y del nuevo nacimiento (*cf.* cap. 2:1), del destino final de los no creyentes (*cf.* cap. 2:3), de la *gracia* de *Dios* (cap. 2:8-9), de la unión de todos los cristianos en un solo pueblo (*cf.* cap. 2:14), del acceso que tenemos *al Padre* (cap. 2:18), y un largo etcétera que incluye también las consecuencias de todo esto que deberían verse en nuestras vidas.

Y como Pablo tenía todo esto en mente o, si queremos, como Pablo tenía ya un bosquejo del contenido de la carta antes de escribirla, es por lo que se inclina en adoración, y comienza desbordado de gratitud con las frases que van desde el versículo 3 hasta el 14, en las que una y otra vez su pensamiento va siendo llevado a cotas de alturas inalcanzables.

Cuando Pablo piensa en la Persona de la que va a escribir, en la relación de esta Persona con su pueblo, la Iglesia, y cuando contempla la supremacía de las riquezas de la gracia de Dios para su pueblo, es normal que su mente y su alma se vean abrumadas y sean conducidas al asombro, a la adoración, y a la alabanza. O, dicho de otro modo, el corazón de Pablo está demasiado lleno para aguantarse a sí mismo y rompe, como un dique que rebosa, en un flujo casi incontenible de gratitud y adoración.

Esta es la forma más alta de adoración: aquella que sale del alma, del corazón, de la mente, y de los labios, cuando miramos a Dios y todas las riquezas de Dios para con nosotros. Y es así solamente, con este espíritu, como podemos intentar entrar en los contenidos de esta epístola y en los contenidos de la oración que nos ocupa: ***Bendito sea el Dios y***

Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

Esta es la *Oración de gratitud* que nos disponemos a analizar, y en ella debemos detenernos en los siguientes aspectos: *En primer lugar*, en su naturaleza, que es una oración de gratitud y alabanza supremas. *En segundo lugar*, en el objeto de la oración, es decir, en la Persona a la que va dirigida, que no es otro sino ***el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***. *En tercer lugar*, en la excelencia de lo que nos ha sido dado a los creyentes: bendecidos ***con toda bendición espiritual***. Y, *en cuarto lugar*, en la exaltada posición de los creyentes: ***En los lugares celestiales en Cristo***.

Iremos desarrollando poco a poco estos temas, pero, en este capítulo introductorio, indicaremos un par de aspectos más, y que tienen que ver con el propio apóstol Pablo que escribe la carta.

En primer lugar, hemos dicho que cuando Pablo escribe estaba detenido, pero es de mucha bendición para nosotros fijarnos en el modo en que él veía su propia encarcelación de más de cuatro años, pues dice: ***Yo pues, preso en el Señor*** (cap. 4:1). Fijémonos que no dice «prisionero de César», sino del Señor, porque Pablo entiende que su vida depende del Señor, y asume que no podría escapar de las manos del César si eso no era ordenado por el único Dios. Pablo sabe que Dios regula a todas las personas y controla todos los sucesos, porque, como dice en Romanos: ***De él, y por él, y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:36).

Y, *en segundo lugar*, también es de bendición para nosotros fijarnos en cómo Pablo habla de sí mismo, y dice que es ***embajador en cadenas*** (cap. 6:18-20), es decir, es conscien-

te de que ha sido enviado allí por Dios como embajador suyo, y no se queja ni rechaza la providencia divina, ni se pregunta: ¿qué he hecho yo para merecer esto?, sino que, por el contrario, comienza la carta con una desbordante expresión de alabanza a Dios.

Evidentemente, hay una relación entre estas cosas que mencionamos, pues no puede haber paz, ni gozo, ni alabanza, ni gratitud en el corazón si no reconocemos que todas nuestras circunstancias y todas nuestras condiciones, nos gusten más o menos, o sean más o menos adversas, son completamente ordenadas por un Dios que es nuestro Padre, que es un Dios de gracia, y que es un Dios soberano.

Así, vamos a concluir, recalcando la importancia de pensar en que Dios es soberano y de pensar en todo lo que nos ha concedido por su gracia para que podamos ser y seamos verdaderos hijos suyos agradecidos que muestran dicho agradecimiento y alabanza a Dios en todas las circunstancias.

Como dice el salmista: ***Mejor es confiar en Jehová, que confiar en el hombre. Mejor es confiar en Jehová, que confiar en príncipes*** (Sal 118:8-9). Pablo fue sin duda tentado, como lo somos nosotros, a confiar en las cosas que se ven, en lugar de descansar en el Dios invisible. Pero Pablo aprendió, y aprendió a mirar hacia arriba en vez de estar preocupado por las cosas temporales.

Si verdaderamente confiamos en el Señor para nuestra salvación, que es lo más grande, entonces, ¿por qué preocuparnos por otras cosas?; ¿no se nos indica: ***Echa sobre Jehová tu carga y él te sustentará*** (Sal 55:22)?; ¿no se nos dice: ***Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego con acción de gracias*** (Fil 4:6)?; ¿no está escrito: ***Echando toda***

vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros (1 P 5:7)?

No tenemos más que razonar un poco con nosotros mismos, pues si confiamos en Dios para las cosas eternas, ¿no deberíamos también hacerlo para las cosas temporales, aunque a veces las circunstancias sean muy difíciles o adversas?; ¿podemos confiar en Dios y descansar para la redención del alma, y no podemos hacerlo en cuanto a las bendiciones menores? O lo expresamos de otro modo: ¿No es Dios suficiente para nosotros?; ¿necesitamos otro ojo, aparte del suyo, que vea mejor las cosas?; ¿no sabe Dios lo que hace?; ¿se cansa su brazo?; ¿desfallece su corazón?

Si Dios no es suficiente para nosotros, habremos de buscarnos otro dios, pero si él es infinito, omnipotente, fiel, verdadero, omnisciente, sabio, todopoderoso, santo, soberano, justo, etc., ¿no es necesario que aprendamos a descansar en él y a ser agradecidos siempre mostrando ese agradecimiento por encima de las circunstancias temporales?

No debemos mezclar el vino con el agua, ni mezclar el oro de nuestra fe en ***lo que no se ve*** (He 11:1) con la escoria de la confianza en las cosas que vemos. No debemos codiciar la calabacera de Jonás, sino aprender a descansar en el Dios de Jonás, que fue también el que hizo crecer la calabacera, y la hizo secarse, para alabarlo y adorarlo como merece.

Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús (1 Ts 5:18) sigue siendo un mandamiento válido en el día de hoy, y hemos de aprender a vivir así para nuestro bien y la gloria del propio Dios.

¡Que así sea!

ORACIÓN DE GRATITUD II

LA NECESIDAD Y SUFICIENCIA DE CRISTO

Efesios 1:3

Lectura introductoria: Colosenses 2:8-10

Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.

En este nuevo capítulo entramos de lleno en el estudio de la que hemos llamado *Oración de gratitud* y que encontramos en el versículo 3 de la carta de Pablo a los efesios. Debemos recordar que esta oración fue hecha por el apóstol tras un período de casi cuatro años de falta de libertad en el que, además, tuvo que soportar persecuciones, golpes, tentaciones, naufragio, y otras aflicciones y tribulaciones. Pero a pesar de estas circunstancias «adversas» —decíamos—, el apóstol no se queja y nos presenta una oración llena de gratitud y adoración a Dios. Pablo veía sus circunstancias y todo lo que le rodeaba como algo que entraba en los planes de un Dios todopoderoso, y por eso habla de sí mismo como *preso del Señor y embajador en cadenas*.

Pablo era consciente —como indica en otra de sus cartas— de que *el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo*

libre, esclavo es de Cristo (1 Co 7:22). Pablo estaba agradecido a Dios porque sus adversidades venían como consecuencia de estar haciendo la voluntad de Dios, y sabía que para ello había sido puesto.

Esta es la actitud correcta en la vida de todo cristiano, pero al mismo tiempo puede que sea muy distinta a la nuestra en múltiples ocasiones, ¿no es cierto? Y si lo es, solo lo es por dos razones posibles:

Una primera, porque nuestras adversidades hayan sido causadas por nosotros mismos al no procurar hacer la voluntad de Dios, sino la nuestra. Entonces, cuando vienen los problemas nos falta el gozo y olvidamos la gratitud, pues, como se indicó en el estudio de otra oración, fueron muy distintos los naufragios de Pablo y de Jonás, o los encarcelamientos del propio Pablo y de Sedequías en Babilonia. Así que hemos de examinarnos, no sea que nos suceda como escribió Salomón: **La insensatez del hombre tuerce su camino, y luego contra Jehová se irrita su corazón** (Pr 19:3).

Y otra segunda razón, porque, aun haciendo la voluntad de Dios, no hemos aprendido a mirar siempre hacia **arriba** para tener presente quién es Dios y quién es para nosotros, para considerar que las bendiciones más importantes que hemos recibido son las espirituales y no las materiales, y para no olvidar lo que somos como cristianos (cf. Col 3:1-4).

Y decíamos que necesitábamos aprender a ser agradecidos, a estar agradecidos, a mostrar y a demostrar nuestro agradecimiento, y que necesitábamos examinarnos, pues el gozo, la adoración a Dios, y la gratitud en nuestras vidas están relacionados. Y, para ello, para aprender y para cambiar nuestras vidas, y nuestras vidas de oración, es bueno meditar en la que hemos llamado *Oración de gratitud*.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

En el capítulo anterior dijimos que en esta oración íbamos a detenernos en cuatro aspectos. *En primer lugar*, en su naturaleza, que es una oración de gratitud y alabanza supremas. *En segundo lugar*, en el objeto de la oración, es decir, en la persona a la que va dirigida, que no es otro sino ***el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***. *En tercer lugar*, en la excelencia de lo que nos ha sido dado a los creyentes: bendecidos ***con toda bendición espiritual***. Y, *en cuarto lugar*, en la exaltada posición de los creyentes: ***En los lugares celestiales en Cristo***.

La primera parte de esta oración puede leerse en otros lugares del Nuevo Testamento, en particular en 2 Corintios 1:3, en otra oración ya considerada, en la que dijimos que sería aquí en esta carta a los efesios donde analizaríamos la frase: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***. Allí entramos directamente en los dos títulos que se le asignaban a Dios a continuación: ***Padre de misericordias y Dios de toda consolación***, pero dejamos la naturaleza y el objeto de la oración, que ahora veremos. Otro lugar donde puede leerse el mismo comienzo es 1 Pedro 1:3, y no de forma tan directa en 2 Corintios 11:31.

Ahora bien, para el estudio vamos a seguir el mismo método empleado en ocasiones anteriores, es decir, iremos enunciando y comentando los principios que encontramos en

la oración, para luego obtener nuevos motivos para nuestras propias oraciones. (La tabla con el bosquejo de estos principios y con los motivos de oración se encuentra al final de este escrito).

Enunciamos, pues, los dos primeros principios que tienen que ver con la naturaleza de la oración, con la primera palabra usada en la frase: **Bendito**. *El primero* lo enunciamos así: bendecir a Dios es adorarlo, reconocer su excelencia, y expresarle nuestra más alta gratitud. Y *el segundo*: esta adoración es debida a Dios por lo que él es en sí mismo, por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

Así que Pablo comienza diciendo: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, ¿pero cuál es el significado de bendecir a Dios? Sabemos, por el diccionario, que esta palabra es sinónima de «alabar, engrandecer, ensalzar, o hablar bien» (bien-decir), de alguien, de modo que cuando se está haciendo respecto de Dios mismo, significa o implica un acto de adoración. Y que esto es así está claro por muchos pasajes de las Escrituras: ***Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos, y se alegrarán. Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre*** (Sal 34:1-3). ***Mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos*** (Sal 63:3-4; véase 1 Timoteo 2:8). ***Cantad a Jehová, bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación. Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza*** (Sal 96:2-4). ***Mirad, bendecid a Jehová, vosotros todos los siervos de Jehová [...] Alzad vuestras manos al santuario, y bendecid a Jehová*** (Sal 134:2).

Por eso decimos que bendecir a Dios es adorarlo, reconocer la excelencia suprema de su ser, y expresarle nuestra más alta gratitud. Bendecir a Dios es rendirle el homenaje de nuestros corazones como el Dador de *toda buena dádiva y todo don perfecto* (Stg 1:17).

Si pensamos un poco, las bases principales de nuestras oraciones son tres: *humillación*, que incluye la confesión de pecado y la petición de perdón; *súplicas*, que incluyen peticiones por necesidades nuestras e intercesiones a favor de otros; y *adoración*, que incluye acciones de gracias y alabanzas. Y Pablo, en esta oración, lo que está haciendo y lo que nos invita a hacer a todos es magnificar a Dios como fuente de todas nuestras bendiciones espirituales; a adorarlo, a bendecirlo, y a alabarlo, de modo que al decir: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, es como si dijera: *Adorado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*.

En realidad, por ser Dios como es y por su infinita eminencia, es el único ser Bendito, como reconoció el sumo sacerdote que interrogó a Jesús: ***¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?*** (Mr 14:61), pero a Dios le gusta oír que sus santos afirmen esta bienaventuranza suya. Por eso, en otra de sus cartas, el propio apóstol Pablo después de declarar que Dios es ***bendito por los siglos*** (Ro 1:25), añade la palabra: ***Amén***, la cual expresa no una petición a Dios para que lo sea, ni un deseo de que así sea, sino un «así es» de gloriosa aclamación que expresa, como en el caso que nos ocupa aquí en Efesios, la propia satisfacción y gozo del apóstol.

Es lo mismo que escribió el salmista: ***Te alaben, oh Jehová, todas tus obras, y tus santos te bendigan. La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder*** (Sal 145:10-11), donde vemos que las obras solamente pueden alabar a Dios en el sentido de mostrar su buena voluntad, pero los creyen-

tes alabamos a Dios por lo que es en sí mismo, por lo que es para nosotros, y por lo que nos ha dado. Y termina diciendo: *La alabanza de Jehová proclamará mi boca; y todos bendigan su santo nombre eternamente y para siempre* (Sal 145:21).

Esto es lo que Pablo tenía en mente, a pesar de llevar casi cuatro años retenido, cuando comienza a escribir esta carta: lo que Dios es en sí mismo, lo que Dios es para él, y lo que Dios le había dado, y todo eso es tan grande y glorioso que le hace olvidar sus circunstancias y prorrumpir en esta oración de gratitud a Dios. No es, por tanto, esta oración una petición como otras que encontramos más adelante en esta misma carta, sino una alabanza provocada por la comprensión del ser de Dios y por la interiorización de las bendiciones espirituales con las que Dios el Padre ha bendecido a su pueblo, las cuales —como se indicó— se describen en los versículos que siguen.

La oración es de adoración a Dios, el cual es considerado por el apóstol como su *porción increíble* (Sal 73:26), como su *tesoro inestimable* (Mt 6:21), y como su *herencia gloriosa* (Sal 16:5). Pablo estaba tan lleno de gratitud hacia Dios por el infinito amor y gracia que le habían sido dados que, como si fuera una bebida gaseosa que se agita y sale fuera de la botella en la cual se encuentra, rompe en una efervescencia de gratitud a Dios.

Alguien escribió muy bellamente las siguientes palabras: *Las primeras notas de la canción eterna en el cielo son cantadas aquí abajo, y son producidas y sacadas fuera por un sentido de la bondad y la misericordia de Dios cuando se revelan en el alma y, especialmente, cuando el amor de Dios ha sido derramado en el corazón por el Espíritu Santo.* Esto fue lo que hizo a David exclamar: ***Bendice, alma mía, a***

Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre; bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios (Sal 103:1-2).

David, y Pablo, y todos los creyentes de todas las épocas, bendicen a Dios por ser quien es y como es, y por haber sido bendecidos tan ricamente por él. Esta es la naturaleza de la oración, la cual incluso parece mostrar una referencia a la Trinidad: el origen de las bendiciones es ***el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, el cual también es ***nuestro Padre*** (v. 2), el canal por el que nos llega es el propio Cristo (***en Cristo***) en virtud de nuestra unión con él (vv. 4-5,7,11,13), y la naturaleza de estas es ***espiritual***, lo cual, por el modo como está expresado en griego, indica procedencia y puede traducirse también como ***toda bendición del Espíritu***, ya que es esta persona divina la que aplica la obra de Cristo a nuestros corazones.

Finalmente, indicamos dos aspectos más acerca de la naturaleza de esta oración, aunque ambos son evidentes, como la propia Escritura nos muestra.

El primero es que de nada sirve bendecir a Dios con los labios si la gratitud y la alabanza no salen de nuestras mentes y nuestros corazones. No es lo mismo que se nos diga: ***Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí*** (Mt 15:8), que se nos indique: ***De la abundancia del corazón habla la boca*** (Mt 12:34). Y si alguna vez nos encontramos actuando como los del primer caso, es decir, con hipocresía o, simplemente, con apatía o dejadez, hemos de recordar que también se nos ha indicado que: ***De toda palabra ociosa que hablen los hombres*** [y no hay palabra más ociosa que bendecir a Dios sin prestar atención a lo que se dice o sin sentirlo], ***de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado*** (Mt 12:36-37).

No vamos a detenernos en las aplicaciones de este asunto, pero indico algo que se olvida por parte de no pocos cristianos: cuando se va al culto a estar junto a los hermanos para adorar a Dios y escucharlo mediante su Palabra, el culto empieza desde que se entra y concluye cuando se sale. Por eso hay que venir preparados, ya que se nos dice: ***Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento*** (1 Co 14:15). Y por eso se debe salir con la influencia de lo realizado y oído, no siendo como los del *camino* (Mt 13:4,19).

El segundo aspecto tiene que ver también con el uso de nuestras lenguas, de las cuales se habla tanto en el capítulo 3 de la carta de Santiago, donde se nos indica que de una misma fuente no puede salir agua salada y dulce, de modo que si con nuestra lengua maldecimos a las personas, es imposible que con la misma lengua se pueda bendecir a Dios. Las palabras son solemnes: ***Con ella [con la lengua] bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?*** (Stg 3:9-11). Esta forma de proceder, esta sabiduría, ***no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica*** (Stg 3:15).

Pasamos ahora al siguiente principio, *el tercero*, que tiene que ver con la persona que es el objeto de esta oración de gratitud y adoración. Lo enunciamos así: La adoración es al ***Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo***, de modo que la palabra usada, *eulogētos*, y que se traduce como ***bendito***, solo se aplica a Dios en el Nuevo Testamento (véanse, además de los pasajes que se han ido citando: Lucas 1:68;

Romanos 1:25; 9:5). Por eso algunos han llamado a esta oración una *eulogía*, en vez de una *doxología*, palabra esta última que, como sabemos, se usa para designar las oraciones de alabanza a Dios.

Pues bien, si nos fijamos, el objeto de la oración no es Dios el Padre considerado como tal persona divina aparte de Cristo, pues aparte de Cristo no podríamos acercarnos al que es *fuego consumidor* para los pecadores como nosotros (Dt 4:24; Is 33:14; He 12:29). De igual modo, el apóstol no se dirige al Dios y Padre *del* Señor Jesucristo, porque si solo fuera así, tampoco podría acercarse a él, como tampoco nosotros podríamos hacerlo. La invocación está hecha al *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*, pues Dios solamente nos puede bendecir con bendiciones espirituales si estamos *en Cristo* y Cristo es *nuestro* Señor Jesucristo (ni siquiera *mi* Señor Jesucristo, porque Pablo no entiende una unión con Cristo fuera de la unión con los miembros del mismo cuerpo de Cristo).

Como se ha indicado en otras ocasiones, es importante detenernos en los títulos divinos que aparecen en la Escritura, y el que tenemos aquí es un título del Padre cuando es considerado como el Dios de la redención efectuada y consumada, como el Dios que se reveló en Jesucristo cuya voluntad cumplió perfectamente. No se está considerando en esta ocasión un atributo de Dios, sino una relación que solo es posible con él por medio de *nuestro* Señor Jesucristo, y eso lleva a Pablo a la adoración.

En la voluntad de Dios estuvo *el no* escatimar *a su propio Hijo, sino* entregarlo *por todos nosotros* (Ro 8:32), y es por ello por lo que Dios es nuestro Dios y Padre, de modo parecido a como lo es de *nuestro* Señor Jesucristo (*cf.* Jn 20:17), *por medio* del cual y *por un mismo Espíritu los unos y los otros tenemos entrada* a él (Ef 2:18).

Así que Dios es **nuestro** Dios, el Dios de los cristianos, y cuando en la Escritura se dice que la Deidad es el Dios de alguien, se está indicando, y no puede ser de otro modo, que es también el Dios que ha entrado en pacto con dicha persona, pues no hay relación posible con Dios si no hay pacto. Dios no puede ser el Dios de nadie a menos que haya entrado en pacto con él.

Así, después de la primera promesa del evangelio en Génesis 3, encontramos a Noé diciendo: **Bendito por Jehová mi Dios sea Sem** (Gn 9:26), versículo que también admite la traducción alternativa y quizá más correcta: **Bendito [sea] Jehová el Dios de Sem** (RVR 1909; véanse las versiones LBLA, NVI, BT o N-C, que traducen de modo similar), con la cual se nos indica que Noé no está tanto pidiendo bendiciones para Sem sino alabando al Dios que ha entrado en pacto con él y con su propio hijo. Es la misma expresión que usó Moisés al bendecir a Gad: **Bendito el que hizo ensanchar a Gad** (Dt 33:20), donde no pide, sino adora y alaba al que había de engrandecer a Gad.

Más tarde, Dios se dio a conocer a Moisés como **el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob** (Éx 3:6). Dios seguía siendo el Dios de ellos, de los patriarcas, porque a través de ellos se fue transmitiendo el pacto posteriormente. Y más tarde, sabemos que el profeta Jeremías habló de un **nuevo pacto con la casa de Israel y la casa de Judá** (Jer 31:31-34; véase He 8:8-13). Y este nuevo pacto ya se ha consumado con la venida y la obra del Señor Jesucristo; así que nosotros, bajo la más completa revelación del evangelio, no conocemos ni nos acercamos ya a Dios como al **Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob**, que sigue siéndolo, sino como al **Dios y Padre de nuestro Señor**

Jesucristo. Este es el título más apropiado que debemos usar para invocar a Dios y para adorarlo.

Puede observarse también que en este título se incluye a Cristo como la Cabeza del pacto y se incluyen con él todos los creyentes, elegidos en Cristo, formando parte de su propio Cuerpo.

Dios también era, es, y siempre será, el Dios y Padre de nuestro **Señor Jesucristo** (énfasis puesto ahora en esta persona divino-humana) pues, aunque el Hijo es Dios con el Padre, en su forma de siervo se dirige a Dios como **mi Dios** o **Dios mío** (Sal 22:10; 40:8; véase Hebreos 10:5-7). Así también lo vemos usando este título cuando estaba en la cruz (cf. Mt 27:46), después de su resurrección (cf. Jn 20:17), e incluso sigue usándolo ahora en el Cielo, tal como vemos en Apocalipsis 3:12 (cuatro veces en un versículo).

Por tanto, el título de *Dios* resalta la condición humana del Hijo como hombre que tiene a Dios. En cambio, el título de *Padre* resalta la condición divina de Jesucristo, el cual es Hijo eterno. Dios es *Dios y Padre* para el Señor Jesucristo, precisamente porque el Señor Jesucristo es quien es, una persona con dos naturalezas: humana (Dios) y divina (Padre).

Dios es el Dios de Jesucristo como hombre por las mismas razones que es nuestro Dios: porque le preparó **cuerpo** y estaba sujeto a Dios y a su **voluntad** (He 10:5-7); porque fue predestinado en ese cuerpo; porque fue el autor de sus bendiciones como hombre (Sal 45:2,7; véase Hebreos 1:9); y porque también entró en pacto con él (cf. Is 42:1-9). Por eso se nos dice que **el que santifica y los que son santificados, de uno son todos, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos** (He 2:11).

Y la grandeza de lo que hay aquí —lo que lleva a Pablo a saltar de gratitud y adoración— es que los cristianos tene-

mos una relación parecida con Dios a la que tiene el Señor Jesucristo, y esto por medio **de nuestro Señor Jesucristo**. Dios es nuestro Dios como personas que somos, porque Dios ha entrado en pacto con nosotros, pacto por medio de la sangre de Jesucristo. Y Dios es también **nuestro Padre** (Ef 1:2), aunque solo por **adopción** en el propio Hijo (Gá 4:5; Ef 1:5), porque estamos *en* el Hijo, porque formamos parte de su Cuerpo. De ahí la distinción que hace el Señor en el pasaje citado de Juan 20:17: **Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios**. Primero su Padre y su Dios, por origen; y después nuestro Padre y nuestro Dios, por participación.

Dios debía ser el Dios y Padre del Señor Jesucristo con el fin de poder ser el Dios y Padre de su pueblo elegido en Cristo. La relación que la Iglesia tiene con Dios está determinada por la propia relación de Cristo con Dios, porque ella es **de Cristo, y Cristo es de Dios** (1 Co 3:23). Así que, por esto, y por lo que sigue en el capítulo 1 de Efesios, Pablo está mostrándonos que las bendiciones espirituales proceden de Dios el Padre a través de nuestro Señor Jesucristo, el cual es Señor de los creyentes.

Este es, pues, el resumen de todo: nos podemos dirigir a Dios como a *mi* Dios personal y como a *nuestro* Dios, a Dios como a *mi* Padre y como a *nuestro* Padre, a Dios como Dios y Padre *del* Señor Jesucristo, y a Dios como Dios y Padre *de nosotros* y de *nuestro* Señor Jesucristo. Y este pensamiento es suficiente, o al menos debe serlo, para que también nosotros expresemos gratitud, alabanza y adoración a Dios, para que lo bendigamos, independientemente de las circunstancias por las que estemos pasando.

Verdaderamente es **bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo** y digno de ser alabado, porque es el Único

Bendito, por lo que es para nosotros, por lo que nos ha dado, por lo que implica que haya entrado en pacto con nosotros, porque es *nuestro* Dios y Padre y el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Y, como indicamos antes, debemos cuidar nuestra adoración y alabanza, el modo en que la hacemos, y el modo en que usamos nuestras lenguas para con las personas.

Y es a partir de estas consideraciones por lo que se han incluido los siguientes motivos de oración para que los hagamos nuestros:

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por quién es y por lo que es en sí mismo, por quién es y por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por ser el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, con todo lo que esto implica.

Y orar y esforzarnos para que no se rompa la comunión con Dios o con los hermanos, para que nuestros corazones sean limpios en este sentido, pues sin esta comunión no hay adoración aceptable.

¡Que Dios nos ayude a entender estas cosas y a ponerlas en práctica para su gloria y nuestra bendición! ¡Qué así sea!

ORACIÓN DE GRATITUD III LA UNIÓN CON CRISTO

Efesios 1:3

Lectura introductoria: Gálatas 2:17-20

Si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera. Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago. Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Al retomar el estudio de este trozo de la Palabra de Dios que encontramos en Efesios 1:3 y que hemos llamado *Oración de gratitud*, creo que debemos tener presentes algunas de las consideraciones que hemos dicho en otros anteriores y que tienen que ver con nuestra actitud ante Dios y ante esta Palabra. No dudo de que ya lo estemos haciendo, pero no es malo volver a recordar cosas que son fundamentales.

En primer lugar, puesto que estamos tratando una oración en la que el apóstol Pablo, aunque privado de libertad, se encuentra, por así decirlo, desbordado por la gratitud y la alabanza a Dios, y en la que expresa con su boca la adoración que tenía en su mente y en su corazón, es necesario que tam-

bién nosotros intentemos tener este mismo espíritu siempre y, en particular, cuando nos acercamos a meditar en la Palabra, lo cual podemos hacer sin problemas, aunque no sucede lo mismo con muchos hermanos en otros lugares y en este mismo momento.

En segundo lugar, debemos también tener presente que no sirve de nada bendecir o alabar a Dios cuando nuestros corazones y/o nuestras mentes no están en sintonía con las palabras que salen de nuestros labios, ya que puede servir esta actitud para que Dios nos discipline o entre en juicio con nosotros, pues el propio Señor nos ha dicho que ***de toda palabra ociosa*** que se hable se dará ***cuenta en el día del juicio*** (Mt 12:36).

No sé si habéis pensado en esto, pero si lo habéis hecho, quizá alguno se haya preocupado porque, normalmente, no se encuentre en un estado de gratitud desbordante como el que tenía el apóstol, aunque lo desee. ¿Qué hacer en estos casos?; ¿se puede adorar a Dios?; ¿se debe? La respuesta es un sí rotundo: se puede y se debe, porque una cosa es no prestar atención a la adoración o la alabanza, diciendo algo con la boca cuando el corazón y/o la mente están ausentes, y otra muy distinta no estar tan inflamados, con una gratitud tan ardiente y un deseo tan ferviente de adoración como nos gustaría.

Nuestra adoración a Dios, siempre que sea sincera, será aceptada; siempre que tengamos el deseo de ser más fervientes, será aceptada, siendo válidas también en este caso aquellas palabras que dicen: ***Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene*** (2 Co 8:12). Es la voluntad lo que mira Dios, siendo este mismo sentimiento de pequeñez lo que embarga, en no pocas ocasiones, a los predicadores, cuando tratan

temas grandiosos y sus corazones no están a la altura de los mismos, y a los cristianos normales que los oyen y sienten lo mismo, siendo muchos los que han dicho o escrito algo parecido a lo siguiente: *He bajado del púlpito (he oído la predicación) con la sensación de haber hecho poco, con la sensación de no haber estado en consonancia con el tema tratado y haberme faltado palabras y sentimientos (haberme faltado gratitud y adoración fervorosa a Dios por lo que me ha mostrado).*

Si esto es lo que nos sucede con nuestra adoración, repito que no hemos de preocuparnos en demasía, aunque tampoco olvidarlo, porque forma parte de nuestra condición de criaturas caídas en pecado. Por tanto, lo importante es que nuestra adoración sea lo más ferviente posible y que, al mismo tiempo, tengamos el deseo de que lo sea más, para lo cual hemos de acudir, una y otra vez, al Espíritu Santo para que haga esta obra.

En tercer lugar, también es necesario, antes de acercarnos a Dios, hacer o haber hecho un examen de conciencia, un análisis de uno mismo para ver si hay algún pecado oculto, no confesado, y por el cual no hemos pedido perdón a Dios y no nos hemos arrepentido. Dijimos que, principalmente, hemos de pensar en aquellos que tienen que ver con la lengua, con la cual no debemos maldecir y después intentar bendecir a Dios porque, si lo hacemos, nuestra adoración y nuestra gratitud no serán aceptables. Y si se ha roto la comunión, con Dios o con un hermano, no podemos acercarnos al que es el Dios y Padre de *nuestro* Señor Jesucristo.

Pero si todo es correcto con nosotros, acerquémonos ahora confiadamente para seguir bendiciendo, adorando, y alabando a Aquel que es digno de tal adoración: por ser quien es en sí mismo, por ser quien es para nosotros los cris-

tianos, y por todo lo que nos ha dado. Y para ello nada mejor que meditar en su propia Palabra, ahora en la que hemos llamado *Oración de gratitud*, la cual leemos y para la cual pedimos su bendición.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Como en estudios anteriores, y según nuestro modo de presentarlos, comenzamos enunciando el siguiente principio que puede obtenerse del versículo, y que tiene que ver con la parte de la frase que dice: *Nos bendijo con toda bendición espiritual*. Es *el cuarto*, según el orden del capítulo anterior, y lo presentamos así: *Solo Dios puede bendecir y bendice a los cristianos por ser nuestro Dios y nuestro Padre*. Por tanto, no hay adoración posible sin comunión con Dios y con los hermanos.

En relación con esto, lo primero que hemos de indicar es un segundo significado de la palabra *bendecir*. En el capítulo anterior dijimos que, en primera instancia, bendecir significa hablar bien, ensalzar, o alabar, de modo que bendecir a Dios es sinónimo de adorar a Dios. Por eso, como también se indicó, la palabra con la que comienza el versículo solamente se usa cuando se hace referencia a Dios. En cambio, hay otro significado para *bendecir*, y es el de derramar bendiciones, el de otorgar dones, el de conceder virtudes, privilegios, y otras cosas que pueden ser deseables; también hay bendiciones cuando se conceden cosas que no se desean pero que son

buenas en última instancia, como cuando unos padres corrijen a un niño pequeño, aunque este rechace dicha corrección y no entienda que es algo bueno, que es una bendición para él que viene de sus padres.

Pues bien, de acuerdo con estos dos significados, evidentemente nosotros solo podemos bendecir a Dios en el primer sentido, pues no podemos dar nada a Dios de lo que él carezca, precise o necesite, cosa que David tenía muy clara: *Se alegró mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos [...] Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo [...] Después dijo David a toda la congregación: Bendecid ahora a Jehová vuestro Dios. Entonces toda la congregación bendijo a Jehová Dios de sus padres, e inclinándose adoraron delante de Jehová y del rey (1 Cr 29:10-14,16,20).*

Nosotros solo podemos alabar y adorar a Dios, como hemos dicho, por ser quien es, por ser quien es para nosotros, y por lo que nos ha dado. Y de este modo, nuestra bendición

a Dios resulta como consecuencia de las bendiciones, con el segundo significado, que él ya nos ha dado.

Ahora bien, con este último significado y con el ejemplo que he puesto de los padres, ¿cómo digo que *solo Dios* puede bendecir?; ¿acaso las personas no hacemos también, o damos, cosas buenas a otros? Y la respuesta es: nosotros podemos dar cosas buenas, buenas dádivas, que incluso podemos llamar bendiciones, pero nadie está capacitado para hacer que esas cosas sean benditas en sí mismas. Las personas simplemente somos instrumentos para transmitir buenas cosas a otros, pero de igual modo que Dios es el único que puede ser llamado *el Bendito* (Mr 14:61), también es el único que puede bendecir y que está capacitado para hacerlo.

Las personas, cuando bendecimos, realmente solo estamos expresando un deseo («Que Dios te bendiga», decimos, palabras que se oyen a veces de las bocas de muchos que no son de Dios, que no saben lo que dicen, y que toman así el nombre de Dios en vano), y lo hacemos *en el nombre de Jehová* (Sal 129:8). A veces, pues, bendecimos según, el primer significado, a Dios, y otras, cuando hacemos o damos algo, solamente es una bendición verdadera si está de acuerdo con la voluntad de Dios, es decir, si somos un conducto por el que viene la bendición de Dios a las personas, si estamos actuando a su imagen y semejanza. Nosotros no podemos bendecir por nosotros mismos porque no sabemos el futuro, y así, por ejemplo, una herencia dejada a unos hijos puede ser una maldición, como también un *buen* trabajo puede serlo, o una *buen*a amistad, o una *buen*a educación según el criterio de unos padres separados de Dios, etc. Para bendecir tenemos que recurrir a Dios, a su voluntad, y solo Dios es el que hace que todas las cosas obren para bien de aquellos que lo aman (*cf.* Ro 8:28).

Dios sí que es realmente quien puede bendecir y quien bendice, y esta consideración fue la que llevó a Pablo a aquella explosión de gozosa alabanza, pues se dio cuenta de que el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, dice: **nos bendijo** (nada más y nada menos, Dios nos bendijo; y nada más ni nada menos que) **con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo**. ¡Bendito sea Dios por ello! Y ahora podemos preguntarnos: ¿por qué nos bendice Dios; por qué bendice a los cristianos? Y podemos dar una doble respuesta:

En primer lugar, Dios nos bendice por ser el Dios de nuestro pacto, es decir, por ser nuestro Dios. Así leemos en el Salmo 67:6-7: **Nos bendecirá Dios, el Dios nuestro. Bendíganos Dios**. Dios nos bendice porque ha tomado sobre sí mismo el ser como nosotros, y Cristo **no se avergüenza de llamarnos hermanos** (He 2:11); nos bendice porque se ha dado a sí mismo por nosotros, y nos bendice porque ha llegado a ser *nuestro* propio Dios que nos eligió para que fuéramos suyos. Los cristianos somos **sus escogidos** (Lc 18:7) por su soberana elección, y él ha llegado a ser nuestro Dios (*cf.* He 8:10), y **no se avergüenza de llamarse Dios de nosotros** (He 11:16).

Y aquí, una vez más, escribimos: *Selah*, párate a pensar y adora.

Pero, *en segundo lugar*, Dios también nos bendice por ser nuestro Padre, y por serlo por medio del Señor Jesucristo. Cualquier padre que tenga amor y buena voluntad para con sus hijos les desea lo mejor, y así vemos desde la antigüedad a los patriarcas bendiciendo a sus hijos (*cf.* Gn 48:9). Así también lo expresa la propia declaración de nuestro Señor Jesucristo: **Pues si vosotros, siendo malos** [llenos de pecado e ignorancia, pero movidos por sentimientos naturales], **sa-**

béis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? (Mt 7:11). Por tanto, si Dios ha querido ser nuestro Padre, siendo el único Bendito, el único que es en sí mismo un océano de bendiciones, y si ha querido serlo con el propósito de prodigar su amor y gracia sobre sus hijos queridos, estas bendiciones se comunicarán a todos los que lo sean; es su prerrogativa, su deseo y su poder.

Debe observarse también la forma verbal que se usa en el pasaje que consideramos. No dice «*nos bendecirá*», ni tampoco «*nos bendice*», sino: «***nos bendijo***», «***nos ha bendecido ya***». El tiempo cuando Dios derramó sus bendiciones espirituales sobre su pueblo en Cristo fue, como indica el versículo siguiente, cuando los ***escogió en él antes de*** que el cielo y la tierra fuesen creados. Por tanto, las bendiciones que está mirando el apóstol y que le lleva a esta oración de exaltada gratitud y adoración no son las bendiciones temporales que también tenemos por ser hijos de Dios, y tenemos en abundancia, sino bendiciones anteriores a la creación y, por supuesto, también anteriores a la caída en pecado.

En sus decretos eternos, Dios el Padre dio a sus hijos el ser bendecidos ***en Cristo***, lo cual se ve confirmado por las palabras ***habiéndonos predestinado***, del versículo 5, y las palabras ***nos hizo***, del versículo 6, en contraste con: ***En quien tenemos*** (no «*tuvimos*») ***redención***, del versículo 7, lo cual armoniza con 2 Timoteo 1:9, que dice: ***Según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos***. Este propósito que se menciona en este versículo se corresponde con la bendición de Efesios 1:3.

También es importante que nos fijemos en la palabra ***bendición***: ***Con toda bendición***, pues cada una de ellas ha sido

seleccionada cuidadosamente con precisión divina. No se habla de dones espirituales ni de enriquecimientos, sino de bendiciones, porque la palabra bendición tiene que ver con el nuevo pacto de Dios, y lo que aquí se indica son todas esas bendiciones que llegan a nosotros como consecuencia del nuevo pacto. Ya habían sido prometidas en la antigüedad a Abraham cuando Dios le dijo: **De cierto te bendeciré** (Gn 22:17; literalmente: **Bendiciéndote te bendeciré**; también Génesis 12:2), pero se hacen efectivas tras el nuevo pacto.

Por el nuevo pacto en la sangre de Cristo somos hechos criaturas nuevas (cf. 2 Co 5:17) y, por tanto, **benditos**, o **bienaventurados**, como el propio Señor repitió en su primer sermón público (cf. Mt 5:3-12). También es bueno recordar que, inmediatamente antes de subir al cielo, su último acto fue también el de bendecir (cf. Lc 24:50), y que, en el último día, cuando se nos dé la bienvenida eterna, su expresión será la siguiente: **Venid, benditos de mi Padre** (Mt 25:34). Y es que realmente lo somos, y lo somos infinitamente, y por ello debemos estar infinitamente agradecidos.

Finalmente, y en relación con este principio, no debemos pasar por alto la palabra **nos**, porque Pablo no adora ni alaba a Dios por las bendiciones suyas propias, sino por las que han llegado a todos los hermanos. Igual que antes ha dicho: **Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**, ahora no dice: «*que me bendijo*», sino: **que nos bendijo**. Y es que, una y otra vez, en el Nuevo Testamento se nos recuerda que somos un Cuerpo en Cristo, que no hay posibilidad de un cristianismo individual, que hemos de perder el egoísmo y el sentimiento de propiedad que corresponde a la vieja naturaleza y sustituirlo por la abnegación y el compartir.

No nos vamos a detener en esto ahora, pero se ha dicho al enunciar el principio que no hay verdadera adoración sin co-

muni3n con Dios o sin comuni3n con los hermanos. Una y otra vez se nos habla de «*los unos y los otros*», una y otra vez se expresan las cosas en primera persona del plural, y una y otra vez se nos exhorta a que ***los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con 3l, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con 3l se gozan*** (1 Co 12:25-26). Y es que muchas veces podemos estar centrados en nuestras propias bendiciones, y no dar gracias a Dios por las que ha derramado tambi3n en los dem3s hermanos, como si estas no repercutieran tambi3n en nosotros mismos (*cf.* Ro 12:15).

Pasamos ahora al segundo principio en este cap3tulo, *el quinto* en nuestra oraci3n. Contiene cinco aspectos a resaltar, cada uno de los cuales es de gran importancia, y lo enunciamos as3: Las principales bendiciones de Dios para nosotros son espirituales, est3n todas unidas, son para todos los cristianos, son en los lugares celestiales, y son en Cristo.

Primero, son espirituales. En el antiguo pacto, las bendiciones prometidas a Israel fueron principalmente materiales y temporales (*cf.* Dt 28:1-14), y a3n en el d3a de hoy hay una serie de bendiciones comunes para todo el mundo, pues Dios ***hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos*** (Mt 5:45). Pero nuestras bendiciones son espirituales, tal como leemos en G3latas 3:14: ***Para que en Cristo Jes3s la bendici3n de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recib3semos la promesa del Esp3ritu***; la segunda parte del vers3culo nos muestra a qu3 clase de bendiciones se hace referencia. Estas bendiciones espirituales son, exclusivamente, para los hijos de Dios, para los incluidos en el nuevo pacto, y son las primicias de nuestra herencia eterna, las que disponen el coraz3n para las ac-

ciones de gracias, muchas de las cuales se encuentran resumidas en Efesios 1:4-14.

Segundo, se nos habla de **toda bendición espiritual**, lo cual tiene el sentido no de «*todas las bendiciones*», sino de la plenitud suprema de lo que significa bendición. La bendición, al ser de Dios para sus hijos, es **toda bendición**, pues *el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?* (Ro 8:32). La bendición de Dios es **toda bendición**, pues *a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó* (Ro 8:30). La bendición de Dios es completa, *porque todo es vuestro [...] y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios* (1 Co 3:21-23). O, dicho de otro modo, si tenemos una de esas bendiciones espirituales de Dios las tenemos todas.

Tercero, Pablo no habla aquí de *sus* bendiciones particulares que tuvo, como podemos tener otras cada uno de los creyentes, sino de **toda bendición espiritual** común para todos. No tuvo Pablo más de estas por ser Pablo, y si las tiene un creyente, como Pablo, las tenemos todos. No se habla de dones, sino de bendición común desde antes de la fundación del mundo, lo cual tiene grandes consecuencias. ¿Cambió Pablo por su nueva vida?; ¿vivió para servir a Dios?; ¿creció en santidad?; ¿fue guiado por el Espíritu?; ¿sufrió por su fe? Si todo esto, y mucho más, está implícito en **toda bendición espiritual**, lo está para todos los cristianos, pues el apóstol no hace diferencia cuando escribe: **Nos bendijo**. Por eso no puede haber justificación sin santificación, no puede haber Salvador sin Señor.

Cuarto, otro aspecto también a resaltar es que nuestras bendiciones son en los lugares celestiales: **Nos bendijo**

con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. El griego del Nuevo Testamento tiene el artículo **los** antes de **celestiales**, pero no aparece la palabra **lugares**, por lo que el sentido es **en los cielos** (NRV 1990; N-C), tal como en Efesios 1:20; 2:6; 3:10. De todos modos, el significado es claro: nuestras bendiciones pertenecen al Cielo y proceden del Cielo, en contraste con las bendiciones que Israel gozó en Canaán, o con aquellas todavía más remotas con las que fuimos bendecidos en Adán (*cf.* Gn 1:27-28).

Y esto es fundamental para nuestra vida cristiana. Los cristianos tenemos **nuestra ciudadanía en los cielos** (Fil 3:20), **nuestro Padre está en los cielos** (Mt 6:9), somos **participantes del llamamiento celestial** (He 3:1), hemos sido engendrados para una herencia que **está reservada en los cielos** (1 P 1:4), y nuestro **Señor [...] el segundo hombre [...] es del cielo**, porque el primero fue **terrenal** (1 Co 15:47).

Todo esto es fundamental en sí mismo, y todo esto debería llevarnos a la adoración y la alabanza. Pero el apóstol, al escribir lo anterior, añade: **Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales.** Y esto debería llevarnos a tomar conciencia de lo que somos y de los deberes que se esperan de nosotros. Ya hemos sido puestos en los lugares celestiales y, por tanto, ahí es donde hemos de fijar nuestras vidas y nuestras metas, como peregrinos y extranjeros que somos, como gente de paso que no tienen aquí su ciudad.

Lo explico de modo que los más pequeños puedan entender. Hay una diferencia fundamental entre ser peregrino y ser turista, y muchos cristianos son y quieren ser turistas, olvidándose de su llamamiento celestial, de los lugares celestiales, y de las bendiciones celestiales. Un turista es aquel que

se encuentra de vacaciones, mientras que un peregrino es el que sabe que va a su destino, el cual tiene siempre en mente, mientras dura su peregrinación.

Un turista huye del trabajo, de la responsabilidad, de la disciplina, y considera que la Iglesia y el cristianismo son como un hotel donde los turistas van a descansar, relajarse, encontrarse bien, comer, etc. Un turista quiere ver todas las cosas del mundo, entretenerse con todas las cosas del mundo, probar todas las cosas del mundo, disfrutar de todas las cosas, etc., porque quizá no vuelva más a ese lugar. Un turista es aquel que se cansa de la misma comida, como los antiguos israelitas se cansaban de tener que comer maná todos los días, y quiere probar todos los platos del mundo, la sabiduría del mundo.

En definitiva, un turista, como turista que es, ama el **mundo** y **las cosas** del **mundo** (1 Jn 2:15-17), mientras que un peregrino se toma en serio las cosas celestiales. Un turista no quiere **llorar con los que lloran** (Ro 12:15), ni padecer con los que padecen (eso es compadecerse) porque se encuentra de vacaciones y no es el momento.

El quinto y definitivo aspecto es que las bendiciones, que son espirituales, todas, y a todos, y en los lugares celestiales, nos llegan *en Cristo*, pues fuera de él no hay ninguna de estas para nadie. Sabemos que estas palabras significan «*en unión con Cristo*», una posición, un estado, un tiempo, un medio, una unión no solamente legal para ser justificados, sino también mística y vital para ser santificados y llevar fruto, y para ser glorificados.

En Cristo fuimos y somos amados por Dios (*cf.* Ro 8:39); en Cristo, Dios nos hizo **cercanos** a sí mismo (Ef 2:13); en Cristo estamos **completos** (Col 2:10); en Cristo somos **uno** (Gá 3:28); y en Cristo estamos (*cf.* 1 Co 1:30).

Es Cristo nuestra mayor bendición espiritual, pues **la gracia** que salva es **dada** en Cristo (2 Ti 1:9); el **llamamiento** celestial para salvación es en Cristo (Fil 3:14); el perdón de los pecados se otorga en Cristo (*cf.* Ef 4:32); la exención de la **condenación** que merecíamos es por estar en Cristo (Ro 8:1); la **libertad** ante las exigencias de la ley de Dios se alcanza en Cristo (Gá 2:4); la justificación es en Cristo y por medio de Cristo (*cf.* Gá 2:17; Ro 5:1), y la **vida eterna** es posible en Cristo (Ro 6:11,23).

De igual modo ocurre con la santificación: somos **santificados** en Cristo (1 Co 1:2); **arraigados y sobredificados** en Cristo (Col 2:7); **enseñados** en Cristo (Ef 4:21); llevados **en triunfo** en Cristo (2 Co 2:14).

Y es también nuestra unión en Cristo el factor fundamental en el tercer nivel de la salvación: la resurrección del cuerpo está garantizada por estar en Cristo (*cf.* 1 Co 15:20; Ro 6:5); en Cristo resucitaremos (*cf.* 1 Ts 4:16), porque en él **somos más que vencedores** (Ro 8:37).

En definitiva, el creyente está en una posición de bendición porque esa posición es **en Cristo**, y esa posición implica unión. Todas nuestras bendiciones están en Cristo, pero solamente podemos vivir con el gozo de ellas, en el poder de ellas, y con la gratitud por ellas, cuando miramos hacia arriba, **donde está Cristo sentado a la diestra de Dios** (Col 3:1-3), cuando nos ocupamos de él y de sus intereses y su voluntad y su Reino, cuando dejamos de ser turistas y comenzamos a andar y a vivir como peregrinos.

Es nuestra responsabilidad, pero a la vista de todo, es claro que, llenos también de gratitud, debemos decir con el apóstol: **¡Gracias a Dios por su don inefable!** (2 Co 9:15), al tiempo que debemos orar dando gracias a Dios, y diciendo: **Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor**

Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

¡Que así sea!, y aunque en la tabla resumen se han indicado algunos nuevos motivos de oración, que el lector añada los que crea necesarios y que el Espíritu Santo de Dios haya puesto en su corazón.

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO I GRATITUD Y ALABANZA

Efesios 1:15-17

Lectura introductoria: Salmo 150

Alabad a Dios en su santuario;

Alabadle en la magnificencia de su firmamento.

Alabadle por sus proezas;

Alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.

Alabadle a son de bocina;

Alabadle con salterio y arpa.

Alabadle con pandero y danza;

Alabadle con cuerdas y flautas.

Alabadle con címbalos resonantes;

Alabadle con címbalos de júbilo.

Todo lo que respira alabe a JAH.

Aleluya.

Comenzamos en este nuevo capítulo el estudio de una nueva oración siendo conscientes, como siempre debemos serlo, de estar en la presencia de Dios, y una vez más debemos darle gracias por ello, pero no solamente por poderlo hacer, sino también por sus incontables e incommensurables bendiciones que ha traído a nuestras vidas. Siempre debemos dar gracias a Dios, siempre debemos adorar y bendecir a Dios, porque, como terminamos de comentar en el capítulo anterior, *el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos bendijo con*

toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. Pero especialmente, cuando nos reunimos como pueblo suyo que somos, física o espiritualmente (como es el caso del que escribe con el que lee), debemos mostrar este espíritu de gratitud y adoración, al mismo tiempo que de sometimiento, confianza y expectación, como hijos obedientes que se acercan a su Padre, amado y santo, esperando en su promesa que dice: ***Abre tu boca, y yo la llenaré*** (Sal 81:10).

Porque es cierto que estamos en la presencia de Dios para adorarlo, alabarlo, y ensalzarlo; y también para expresarle nuestras peticiones y súplicas; pero no debemos olvidar aquella actitud de espíritu y de corazón que espera nuevas bendiciones de nuestro Dios y nuestro Padre cuando estamos en comunión, dispuestos a meditar en su Palabra, porque así también él lo ha prometido, al decir: ***¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! [...] Porque allí envía Jehová bendición y vida eterna*** (Sal 133:1,3).

Así que, ahora, cuando nos disponemos a comenzar con el estudio de una nueva oración, vamos a realizar la lectura de esta y vamos a abrir nuestras bocas y nuestros corazones a Dios en oración, siendo muy conscientes de lo que decimos y leemos y pedimos. Y nuestro Dios, que ***es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*** (Ef 3:20), puede derramar bendiciones que superen todas nuestras expectativas.

La oración que vamos a tratar es una de las más largas que se constatan en el Nuevo Testamento, y es por eso por lo que hemos creído conveniente dividirla para su estudio en varias partes. La que comenzamos hoy, que se encuentra en Efesios 1:15-17, la hemos titulado *Oración por conocimiento*, pero vamos a hacer la lectura completa de donde se incluye para

situarla dentro de su contexto. (Como siempre, el cuadro con los principios y los motivos de esta se encuentran al final de este escrito).

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef 1:15-23).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

En cuanto a la introducción histórica en relación con las circunstancias de Pablo, se remite al lector al primer capítulo de este libro, donde se trató extensamente. Pero entonces se dijo que la oración que comienza en el versículo 3 se extiende hasta el versículo 14, y creo que es conveniente leerla tam-

bién completa, aunque no la comentemos, porque es la que nos introduce a la que vamos a empezar a considerar ahora. Así que leemos, prestando atención (te pido que lo hagas lentamente), a todas las bendiciones espirituales que se nos enumeran y que Pablo tenía en mente cuando comienza diciendo: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo:***

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

En estos versículos tenemos el que es, probablemente, el resumen doctrinal más profundo y completo que podemos encontrar en las Escrituras. Pero, a continuación de ellos, lo que se nos muestra es la consecuencia que se deriva de este hecho, lo que debe ser la respuesta del cristiano a estas profundas doctrinas cuando es consciente de la grandiosa, sublime y gloriosa bendición espiritual recogida en las mismas y que le ha alcanzado.

O dicho de otro modo: a la vista de las maravillosas bendiciones espirituales con que Dios nos ha bendecido a nosotros, su pueblo en Cristo, debemos acudir a él en con gratitud, adoración y alabanza, y este es el ejemplo que el apóstol nos da en los versículos 15 al 23. Repito que es una de las oraciones más largas del Nuevo Testamento, y para acercarnos a ella y a sus profundidades, podemos plantear el siguiente bosquejo:

En primer lugar, la ocasión de la oración, la cual tenemos en el **versículo 15**, y es cuando el apóstol había *oído* de la **fe** y del **amor** de aquellos santos de Éfeso a los cuales dirige la carta.

En segundo lugar, debemos considerar *la naturaleza* de dicha oración, la cual es principalmente de alabanza y gratitud a Dios, y de petición por los hermanos, lo que se constata en los **versículos 16, 17 y siguientes**.

En tercer lugar, la Persona a quien se dirige, el Objeto de esta, que es **el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria** (v. 17).

En cuarto lugar, debemos analizar *las peticiones* que se hacen, las cuales son cuatro y aparecen desde los versículos 17 al 19: **Os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él...** (v. 17), **para que sepáis cuál es la esperanza** [...] **y cuáles las riquezas** (v. 18, dos peticiones), **y cuál es la supereminente grandeza de su poder** (v. 19).

Y, finalmente, en quinto lugar, debemos considerar la revelación que expresa el apóstol que ha tenido, la cual muestra en los **versículos 20 al 23**.

Así que tenemos una gran tarea por delante, pero damos gracias a Dios que nos permite acercarnos a esta preciosa porción de su Palabra y —como dije al comienzo— debemos esperar grandes cosas en la meditación de esta. El método que vamos a seguir es el de siempre: iremos enunciando los principios de la oración para, después, obtener nuevos motivos para nuestras propias oraciones y nuestras vidas.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El primer principio que vamos a tratar, el único en este capítulo, tiene que ver con la ocasión de la oración, y lo podemos enunciar así: Si Dios nos glorifica y nos bendice tanto, lo menos que podemos hacer es darle gracias y vivir para su gloria.

Si nos fijamos, el **versículo 15** y la oración en sí comienzan con las palabras: ***Por esta causa [por esta razón, por lo cual, por eso]***, las cuales nos llevan a pensar en las razones por las que el apóstol oró de esta forma. No son pocos los comentaristas que, para explicar esto, miran un poco más adelante en el mismo versículo y afirman que, puesto que Pablo había recibido noticias de la prosperidad espiritual de aquellos hermanos (su ***fe en el Señor Jesús*** y su ***amor para con todos los santos***), fue llevado a dar gracias a Dios y a bendecir a Dios por su bondad para con ellos y, a continuación, a pedir posteriores bendiciones para ellos.

Esto es cierto, pero creo más correcto pensar de otro modo, pues cuando alguien dice: «Por esta causa», normalmente está haciendo referencia a algo anterior, y así creo que

sucede aquí con el apóstol. En los versículos previos ha dado una descripción de los inestimables beneficios que tienen los cristianos. Pablo ha considerado la elección, la predestinación, la redención de ellos por la sangre de Cristo, la fe que les había sido dada, el sellado por el Espíritu Santo, etc., y ante todo esto, no puede por menos que **dar gracias** a Dios **por** ellos. Esto es lo que hace, y no deja de hacerlo, pues escribe: **No ceso de dar gracias**; y por eso comienza diciendo: **Por esta causa**.

De este modo, tenemos aquí otra lección que tiene que ver con la unión y la comunión de los cristianos en el Cuerpo de Cristo. Es lo mismo que comentamos en Efesios 1:3, donde Pablo habla de *nuestro* Señor Jesucristo, y de que Dios *nos* bendijo. Ahora Pablo está pensando en todas las bendiciones que tiene el pueblo de Dios, y da gracias a Dios *por ellas* y *por ellos*, y se alegra porque aquellos que formaban el pueblo de Dios en Éfeso, como todos los cristianos, participaban de aquellas cosas. No solo alaba Pablo a Dios por sus bendiciones, sino que le da gracias por ellas.

En los dos **versículos** precedentes, en el **13 y 14**, el apóstol ha llegado al final de las bendiciones espirituales con **la promesa del Espíritu Santo** con el que aquellos cristianos habían sido **sellados**, la cual tiene el sentido de identificación, posesión y seguridad. Este sello fue las **arras de nuestra herencia** [de la herencia de Pablo y de la de ellos] **hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria**. Esta última expresión, como tal, o ligeramente modificada, se repite dos veces en el mismo pasaje anterior, y así la encontramos en el **versículo 6** y en el **versículo 12**.

Por tanto, el gran propósito de Dios en todas las bendiciones que ha derramado en su pueblo con su gran salvación es que él mismo sea glorificado por ellos y a través de ellos.

Este es el objetivo último de nuestra salvación: glorificar a Dios y que Dios sea glorificado por medio de nosotros, de modo que a medida que nos acercamos a este objetivo, estamos promoviendo el bien y las bendiciones hacia nosotros mismos. Porque Dios así lo ha decretado: todo aquello que promueve su gloria es bueno y trae bendiciones a su pueblo.

Si nos fijamos, en el **versículo 12** Pablo habla de ***nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo***, es decir, de los judíos entre los que se incluye, y de ellos dice: ***A fin de que seamos para alabanza de su gloria***. Después, en el **versículo 13** habla de ***vosotros*** haciendo referencia a los gentiles, de los cuales termina diciendo también en el **versículo 14: *Para alabanza de su gloria***. Y por todo esto, por las bendiciones que llegan a los creyentes, judíos y gentiles, y por el privilegio que hemos tenido todos de haber sido llamados para la alabanza de la gloria de Dios, comienza Pablo diciendo en el **versículo 15: *Por esta causa [...] no ceso de dar gracias por vosotros haciendo memoria de vosotros en mis oraciones***.

Ya lo hemos indicado muchas veces, pero nunca se puede repetir demasiado: Dios no puede perder la alabanza que se le debe, y así como Pablo siente su propia deuda para glorificar a Dios, no solo por sí mismo sino también por los hermanos, así también nosotros debemos sentirla. Como he indicado al enunciar el principio, si Dios nos glorifica y nos bendice tanto, lo menos que podemos hacer es darle gracias y vivir para su gloria.

A continuación, leemos que escribe: ***También yo***. La construcción griega es una unión de dos palabras: la conjunción «y» y el pronombre «yo», o la unión del adverbio «*también*» y del pronombre «yo». Y puesto que lo que está a continuación se encuentra a modo de paréntesis, entre comas,

puede entenderse que este **también** se refiere al hecho de dar gracias junto a otras personas, siendo la referencia más lógica no solo a los acompañantes que Pablo pudiese tener en Roma, sino a los propios creyentes de Éfeso, así como a aquellos que le habían comunicado las noticias de estos últimos. O puede entenderse ese **también** como que Pablo, además de alabar a Dios, como ya se ha indicado, da gracias.

En definitiva, tenemos un ejemplo más de creyentes que glorifican a Dios no solo por sus propios beneficios sino también por los de los otros. Creo que no debemos tener ninguna duda al pensar que aquellos creyentes de Éfeso estaban llenos de gratitud a Dios porque Dios los había sacado **de las tinieblas a su luz admirable** (1 P 2:9). Pero el apóstol les asegura que también él se alegra por ello y da gracias a Dios por ello y por ellos.

Este es el primer motivo de gratitud, lo que Dios había hecho. Pero hay otro, pues el apóstol les indica que también sigue bendiciendo a Dios por lo que ellos hacían, porque las noticias que había recibido de sus vidas mostraban claramente que su conversión había sido genuina.

Ya hemos visto, al considerar otras oraciones, que también el apóstol da gracias por los hermanos, aunque en cada caso expresa motivos distintos para ellas. Así, en Romanos 1:8 y 16:19 el apóstol dio gracias porque la **fe** de los cristianos en Roma **se divulgaba por todo el mundo** y era una fe tan unida a la **obediencia** al evangelio que había **venido a ser notoria a todos**. En 1 Corintios 1:4-5 también dio gracias, pero en este caso **por la gracia de Dios** que había sido derramada en ellos, pues fueron **enriquecidos** con muchos dones. Y ahora, el apóstol da gracias por **las bendiciones espirituales** que los creyentes de Éfeso habían recibido, y porque la **fe** y el **amor** de ellos **para con todos los santos** había llegado hasta sus oídos.

En la iglesia en Roma había problemas, y también en la iglesia en Corinto, así como en esta en Éfeso. Pero, en todos los casos, el apóstol informa que da gracias por ellos, dejando para más adelante las exhortaciones que también eran necesarias. Y ya hemos hablado de este tema en otra ocasión: de la necesidad de mirar la parte positiva y las bendiciones antes de proceder a las correcciones.

Como se ha dicho, Pablo había fundado la iglesia en Éfeso, pero hacía varios años que se encontraba lejos de ella. Por tanto, cuando dice que había oído acerca de la fe de ellos no está haciendo referencia a la fe con la que comenzaron sus vidas cristianas, sino al crecimiento y desarrollo de esta, al crecimiento espiritual del cual recibió noticias. Aquellos cristianos verdaderamente estaban viviendo para la gloria de Dios y para glorificar a Dios, y esto, como no puede ser de otro modo, produjo felicidad y acciones de gracias en el apóstol.

Las palabras siguientes: *No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad* (3 Jn 4), junto con estas otras: *Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gá 4:19), y aún otras: *Porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor* (1 Ts 3:8), no solo son para que las tengan presentes los pastores, sino también todos los miembros de la Iglesia, pues nada debe producir en nosotros más felicidad que oír de la salvación de otros pecadores y de la transformación que acompaña a sus vidas. Así habló el propio Señor: *Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento [...] Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente* (Lc 15:7,10).

Con todo esto, el apóstol, una vez más, nos da ejemplo y nos muestra que es nuestro privilegio, así como nuestro deber, alabar a Dios por sus bendiciones derramadas en todos los que formamos el Cuerpo de Cristo. En el Salmo 50:23 leemos: *El que sacrifica alabanza* [el sentido es «el que ofrece»] *me honrará [me glorifica: N-C]*, es decir, que Dios se agrada con nuestras alabanzas y las acepta cuando son sinceras. Pero sigue diciendo el Salmo que si buena es la expresión de gratitud, mejor es la vida que se ajusta a dicha gratitud: *Al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios*. Así también se nos dice en otro lugar: *Así que* [hace referencia a las bendiciones citadas antes, como aquí en Efesios], *ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios* (He 13:15-16). Y estos sacrificios son los que surgen del fuego de un corazón que arde en devoción para Dios.

Pero es que, al mismo tiempo, esto también es lo mejor para nosotros, como vemos en otros pasajes: *Alegraos, oh justos, en Jehová; en los íntegros es hermosa la alabanza* (Sal 33.1); *no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza* (Neh 8:10). Y para ello, para ser llevados a este ejercicio de honrar a Dios con los labios y con la vida, no hay nada mejor que considerar sus beneficios para con todos nosotros.

En este sentido también deben tenerse en cuenta las palabras de Hebreos 13:17: *Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso*, pues muchas veces la falta de santidad en las vidas de los herma-

nos lleva a los pastores a quejarse de ellos y por ellos, olvidando la alabanza a Dios al dudar de la fe de aquellos que se llaman hermanos. Y esto se nos indica que no es provechoso para ellos mismos.

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para **la alabanza de la gloria** de Dios, estarían mucho menos pendientes de sus propios intereses personales y pensarían qué pueden hacer y cómo pueden vivir para que esto sea una realidad.

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para **la alabanza de la gloria** de Dios, pondrían la mira una y otra vez en **las cosas de arriba** (Col 3:1-4), todo lo que han recibido, y sus corazones serían movidos a la adoración y a la gratitud.

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para **la alabanza de la gloria** de Dios, sus acciones de gracias no quedarían centradas en el caso individual de cada uno, sino que se extenderían por y para todos los que dan evidencia de que verdaderamente son cristianos, nuevas criaturas en Cristo, de modo que dirían: ***Por esta causa, también yo [...] no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.***

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para **la alabanza de la gloria** de Dios, y que otras personas, cristianas y no cristianas, alaban o dejan de alabar a Dios por el testimonio de sus propias vidas, serían movidos a una mayor santidad. Así está escrito: ***Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*** (Mt 5:16); ***porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experien-***

cia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos (2 Co 9:12-13; véase 1 Tesalonicenses 1:7).

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para ***la alabanza de la gloria*** de Dios, y que esta va unida a un mayor conocimiento y a una más íntima comunión con Dios, los cuales solo son posibles en una vida de obediencia que trae el ***gozo*** y la ***paz en el Espíritu Santo*** (Ro 14:17) aun en medio de grandes adversidades, se preocuparían más por dicha obediencia.

Si los cristianos pensarán más en que han sido llamados para ***la alabanza de la gloria*** de Dios, vivirían, en definitiva, con ese objetivo presente, y no porque Dios necesite nada de lo que nosotros podamos darle, sino porque es lo mejor para nosotros mismos.

Pues que Dios nos ayude a entender esto y a hacer una realidad en nuestras vidas de oración el incluir el siguiente motivo: dar gracias a Dios y alabarle por sus bendiciones en nosotros y en el resto de los hermanos. ¡Que así sea!

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO II ORANDO SEGÚN DIOS

Efesios 1:15-17

Lectura introductoria: Salmo 119:33-38

*Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos,
Y lo guardaré hasta el fin.*

*Dame entendimiento, y guardaré tu ley,
Y la cumpliré de todo corazón.*

*Guíame por la senda de tus mandamientos,
Porque en ella tengo mi voluntad.*

*Inclina mi corazón a tus testimonios,
Y no a la avaricia.*

*Aparta mis ojos, que no vean la vanidad;
Avívame en tu camino.*

*Confirma tu palabra a tu siervo,
Que te teme.*

Al comienzo del capítulo anterior, cuando iniciamos el análisis de una nueva oración que se encuentra en Efesios 1:15-17 y que llamamos *Oración por conocimiento*, estuvimos diciendo que cada vez que, de un modo u otro, estamos en la presencia de Dios para meditar en su Palabra, debemos hacerlo con un espíritu de gratitud y adoración, al mismo tiempo que de sometimiento, confianza y expectación, como hijos obedientes que se acercan a su Padre, quien es **podero-**

so para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Ef 3:20).

Al comienzo de este también espero que seamos del mismo sentir, de modo que tengamos corazones agradecidos a Dios para adorarlo y dispuestos a recibir y a esperar de él porque, verdaderamente, estemos andando en fidelidad y en obediencia a su Palabra.

Ya dijimos que Pablo, aunque preso en Roma, mira la soberanía de Dios que controla y regula todas las circunstancias, y mira las bendiciones espirituales que han llegado a su vida y a las de los hermanos, y así, lleno de paz y de gozo, comienza su carta con una oración desbordante de gratitud y adoración a Dios. Esta oración llega hasta el **versículo 14**, después del cual sigue con otra, la que nos ocupa, en la que continúa dando gracias por el fruto de dichas bendiciones en aquellos a quienes dirige la carta, por el crecimiento espiritual de los cristianos a los cuales se dirige, y por los que pide otras cosas también gloriosas. Dice: ***Por esta causa también yo [...] no ceso de dar gracias por vosotros [...] para que [...] el Padre de gloria os dé espíritu de sabiduría...***

Esto es lo que Pablo hacía, sabiendo que, como todos los cristianos, había sido llamado ***para alabanza de la gloria*** de Dios (vv. **6,12,14**) y para gozar con Dios para siempre. Y esto es lo que hacía en unión con otros cristianos, mirando no solo por ***lo suyo propio, sino [...] también por lo de los otros*** (Fil 2:4). Y esto es lo que también nosotros debemos hacer: pensar en cuál es el objetivo de nuestra salvación para, al tenerlo presente, esforzarnos por cumplirlo y esforzarnos por vivir en santidad, sabiendo que otros también glorificarán a Dios por nuestro ejemplo y sabiendo que este modo de vida trae las mayores bendiciones para nosotros mismos.

Hasta ahí fue donde llegamos. Ahora hemos de continuar con la segunda parte del **versículo 15**: *Habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos*. Pero antes de entrar en detalles, vamos a leer la Palabra de Dios y vamos a pedir su bendición.

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Pablo dice que *había oído*, pero el único modo en que esto era posible en aquella época era porque otros le habían traído dichas noticias, y estos otros, no solo las habrían oído, sino que también habrían visto lo que las producía. Es decir, aquellos cristianos de Éfeso vivían correctamente, otros que estaban cerca de ellos los veían, y las noticias se transmitían a otros más lejanos. Pablo no podía verlos, pero otros sí que podían, y eran los que llevaban las noticias. Y con esta observación podemos enunciar el siguiente principio, *el segundo* tras el del capítulo anterior, el cual, como aquel, también tiene que ver con *la ocasión* de la oración: la fe y el amor (con la comunión que implican) son las mejores evidencias de una conversión genuina.

Cuando una persona es verdaderamente llamada por Dios y ha nacido de nuevo, la fe y el amor son los frutos de la gracia

que le llega en el nuevo nacimiento. Ahora bien, la fe que muchos dicen tener ha de ser conocida por los efectos que produce y, como se dijo en el capítulo anterior, el apóstol no está refiriéndose aquí a la primera fe en Cristo de aquellos creyentes de Éfeso, de la cual él mismo fue testigo, sino al trabajo y constancia de la fe de ellos que había llegado hasta sus propios oídos, y a la influencia que esta fe tenía en su andar diario. ¿Y cómo era esa fe, cómo es la fe de los verdaderamente elegidos por Dios? En forma resumida respondemos.

Según podemos leer en Hechos 15:8-9, *la fe* de los verdaderamente elegidos por Dios es activa y purifica *los corazones* (aunque la obra procede de Dios), de modo que los lleva a andar santamente.

La fe de los verdaderamente elegidos por Dios los lleva a hacer *buenas obras*, pues para ellas fueron *creados en Cristo Jesús* (Ef 2:10; cf. Stg 2:14-22). Y, sin detenernos en esto ahora, indicamos que hay una diferencia entre las *buenas obras*, de las cuales habla mucho la Escritura, con este orden de las palabras tanto en nuestro idioma como en el griego, y que, en esencia, son las que se hacen según la voluntad de Dios y para su gloria (Mt 5:16), y las *obras buenas*, que no aparecen como tales en la Biblia y que son las hechas por voluntad propia y para la gloria personal, aunque unas y otras en muchos casos pueden repercutir para el bien del prójimo.

Así que la fe lleva a hacer *buenas obras*, algunas de las cuales podemos ver en el capítulo 11 de Hebreos. Allí tenemos a los llamados *héroes de la fe*, y allí se describen algunas de sus buenas obras. Pero allí puede observarse, y se nos indica una y otra vez, que estas buenas obras tenían que ver con el hecho de que sus miradas estaban puestas en las cosas de arriba (cf. He 11:8-11,13-16,24-27,31).

La fe de los verdaderamente elegidos por Dios da la victoria sobre el mundo: ***Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*** (1 Jn 5:4; compárese con Juan 3:6), y capacita a los que la poseen para resistir las seducciones del mundo, despreciando sus cosas, y no andar por sus caminos.

La fe de los verdaderamente elegidos por Dios tiene una marca que el apóstol destaca aquí, y esta es el amor. Es una fe que ***obra por el amor*** (Gá 5:6,13-14; 6:10), es decir, que si la fe ama a Cristo, ama *toda* la verdad de Cristo, ama *a todos* los que son de Cristo (sin acepción de personas), y ama *todas* las cosas de Cristo. La fe —como dice Santiago— es simplemente una palabra vacía si no muestra los frutos del amor, si no trabaja en amor y por amor de Cristo y de aquellos que son de Cristo. Y sabemos que la Escritura es demasiado clara en este punto para que nadie se engañe: Véase 1 Juan 3:14-18; 4:7-8,12,20-21. Pero algunos, que se llaman cristianos, siguen empeñados en creer y querer hacer creer a otros, por así decirlo, que tienen un pozo de agua limpia y dulce cuando lo único que sacan son cubos con agua sucia y amarga. El amor sin reservas y sin exclusión es la evidencia de la salvación, en palabras del propio Señor en Juan 13:35.

También sé que en este tema mucho se engañan cuando dicen: *Yo no aborrezco a mi hermano*, quedándose únicamente con la parte negativa y olvidando que Dios ordena amar positivamente. Como decía un santo de la antigüedad, si verdaderamente andamos en santidad, antes de hacer cualquier acción nos debemos preguntar tres cosas: *Primera*: ¿es lícita?, es decir, ¿se puede hacer sin pecar? *Segunda*: ¿es digna de un cristiano?, es decir, ¿mi comportamiento como hijo del Rey es igual al de la gente común? Y, *tercera*: ¿es necesaria?, es decir, ¿se puede hacer sin ofender al hermano

más débil? (Véase 1 Corintios 6:12; 10:23). Porque, aunque alguien pueda montar en un caballo al galope sin hacerse daño, puede ocasionar daños irreparables si galopa por una calle donde juegan niños.

Este es el camino del cristiano: la fe que obra por el amor, aunque para muchos creyentes este camino es demasiado estrecho y quieren más amplitud para sus libertades: *Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Gá 5:13-14). Al igual que en la antigüedad, la libertad para hacer del cristianismo lo que cada uno quiera es la de la diosa Diana, y muchos que se llaman cristianos casi compiten entre ellos por ver quién se acerca más al pecado sin caer, olvidándose de las palabras que nos dicen: *Absteneos de toda especie [apariencia, forma, clase] de mal* (1 Ts 5:22).

No está de más volver a repetir: la fe de los verdaderamente elegidos por Dios, al ser ciertamente una fe salvadora en Cristo, está conectada inseparablemente con el amor hacia todos los que Cristo ama: *Y este es su mandamiento [no dice «sus mandamientos»]: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado* (un mandamiento que incluye creer y amar: 1 Jn 3:23. Véase Filemón 4-7; Colosenses 1:3-6). Si ciertamente amamos a Cristo, amaremos también a *todos los santos* que verdaderamente son de Cristo, porque, si verdaderamente lo son, veremos algo de Cristo en ellos (1 Jn 5:1-2).

Dijimos en el capítulo anterior que, en otras cartas, el apóstol Pablo da gracias también por los hermanos. En

Romanos, lo hace por la fe y la obediencia de ellos, y en 1 Corintios, por la fe y todos los dones con que fueron enriquecidos. Ahora lo hace por la fe y el amor de los cristianos. Y nos podríamos preguntar: ¿qué es lo más importante de estas tres cosas que van unidas a la fe: los dones, la obediencia o el amor?

No es necesario que nos quebrems mucho la cabeza, la propia Palabra nos da la respuesta correcta: ***Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve*** (1 Co 13:1-3). Y después continúa el apóstol describiendo dicho amor. Esto quiere decir que los dones o cualquier obra o ministerio realizados como cristianos, aún en obediencia, no sirven para nada si no hay amor o si se hacen sin amor.

Por tanto, podemos concluir la explicación de este principio resumiendo y diciendo que la fe en Cristo y el amor a su pueblo son inseparables, y si una aumenta o disminuye, también aumenta o disminuye el otro. Por tanto, no podemos ni debemos engañarnos a nosotros mismos ni a nadie cuando no mostramos amor y pretendemos seguir manteniendo que tenemos fe. Si mi amor a los demás cristianos es frío, si me intereso poco por ellos, si no me preocupo por saber las cosas de ellos, si no estoy activamente buscando el bienestar de ellos, si mis gozos y alegrías no son los de ellos, entonces he de saber con seguridad que mi fe en Cristo es muy poca, e incluso puede que nunca la haya tenido.

Evidentemente, a la fe y al amor podemos unirles la comunión inevitable que resulta de estos, pues las tres cosas van unidas: fe, amor y comunión con Dios (*cf.* Sal 25:14; Pr 3:32), y fe, amor y comunión con los hermanos (*cf.* 1 Co 10:16-17; 1 Jn 1:3,6-7; 2:4,9-11; 3:10).

Ahora podemos entrar en el versículo siguiente de la oración, y con él, empezamos a analizar el segundo aspecto de esta que resaltamos en el capítulo anterior, que no es otro sino el de la propia *naturaleza* de la oración. En relación con ella podemos enunciar el siguiente principio, *el tercero* (ya considerado en extensión en el primer libro de esta serie en el que se estudió el pasaje de Romanos 1:8-12): las acciones de gracias a Dios deben preceder a las peticiones.

Esto también es algo a lo cual hemos hecho referencia muchas veces, pero también es algo que muchas veces se nos olvida. Aquí vemos que el apóstol da gracias a Dios, en primer lugar, por lo que Dios ha hecho con los efesios, a los efesios y por medio de los efesios, y después se dirige a Dios con sus peticiones de nuevas bendiciones para ellos.

Este orden es necesario que lo pongamos cuidadosamente en nuestros corazones, porque muchas veces fallamos aquí. La Escritura también es muy explícita en este caso: ***Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias*** (Fil 4:6; en el original, las acciones de gracias se indican antes que las peticiones). También en la carta a los colosenses podemos leer que las acciones de gracias deben estar siempre presentes precediendo a las peticiones (*cf.* Col 4:2-3). Y aquí podemos ver cómo el apóstol nos da ejemplo de hacer lo que exhorta.

Y otra observación más es que Pablo dice ***no ceso de dar gracias***, es decir, que no era para él una acción ocasional. En otros lugares utiliza la palabra ***siempre*** (1 Co 1:4; Col 1:3; 1

Ts 1:2; etc.). Y aquí debemos, de nuevo, recordar sus circunstancias: eran las oraciones regulares de acción de gracias, y de peticiones por sus hermanos, de alguien que estaba preso.

Por tanto, no debemos olvidar nuestra gratitud a Dios, por más urgente y difícil que sea el problema o la necesidad, porque la alabanza da alas a nuestras peticiones. Cuando nos fijamos *primero en Dios* y después en todas sus bendiciones espirituales, cuando nuestros corazones piensan *primero en Dios* y después en su bondad hacia nosotros, más gracias daremos por todos los favores ya recibidos, y más dispuestas estarán nuestras almas para esperar con paz posteriores misericordias. De igual modo, cuando nos fijamos *primero en Dios* para darle gracias, más libertad tendremos para hacer nuevas peticiones, y más confianza y expectación para recibirlas.

Esta es otra costumbre, otro hábito que debemos desarrollar: el de la gratitud y la alabanza a Dios, porque es lo mejor para tener éxito o respuesta a nuestras oraciones ante el trono de la gracia. En el Salmo 34:4 leemos: ***Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores, pero también vemos que la petición fue precedida por lo siguiente: Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos, y se alegrarán. Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre.***

Además —y ya se ha indicado en otras ocasiones—, debemos dar gracias a Dios no solamente por sus misericordias hacia nosotros personalmente, sino también por las que ha derramado y derrama en todos nuestros hermanos santos, hijos también de Dios, lo cual es evidente en el pasaje que estamos analizando. En última instancia, es nuestro deber

hacerlo, como podemos leer en 2 Tesalonicenses 2:13: ***Pero nosotros debemos*** [es una cuestión de deber, es una obligación] ***dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación...*** El mismo sentimiento altruista y de amor hacia los hermanos podemos verlo también en 1 Tesalonicenses 3:9-10, de modo que en esto el apóstol nos da ejemplo y debemos ser imitadores suyos.

Pero hay otro aspecto en la oración de Pablo, pues además de dar gracias por lo que Dios ha hecho en ellos y producido en ellos, pide posteriores bendiciones para ellos, las cuales comienzan en el versículo 17 y llegan hasta el 19. Y es interesante también que nos detengamos aquí un momento para realizar algunas observaciones generales y preliminares.

Primera, si miramos el pasaje con nuestra sabiduría carnal, podríamos llegar a la conclusión de que aquellos cristianos no necesitaban nada especialmente. El apóstol comenzó su oración diciendo: ***Por esta causa***, es decir, mirando todas las bendiciones espirituales que los habían alcanzado; y, a continuación, habla de la fe y del amor de aquellos hermanos, que eran visibles, ***para con todos los santos***. Por tanto, podría llegarse a la conclusión de que, puesto que habían sido tan ricamente favorecidos por el Señor, no tenían necesidad de que se pidiera para ellos ninguna gracia adicional.

Pero la mente espiritual va más allá, y mirando la infinitud de Dios y la buena voluntad de Dios para con su pueblo, sabe que siempre tendremos necesidad de mayor gracia y crecimiento, de modo que se aventura a pedir posteriores bendiciones. Así también debe ser con nosotros cuando nos miramos a nosotros mismos y miramos a los hermanos, pues cada don del amor de Dios debemos verlo como una pequeña parte de mucho más.

Segunda: es interesante también observar lo que el apóstol pide para aquellos cristianos, lo cual comentaremos con detenimiento, si Dios lo permite, pero recuerdo lo que dijimos en el capítulo anterior: que son cuatro las peticiones que hace a Dios por ellos: ***Os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él...*** (v. 17), ***para que sepáis cuál es la esperanza [...]*** y ***cuáles las riquezas*** (v. 18, dos peticiones), y ***cuál es la supereminente grandeza de su poder*** (v. 19).

El apóstol no pide que aquellos cristianos no tengan persecuciones, ni que tengan tranquilidad en el mundo; ni que tengan trabajo, salud o riquezas. Incluso tampoco pide que sean grandes ganadores de almas, o que hagan milagros o hablen en lenguas, como muchos de los modernos cristianos pretenden en el día de hoy. Pablo sigue mirando las cosas celestiales, las de arriba, y la gloria de estas, y en relación con ellas realiza sus peticiones. ¿O es que no dijo el Señor: ***Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón*** (Mt 6:21)?

La *tercera* observación, finalmente, tiene que ver con el hecho de que a veces puede que no sepamos qué pedir para los hermanos.

Antiguamente los cristianos solían decir: *Una palabra es suficiente para el sabio*; esto: que la persona sabia no necesita que se le expliquen mucho las cosas porque guarda silencio y reflexiona ante lo que se le dice. Cuando la persona está receptiva y tiene un corazón sensible a la obra del Espíritu Santo, poca cosa es suficiente.

Pues bien, el apóstol estaba pidiendo cosas que aquellos hermanos —podemos decir, firmes y maduros— aún necesitaban. Y estos hermanos, que sepamos, no reaccionaron diciendo: *¿Quién se ha creído que es?*; *¿cómo nos dice que*

pide esto para nosotros, que ya tenemos fe y amor para con todos los santos?

Por tanto, si un cristiano piadoso y maduro que está interesado por mi bienestar espiritual me dice, o me escribe, o simplemente lo oigo orar pidiendo que Dios me dé paciencia o que me haga más humilde, en vez de enfadarme, si soy sabio con sabiduría **que descende de lo alto**, tendré en cuenta su juicio, y deberé pensar que Dios me está informando para que me dé cuenta de lo necesitado que estoy en dicho aspecto y, por tanto, de la necesidad que tengo de orar también por eso mismo a Dios. En cambio, si nuestra sabiduría sigue siendo **terrenal, animal y diabólica**, responderemos con **celos amargos y contención en nuestro corazón**; pero **donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa** (Stg 3:13-18).

Así podemos mirar la oración que estamos considerando. Si Pablo les hace conocer a aquellos santos que se acercaba al trono de la gracia para orar por esas necesidades, al mismo tiempo, y de modo indirecto, les está mostrando la necesidad que ellos tienen de hacer la misma oración particular en sus súplicas personales.

Y damos un paso más, pues si aquellos santos de Éfeso necesitaban pedir aquellas bendiciones, podemos decir con toda seguridad que nosotros hoy, el pueblo de Dios hoy, también necesitamos pedir las porque no estamos muy sobrados de ellas. Por tanto, al considerar esta oración, debemos mirarla como una indicación del propio Dios para que sepamos también nosotros por lo que debemos orar.

Y es por todo lo indicado por lo que, en la tabla resumen, se han incluido los siguientes motivos de oración que debemos hacer nuestros: Dar gracias a Dios y alabarle por sus bendiciones en nosotros y en el resto de los hermanos; orar,

esforzándonos en ello, para mostrar la fe que obra por el amor y que lleva a la comunión; y orar, esforzándonos en ello, para mostrar espíritu de agradecimiento.

Y, aunque no se ha incluido, porque lo tenemos en la propia Palabra, según lo que hemos dicho, debemos también pedir a Dios que nos *dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él [...], alumbrando los ojos de nuestro entendimiento, para que sepamos cuál es la esperanza a que nos ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y también cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.*

¡Que Dios nos haga entender estas cosas y actuar en consecuencia, para su gloria y nuestra bendición!

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO III EL PADRE DE GLORIA

Efesios 1:15-17

Lectura introductoria: Juan 17:22-24

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.

Estamos considerando una que hemos llamado *Oración por conocimiento* y que encontramos en Efesios 1:15-17. En los capítulos anteriores hemos estado —puede decirse— acercándonos a ella, y hemos visto en sus prolegómenos algunos principios o aspectos muy importantes para nuestras vidas, los cuales ahora recordamos brevemente.

El primero, que hemos sido llamados **para alabanza de la gloria de Dios**. Este es el objetivo de nuestras vidas, el cual hemos de desear cumplir y en el cual nos debemos empeñar, esforzándonos por vivir en santidad, sabiendo que otros glorificarán también a Dios con nuestro ejemplo, y que este modo de vida trae las mayores bendiciones para nosotros mismos y los que nos rodean. Si Dios nos ha bendecido con

toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, debemos vivir con gratitud, para su gloria.

El segundo, que, si nuestra conversión ha sido genuina, debe ser evidente nuestra ***fe en el Señor Jesús*** y nuestro ***amor para con todos los santos***, así como nuestro amor a *toda* la verdad y a *todas* las cosas que son del Señor Jesucristo, en el cual decimos haber depositado nuestra fe. Indicamos que la fe y el amor son inseparables, de modo que si mi amor hacia los demás cristianos es frío, o me intereso poco por ellos, o no me preocupo por ellos, o no busco el bienestar de ellos, o mis alegrías y penas no son las de ellos, en la misma medida estoy demostrando que mi fe, en el que digo que es Señor mío y de ellos, es también muy poca.

El tercero, que debemos desarrollar en nosotros el hábito de dar gracias a Dios, de mirar primero a Dios y sus bendiciones, antes de expresar nuestras peticiones, aunque nuestros problemas o necesidades sean urgentes y difíciles, pues esto nos lleva a mantenernos en paz y a esperar con paz el momento de sus respuestas. De igual modo, consideramos la necesidad de no estar centrados en nosotros mismos, ni para las acciones de gracias ni para las peticiones, pues formamos un Cuerpo con nuestros hermanos, y a ellos también debemos llevarlos a la presencia de nuestro mismo Padre.

Y, *el cuarto*, observamos también cómo las peticiones del apóstol por aquellos hermanos les estaban mostrando la necesidad que tenían, aquello de que carecían y, del mismo modo, nos lo muestran también a nosotros. Esta oración —decíamos— es una indicación divina para orientarnos sobre las cosas en que hemos de insistir en oración.

Hasta aquí nos ha llevado la meditación sobre estos versículos, pero ahora, al seguir adelante, nos encontramos con palabras que nos llevan a introducirnos en niveles superiores para

los que nadie está capacitado, ni para entrar ni para hablar. Entramos en terreno santo, o mejor, en terreno tres veces santo, porque siempre estamos en terreno santo cuando abrimos la Palabra de Dios. Pero hay pasajes en ella que lo son especialmente, y uno de estos es el que nos disponemos a considerar.

Este es, pues, nuestro objetivo y, como lo es, debemos hacerlo con el calzado quitado de nuestros pies, o sea, con corazones abiertos en adoración a Dios. Y para ello, para prepararnos, vamos primero a leer la Palabra y vamos también, especialmente, a acercarnos a Dios —aunque lo debemos hacer siempre— para pedir su bendición.

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Entramos en el versículo 17, que repetimos: *Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.* Una vez más vemos que Pablo se dirige al **Dios de nuestro Señor Jesucristo**, pero como el título completo —**Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**— ya lo hemos considerado con detenimiento en la que llamamos *Oración de gratitud* (v. 3), seguimos adelante y nos encontramos con la expresión **Padre de gloria**.

Es al **Padre de gloria** a quien el apóstol dirige su oración, es el **Padre de gloria** el Destinatario de esta, y es en estas palabras —**Padre de gloria**— en las que nos vamos a detener. Pero antes, enunciamos el principio, *el cuarto* que obtenemos en esta oración, para pasar luego a desarrollarlo: la gloria de Dios es la excelencia de su Ser, la suma de sus perfecciones o la unión de todos sus atributos en resplandeciente combinación.

Así que **Padre de gloria**, pero también puede traducirse como **Padre de la gloria**, o incluso como **Padre glorioso**, tres cosas relacionadas, pero con ligeras distinciones o matices en sus significados. La primera expresión resalta más lo que es Dios en sí mismo: un Ser glorioso; la segunda mira más a lo que procede de él, pues es una Fuente gloriosa, el manantial de donde proceden todas las glorias; y la tercera, la clase de Padre que es para sus hijos, lo cual puede contrastarse —como dijo el Señor— con la clase de padres que somos nosotros y que, aun así, *siendo malos*, damos *buenas dádivas* a nuestros hijos (Mt 7:11; Lc 11:13).

En griego la expresión es: *Patēr tēs doxēs*, la cual, si la comparamos con la que encontramos en 1 Corintios 2:8, o Santiago 2:1 (BT), **Señor de gloria** (*Kurion tēs doxēs*, expresión que contrasta la debilidad de la cruz y el estado actual del Señor: cf. Lc 22:69; 23:43), y con la que se recoge en 1 Pedro 4:14 (LBLE), **Espíritu de gloria** (*Pneuma tēs doxēs*, que hace referencia a Isaías 11:2, donde se habla del **Espíritu de Jehová** que reposaría sobre el Señor; véase Mateo 3:16), es claro que, podemos comprobar, una vez más, la igualdad de las tres personas en la Deidad. Ya hemos comentado que la doctrina de la Santísima Trinidad no aparece de forma explícita en las Escrituras, pero que hay muchos modos en que podemos verla, como en este caso, de forma implícita.

Pero no vamos a hablar de la Santísima Trinidad, sino únicamente del *Padre de gloria*. Ahora bien, todo lo que vamos a decir a continuación —y vamos a decir poco, más bien vamos a leer la Palabra— debe ser objeto de meditación por nuestra parte, a la cual os invito y os aconsejo que hagáis, porque ahora solo podemos pasar rápidamente por muchos aspectos que tienen que ver con dicho título. Pero podemos volver a ellos una y otra vez, en otras ocasiones; leer, meditar, adorar y leer de nuevo.

En primer lugar, lo que es Dios en sí mismo, un Ser glorioso, y glorioso todo lo que lo rodea. En la Escritura se nos dice que el Padre es *glorioso en santidad* (Éx 15:11 BJ) que su nombre es *glorioso* y también *temible* (1 Cr 29:13; Sal 8:1; Dt 28:58, etc.), que está sentado en su *trono de gloria* o *glorioso trono* (Jer 14:21; 17:12). Podemos leer también acerca de su *voz con gloria*, o de *su gloriosa voz* (Sal 29:4; Is 30:30 VRJ), de que es *glorioso en su vestido* (Is 63:1 VRJ), del *brazo de su gloria* (Is 63:12), de *su habitación gloriosa* (Is 11:10), de la *hermosura de la gloria de su magnificencia*, de *la gloria de la magnificencia de su reino* (Sal 145:5,11-12), o de su Reino glorioso, de que él santifica el lugar *con su gloria* (Éx 29:43), y de que su día es *delicia, santo y glorioso*, como es su *morada santa y gloriosa* (Is 58:13; 63:15).

El Padre de gloria es *glorioso, más que los montes* (Sal 76:4), pues se *ha vestido de gloria y de magnificencia* (Sal 104:1), de modo que todo lo que tiene que ver con este *Padre de gloria* es también glorioso, es de gloria, y es gloria en sí mismo. Por eso, nadie puede intentar robarle la *gloria* que solo su nombre merece (Is 42:8), y puesto que nuestra naturaleza siempre tiende a ello, habremos de quemar ese deseo, y hacerlo cenizas, y arrojarlo fuera al *torrente de Cedrón* (1 R 15:13; 2 Cr 15:16; 29:16; 30:14).

También leemos que en *su templo todo proclama su gloria* (Sal 29:9), que su *gloria llena toda la tierra* (Nm 14:21; Is 6:3), que esa *gloria es sobre tierra y cielos* (Sal 148:13), que ha puesto su *gloria sobre los cielos* (Sal 8:1), de modo que esos *cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos* (Sal 19:1). Y también se nos dice que *la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar* (Hab 2:14).

Y aquí, casi sin respiración, debemos hacer una pausa y adorar. Son demasiadas cosas de Dios y su gloria para recipientes tan pequeños. En todo caso, pedir siempre con el salmista: *No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad. ¿Por qué han de decir las gentes: ¿Dónde está ahora su Dios?* (Sal 115:1-2). Y otra vez: *Sea llena mi boca de tu alabanza, de tu gloria todo el día* (Sal 71:8). Y otra vez: *Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén* (Fil 4:20).

En segundo lugar, *Padre de la gloria*, una Fuente gloriosa, el manantial de donde proceden todas las glorias (cf. 1 Cr 29:12; Jn 17:22,24), pues toda *su obra es gloria y hermosura* (Sal 111:3). Con David podemos decir que él es nuestro *escudo, mi gloria y el que levanta mi cabeza* (Sal 3:3), y así como es nuestra *justicia* que va *delante de* nosotros, también *la gloria* suya es nuestra *retaguardia* (Isa 58:8). Y llegará un día en que será *corona de gloria y diadema de hermosura al remanente de su pueblo* (Is 28:5), cuando este vea *la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro* (Is 35:2), como la vieron, aunque no en plenitud, aquellos que estuvieron junto al Señor (cf. Jn 1:14,18).

Es difícil separar este aspecto de Dios como la Fuente —*el Padre de la gloria* del que procede toda gloria y todas sus obras

gloriosas (cf. Sal 90:16)— del siguiente en cuanto a los creyentes —el **Padre glorioso**, la clase de Padre que es para sus hijos, puesto que sus hijos somos su obra más gloriosa—, de modo que hablamos conjuntamente, *en tercer lugar*, de ambas cosas.

De los creyentes dice: **Todos los llamados de mi nombre, para gloria mía los he creado** (Is 43:7), porque somos **plánto de Jehová para gloria suya** (Is 61:3), gloria que debemos mostrar. Y es por esta razón por la que se nos ordena: **Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios** (1 Co 10:31), sabiendo que, ciertamente, cuanto hacemos o no hacemos sus hijos repercute en la gloria que le damos (cf. Ro 4:20; Mt 5:16). No hemos de olvidar que todos pecamos y estamos **destituidos de la gloria de Dios** (Ro 3:23), por lo que necesitamos que Dios se revele a nosotros (**el Dios de gloria**, como se reveló a Abraham: Hch 7:2), que nos dé **gracia y gloria** (Sal 84:11; véase 1 P 5:4), y que seamos **fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria** (Col 1:11), (**fortalecidos en todo sentido con su glorioso poder**: NVI).

Ahora bien, ¿qué gloria hemos de mostrar?; ¿de cuál gloria somos y seremos investidos? Hay una gloria que podemos llamar —por falta de un término mejor— la gloria *oficial* de Dios; y esta es incommunicable. Pero hay otra que podemos llamar la gloria *moral* de Dios, y es de esta de la que somos hechos participantes. La diferencia entre ambas podemos verla en las propias palabras del Señor Jesucristo: **La gloria que me diste yo les he dado** (Jn 17:22), es decir, gloria comunicable, gloria *moral*. Pero, por otra parte, también dijo: **Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria** [la gloria *oficial* incommunicable que solo Dios tiene] **que me has dado** (Jn 17:24).

Por tanto, si tenemos un **Padre de gloria**, una porción de su gloria moral nos es comunicada en esta vida, y debemos desear y pedir fervientemente que dicha porción sea cada vez mayor, *para su propia gloria*, cuando en verdad nos esforzamos en ello **nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, y somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor** (2 Co 3:18). Es cierto que somos totalmente incapaces de explicar el misterio de este cambio espiritual realizado en nuestras vidas, pero el hecho está claramente establecido y puede y debe comprobarse experimentalmente en todos los que se consideran hijos de este **Padre de gloria**. En cambio, si la gloria divina no hace una transformación eficaz en el alma de los santos, la única explicación posible es que los tales no son santos, hijos del **Padre de gloria**.

Una y otra vez se nos habla de esa gloria que nos ha alcanzado, pues gozamos de **la libertad gloriosa de los hijos de Dios** (Ro 8:21), participamos de la **gloria** de los dos ministerios (el de la **letra** escrita y el del **Espíritu**) que proceden de él (2 Co 3:4-11), formamos parte de **una iglesia gloriosa** por la obra de Cristo (Ef 5:27), y se nos han abierto los ojos al **glorioso evangelio del Dios bendito** (1 Ti 1:11). Por eso, y por mucho más, dice Pedro que todos los creyentes podemos y debemos tener en Jesucristo un **gozo inefable y glorioso** (1 P 1:8).

Y si así es nuestro Padre y todo lo que hace y le rodea, y así son sus promesas, y así nuestro destino, también debemos pedir sin límite **conforme a las riquezas de su gloria** (Ef 3:16), con el objetivo —repetimos— para y **por la gloria de su nombre** (Sal 79:9), acercándonos a él en oración para que **aparezca en sus siervos su obra, y su gloria sobre sus**

hijos (Sal 90:16), y con la confianza de que *el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?* (Ro 8:32). Debemos elevar nuestras oraciones y nuestras expectativas en ellas, y debemos elevarnos en nuestras oraciones con reverencia y confianza hasta la gloria de Dios, hasta el Padre de Gloria, y no andar arrastrándonos tanto por esta tierra y la gloria que puede dar.

Y todas nuestras peticiones deben ir siempre acompañadas de nuestra adoración y alabanza: ***Bendígase el nombre tuyo, glorioso y alto sobre toda bendición y alabanza*** (Neh 9:5); ***exaltado seas sobre los cielos, oh Dios; sobre toda la tierra sea tu gloria*** (Sal 57:5,11).

Por tanto, cuando decimos que la gloria de Dios es *la excelencia de su Ser; la suma de sus perfecciones o la unión de todos sus atributos en resplandeciente combinación*, somos conscientes de la pobreza de nuestro lenguaje y de nuestra incapacidad como personas finitas para comprender al Dios Infinito. No podemos abarcar a Dios, pero sí podemos conocer algo de él, y podemos y debemos crecer en dicho conocimiento.

Ahora bien, si experimentalmente ya hemos comprobado y gustado algo de ***la gloria de su gracia*** en nuestras vidas (Efe 1:6), si hemos sentido en nuestras almas ***la potencia de su gloria*** (Col 1:11), si nuestros ojos cerrados han sido abiertos para verlo, aunque sea en parte, ***glorioso en santidad*** (Éx 15:11 VRJ), entonces conocemos que él es el glorioso Dios, aunque solamente podamos expresar un poco de lo que él nos ha dado a conocer en nuestros corazones.

Todos los nacidos de nuevo tienen este conocimiento, aunque solo sea un anticipo, ***porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció***

en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Co 4:6). Por iluminación sobrenatural externa y por revelación interna, (cf. Mt 16:17; Gá 1:16), nos ha sido dado a los santos un discernimiento espiritual que nos permite contemplar algo de la gloria divina, y esto de un modo tal que ninguna persona nos lo podría decir o contar, y ninguna capacidad intelectual podría alcanzar. Los creyentes conocemos, sin ninguna duda, que él es el **Padre de gloria**.

Thomas Goodwin declara: *Él es llamado el Padre de gloria por varias razones [...] por la eminencia de su paternidad: no hay otro padre como él. Él es un Padre glorioso, y por un hebraísmo, él es un Padre de gloria, esto es, un glorioso Padre, tal como ningún padre puede ser. Él es llamado «el Rey de gloria»; hay otros reyes, pero únicamente él es el rey glorioso. Hay otros padres, pero solamente él es el Padre de gloria; por eso es también llamado el «Padre celestial».*

Y Arthur W. Pink continúa diciendo respecto al mismo asunto: *El cielo y la gloria son las cosas más altas que podemos concebir y, por tanto, cuando él quiere indicarnos cuán grande es Dios, cuán glorioso como Padre es, se llama a sí mismo el Padre celestial, el Padre de gloria, en distinción de todas las paternidades.*

Y así, este mismo autor saca las siguientes conclusiones: *En primer lugar: «Nunca te avergüences de tu Padre, tú que eres hijo de Dios, porque has tenido el nacimiento más alto en el mundo, y ninguna nobleza se eleva a esta gloria»* [todos, en alguna medida, nos hemos avergonzado alguna vez de nuestros padres; y también nuestros hijos de nosotros. ¿Pero nos avergonzaremos de nuestro Padre de Gloria?]. Y, *en segundo lugar: «Por lo tanto, anda como es digno de él, y haz que tu luz alumbre delante de los hombres para que*

puedan glorificar a tu Padre, el Padre de gloria, que está en el Cielo» (cf. Mt 5:16).

Finalmente, y en relación con este título de ***Padre de gloria***, hemos de pensar que el apóstol Pablo tenía un motivo particular para dirigirse a Dios así en esta ocasión. Ya hemos hecho referencia en otros estudios que los títulos y nombres dados a Dios con los que nos acercamos a él en oración no deben tomarse al azar, ni tampoco usarse indistintamente con la excusa de que son muchos. Más bien hemos estado viendo que Pablo se dirige a Dios en cada ocasión de acuerdo con las circunstancias especiales o con las necesidades que iba a exponer en su presencia a continuación. Hemos dicho que, en cada ocasión, Pablo mira a Dios y algún atributo específico según la petición que iba a realizar. Y esto es lo que tenemos también en este caso.

Pablo ha comenzado su carta hablando de ***toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo***, es decir, mirando la gloria; y ahora, con la vista puesta en el mismo sitio, va a pedir a Dios que aquellos hermanos tengan un mayor conocimiento espiritual de cosas gloriosas: un mayor conocimiento de Dios mismo, de ***las riquezas de la gloria de su herencia***, de ***la esperanza a que*** han sido llamados, y de ***la supereminente grandeza de su poder***. Adecuadamente, por tanto, llama a Dios ***el Padre de gloria***, del mismo modo que se dirigió a él como ***el Dios de esperanza*** cuando iba a hacer la petición para que los santos pudieran abundar ***en esperanza por el poder del Espíritu Santo*** (Ro 15:13), o como el ***Padre de misericordias y Dios de toda consolación*** (2 Co 1:3) cuando iba a hablar su propia experiencia con Dios en medio de las tribulaciones.

Es como si dijera: si vamos a realizar peticiones gloriosas, vayamos en primer lugar al ***Padre de gloria***. O también

podemos mirarlo al contrario: si nuestra mirada estuviera más fija en el **Padre de gloria**, seguramente nuestras peticiones se arrastrarían menos por la tierra.

Y aunque ahora no vamos a detenernos en las peticiones, sí debemos puntualizar algo de cada una de ellas para comprobar cómo están íntimamente relacionadas con el título particular de **Padre de gloria**.

En primer lugar, Pablo pide a Dios que dé a su pueblo **espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él**, es decir, que tengan un conocimiento de Dios como el único Ser glorioso, el único que existe en gloria, el único que otorga verdadera gloria, y el único merecedor de gloria. En este sentido, es bueno considerar Juan 5:41,44; 8:50; 12:43.

En segundo lugar, Pablo pide que puedan conocer **la esperanza a la que han sido llamados**. Y esta esperanza que procede del llamamiento, según 1 Pedro 5:10, es **a su gloria eterna, es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria** (Col 1:27). Es decir, que vemos de nuevo la idoneidad del título que Pablo da a Dios. Hemos sido llamados **por su gloria y excelencia** (2 P 1:3), y a su gloria estamos destinados.

En tercer lugar, la frase «**las riquezas de la gloria de su herencia en los santos**» muestra que nos espera una herencia gloriosa, esto es, **incorruptible, incontaminada e inmarcesible**, así como también una herencia en la gloria, pues está **reservada en los cielos para nosotros, que somos guardados por el poder de Dios mediante la fe** (1 P 1:4-5). Ambas cosas son gloriosas y maravillosas, y ambas proceden del **Padre de gloria**.

Finalmente, al hacer la petición de que podamos conocer **la supereminente grandeza de su poder para con nosotros**, no hace referencia solamente al ejercicio de la omnipotencia de Dios, sino a algo más, y este algo es a entender, de una

forma especial, cuan glorioso es dicho poder, *su glorioso poder* (Col 1:11 NVI), el que procede del *Padre de gloria*.

Así que podemos percibir mejor por qué el apóstol se dirige aquí a Dios como al *Padre de gloria*, ya que este título es el más apropiado y consecuente con los favores concretos que va a pedir a continuación. En ellos nos detendremos, Dios mediante, en próximos estudios.

Ahora, para concluir, indicamos que podemos, y debemos, con más conocimiento, incluir el siguiente motivo en nuestras oraciones: dar gracias a Dios y adorarlo porque ha querido ser, y es, nada más y nada menos, que nuestro *Padre de gloria*, y esforzarnos y pedir que mostremos cada vez más esa gloria suya en nosotros, para gloria de su nombre. ¡Que así sea!

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO IV EL ESPÍRITU DE DIOS

Efesios 1:15-17

Lectura introductoria: Isaías 11:1-4

Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío.

En el pasaje que estamos analizando de Efesios 1:15-17 y que llamamos *Oración por conocimiento*, hemos llegado hasta el título o nombre que el apóstol Pablo da a Dios, más concretamente al Padre, al cual dirige sus acciones de gracias y sus peticiones. Pablo lo llama **el Padre de gloria**, y decíamos que lo hace porque su vista la tenía puesta en las bendiciones espirituales que nos alcanzan a todos los creyentes y en las peticiones que a continuación iba a realizar.

Ahora vamos a entrar en la petición en sí que da título a la oración, pero creo que prepararemos bien nuestros corazos-

nes para el estudio si traemos a ellos algunos conceptos relacionados con ese título: *Padre de gloria*.

Padre de gloria nos indica que no hay otro padre como él, que es el único *glorioso* en sí mismo, que es el Dador de toda gloria que puede llegar a nosotros, que es el único Padre *de la gloria*, que todo lo que hace y tiene que ver con él es glorioso, y que es, por tanto, el único merecedor de toda la gloria y la alabanza. De este Padre, que ha querido ser nuestro, no tenemos los cristianos ningún motivo para avergonzarnos, ni debemos hacerlo, al tiempo que debemos mostrar en nuestras vidas una parte de su gloria moral, una parte de su luz y su santidad, que él mismo comunica a sus hijos, para así glorificarle y para que otras personas también lo glorifiquen. De igual modo, hemos de entender que no vale de nada la gloria que los hombres o el mundo puedan darnos, y que, por tanto, no hemos de buscarla, pues solo vale y queda la gloria que viene de Dios (*cf.* Jn 5:41,44; Ro 2:29).

A este *Padre de gloria* debemos adorar, para él debemos vivir, y en él y en sus cosas debemos meditar y pensar para que nuestras oraciones apunten hacia cosas gloriosas y no solo se centren en las de aquí abajo.

Y eso es lo que el apóstol hace aquí, el cual, de forma indirecta, estaba mostrando a aquellos santos la necesidad de pedir también en sus oraciones particulares por esas mismas cosas que él pedía. Y si los santos de Éfeso necesitaban pedir aquellas bendiciones, ciertamente nosotros hoy, como pueblo de Dios, también necesitamos hacerlo. Vayamos, pues, a mirar esta oración como una instrucción de Dios para que sepamos por qué orar.

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo me-

moria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Entramos en la primera petición dirigida al Padre de gloria: ***Os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él***. Y si esta es la petición del apóstol, el primer principio para nosotros, el *quinto* según hemos venido numerando desde capítulos anteriores, es que también debemos aspirar, desear, y trabajar por un conocimiento más completo de Dios y por una comunión más íntima con Dios. Y si este es el principio, en nuestras oraciones debemos incluir dar gracias a Dios por el conocimiento que ya tenemos de él y la comunión con él que ya disfrutamos, al tiempo que debemos pedir que dicho conocimiento y comunión vayan en aumento (*cf.* Jn 17:3).

El título ***Padre de gloria***, además de las connotaciones que hemos recordado que encierra, es usado aquí también para fortalecer nuestra fe y para inflamar nuestros corazones. No nos dirigimos a cualquiera, de modo que el recordar lo que encierra este título nos debe animar a pedir por dicho conocimiento con más confianza. Es lo mismo que tenemos en la oración del Padrenuestro, en la cual empezamos diciendo: ***Padre nuestro que estás en los cielos*** [en la gloria, Padre de gloria] y terminamos, aunque esto se olvida con frecuencia: ***Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén*** (Mt 6:9,13). Es en medio de ambas cosas

donde están las peticiones, y debemos estar seguros que el **Dios de nuestro Señor Jesucristo** (v. 17) las da y, en este caso, da este conocimiento, a aquellos que lo buscan con el único y esencial objetivo de glorificar al propio Dios.

Recordemos las palabras del Señor: **Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad y se os abrirá** (Mt 7:7), las cuales, quizá con frecuencia, las hemos usado o las hemos puesto como argumento en nuestras oraciones cuando hemos pedido o hemos estado ocupados —podemos decir— con cosas menores. Pero el Señor Jesucristo no puso un límite a estas promesas, de modo que podemos esperar su cumplimiento cuando nuestra petición y búsqueda hacen referencia al conocimiento del propio **Padre de gloria**. Y así vemos que estas palabras las completa en el Evangelio según Lucas con la frase siguiente: **Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial [es decir, el Padre de gloria] dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?** (Lc 11:13).

De igual modo, el título **Padre de gloria** está puesto para estimular nuestras aspiraciones, para presentar las peticiones con confianza, y para esperar con expectación su cumplimiento. Si miramos a Dios con este carácter, nuestra ambición y anhelo por las cosas gloriosas y celestiales aumenta, de modo que deseamos y trabajamos por un conocimiento cada vez mayor de Dios. Recordemos que para nuestro Señor Jesucristo, **el Padre de gloria**, su Dios y nuestro Dios, y el hacer la voluntad de ese Padre, era lo que absorbía toda su vida y sus pensamientos. Y él es nuestro ejemplo.

Y si ese Padre nos amó tanto que **no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros** [es decir, nos dio lo máximo] **¿cómo no nos dará** [nos concederá de gracia] **también con él todas las cosas?** (Ro 8:32). Aquí, de

nuevo, tenemos una promesa que podemos presentar a Dios cuando pedimos un mayor conocimiento de él, y que no solo ha sido dada para **todas** las cosas de aquí abajo. Y si pensamos que son peticiones demasiado grandes para nosotros, ciertamente pueden serlo, pero no son demasiado grandes para Dios.

Estas consideraciones nos introducen en el siguiente principio, *el sexto*, pues si nos preguntamos: «¿Cómo se consigue dicho conocimiento?», el apóstol nos da la respuesta, y es que necesitamos Espíritu, y espíritu (después explicamos esto), de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Dios y para este.

De nuevo, hemos de recordar aquí que Pablo, al pedir a Dios estas cosas particulares, no estaba queriendo decir que los cristianos de Éfeso carecieran totalmente de ellas, de igual modo que sus palabras **gracia y paz a vosotros (v. 2)** no implican que no poseyeran ni la una ni la otra. Más bien, lo que deseaba era un aumento de ambas. Y aquí sucede lo mismo. Ellos ya tenían un conocimiento de Dios, pues, en caso contrario, el apóstol no se habría dirigido a ellos como **los santos y fieles en Cristo Jesús (v. 1)**.

Por tanto, al orar que Dios les concediera **Espíritu de sabiduría y de revelación** (NVI) no estaba Pablo pidiendo que el Espíritu Santo fuera dado a ellos por primera vez. Ya, anteriormente, les había asegurado que habían sido **sellados con el Espíritu Santo de la promesa (v. 13)**. Así que, lo que estaba pidiendo ahora era nuevos suministros del Espíritu Santo a ellos, de modo que con esto pudieran tener una más plena, más profunda, y más íntima comunión y conocimiento de Dios. Es la misma idea que se encuentra en el pasaje de Lucas 11:13 citado (pues se habla de dar el Espíritu Santo a los que ya son hijos, por tanto, a los que ya lo tienen, y el

único significado posible es que hace referencia a una mayor plenitud o llenura). Y podemos recordar las palabras: ***A todo el que tiene se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará*** (Lc 8:18); o aquellas otras: ***Para que andéis [...] creciendo en el conocimiento de Dios*** (Col 1:10). Así pues, como Dios es infinito, nunca terminaremos de conocerlo, de modo que debemos decir: ***Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová*** (Os 6:3).

Ahora bien, si nos fijamos en nuestras biblias con detenimiento, en muchas versiones la palabra ***espíritu*** de este pasaje se encuentra con minúsculas y no con mayúsculas, ***Espíritu***, es decir, Espíritu Santo (NVI). Esta diferencia se debe a que los manuscritos que se conservan fueron escritos con letras mayúsculas, unciales, y no podemos distinguir cuál es el significado preciso aquí. Por tanto, es una interpretación de los traductores el usar una u otra expresión.

Cuando aparece en la Biblia ***Espíritu Santo*** (Jn 14:26), o el ***Espíritu de Dios***, o el ***Espíritu de Cristo*** (Ro 8:9), o el ***Espíritu de Verdad*** (Jn 14:17; 15:26), o el ***Espíritu del Señor*** (Hch 8:39), o el ***Espíritu de su Hijo*** (Gá 4:6), o el ***Espíritu de gracia*** (He 10:29), o el ***Espíritu eterno*** (He 9:14), el significado es bastante claro y, en todos los casos, es Espíritu, es decir, Espíritu Santo. También es clara la diferencia cuando leemos: ***Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*** (Jn 3:6; también en Romanos 8:16), pues el principio de gracia o nueva naturaleza que se imparte al regenerado participa del carácter de su Engendrador o Comunicador, y se cita después de él.

De igual modo, son claros también otros pasajes donde la palabra ***espíritu*** se vierte en minúscula porque con ella se hace referencia a un estado mental nuestro o a los hechos que la nueva naturaleza trae al creyente, evidentemente bajo la

influencia del Espíritu Santo. Así podemos leer del *espíritu de mansedumbre* (1 Co 4:21), del mismo *espíritu de fe* (2 Co 4:13), o de renovarse en el *espíritu de vuestra mente* (Ef 4:23).

Pero hay otros pasajes donde es más difícil determinar si hacen referencia al Dador o a sus dones. Así, por ejemplo, Romanos 1:4; 8:15; 1 Timoteo 3:16; 1 Pedro 3:18; y también sucede con este que nos ocupa (incluso algunos comentaristas ponen en entredicho que la palabra *espíritu* sea con minúscula en los tres citados con anterioridad a estos). De todos modos, hemos de entender que la persona del Espíritu Santo y sus operaciones de gracia están inseparablemente conectadas (*y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová*: Is 11:2) y, cuando no haya claridad, es bíblico entender que se incluyen ambas cosas.

Un ejemplo que puede arrojar luz a esto que digo es el conocido de Gálatas 5:22, que nuestras biblias recogen como: *Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz...* ¿Qué estaba queriendo decir aquí el apóstol? Si vemos el contexto, antes ha hablado de *las obras de la carne*, es decir, de las obras de la vieja naturaleza, por lo que puede pensarse que ahora está haciendo lo mismo hablando del fruto de la nueva naturaleza, de la espiritual, del *espíritu* (con minúsculas, tal como se vierte en la Biblia Textual). Pero como este fruto que produce la nueva naturaleza es debido a la acción del Espíritu Santo y es el Espíritu Santo el autor de este, podemos, sin temor a ir en contra de la propia Palabra, poner *Espíritu* (con mayúscula) y, así, entender ambas cosas, aceptar ambos significados.

Por tanto, en definitiva, podemos aceptar que en Efesios 1:17 el apóstol pide al *Padre de gloria* que dé a los creyentes

espíritu de sabiduría, es decir, más sabiduría (porque ya tienen alguna desde el momento del nuevo nacimiento: cf. Stg 1:5; 3:17), que va unida al **temor de Jehová** (Pr 1:7), pero también que sean más llenos del Espíritu del cual procede la sabiduría, es decir, del Espíritu Santo. Ambas ideas se encuentran también relacionadas y descritas en 1 Corintios 2:12-13: *Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.*

Y es por esta doble interpretación o posibilidad que hemos enunciado el principio así: necesitamos Espíritu, y espíritu, de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Dios y para este.

Ahora bien, cuando pasamos a la palabra siguiente vemos que Pablo pide, además de espíritu de sabiduría, también **y de revelación**, y en este caso no podemos entender la palabra como un don para los creyentes (también algunos comentaristas difieren aquí de nosotros y afirman que se está hablando de un don en nosotros que nos permita ver mejor la revelación de Dios en su Palabra). **Revelación** no es algo que podamos tener nosotros, no es un don que podamos emplear nosotros, sino que es un acto de alguien para con nosotros, de otra persona distinta a nosotros y, en este caso, de un Revelador a nosotros. Y la Escritura no deja lugar a dudas de quién es esta persona. *Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu [...] y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios,*

para que sepamos lo que Dios nos ha concedido (1 Co 2:9-10,12).

Por tanto, nuestra comprensión de esta petición inicial del apóstol ha de ser la siguiente:

En primer lugar, se pide un aumento en la medida del Espíritu, una mayor llenura del Espíritu Santo, de quien procede toda la sabiduría espiritual y quien puede revelar la realidad, la gloria, y las bendiciones de las cosas divinas. (Mirado así, en este versículo 17 tenemos, de nuevo, un pasaje trinitario).

Pero también, *en segundo lugar*, Pablo pide un aumento del don de sabiduría para que sea derramado en estos efesios, es decir, por una mayor capacidad para saber las cosas de Dios y para que Dios sea manifestado a ellos, y en ellos, y así glorificado en ellos y por ellos (*cf.* Jn 14:21,23). Pablo ora para que, por el Espíritu Santo y por los dones de dicho Espíritu, ellos puedan percibir más claramente la inefable gloria del ***Padre de gloria***, que satisface completamente al alma. O, de otro modo, Pablo ora para que Dios cumpla su promesa de que ***todos*** sus hijos serán ***enseñados por él*** (Is 54:13), y que esto lo haga por los distintos modos en que podemos obtener conocimiento de él. Y si Pablo ora así, también debemos hacerlo nosotros, pues no hay más seguridad de respuesta que poner ante Dios sus propias promesas, como David: ***Porque tú, Jehová Dios, lo has dicho*** (2 S 7:29). Véase Jeremías 51:62.

Ahora bien, quiero decir algunas cosas importantes acerca del hecho de ser ***llenos del Espíritu Santo*** (Hch 2:4; 4:31; etc.), de esto que debemos pedir para tener más conocimiento de Dios. Según lo que estamos diciendo, y tal como aparece en otros pasajes, esto es algo que solo depende de Dios, es una obra de Dios, y cuando Dios la hace no es simplemente

te para que tengamos una experiencia maravillosa o para que resaltemos nuestro yo con orgullo, sino con vistas al testimonio cristiano y al servicio, es decir, con vistas a que podamos glorificarlo más y mejor.

Por tanto, si es un don que proviene de Dios, nosotros solamente podemos expresar el deseo de recibir esta bendición, solo podemos orar por ello e incluirlo en nuestras oraciones como algo fundamental, pero para ello habremos de tener en cuenta varias cosas.

En primer lugar, habremos de creer que puede suceder, pues, si no se cree esta doctrina, no buscaremos ni pediremos esta bendición. Debemos reconocer que existe la posibilidad de experimentar en nuestras vidas algo que no conocemos, algo distinto a la bendición normal y, podemos decir, ordinaria, de la obra de santificación del Espíritu Santo en nosotros. Si leemos 1 Pedro 1:8, vemos que dice a los creyentes, ***expatriados de la dispersión (v. 1)*** (esto es, en circunstancias muy difíciles a causa de su fe) que, por Cristo y en Cristo: ***Os alegráis con gozo inefable y glorioso***. Pedro dice, pues, algo extraordinario de aquellos creyentes en cuanto a su gozo y, evidentemente, esta no es la tónica común en nuestros días, sino más bien la de presentar un nivel de gozo muy bajo. Por tanto, si nos examinamos a nosotros mismos, debemos comenzar por decir: «Yo no debería ser así; veo que hay otra posibilidad; creo que hay otra posibilidad; quiero esta posibilidad; reconozco la necesidad de ella, y voy a pedir a Dios por ello».

Muchas de las experiencias que vemos en los cristianos del Nuevo Testamento han seguido dándose a lo largo de la historia; no todo ha cesado, y debemos creer, para pedir, que es posible un mayor conocimiento de Dios cuando el propio Dios nos llena con su Santo Espíritu. En la Iglesia del Nuevo

Testamento vemos que había poder, gozo, entrega, entusiasmo... Y nos podemos preguntar: «¿Somos nosotros así?». Si la respuesta es: «No», hemos de plantearnos: «¿Creemos que es posible ser cristianos de otro modo, conocer a Dios de otro modo?».

En segundo lugar, habremos de vigilar nuestros motivos si vamos a hacer esta oración y petición. Hay muchos en el día de hoy que buscan estas cosas porque quieren nuevas experiencias; otros porque desean poder o reconocimiento; otros porque desean mostrar dones espectaculares, tales como el de hablar en lenguas o el de sanidad, etc. Pero, según estamos diciendo, el objetivo principal para pedir esto a Dios es para conocerle más, para poder servirle mejor para su gloria, y para poder glorificarle más con nuestras vidas. Desde luego que el Espíritu Santo concede experiencias, poder y dones, pero no debemos orar buscando estas cosas.

Si leemos Romanos 5:5 vemos que, de nuevo, el apóstol habla de algo muy especial: ***El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado***. No es que no amemos a Dios, ¿pero ha sido derramado el amor de Dios así en nuestros corazones? Esto es lo que hemos de buscar, con todo lo que eso conlleva de servicio a Dios y a las personas. No hablamos de creer, no hablamos de fe. Ya hemos indicado en días anteriores que la fe que no nos lleva a amar es una fe muy dudosa, y si anhelamos conocer más a Dios es para amar más a Dios según lo tenemos en el primero y más grande de los mandamientos (*cf.* Mr 12:30). Este debe ser el motivo para pedir un mayor conocimiento de Dios: conocer más el amor de Dios a nosotros y para amar nosotros más a Dios. No es creer que Dios nos ama, sino sentirlo en plenitud y actuar en consecuencia.

En tercer lugar, habremos de tener en cuenta también cómo andamos en el camino de la obediencia, pues si leemos Hechos 5:29-32 es claro que se habla de esta llenura especial del Espíritu Santo solo para **los que obedecen**. Si solamente queremos que Dios nos dé cosas para cuando las tengamos olvidarnos del propio Dios, avanzaremos poco (esta es la experiencia que confirma el que escribe en relación con no pocos que vienen a las iglesias porque tienen algún gran problema y, cuando se les soluciona, se van). Pero si realmente queremos conocerlo, entonces nos esforzaremos por mantener una correcta relación con él, la cual lleva implícita la obediencia.

El deseo de conocer a Dios es con el fin de agradarle en todo y estar cerca de él. El amor que hemos de tener hacia Dios no es un simple sentimiento como el que se experimenta en un culto o cuando leemos la Biblia, o un libro, o escuchamos un himno, sino que ha de ser una pasión que controle toda nuestra vida en forma de obediencia. Por eso se nos dice que no contristemos **al Espíritu Santo** (Ef 4:30), porque si lo hacemos con nuestra desobediencia, en ese camino es imposible seguir conociendo más a Dios.

Y, en cuarto lugar, una vez que hemos tenido en cuenta las tres cosas anteriores, y no antes, entonces llegamos a la oración. Cuando creemos que otro conocimiento de Dios y otra vida son posibles, cuando los queremos, cuando vigilamos nuestros motivos, y cuando estamos andando en obediencia, nos damos cuenta de que, por mucho que hagamos, no tenemos ningún derecho sobre Dios ni podemos exigirle nada. Nunca podremos decirle: «Ya he hecho lo suficiente; ahora tienes que darme». Más bien, después de haberlo hecho todo, diremos: «Soy un siervo inútil (cf. Lc 17:10) y dependo de tu gracia, tu misericordia, tu amor y tu compa-

sión. No te obedezco para obtener algo, sino porque te amo y quiero conocerte. Quita de mi corazón la dureza que me incapacita para amarte como es debido».

Y esta oración ha de ser con insistencia, ha de estar presente el elemento de lucha con Dios, de implorar sus promesas, y de decir, como Jacob en la antigüedad: ***No te dejaré si no me bendices*** (Gn 32:26).

Si hacemos esto, y animo a todos y a mí mismo a andar por este camino (pues, como se indica en la introducción del principio del libro, en el que dice que el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual), no es que automáticamente Dios nos vaya a dar más conocimiento de él, pero sí os digo que este es el camino que él nos muestra en su Palabra. Es angosto, pero en él aprendemos muchas cosas espirituales, y en él hemos de andar y esforzarnos.

¡Qué así sea, para su gloria!

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO V EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Efesios 1:15-17

Lectura introductoria: Isaías 64:1-4

¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia! Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti. Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

En este capítulo vamos a concluir el estudio de la que hemos llamado *Oración por conocimiento*, y lo vamos a hacer deteniéndonos en el objetivo final de la petición de Pablo, pues si bien pide *espíritu de sabiduría y revelación*, dice, a continuación, que es *en el conocimiento de él*, o *para el conocimiento de él* (BJ; NRV 1990; NVI).

Recuerdo que, por las palabras empleadas, podíamos entender que Pablo incluía en su petición una mayor llenura del Espíritu Santo para los creyentes de Éfeso, al mismo tiempo que una mayor sabiduría, de modo que ambas cosas los condujeran a un mayor conocimiento de Dios.

Y recuerdo que también dijimos que era posible otro tipo de vida cristiana; que era posible —porque Dios así lo muestra en su Palabra— vivir con mayor gozo, amor y entrega a Dios y a las personas, y que no solamente era posible, sino que también debemos desear, aspirar, y trabajar por conseguir este tipo de vida. Hemos de creer que Dios puede actuar con poder en nosotros; hemos de saber que el mayor conocimiento de Dios es con vistas al servicio cristiano y a una vida que lo glorifique más; hemos de esforzarnos por andar en un camino de obediencia; y, después de ello, hemos de hacer nuestra, con insistencia y humildad, la oración que estamos considerando, la cual, se relaciona también con una promesa de Dios.

Ahora la recordamos de nuevo, y nos acercamos a Dios pidiendo su bendición para gloria de su nombre.

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Así que Pablo pide sabiduría y revelación *en el conocimiento o para el conocimiento* de Dios. Esto lo vamos a considerar y desarrollar, pero antes enunciamos otro principio en relación con ello, *el séptimo*, y lo hacemos del modo siguiente: Hay distintas clases de conocimiento, pues hay distintos ob-

jetos o cosas conocidas, y las hay en distintos grados. Y una cosa es el conocimiento espiritual y otra el que se deriva o procede de los dones.

Ahora, lo primero que debemos hacer en relación con la frase es preguntarnos: ¿Conocimiento *de quién?*; ¿del Padre o de Cristo? Porque la construcción gramatical permite ambos puntos de vista. Algunos se decantan por lo primero, pues todo el contexto a continuación, las otras peticiones, hacen referencia al *Padre de gloria* (cf. vv. 19-20); pero muchos otros se inclinan por lo segundo, influidos seguramente por lo que encontramos en Filipenses 3:8: *Aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura...*, o por la exhortación de 2 Pedro 3:18: *Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.*

De todos modos, puesto que en Juan 1:18 se nos indica: *A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*, podemos incluir ambas cosas, considerar que la petición engloba a ambas; es decir, que es por el conocimiento de Dios, pero este solo es posible en Cristo o a través de Cristo (cf. Jn 14:6,10-11; 17:3).

Ahora bien, del mismo modo que la Escritura nos habla de más de una clase de fe, aunque una sola sea la verdadera, y de distintos grados de fe, también podemos entender que hay varias clases de conocimiento y distintos grados de este. Una cosa es conocer por medio de un amigo fiable que el fuego produce efectos desastrosos en nosotros si no nos protegemos de él, y otra muy distinta es conocer dicho efecto personalmente porque nos hayamos quemado. Son conocimientos muy distintos. El primero es nocional o teórico, y el

segundo, experimental, aunque deberíamos llamarlo “*experiencial*”, pero esta palabra no es castellana.

En este sentido podemos recordar las palabras del espíritu inmundo que se dirigió a Cristo y dijo: ***Sé quién eres, el Santo de Dios*** (Mr 1:24). Este conocimiento era real y preciso, pero no le aprovechó de nada espiritualmente. Por tanto, cuando la Escritura indica: ***En ti confiarán los que conocen tu nombre*** (Sal 9:10), nos está hablando de un conocimiento real, preciso, práctico y vital, que sirve para depositar la vida y la confianza en el propio Dios. No es, pues, el de ***los demonios***, que ***creen***, porque conocen, ***y tiemblan*** (Stg 2:19), aunque este conocimiento, por desgracia, tiene más efecto en ellos que en algunos, que ni siquiera tiemblan.

En cuanto al grado de conocimiento, si nos referimos a Dios, al igual que hay distintos niveles de confianza en él (el pasaje de Lucas 12:33-34 no es igualmente aplicado por todos), también los hay en el conocimiento, y hemos de entender que en la oración que nos ocupa se hace referencia no solo al conocimiento teórico que puede obtenerse por los libros y el estudio, sino a aquel que ejerce su influencia en el corazón y en la vida. Este conocimiento experimental y espiritual de Dios determina también la amplitud con que lo amamos, lo obedecemos, y confiamos en él.

Y si esto es así —y así lo creemos—, podemos darnos cuenta de la importancia de tener un pleno conocimiento de Dios y de por qué es la primera de las cuatro peticiones que aparecen en este pasaje. O dicho de otro modo: nuestra poca fe o nuestra falta de amor y obediencia a Dios se deben, en primer lugar, a un conocimiento inadecuado del propio Dios. Si estuviéramos más íntimamente familiarizados con Dios y tuviéramos una mayor comunión con él, lo amaríamos mucho más, confiaríamos en él mucho más, lo obedecería-

mos mucho más, y desearíamos mucho más vivir para su gloria. De ahí la importancia de esta oración.

Y, repito, no hablamos de un conocimiento nocional, sino de aquel por el que vemos la gloria del Señor y somos *transformados de gloria en gloria en la misma imagen* (2 Co 3:18).

También puede hablarse de un conocimiento por medio de los dones especiales, pero este, de nuevo, es muy distinto del conocimiento espiritual. Si recordamos, los creyentes en Corinto tenían mucho del primero pero muy poco del segundo. A ellos nada les faltaba *en ningún don*, y fueron *enriquecidos en él, en toda palabra y en todo conocimiento* (1 Co 1:7,5). Por tanto, tenían dones, tenían conocimiento, y podían hablar entre ellos y a otras personas de las cosas espirituales; pero Pablo tuvo que decirles: *Yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo* (1 Co 3:1). O, de otro modo, ellos eran muy deficientes en el conocimiento espiritual y experimental de Dios y, por eso, el apóstol les muestra el camino más excelente del amor en el capítulo 13 de esta misma carta.

Por tanto, hemos de tener claro que el conocimiento a que se hace referencia en este versículo de Efesios es un conocimiento espiritual y experimental, el cual podemos tenerlo todos los cristianos, aunque carezcamos de dones, o aunque no sepamos expresar las cosas con tanta facilidad como aquellos hermanos en Corinto. Es un conocimiento del corazón, y no un conocimiento mental de Dios, lo que nos hace más santos.

Si recordamos las palabras del Señor Jesucristo, y tenemos en cuenta lo que hemos dicho, entenderemos mejor lo que es la vida eterna: *Y esta es la vida eterna: que te conoz-*

can a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Jn 17:3).

Por tanto, la petición a favor de aquellos cristianos en Éfeso y la que nosotros también debemos hacer en el día de hoy es que nos sea concedido, por medio del Espíritu Santo y sus operaciones, un mayor conocimiento espiritual de Dios para que podamos percibir más claramente su gloria y sus perfecciones, para que nuestros corazones crezcan en amor, y para que nuestras voluntades se inclinen cada vez más a la obediencia.

En este proceso de crecimiento Dios prepara, *en primer lugar*, la mente mediante el estudio y la meditación sistemática en su Palabra: ***Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero*** (1 Jn 5:20), de modo que, si vamos obedeciendo, desarrollaremos en nosotros ***la mente de Cristo*** (1 Co 2:16). *En segundo lugar*, este proceso de desarrollo nos permite recibir nuevas instrucciones espirituales, porque hay cosas que ***no*** podemos ***sobrellevar*** en determinados momentos (Jn 16:12), pero sí más adelante cuando vamos creciendo. Y, finalmente, *en tercer lugar*, Dios nos concede una mayor medida del ***Espíritu de sabiduría y de revelación***.

Por tanto, nos encontramos ante una petición a Dios que exige de nosotros unos requisitos previos, de modo que, si falta el estudio, la lectura o la obediencia, nuestra mente espiritual no se desarrolla y nos incapacitamos a nosotros mismos para posteriores bendiciones. Por el nuevo nacimiento pasamos de las tinieblas a la luz, pero nos hace falta más luz y más manifestaciones de Dios si hemos de avanzar en su conocimiento.

Ahora damos un paso más y nos preguntamos: ¿Es posible este mayor conocimiento espiritual de Dios? La respues-

ta es que sí, pues si no fuera así, Pablo no lo pediría para aquellos hermanos. Y con esto nos adentramos en el siguiente principio, *el octavo*, que enunciamos así: Dios ha prometido que sus hijos lo conocerán. Esta es una promesa del nuevo pacto: *Ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos* (He 8:11), que también fue profetizada por Isaías: *Todos tus hijos serán enseñados por Jehová* (Is 54:13; puede leerse también 1 Juan 2:27, que algunos usan para decir que nadie tiene que enseñar en la Iglesia, olvidando que existe el don de maestro y el de enseñanza). Y puesto que estas son promesas de Dios, nosotros podemos tomarlas por fe y presentarlas ante él.

El verdadero conocimiento de Dios del que se habla en este pasaje no puede conseguirse, pues, solamente con el estudio. Como podemos leer, *en tu luz veremos la luz* (Sal 36:9), *vemos la luz* (LBLA), y solo en ella, de modo que solamente cuando Dios brilla en nuestro entendimiento y se revela a nuestros corazones es cuando podemos tener un mayor conocimiento de él.

Además, este mayor conocimiento de Dios va unido, indefectiblemente, a la Palabra, pues el Espíritu Santo obra, normalmente, por medio de ella. Por tanto, como hemos indicado en otras ocasiones, cada vez que leamos o meditemos en ella debemos ser conscientes de nuestra necesidad de las cosas de Dios, de nuestra necesidad de que dichas cosas nos sean mostradas, y de la necesidad de pedir esta iluminación.

Ahora bien, cuando esto suceda, hemos de aplicarlas a nuestros corazones y obedecerlas para que podamos ser más y más cambiados a su verdadera imagen. Y hemos de cuidar nuestro orgullo, porque una cosa es estar convencido de

estas necesidades, y otra muy distinta ponerlas en práctica. Como dijera el Señor Jesucristo, las cosas de Dios solamente son reveladas a aquellos que muestran la humildad de los niños (*cf.* Mt 11:25).

El conocimiento de Dios prometido y al que se hace referencia en esta petición proviene de la palabra griega *epignosei*. En griego, *gnosis* significa «conocimiento», y *epi* indica «sobre, por encima». Por tanto, se está pidiendo un conocimiento adicional, un mayor conocimiento. Es la misma palabra que aparece en Romanos 3:20 cuando Pablo escribe: ***Porque por medio de la ley es el conocimiento*** [el conocimiento pleno] ***del pecado***, la cual, en este contexto, nos permite percibir mejor su fuerza. Un hombre conoce algo del pecado por medio de la luz de su conciencia y de su propia naturaleza, pero cuando el pecado es visto a la luz de la autoridad, la espiritualidad, y el rigor de la ley de Dios, es cuando verdaderamente llega a entender que el pecado es ***sobremanera pecaminoso*** (Ro 7:7-13), y es cuando obtiene un adecuado conocimiento de la maldad de dicho pecado.

Por tanto, no se ora aquí por un simple conocimiento de Dios, sino que se pide un mayor conocimiento. No será nunca un conocimiento pleno o total, porque a Dios no lo podemos concebir, pero sí puede ser un conocimiento de primera mano, íntimo, experimental, espiritual, a través de su persona, su carácter, sus perfecciones, especialmente en el modo en que Dios se ha revelado en Cristo y por Cristo.

También indicamos algo acerca de lo que ya hemos mostrado, puesto que en algunas biblias la traducción es: ***Para*** el conocimiento de él: ***Para que lo conozcáis mejor*** (NRV 1990), ***para que lo conozcan mejor*** (NVI), ***para conocerle perfectamente*** (BJ), lo cual nos arroja una nueva perspectiva, porque no solamente pedimos conocerlo nosotros, sino

también darlo a conocer a otros. Primero, pues, vamos a Dios en oración y buscamos su comunión y su conocimiento, pero después lo confesamos fuera ante las personas con nuestros labios, pero, sobre todo, con nuestras vidas. Queremos un conocimiento de Dios *para* mostrar a las personas en nosotros mismos cómo es Dios, *para que* otros lo conozcan, del mismo modo que fue mostrado o revelado por Jesucristo (*cf.* Jn 1:18).

Si nuestro conocimiento de Dios es como el de un extranjero, como el de una persona con la que no tenemos comunión, y no como el de un amigo, difícilmente podremos dar a conocer a Dios. Dios dijo a Moisés: *Yo te he conocido por tu nombre* (Éx 33:12), y Moisés conoció a Dios y dio a conocer a Dios. Abraham fue llamado *amigo de Dios* (Stg 2:23; 2 Cr 20:7; Is 41:8), y conoció a Dios y lo dio a conocer a otros. Y el Señor Jesucristo dice: *Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen* (Jn 10:14). De este conocimiento mutuo es del que se habla: Dios conociéndome a mí, y yo conociendo a Dios, conversando con Dios, y teniendo comunión con Dios como con un amigo. Y es solo con este conocimiento como podremos dar a conocer a Dios a otras personas.

No es conocer *sobre* Dios, ni conocer *las cosas de* Dios, del mismo modo que la fe no consiste en creer *en* Dios; es conocer y creer *a* Dios, pues repito, *también los demonios creen* [y conocen] *y tiemblan* (Stg 2:19).

Así está escrito: *Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo* (1 Jn 1:3), de modo que él nos conoce y nosotros lo conocemos, él nos posee y nosotros lo poseemos y, como consecuencia, nos aferramos a él como nuestra suprema bondad, nos damos a nosotros mismos a él como nuestro Señor, y nos gozamos en él como

nuestra porción eterna. Y este conocimiento debe evidenciarse en nuestro andar diario sometiéndonos a su autoridad, intentando agradarle en todas las cosas y viviendo cada día más y más para él. Así, la obediencia llega ser espontánea y gozosa, y decimos con Juan: ***Sus mandamientos no son gravosos*** (1 Jn 5:3), al tiempo que comprobamos que su ***voluntad es buena, agradable y perfecta*** (Ro 12:2).

Finalmente, damos un paso más, pues cuanto más crecemos en este conocimiento de Dios, más fácilmente podremos encontrar conocimiento de él, esto es, más fácilmente podremos reconocerlo ***en todos*** nuestros ***caminos, y él enderezará*** nuestras ***veredas*** (Pr 3:6). Y con esto entramos en el último principio que vamos a considerar, ***el noveno***, que enunciamos así: La verdadera sabiduría, como la revelación, es de lo alto. El conocimiento espiritual de Dios que hemos de procurar y por el que hemos de orar, trae como consecuencia un conocimiento práctico de Dios que nos lleva a andar con sabiduría en nuestros caminos (*cf.* Stg 3:17). Hemos de considerar que el Espíritu que pedimos es Espíritu de sabiduría y de revelación: sabiduría para la vida, y revelación para ver cosas que están ocultas para la sabiduría normal y para la prudencia de este mundo.

Evidentemente, muchos cristianos evidencian falta de conocimiento de Dios por su falta de sabiduría en el andar diario. Las equivocaciones, los problemas en que algunos se meten, las malas decisiones que después traen dolores de cabeza, etc., muestran la falta de conocimiento de Dios. La sabiduría y la revelación que proceden del Espíritu no implican una distinta clase de conocimiento, sino un distinto grado, de igual modo que lo implica para la comprensión de Dios o para que podamos conocer mejor su gloria. Y esto se evidencia por la clase de vida que cada uno lleva.

En resumen: un aumento en el conocimiento espiritual y experimental de Dios es posible, y hemos de creerlo y pedirlo, al mismo tiempo que es necesario para servirlo, para glorificarlo, para darlo a conocer tal como es, y también para no dar tantos tropiezos en la vida. Hay un conocimiento de Dios que puede y debe obtenerse por la meditación en la Palabra, donde Dios es revelado, y en el camino de la obediencia. Este, podemos decir, es el modo ordinario. Pero hay también un camino de revelación por el que el Espíritu Santo viene a los corazones, capacitándolos para discernir la gloria de Dios tal como ningún estudio puede producir. Quizá algunos, en algunas ocasiones, leyendo la Palabra u orando, haya tenido alguna revelación inusual de Dios que no ha apreciado en otras. Es algo intuitivo que ha de experimentarse para que pueda entenderse. Esa fue la experiencia de Job cuando dijo: *De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven* (Job 42:5).

Terminamos con un último pensamiento, pues si hemos de pedir este conocimiento del Padre de gloria, ¿tendrá él que prepararnos? La respuesta es que sí y, por tanto, tendremos que estar preparados para las sorpresas, advertidos para que nada nos coja desprevenidos.

Antes he hablado de dos conocimientos distintos del fuego, el teórico y el «experencial», y está escrito que *nuestro Dios es fuego consumidor* (He 12:29; Dt 4:24; 9:3; Is 33:14), consumidor total para los incrédulos, pero también consumidor parcial, purificador, para los suyos. Por tanto, conoceremos más de la fidelidad de Dios en *el fuego* (Is 43:2), y más de su justicia cuando seamos disciplinados (cf. He 12:10-11), y más de su santidad cuando nos haga conocer mejor el pecado en nosotros, y más de su cuidado cuando nos lleve a estar perdidos.

Conocer más a Dios. ¡Qué tremendo, y qué gozo, y qué deseo! El Espíritu Santo lo es también de Verdad y de pureza, y hará cosas en nuestras vidas. Probablemente nos haga comprender nuestro pecado como nunca antes, de modo que nos sentiremos peores de lo que nos sentíamos cuando comenzamos a orar; y también, seguramente, seremos tentados y probados más fuertemente que nunca. No quiero decir que esto tenga que suceder automáticamente, pero es lo que testifican muchos que han pasado por esta experiencia: la consecuencia inmediata de empezar a orar por esta bendición ha sido el agravamiento de los problemas, pruebas, conflictos, y dificultades y, sobre todo, una visión aterradora de uno mismo.

Hemos de tener presente que hasta nuestras oraciones y deseos más nobles son egoístas, y el Espíritu tiene que abrirnos los ojos a estas cosas. Así que no esperemos que el conocimiento de Dios sea una cosa fácil, rápida y sin consecuencias. ¡En ninguna manera! Si queremos conocer a Dios, habremos de dejar que él nos guíe y nos conduzca a donde quiera, cuando quiera, y como quiera. Sería ridículo pedirle que nos bendiga cuando nos resistimos a lo que hace con nosotros para que llegue esa bendición.

Y hemos de ser constantes y seguir adelante, pues nuestro mayor peligro es olvidarnos de esto después de un tiempo. Hemos de tener paciencia, al mismo tiempo que conciencia de la necesidad y la grandeza de la bendición, así como de nuestra indignidad para recibirla.

Por eso, queridos todos, presentes *en espíritu* (1 Co 5:3), hagamos esta oración y continuemos haciéndola, y aunque quizá con un poco de temor, digamos con Pablo: ***A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su***

muerte (Fil 3:10). Será para nuestra bendición y para la gloria del que nos llamó, que no es otro más que nuestro bendito ***Padre de gloria***. ¡Que así sea!

ORACIÓN POR MÁS LUZ I LA LUZ DE DIOS

Efesios 1:18

Lectura introductoria: Éxodo 14:19-20

Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquellos, y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros.

En el transcurso de la última cena, cuando el Señor Jesucristo había dicho a los suyos que tenía que dejarlos y estos empezaron a sentirse cada vez más tristes y apesadumbrados, pronunció las siguientes palabras para que entendieran que aquella tristeza se convertiría en gozo: ***La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo*** (Jn 16:21). Esto es lo que sucede en la vida normal, y el Señor quería así consolarlos. Pero, siguiendo con su ejemplo, si después, y a medida que pasa el tiempo, esa madre no ve a su hijo crecer en estatura ni en facultades intelectuales, su gozo se va convirtiendo en pesar, y puede llegar un momento en el que considere una mayor bendición la muerte de dicho hijo que su propio nacimiento.

Algo parecido puede suceder con los sentimientos de unos hermanos hacia otros en la Iglesia y, en particular, con los sentimientos de los pastores hacia aquellos que han sido conducidos a Dios mediante sus ministerios. Es cierto que hay *gozo en el cielo* cada vez que *un pecador* procede al arrepentimiento (Lc 15:7,10), pero si el trabajo y el cuidado que se prodiga hacia los nuevos conversos no producen los resultados esperados, el sentimiento de dolor acompañará a pastores y a hermanos que, como tales, se preocupan por los demás. Por eso Pablo escribió también usando la misma imagen que el Señor: *Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros* (Gá 4:19-20).

Como dice también el apóstol Juan, el *mayor gozo* de un pastor y, por extensión, de unos hermanos, es ver y *oír que* sus *hijos andan en la verdad* (3 Jn 4), y es solamente cuando están *firmes en la fe* y en *el Señor* que tienen un verdadero gozo en sus vidas (1 Ts 3:8).

Así, si nos fijamos en el apóstol Pablo, cuyas oraciones estamos analizando, podemos comprobar sus lamentos cuando las personas a las que ministraba no mostraban crecimiento ni provecho (*cf.* 1 Co 3:1-3; 2 Co 6:1; Gá 3:1,4; 4:11; Fil 2:16; 1 Ts 3:5), y también, por el contrario, su gozo y alegría cuando veía el crecimiento de ellos en fe y en amor (*cf.* 2 Ts 1:3-4). Pablo tenía un verdadero corazón de pastor, y nos lo muestra de forma invariable por su ansiedad y su intercesión constante en beneficio de sus hermanos en todas las iglesias.

¡Dios nos conceda una porción de este corazón a cada uno y nos imponga esta carga de la preocupación de los unos para con los otros!, la cual manifestaremos, entre otras cosas,

por las oraciones de intercesión mutuas, aunque no solo por ellas.

En la carta a los efesios, en la oración que terminamos de considerar en el capítulo anterior —*Oración por conocimiento de Dios*—, y en la que vamos a comenzar hoy, podemos ver el corazón del apóstol y su carga por aquellos hermanos. Esta última la hemos denominado *Oración por más luz*, y se encuentra en Efesios 1:18, la cual no es independiente de la anterior, pues, como ya se indicó, forman un todo continuo. (Los principios que podemos sacar de la misma y los nuevos motivos de oración que debemos hacer nuestros se encuentran en la tabla que se incluye al final del libro).

Vamos a hacer la lectura de esta, pero incluimos algo de su contexto, para una mejor comprensión.

... el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Ef 1:17-18).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

Nos quedamos, pues, con el **versículo 18**, en el cual, si nos detenemos un momento, vemos que hay tres aspectos diferenciados: *alumbrando los ojos, la esperanza a que hemos sido llamados, y las riquezas de la gloria de su herencia*. Los tres habremos de considerar con detenimiento, pero comenzamos haciendo una introducción al versículo.

Para ello os recuerdo que dijimos que había cuatro peticiones gloriosas y enlazadas que el apóstol realiza, aquí al

comienzo de la carta, dirigiéndose al *Padre de gloria*. La primera, en el **versículo 17**, y que ya hemos visto, dijimos que era la principal, pues debemos desear mucho más conocer a Dios que las cosas que el propio Dios nos ha concedido. Ahora bien, al considerar lo que tenemos en el **versículo 18**, podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Qué relación tiene la primera cláusula de este con el versículo que lo precede?; ¿y qué relación con las siguientes cláusulas del mismo versículo?; ¿y qué significa exactamente *la esperanza a que él os ha llamado*?; ¿y qué quiere decir tener un conocimiento de esta (porque indica: *Para que sepáis*)?; ¿y que hemos de entender por *su herencia*?

Todas estas palabras nos suenan, pero una cosa es estar familiarizado con el sonido de un versículo y otra muy distinta comprenderlo, como hay también una diferencia entre responder a las preguntas anteriores de cualquier modo más o menos acertado y hacerlo correctamente. Las Escrituras tienen una riqueza enorme y es necesario estudiarlas con detalle hasta donde Dios nos permita porque, como en este caso, el que sean palabras fáciles no implica que conozcamos su significado preciso ni sus relaciones con las anteriores o con las que les siguen. Las palabras: *esperanza, llamado, o herencia* las conocemos, e incluso en algunas de ellas nos hemos detenido en estudios anteriores, pero el hecho de que signifiquen ciertas cosas en otros versículos no nos garantiza que signifiquen aquí precisamente lo mismo. O dicho de otro modo: los cristianos solamente estamos en terreno seguro cuando reconocemos, en primer lugar y ante todo, nuestra ignorancia, y cuando a partir de ahí estudiamos humildemente, con espíritu de oración, cada versículo que nos ocupe en las Escrituras.

Así que lo primero y principal es el **versículo 17**, pues —como dice Thomas Goodwin— nuestras *bendiciones en*

el cielo están relacionadas con dos cosas de allí: la felicidad que gozaremos y la comunión con Dios, que es la causa de dicha felicidad y gozo. De ambas, no debe haber ninguna duda acerca de cuál es la mayor, pues la Fuente de todas las bendiciones sobrepasa infinitamente nuestro disfrute de estas, sin importar lo mucho que podamos beber de dicha Fuente. Por eso Pablo ha comenzado pidiendo por una mayor plenitud del Espíritu Santo para que sus hermanos tengan un mayor conocimiento y una más íntima comunión con Dios. Y ahora, cuando comienza a pedir otras bendiciones, la primera es una mayor iluminación del entendimiento para comprender mejor las cosas gloriosas y espirituales y tener, así, un mayor gozo y una mayor paz.

Por tanto, lo primero, Dios y su conocimiento. Y después: ***Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento.*** Ahora bien, en relación con esta primera cláusula se han expresado cuatro puntos de vista distintos:

Primero, el que dice que debe tomarse como una petición *independiente* y por sí sola, separada de la anterior y de las que le siguen. Esto puede observarse por la puntuación que se emplea en distintas versiones, en las que la frase comienza después de un «punto», o de «dos puntos», o de «un punto y coma», y termina con otro «punto», o con «punto y coma» (así en BJ; VRJ; LBLA; N-C; NVI; RVR 1909; RVR 1995; BT; NRV 1990; RVG; etc.).

Segundo, el que dice que lo mostrado es un *añadido* que aclara el versículo precedente, pero que no constituye una nueva petición, nada nuevo.

Tercero, el que defiende que lo que se indica es una *consecuencia* o un efecto del Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él.

Y cuarto, el que dice que es algo *separado* de la petición precedente pero que sirve como *introducción* a las siguientes. Esta es la idea que subyace en la traducción de Reina-Valera del 60, y es la que vamos a adoptar en la explicación del versículo porque nos parece la más correcta. De todos modos, no hay ninguna diferencia de doctrina cuando se toma uno u otro punto de vista; pero nosotros nos vamos a quedar con este último.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento. Lo primero que hacemos, como es nuestra costumbre, en relación con esta primera parte del versículo, es enunciar algún principio que pueda sacarse de la oración. En este caso, *el primero*, es que necesitamos que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados continuamente con más vista y con más luz. Y hay otro *segundo*, del que hablaremos al final, y este es que necesitamos mayor disposición para aprender y un humilde deseo de ser instruidos por Dios. Y si estas cosas forman parte de nuestra necesidad, creo que es obvio que debemos pedir a Dios por ellas, incluyéndolas en nuestras oraciones, aunque, como siempre, sin olvidar nuestro esfuerzo en ellas.

En el plano natural, para la visión física se necesitan dos cosas ineludibles o indispensables, o quizá incluso podríamos indicar tres: se necesita vista, se necesita luz, y se necesita algo que ver; con otras palabras, se necesita una facultad, se necesita un medio, y se necesita un objeto. De estas tres, si damos por sentado que el objeto que hay que ver existe, solamente nos quedamos con dos imprescindibles: la vista y la luz. Así, un hombre ciego, que carece de vista, no puede percibir los objetos aunque estos se encuentren pre-

sentes y a plena luz del día. De igual modo, los mejores ojos no sirven para nada cuando la persona se encuentra en una total y absoluta oscuridad.

Lo mismo sucede en el campo espiritual, de modo que la Biblia nos indica que el hombre natural carece de ambas cualidades: ni tiene vista espiritual, ni tiene luz espiritual: ***Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*** (2 Co 4:3-4). Y es interesante contrastar la luz que aquí se pide para los ojos del entendimiento con lo que se dice acerca de este en el hombre natural: ***Entenebrecido*** (Ef 4:18; cf. Ro 1:21), ***sin entendimiento*** (Sal 32:9; Os 4:14; 7:11), ***falta de entendimiento*** (Pr 10:21), ***sin sentido ni entendimiento*** (Is 44:19), ***entendimiento que se embotó*** (2 Co 3:14), ***corruptos de entendimiento*** (1 Ti 6:5; 2 Ti 3:8), etc.

Ya lo dijo Dios al profeta Isaías: ***Anda, y dí a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad*** (Is 6:9-10), y repetidas veces aparece esto en el Nuevo Testamento: que las personas, por naturaleza, tienen ojos ciegos para las cosas espirituales, que no pueden percibir la necesidad de Cristo, ni la belleza de Cristo, que tampoco lo desean, que están sin luz y que, por tanto, viven y andan en tinieblas: ***El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*** (1 Co 2:14).

Esta era también la condición de todos los cristianos, pero, tras el nuevo nacimiento y como consecuencia de la gracia de Dios, todos han sido llamados y sacados *de las tinieblas* a la maravillosa y *admirable luz* de Dios (1 P 2:9), todos han sido librados *de la potestad de las tinieblas* y trasladados *al reino de su amado Hijo* (Col 1:13), y a todos se les *ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero* (1 Jn 5:20). Ahora, pues, tenemos luz, *andamos en luz* (1 Jn 1:7), y estamos capacitados para discernir, tenemos ojos para ver, para comprender, y para gozarnos en las cosas espirituales. Ya tenemos «luz» y un «ojo nuevo» para ver en ella.

Sin embargo, como aún seguimos con prejuicios, orgullo, carnalidad, y gran ignorancia —cosas que nos dificultan la visión espiritual—, es necesario que, continuamente, sean alumbrados los ojos de nuestro entendimiento; y esto de dos modos, según lo que hemos expresado: teniendo mejor vista (como sucede con los niños recién nacidos a medida que pasa el tiempo) y teniendo más luz. Esto es lo que indica la forma verbal que se traduce por *alumbrando*, la cual es un participio perfecto que indica una acción ya realizada pero que prosigue. Y el ejemplo de lo que decimos lo tenemos en la curación de un ciego que se registra en Marcos 8:23-25, que no vio claramente desde el principio de su curación.

El cristiano ya no tiene un entendimiento o *corazón entenebrecido* (Ro 1:21), ya no lo tiene cegado por *el dios de este siglo* (2 Co 4:4), ya el Espíritu Santo ha comenzado en él una obra resplandeciendo en su corazón: *Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo* (2 Co 4:6). Pero, por decirlo de algún modo, aún

tiene los ojos legañosos, aún ve **por espejo, oscuramente**, aún conoce **en parte** (1 Co 13:12), aún es corto de vista y miope, y necesita la cirugía del Espíritu a fin de poder ver con claridad.

Y por esto, y por la corrupción y el pecado en general, debe decir durante toda su vida lo mismo que dijera el rey David: **Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley** (Sal 119:18). Y debe tener cuidado para no caer en la tentación de creer que ya ve suficiente, pues las palabras del Señor en este sentido son fuertes: **Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete** (Ap 3:17-19).

Así que, al igual que para la visión física necesitamos un órgano propio, interno, que sea bueno, y un medio de fuera, externo (el órgano es el ojo, y el medio externo la luz, de modo que con ambos se puede ver), para la visión espiritual necesitamos entendimiento, el órgano o la facultad para poder percibir las cosas espirituales, y la luz que Dios nos da. En realidad, la palabra usada en el original es *corazón*: **Alumbrando los ojos de vuestro corazón** (LBLA, NVI, NRV 1990, BT, etc.), y esta palabra designa el interior de la persona del cual salen todas las cosas (**pensamientos de sus corazones** —Lc 1:51—; facultad del pensamiento, mente; cf. Mt 15:19).

Por tanto, necesitamos más luz interior y más luz exterior; eso es lo que se pide, que podamos ver todas las cosas desde un

punto de vista espiritual, que tengamos un corazón más limpio (cf. Sal 51:10; Mt 5:8), de modo que esto condicione y oriente nuestro estilo de vida. Si el corazón tiene más luz, también la tiene el entendimiento y, como consecuencia, la conducta.

El propio Señor Jesucristo habló de que había una forma correcta y otra incorrecta de ver las cosas; es decir, que se podía tener una visión celestial o una visión terrenal de las cosas: *La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?* (Mt 6:22-23). Y la aplicación práctica de ello la leemos en las reconvenciones mutuas que se hicieron el apóstol Pedro y él en una ocasión. Así escribe Mateo: *Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho [...] y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvénirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres* (Mt 16:21-23).

La visión correcta de las cosas, tanto las temporales como las celestiales, es la que nos permite andar *como hijos de luz, comprobando lo que es agradable al Señor* (Ef 5:8,10), mientras que la falta de luz o la visión defectuosa es la que nos mantiene participando *en las obras infructuosas de las tinieblas* en vez de reprenderlas (Ef 5:11). En definitiva, es otro modo de decir que necesitamos desarrollar la mente de Cristo, tener su perspectiva para la vida, porque la visión buena produce un cuerpo lleno de luz y una vida que brilla en el mundo en tinieblas.

Por tanto, aunque se nos hable de los ***ojos del entendimiento***, no se está pidiendo aquí por una simple comprensión mental de la verdad. La Palabra de Dios es mucho más que una serie de proposiciones intelectuales: es una revelación divina que requiere de facultades espirituales para tomarla, pero que también produce consecuencias espirituales cuando dicha revelación se recibe. Recordemos en este sentido las repetidas acusaciones de ceguera que el Señor Jesucristo hizo a los escribas y fariseos, aunque presumían de tener un gran conocimiento (cf. Mt 23:16-17,19,24,26; Jn 9:40-41).

O, de otro modo, no se está pidiendo para que nuestras mentes sean simplemente equipadas con nuevas ideas o conocimientos. Esto es lo que buscaban los atenienses a los que habló Pablo: cosas nuevas (cf. Hch 17:19,21). Cuando el Señor Jesucristo dijo: ***Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*** (Jn 8:12), indicó mucho más que un simple conocimiento intelectual, pues la palabra «luz» o «alumbrar», cuando se usa con referencia a cosas espirituales, incluye conocimiento, pero también santidad y gozo.

Los cristianos somos llamados hijos de luz: ***Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas*** (1 Ts 5:5), y esto porque hemos sido creados a la imagen del que es la Luz. Pero necesitamos crecer en esa ***imagen*** (Ro 8:29), y lo necesitamos ahora, pues la afirmación: ***Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*** (1 Co 15:48-49), no solo hace referencia al estado de gloria, sino también al de gracia.

Necesitamos tener un ojo más humilde, necesitamos ser limpios de corazón, necesitamos un mayor entendimiento de

las cosas espirituales y de la vida espiritual que Dios quiere de nosotros... Y para todo esto, necesitamos ser alumbrados, es decir, ungidos y capacitados divinamente para ser más santos y sencillos. Cuando nuestro ojo va siendo mejor y, además, vamos teniendo más luz, es inevitable la consecuencia en el modo de andar o de vivir, el cual se ajusta siempre a la luz y a la vista que tenemos. Es lo mismo que sucede con el andar físico, que, en ausencia de otros defectos o carencias tales como la edad o las fuerzas, depende de la vista y de la luz para una persona normal.

Podemos parafrasear el conocido refrán, y decir: *Dime cómo andas, y te diré la clase de cristiano que eres*, pues el andar de cada día muestra, inevitablemente, la luz o carencia de ella que tenemos.

Para concluir con la explicación de este principio, miramos lo que nos indica la propia Palabra. Entre los títulos altos y honorables de Dios, hay uno usado por el rey David para describir la bondad divina hacia los hombres, y dice que Dios es: *El que enseña al hombre la ciencia* —Sal 94:10—; *el que enseña conocimiento* (LBLA, BT). Por eso David añade: *Bienaventurado el hombre a quien corriges, SEÑOR, y lo instruyes en tu ley* (v. 12 LBLA). Y es esta divina enseñanza de los santos lo que significa *alumbrando los ojos de vuestro entendimiento*.

Ahora bien, para hacer esta petición —y debemos hacerla, pues hemos dicho que necesitamos más luz y más vista—, hacen falta unos requisitos previos. Y estos los tenemos en el enunciado del *segundo* principio: Necesitamos más disposición para aprender y un humilde deseo de ser instruidos por Dios. Y esto no precisa de mucha explicación.

El que piensa que puede descubrir por sí mismo las cosas de la Palabra o se cree suficiente para gobernarse, no

puede conocer a Dios ni tener su luz. Si falta la disposición y/o la humildad, por demás está que pidamos que Dios alumbré los ojos de nuestro entendimiento e, inevitablemente, seguiremos en tropiezos porque estaremos andando más cerca de las tinieblas que de la luz.

Finalmente, nos podemos preguntar: ¿Y para qué?; ¿cuál es el objetivo último de esta petición? Ampliamos la respuesta: La iluminación de Dios que se pide consiste en una capacitación de nuestra mente para percibir los objetos espirituales y divinos, para ver la gloria de todas las cosas espirituales, y para comprender la importancia y el valor de estas. Y todo esto en un modo tal que incline los afectos a amarlas y las voluntades a elegir las, con el objetivo y fin último de glorificar a Dios con ello.

Dios, en primer lugar, prepara los corazones para recibir su verdad, y después los va llenando del **conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual** (Col 1:9), si es que verdaderamente se tiene disposición para aprender y espíritu humilde para dejar que Dios nos enseñe y nos cambie. Su método es por medio de la Palabra y por el Espíritu, que siempre van juntos: la Palabra explicada y el Espíritu aplicando la Palabra. Cuando el Espíritu trabaja con la Palabra, la hace efectiva, y por medio de sus operaciones, edifica y perfecciona a los santos.

Así que vemos, y pedimos más visión; hemos sido alumbrados, y queremos más luz. Pero en la misma carta a los colosenses se continúa diciendo para qué es esto, para qué debe hacerse esta petición, y se nos dice: **Para qué andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios** (Col 1:10).

Y es por todo esto, como decía al principio, que también nosotros debemos incluir en nuestras oraciones los siguientes motivos: orar a Dios por más vista y por más luz para las cosas espirituales, y orar a Dios para que cambie nuestros corazones para tener un mayor deseo de aprender de él y de ser iluminados con esa luz interior y espiritual. Esto nos llevará a ser más santos y, en definitiva, a servirle y glorificarle cada día más.

Nuestra necesidad principal, después de la que hemos analizado de un mayor conocimiento de Dios, es *ver*, ver cuáles son nuestros privilegios y ver la gloria de las cosas espirituales, porque a medida que veamos lo grandes que son, más los desearíamos y más viviremos a la luz de ellos.

Y un último asunto que no debe olvidarse y que hemos mencionado en otras ocasiones: no basta con orar simplemente y esperar que Dios lo haga todo. A nosotros nos corresponde trabajar y esforzarnos por tener más luz y más conocimiento de Dios y de las cosas espirituales, haciéndolo como si todo esto dependiera solo de nosotros, pero sabiendo que todo depende de él. Esto forma parte del ocuparnos de nuestra *salvación con temor y temblor* (Fil 2:12-13).

Queridos todos, la *luz* que llegó a Pablo por primera vez lo deslumbró y lo dejó ciego (Hch 9:3-9), pero luego fue para él, ciertamente, *la luz de la vida* (Jn 8:12). La que nosotros pedimos y recibimos no es para ponerla *debajo de un almud* (Mt 5:15), sino para que seamos como Juan el Bautista, que *ardía y alumbraba*, al tiempo que se consumía (Jn 5:35), y para mostrarla al modo de Moisés, que *no sabía que la piel de su rostro resplandecía* (Éx 34:29).

¡Dios añada luz a su Palabra, para su gloria y nuestra bendición!

ORACIÓN POR MÁS LUZ II ESPERANZA POR EL LLAMAMIENTO

Efesios 1:18

Lectura introductoria: 1 Samuel 3:8-10

Jehová, pues, llamó la tercera vez a Samuel. Y él se levantó y vino a Elí, y dijo: Heme aquí; ¿para qué me has llamado? Entonces entendió Elí que Jehová llamaba al joven. Y dijo Elí a Samuel: Vé y acuéstate; y si te llamare, dirás: Habla, Jehová, porque tu siervo oye. Así se fue Samuel, y se acostó en su lugar. Y vino Jehová y se paró, y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: Habla, porque tu siervo oye.

Vamos a continuar con el estudio de la que hemos llamado *Oración por más luz*, a la cual, como al resto de oraciones que ya hemos considerado, se pueden aplicar unas palabras que Jonathan Edwards escribió comentando el Salmo 27:4. Este dice así: *Una cosa he demandado a Jehová* (para que él la conceda), *ésta buscaré* (haciendo yo todo lo posible por conseguirla y tenerla); *que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo*. Y el comentario de este hombre, en parte, fue: *La fuerza del deseo debe ir acompañada por la fuerza de la determinación. Es preciso que ambas cosas vayan de la mano. Además de los deseos [...] debe haber una determinación ferviente en las personas*

para que busquen este bien tanto como esté en su mano, para hacer todo lo que les sea posible [...] Debe haber una conciencia de la gran importancia y la necesidad de la misericordia buscada, y debe haber asimismo una conciencia de la posibilidad de obtenerla o del estímulo para buscarla [...] el corazón de quienes prosiguen al Reino de Dios tiene una disposición a hacer todo lo necesario, y eso es lo que los faculta para hacerlo y persistir en ello.

Y digo que son estas palabras las que pueden aplicarse a la petición a Dios para que alumbre los ojos de nuestro entendimiento, sabiendo que si buscamos eso mientras vivamos y no cejamos hasta alcanzar cada vez mayores grados de luz, bien podemos pedirla cuando vemos nuestras limitaciones.

Todos tenemos necesidad de una mejor visión, o lo que es lo mismo, de un corazón más limpio, y también de una mayor luz o iluminación externa que provienen de Dios. Pero para pedir por esa necesidad, también precisamos de una mayor disposición para aprender y de un deseo humilde de ser enseñados por el propio Dios, para así valorar, amar y desear cada vez más las cosas espirituales y, en definitiva, para glorificar más a Dios con nuestras vidas. Y hemos de tener presente que, como con los murciélagos, no acostumbrados a mucha luz, el proceso de ver será doloroso, y que no vale simplemente con orar si no nos esforzamos por tener aquello que estamos pidiendo. Dios produce el querer y el hacer, pero es de nosotros el ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor.

Ahora seguimos adelante, pero antes vamos a leer la Palabra y vamos a pedir la bendición de Dios.

*... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, **alumbrando los ojos de***

vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Ef 1:17-18).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Debemos recordar que hemos considerado la primera parte del **versículo 18** (*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento*) como una petición independiente de la que tenemos en el **versículo 17**, pero que está enlazada con las siguientes, las cuales proceden de ella al introducirse con la partícula «*para*». Por tanto, al continuar y preguntarnos ahora sobre el significado de *para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado* (la traducción literal, más exacta, y con un significado ligeramente distinto, es *la esperanza del llamamiento de él*, y escrito en un mejor castellano, *la esperanza de su llamamiento*: LBLA; BT; VRJ), hemos de tener presente que este conocimiento depende de que Dios haya alumbrado los ojos de nuestro entendimiento o, más bien, los ojos de nuestro corazón. Si tenemos más vista, un corazón más limpio, y más luz, veremos mejor las cosas gloriosas; y esta es una de ellas: *La esperanza de su llamamiento*.

Y como hay dos palabras, habremos de preguntarnos qué significan ambas en este pasaje: *esperanza* y *llamamiento*, de las cuales, como venimos haciendo, no vamos a dar una definición rápida, sino que vamos a exponer ambas, de modo que enunciemos el *tercer* principio de la serie, tras los dos del capítulo anterior, y después pasamos a la exposición. Lo hacemos así: la esperanza, en la Biblia, no es un simple

deseo de que algo pueda realizarse, sino una expectativa confiada en que se realizará.

La esperanza, obviamente, siempre apunta a alguna cosa futura, pero para el creyente y en la Escritura, no indica una posibilidad entre varias, sino una espera confiada y segura de que sucederá lo esperado, tal como sucede con la fe, la cual, según Hebreos 11:1: *Es [...] la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.*

En muchos pasajes, *esperanza* hace referencia a su *objeto*, que puede ser la cosa que se espera, como en Romanos 8:23-25: *Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos*, o la persona que se espera o en quien se espera: *Oh Jehová, esperanza de Israel* (Jer 17:13). Véase Jeremías 50:7; Rut 1:11-13; Salmo 39:7.

En otros, *esperanza* hace referencia a la *gracia* de la esperanza, es decir, a la facultad con la que esperamos o dejamos de hacerlo; así se usa en 1 Corintios 13:13: *Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor.*

En otros, *esperanza* expresa la *garantía* que tenemos en la cosa que se espera, bien porque se confía plenamente en Dios: *La tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba (carácter probado: LBLA); y la prueba esperanza; y la esperanza no avergüenza* (Ro 5:3-5), o bien porque se confía en otras cosas: *¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová!* (Is 31:1).

Finalmente, en otros casos, *esperanza* señala al *fundamento* o *la base* de la expectación, la base sobre la que descansa la confianza. Así, cuando en Esdras 10:2 habló un tal Secanías, dijo: *Mas a pesar de esto, aún hay esperanza para*

Israel, indicando que, a pesar de los pecados, había un buen fundamento para esperar en Dios; y cuando en Romanos 4:18 el apóstol habla de Abraham, dice: **Él creyó en esperanza contra esperanza**, indicando de nuevo que, aunque era contrario a la naturaleza, Abraham estaba convencido de que tenía un buen fundamento para esperar que Dios cumpliera su promesa. Y lo mismo tenemos en Job 4:6; Salmo 71:5; Hechos 16:19; 1 Pedro 3:15, etc., que deben también leerse.

Pues bien, de entre todos estos matices distintos, es con este último sentido como hemos de considerar la palabra *esperanza* en el pasaje que nos ocupa: **La esperanza a que él os ha llamado**. Pablo está pidiendo mayor luz espiritual para aquellos hermanos para que así puedan conocer el fundamento, o puedan tener un fundamento más firme, en el que descansa la expectativa derivada del llamamiento de Dios. Está pidiendo que podamos estar seguros y permanecer firmes sin ninguna duda cuando miramos dicho llamamiento. Está pidiendo más luz para percibir claramente lo que significa tener parte en dicho llamamiento, para verlo de forma clara e inequívoca.

Y vemos así que la secuencia de las peticiones es lógica. Primero, Pablo ora por un aumento en el conocimiento de Dios, por una comunión más íntima y real, más experimental y espiritual. Este debe ser el principal anhelo y deseo de todo cristiano. Pero ahora pide por aquello que contribuye a traer a la vida más paz y más gozo, y esto no es otra cosa sino la seguridad de saber que somos hijos de Dios.

De la persona no regenerada se nos indica que está **sin esperanza** (Ef 2:12), pero esto no significa que no tenga ninguna, pues alguna tiene. Lo que significa es que dicha esperanza no está basada en ningún fundamento sólido, por lo

que no le permite tener seguridad ni garantía. En cambio, el cristiano puede y debe conocer que tiene esta roca sólida en la que apoyarse, y por ello debe pedir a Dios y también debe esforzarse.

Vamos ahora con la segunda palabra: **Llamamiento**, y con ella enunciamos el *cuarto* principio: el llamamiento eficaz de Dios es firme y seguro, puede y debe comprobarse personalmente, y llega con el fin de que la persona cumpla la voluntad de Dios. Y nos quedamos con la traducción: ***Para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento*** (LBLA).

¿Qué debemos entender por *su llamamiento*? Esta es otra palabra que se usa con distinto significado en las Escrituras. La Biblia nos muestra que hay un doble llamamiento de Dios: uno externo y otro interno.

El primero se dirige a todo el que oye el evangelio: ***Oh hombres, a vosotros clamo; dirijo mi voz a los hijos de los hombres*** (Pr 8:4), pero también muestra la Escritura que este llamamiento conlleva un rechazo universal: ***Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese*** (Pr 1:24). Este rechazo general, debido a que ***los designios de la carne son enemistad contra Dios*** (Ro 8:7), puede leerse en multitud de pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento: ***¿Quién ha creído a nuestro anuncio?*** (Is 53:1); ***venid, que ya está todo preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse*** (Lc 14:17-18); ***y no queréis venir a mí para que tengáis vida*** (Jn 5:40).

Pero la Biblia habla también de un llamamiento interno de Dios a sus elegidos, el que se denomina *llamamiento eficaz* (mejor que *llamamiento irresistible*): ***Y a los que predeterminó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó***

(Ro 8:30). Este es el llamamiento que hace pasar **de muerte a vida** (Jn 5:24; 1 Jn 3:14), que hace salir **de las tinieblas** para entrar en la **luz admirable** de Dios (1 P 2:9). Y este llamamiento interno es **por gracia** (Gá 1:15; 2 Ti 1:9; 1 P 5:10) y por la **voluntad** del propio Dios (Ef 1:5,11), que hace diferencia en su soberanía al escoger a unas personas para salvación dejando a otras en su justa condenación (cf. 1 Co 1:26-31).

Obviamente, en el pasaje de Efesios que nos ocupa, se está hablando del llamamiento eficaz, de la esperanza de **su llamamiento** eficaz, pues la carta se dirige **a los santos y fieles en Cristo Jesús** (Ef 1:1), esto es, **a los que conforme a su propósito son llamados** (Ro 8:28).

Pero aun entendiendo esto, debemos considerar, al igual que hemos hecho con la palabra *esperanza*, los varios matices del significado del *llamamiento eficaz* cuando aparece en los distintos pasajes.

Así, en algunos, este llamamiento eficaz de Dios hace referencia a la obra de gracia *en sí misma*, tal como se encuentra en el texto citado de 1 Pedro 2:9 (**os llamó de las tinieblas a su luz admirable**), o en 2 Timoteo 1:9 (**nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras**). Pero, en otros, la referencia es más especialmente *a lo que hemos sido llamados*, y aquí leemos dos cosas: **Os llamó a [para] su reino y gloria** (1 Ts 2:12), o **nos ha llamado a [para] santificación** (1 Ts 4:7). Y como en el pasaje de Efesios no hay ninguna restricción, podemos considerar este doble sentido de la palabra.

Por tanto, si tomamos, *en primer lugar*, el llamamiento *en sí mismo*, hemos de entender que Pablo deseaba que aquellos cristianos tuvieran una mayor seguridad de haber sido llamados de modo eficaz, sobrenatural, y personal, a salir de las ti-

nieblas. Esta seguridad es también fundamental para nosotros, y podemos y debemos tenerla si nos analizamos imparcialmente a la luz de la propia Palabra y comprobamos que andamos según para lo que hemos sido llamados. Los cristianos podemos y debemos estar seguros de nuestra salvación, y debemos estar capacitados para decir, humildemente: ***Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo*** (Jn 9:25).

Si verdaderamente vemos, tendremos un sentimiento en nuestro corazón de lo sucio que es cualquier pecado, de lo depravados y repugnantes que somos como criaturas caídas, del pecado que todavía mora en nosotros, de lo necesario y suficiente que es Cristo como Salvador, y de lo deseables y buenas que son las cosas santas. Si veo estas cosas, puedo estar seguro de que he sido llamado de muerte a vida. Si soy consciente de tener deseos santos que antes no tenía, y de esforzarme por cosas santas que antes para mí eran extrañas, entonces tengo seguridad de que estoy vivo (*cf.* Ro 12:12).

En cambio, el que se satisface con ***las algarrobas de los cerdos*** (Lc 15:16), carece de seguridad de salvación, no tiene fundamento de esperanza, y es lógico que tema ser un día contado con los propios cerdos. El que se satisface con el mundo ya tiene aquí su premio; por eso actúa como lo hace, porque no tiene seguridad de otra felicidad o gozo mayores.

Pero si tomamos, *en segundo lugar, aquello a que el cristiano ha sido llamado*, que, según este versículo, no es otra cosa sino a una esperanza segura, hemos de entender que al igual que Dios nos llama a santidad, también nos llama para que estemos llenos de esperanza, de gozo y de buen ánimo. En Romanos 15:13 leemos: ***El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.*** Si vamos de nuevo a 1

Tesalonicenses 4:7, que dice: **No nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación (la voluntad de Dios es vuestra santificación: 1 Ts 4:3)**, entendemos que el significado es que Dios nos ordena ser santos. La *voluntad* del **versículo 3** es la misma cosa que el *llamamiento* del **versículo 7**, es decir, algo que Dios nos ordena y que va implícito con nuestro llamamiento. Y así, del mismo modo, en este pasaje de Efesios hemos de entender también que **la esperanza de su llamamiento** es lo que Dios pide de nosotros y nos ordena.

Por tanto, hemos de entender la petición de Pablo del siguiente modo, ahora completo: Que podáis estar seguros de que habéis sido hechos partícipes del llamamiento eficaz de Dios, que podáis daros cuenta del fundamento seguro de su llamamiento, que sepáis con seguridad que sois hijos de Dios, pero que también estéis firmes en la esperanza, pues es la voluntad de Dios para vosotros, y que esta sea una constante en vuestras vidas.

Fijémonos que Pablo usa la palabra **sepáis**, la cual denota seguridad para el pueblo de Dios: seguridad como privilegio, y seguridad como deber para buscarla y tener cada vez más experiencia de poseerla. O también, con otras palabras: un cristiano dudoso, como lo fue Tomás, no honra a Dios.

Y con esto enunciamos el *quinto* principio que se deriva de lo anterior: los cristianos podemos y debemos estar seguros de nuestra salvación.

Solamente cuando los ojos de nuestro entendimiento (corazón) son alumbrados divinamente estamos capacitados para conocer **cuál es la esperanza de su llamamiento**, y no con un simple conocimiento intelectual o por presunción orgullosa, sino con una percepción que se deriva de una visión ungida para las cosas espirituales. Sin embargo, cuando carecemos de esta luz, no podemos culpar a Dios; la culpa es

completamente nuestra, ya que su voluntad revelada la tenemos ante nosotros y se nos han dado ojos y luz para esta. Si nos falta seguridad, el Espíritu Santo nos ha dado una epístola completa para que esto no suceda, como es la primera carta de Juan, que termina así: ***Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna*** (1 Jn 5:13). Por tanto, no es presunción orgullosa el hecho de tener seguridad de salvación, sino que simplemente es la consecuencia de mirarnos a la luz de lo que Dios nos muestra en Su Palabra, y creer en lo que en ella está recogido.

Otro aspecto que también debemos resaltar es que en el original aparece la palabra «*vosotros*», la cual en nuestras biblias se da por sobreentendida. ***A fin de saber vosotros, para que vosotros sepáis***. Y esto no significa sino que *cada uno* de nosotros, que cada uno *con sus propios ojos* vea el fundamento de seguridad que tiene como cristiano y conozca que la vida eterna es suya, y que cada uno *con sus propios ojos* vea con la esperanza en la que Dios le ha ordenado ejercitarse. Ninguna de ambas cosas puede hacerse con los ojos de otro, ni tenerse con el credo o la fe de otro. Para ambas necesitamos nuestra propia fe, meditación, oración, estudio, corazón limpio y luz.

Y esta es la oración de Pablo aquí por aquellos hermanos: que cada uno de ellos pueda conocer el grandioso fundamento de esperanza al que Dios los ha llamado, que cada uno de ellos tenga la seguridad y la evidencia de que el Cielo es para ellos, que cada uno de ellos comprenda que el llorar por sus pecados, sentir pobreza de espíritu, o tener hambre y sed de justicia, es una evidencia firme de estar entre los bienaventurados.

Finalmente, podemos resaltar algo que ya hemos dicho en otra ocasión, y es que los mandamientos de Dios y nuestras

peticiones a Dios son complementarias. Los mandamientos nos indican lo que Dios quiere, lo que pide de nosotros y, por tanto, nos indican también lo que necesitamos pedirle para que nos capacite con su gracia para cumplirlos. A este respecto, es bueno recordar una oración a Dios que hizo Agustín de Hipona. Le dijo: *Dame lo que pides, y pide lo que quieras.*

Esto no quita nuestra responsabilidad ni nuestro esfuerzo, sino que nos muestra que las oraciones son, al mismo tiempo, nuestro privilegio y nuestro deber. Estas oraciones que estudiamos nos indican, indirectamente, lo que tenemos que hacer. Si pido paciencia, tengo que esforzarme en la paciencia; si pido paz, tengo que esforzarme por la paz; si pido sabiduría, tengo que esforzarme por alcanzarla; y si pido conocer la esperanza del llamamiento de Dios, tengo que esforzarme por que sea una realidad en mí.

El apóstol Pedro, en su segunda carta nos indica lo siguiente: ***Procurad hacer firme vuestra vocación (vuestro llamamiento: BT) y elección*** (2 P 1:10). Esto es un mandamiento: que tengamos seguridad y firmeza en nuestro llamamiento; y, como tal, debemos intentar cumplirlo. Pero, al mismo tiempo, tenemos la oración que nos ocupa, en la que pedimos al Padre de gloria que alumbre los ojos de nuestro entendimiento para que ***sepamos cuál es la esperanza de su llamamiento.*** Una parte es nuestro esfuerzo, y otra nuestra petición, y ambas cosas a fin de estar capacitados para llevar a cabo con éxito aquello que se nos ordena; en este caso, saber que mi elección y destino son seguros. Por tanto, debemos trabajar y orar seriamente por este tema de la mayor luz y conocimiento de los grandes objetos de nuestra esperanza y de nuestra expectativa como cristianos.

Y una cosa más relacionada con el comentario que hicimos en el **versículo 15** y en la que llamamos *Oración por conocimiento*. Aquellos cristianos de Éfeso ya tenían las dos marcas distintivas del carácter cristiano: ***Fe en el Señor Jesús y amor para con todos los santos***. Y es porque ya poseían esto, porque ya mostraban esto, por lo que Pablo pide a continuación las cosas gloriosas que estamos considerando. O también, dicho de otro modo: si no son visibles las evidencias del verdadero cristianismo, no se puede tener un mayor conocimiento de Dios ni una esperanza firme en nada de lo que aparece en las Escrituras. Si Dios no es aún mi Padre de gloria, o si siéndolo, su gloria no es el fin de mi vida, no puedo acercarme a él para pedir o recibir estas cosas gloriosas.

Pero si lo es, y yo deseo verdaderamente glorificarlo, puedo acercarme confiadamente ***al trono de la gracia*** (He 4:16) para recibir la gracia que me permita vivir con un fundamento sólido de esperanza, pues Dios lo ha dicho, Dios ha prometido que la dará y, por si no fuera suficiente, también ha interpuesto juramento (*cf.* He 6:17-20).

En este último pasaje, la palabra ***asirnos*** denota la idea de huir de algo para refugiarse en otra cosa, es decir, que los creyentes huimos del mundo hacia el refugio de la esperanza, hacia algo seguro como es la Palabra de Dios. Y la palabra ***ancla*** nos indica lo que nos mantiene firmes, lo que impide que resbalemos, de modo que nuestra esperanza penetra ***hasta dentro del velo***, es decir, hasta la presencia misma de Dios. Por una parte, el ancla es nuestra, pero, por otra, está fijada en Dios mismo, en el Señor Jesucristo, pues ***es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*** (Col 1:27).

¡Hermanos, que el propio Dios, el Padre de gloria, nos ayude a entender y valorar estas cosas, y a esforzarnos en ellas en nuestras vidas y en nuestras oraciones!

¡Que Dios nos ayude a entender que el mejor modo de vencer nuestras antiguas tendencias al pecado no es concentrando nuestra atención en ellas, sino más bien en las bendiciones de la salvación!

¡Que Dios nos ayude a entender lo que significa: ***Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza*** (Zac 9:12)!

¡Y que Dios nos ayude a exclamar con Pedro: ***Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*** (1 P 1:3-5)!

Esta es la luz que pedimos para que, con ella, se cumpla en nosotros lo que nos dice Juan en su carta: ***Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro*** (1 Jn 3:3).

¡Que así sea, en su voluntad, para su gloria y nuestra bendición!

ORACIÓN POR MÁS LUZ III LA HERENCIA GLORIOSA

Efesios 1:18

Lectura introductoria: Salmo 16:6,8-11

*Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos,
Y es hermosa la heredad que me ha tocado...
A Jehová he puesto siempre delante de mí;
Porque está a mi diestra, no seré conmovido.
Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma;
Mi carne también reposará confiadamente;
Porque no dejarás mi alma en el Seol,
Ni permitirás que tu santo vea corrupción.
Me mostrarás la senda de la vida;
En tu presencia hay plenitud de gozo;
Delicias a tu diestra para siempre.*

En este estudio vamos a considerar la última parte del versículo 18 del capítulo primero de la carta de Pablo a los efesios, en la que hemos llamado *Oración por más luz*. Como ya se ha indicado, el apóstol pedía a Dios por una mayor visión espiritual de aquellos hermanos, y esta, con tres objetivos. El primero de ellos ya lo hemos considerado: para que conocieran mejor *la esperanza de su llamamiento*. Pero vemos que esta cualificación esencial de una mayor visión espiritual se aplica con la misma fuerza a la siguiente cláusula de este **versículo 18**, así como también a la que comienza en el **19**: *Y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia*

en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros...

Verdaderamente tenemos necesidad de interiorizar lo que significa esta esperanza y fundamento, necesidad de interiorizar lo que significa ser depositario de un llamamiento eficaz de Dios. Es como cuando preguntamos a un doctor en relación con un ser querido que está gravemente enfermo, y le decimos: «¿Qué esperanza hay?», lo cual significa: «¿Qué fundamento hay para que se recupere, qué base para su salud?». Necesitamos interiorizar que hay un fundamento muy firme de confianza en nuestras vidas, y para ello necesitamos más luz, aunque seamos cristianos, como la necesitaron aquellos discípulos que no entendían el sentido de la muerte del Señor ni el de su resurrección (cf. Lc 24:31,45; Mt 16:22-23).

A esto es a lo que hacemos referencia, y esta es la experiencia que ha de repetirse una y otra vez en cada santo. De hecho, alguna vez leemos una porción de la Escritura y percibimos algo de ella, pero, en otra ocasión, el mismo pasaje puede aparecer delante de nosotros con una gran belleza y gloria. La diferencia es que en la primera ocasión nuestros ojos no estaban divinamente unguados para ver con claridad, y en la segunda sí; por eso hemos de hacer nuestra esta oración constantemente.

Pero ahora Pablo da un paso más, pues no pide únicamente que se conozca el fundamento del llamamiento de Dios, sino también que los ojos sean unguados para entender y comprender la excelencia de nuestra herencia, la grandeza de aquella gloria que está reservada para nosotros, porque cuando el Dios de toda gracia nos llama, lo hace **a su gloria eterna en Jesucristo** (1 P 5:10). En esta misma carta de Pedro puede leerse que el Padre no solo nos hizo **renacer** [nos

llamó] *para una esperanza viva* [y vivificante] *por la resurrección de Jesucristo de los muertos*, sino también *para una herencia incorruptible, incontaminada, e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros* (1 P 1:3-4). Y puede observarse que el orden de Pedro aquí es el mismo que el de Pablo en la carta a los efesios, y que incluso, a continuación, ambos hablan del mismo tema, que no es otro sino el poder de Dios. Pablo dice: *Y cuál la supereminente grandeza de su poder...*, y Pedro: *Que sois guardados por el poder de Dios...*

Podemos también observarlo de otro modo: en el capítulo anterior dijimos que con *la esperanza de su llamamiento* se hace referencia al fundamento, pero no al *objeto* de la esperanza. Ahora, al considerar la herencia que nos espera, estamos mirando a dicho *objeto*, con lo cual vemos la relación entre la segunda y tercera cláusulas de este **versículo 18**. Que las dos cosas no están separadas es evidente por su conexión y, pero que son bendiciones distintas también es claro por la palabra *cuáles*. Primero necesitamos tener un fundamento de confianza y seguridad que, además, Dios nos lo ordena; y después debemos mirar y tener un interés personal en nuestra gloriosa herencia. Por último —y será, si Dios lo permite, el objeto de estudio de la próxima oración—, necesitamos también saber y conocer la supereminente grandeza del poder de Dios que obra en nosotros y que nos preserva hasta que alcancemos aquella gloriosa herencia.

O aún lo decimos de otro modo: si unimos estas tres cosas, sin olvidar la primera del **versículo 17**, tendremos todo lo que necesitamos: conocimiento experimental de Dios, que nos llenará de satisfacción y consuelo; seguridad por el fundamento de nuestras vidas, que nos llenará de paz; visión de lo que nos espera, que nos llenará de gozo en el

creer; y comprensión del poder de Dios que actúa en nosotros, que nos llenará de confianza ante los problemas y las tentaciones. Y para todo —además de nuestro propio esfuerzo, diligencia, deseos y obediencia—, necesitamos al Espíritu de sabiduría, pues las cosas **que Dios ha preparado para los que le aman** son **cosas que ojos no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre**. Ahora bien, también está escrito que **Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu** (1 Co 2:9-10), y hemos de creer que son posibles, y hemos de pedir las en oración, esperando con expectación mientras que seguimos esforzándonos por ello.

Ahora, sin más preámbulos, hacemos la lectura de la Palabra y pedimos fervientemente a Dios por su bendición.

... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Ef 1:17-18).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Vamos, entonces, con el *sexto* principio, ahora relacionado con la última cláusula de la oración. Lo enunciaremos así: El llamamiento eficaz de Dios conlleva la herencia para los llamados, la cual es gloriosa y plena de riquezas. Esto es algo que también debemos saber e interiorizar: que la herencia gloriosa va unida al llamamiento eficaz, que la gracia de Dios, cuando nos alcanza, lleva consigo incontables bendiciones, juntas e inseparables, para todos los llamados. Así lo vemos una y otra vez en la Escritura. En Hechos 26:17-18,

cuando Pablo habla de su comisión, une el anuncio del evangelio y el llamamiento, con la herencia. En Hebreos 9:15 se une la obra de Cristo como Mediador del nuevo pacto, con el llamamiento y la herencia. Y así, una y otra vez, aunque sean cosas distintas, están estrechamente conectadas, porque es *su* llamamiento y también *su* herencia. Y es lógico que la herencia vaya unida al llamamiento, porque si este nos hace hijos de Dios, entonces también somos **herederos de Dios y coherederos con Cristo** (Ro 8:16-17).

Ahora podemos preguntarnos: ¿Y cómo es esta herencia? Ya hemos visto algo acerca de esta en lo que se describe en 1 Pedro 1:4: ***Incorruptible, incontaminada e inmarcesible***, y en el pasaje que nos ocupa se habla de ***las riquezas de la gloria de su herencia***, o también de ***la riqueza de su gloriosa herencia*** (NRV 1990, NVI, BT) (incluso puede traducirse como ***las riquezas de su gloria en la herencia***, todo lo cual introduce ligeros matices en el significado), es decir, es una herencia gloriosa. Y esto es así porque todo lo que hay en los cielos es glorioso.

Si comenzamos con Dios, él es el Dios de gloria (como ya vimos, no solo el Padre de gloria, sino también el Señor de gloria y el Espíritu de gloria). Allí, nosotros también seremos gloriosos (*cf.* Ro 8:30; Fil 3:20-21), y nuestros trabajos, de igual modo, serán gloriosos, sin el menor vestigio de pecado. Allí también estaremos rodeados por ángeles gloriosos porque, como sabemos, nada que sea defectuoso podrá entrar allí. El propio Pablo fue arrebatado hasta el Paraíso, hasta los cielos, y allí recibió ***revelaciones del Señor y oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar*** (2 Co 12:1-4). Por tanto, no hemos de extrañarnos que pidiera para los santos esa mayor claridad y comprensión de las cosas que ***Dios ha preparado para los***

que le aman, y no hemos de extrañarnos que al comienzo de esta misma carta a los efesios cite tanto esta palabra: **herencia** (v. 11), **nuestra herencia** (v. 14); y ahora, no solo **su herencia**, ni siquiera solo **la gloria de su herencia**, sino **las riquezas** (*la riqueza*, en el original) **de la gloria de su herencia** (v. 18).

Aun teniendo la revelación de las cosas del Cielo en las Escrituras, nuestras ideas acerca de este, de la gloria, y de la perfección, son muy limitadas y defectuosas. Lo que se nos ha dicho es suficiente para llenarnos de admiración, asombro y adoración, pero en la medida en que nuestros ojos sean alumbrados para interiorizar lo que Dios nos ha dicho en su Palabra, nuestros corazones se verán afectados y nuestras vidas cambiadas.

El término **su herencia**, esto es, la **herencia de Dios en los santos**, se emplea para que podamos entender la grandeza y la grandiosidad de esta. Es **su herencia** porque Dios mismo es el inventor y autor de ella, y no debemos olvidar que las peticiones se realizan al Padre de gloria con el fin de resaltar, en este caso, la excelencia de la herencia.

Además, como es la herencia que proviene de Dios, y nosotros los cristianos somos los herederos, se nos indica también que es algo que se nos concede, una gracia que nosotros no podemos ganar o merecer. Y puesto que es el propio Dios, que es un Dios de gloria, quien la ha planeado, preparado y otorgado, debe de ser una herencia inexpresablemente grande, (*inmarcesible*, dice Pedro), inconcebiblemente maravillosa, y tan gloriosa que no se puede expresar. Es **la herencia de los santos en luz** (Col 1:12).

¡Y cuánto necesitamos también pensar en esta herencia, y cuánto orar que Dios nos alumbre y nos dé visión y comprensión de esta!

Ahora bien, debemos fijarnos en cada una de las palabras empleadas.

En primer lugar, se habla de **riquezas** (lo entendemos así mejor, pero el original solamente indica **riqueza**, en singular, aunque tiene valor de plural), **las riquezas** de la gloria de su herencia. Esta palabra, riquezas, la usamos en el lenguaje normal para designar las cosas a las que les damos más valor, las cosas que algunos desean hasta tal punto que son capaces de vender sus propias almas por conseguirlas, pero también para designar aquellas que más abundan, aunque sean problemas. Acordémonos de Isaías 53:3, cuando al decir que el Señor sería **varón de dolores, experimentado en quebranto**, se hace referencia a su riqueza en estas cosas. Y así, en la Escritura, cuando la palabra **riquezas** se usa en conexión con las cosas espirituales, denota y resalta en todos los casos estos dos aspectos: por una parte, la excelencia y, por otra, la abundancia de ellas. Así, podemos leer acerca de **Dios, que es rico en misericordia** (Ef 2:4; excelencia y abundancia de la misma), o de **las riquezas de su gracia** (cap. 1:7; excelencia y abundancia), o de **las inescrutables riquezas de Cristo** (cap. 3:8; de nuevo debe entenderse excelencia y abundancia), o de **las riquezas de su gloria** (cap. 3:16), o de **las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios** (Ro 11:33), con ambos significados en todas las ocasiones (y, en todas las ocasiones, en el original con la palabra **riqueza**, en singular).

Estas riquezas de nuestra herencia podemos apreciarlas mejor si consideramos el siguiente pasaje: **Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos** (2 Co 8:9). Aquí se habla de un intercambio, y para apreciarlo habremos de

pensar en cuán rico era Cristo y en cuán pobre llegó a ser. Cristo era el Amado del Padre, el Señor de gloria, el **heredero de todo** (He 1:2-3) y, aun así, **no estimó el ser igual a Dios** (Fil 2:6), sino que dejó a un lado su gloria, se encarnó, nació en un pesebre, y estuvo en un grado de pobreza tal que no tuvo **donde recostar su cabeza** (Lc 9:58). Además, fue aún más pobre cuando cargó con nuestros pecados, porque este es el calificativo que la Escritura da a los pecadores (*cf.* Ap 3:17).

Se hizo, pues, pobre, para que su pueblo pudiera ser rico. Si su riqueza hubiera sido menor, y su pobreza menos extrema, lo que nos hubiera otorgado no sería tan excelente ni tan abundante, pero podemos pensar en lo ricos que somos porque nuestras riquezas están en proporción con ambas cosas que lo caracterizaron.

Pero, y *en segundo, lugar*, debe destacarse que no solo son **riquezas**, ni incluso **las riquezas**, sino **las riquezas de la gloria**, o **las riquezas de su gloria**, (ambas traducciones son posibles porque en griego la lectura es *riqueza de la gloria de la herencia de él*; no existe como tal la partícula posesiva *su*, y como se indica *de él*, puede hacer referencia a la *gloria de él*, es decir, a su gloria, o a la *herencia de él*, con lo que sería *la gloria de su herencia*). Pero, de uno u otro modo, hemos de entender que si **riquezas** denota excelencia y abundancia, **la gloria** de estas comporta superexcelencia y superabundancia. La gloria siempre denota lo más eminente, lo magnífico, lo de altura más excelente, tal como en 2 Pedro 1:17, o en 2 Corintios 3:10.

Por tanto, lo que se nos indica es que la herencia contiene todas las excelencias, y todas las excelencias en el grado más alto y sublime, de modo que el entendimiento de las personas no puede llegar a alcanzarlo. Así también se habla del

gozo que, cuando es excelente, se le llama **gozo inefable y glorioso** (1 P 1:8).

Y ahora, *en tercer lugar*, pongamos ambas cosas juntas —**las riquezas de su gloria**, o **sus gloriosas riquezas**—, como provenientes del Padre de gloria. Ambas palabras se encuentran unidas en el conocido versículo de Filipenses 4:19: **Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria** [a sus gloriosas riquezas], **en Cristo Jesús**. No se indica que nuestras necesidades serán suplidas por algo que procede de sus gloriosas riquezas, sino **conforme a** sus gloriosas riquezas, lo cual es muy distinto. A lo que se hace referencia no es a la Fuente del suministro, sino al estándar de medida por el que se nos concede. Dios es rico y glorioso, y da conforme a sus riquezas de gloria, y las da a sus hijos que ha llamado para heredarlas. Es como cuando Alejandro Magno dio una ciudad a un hombre que no la merecía, y dijo: «No la doy por la calidad de este hombre, sino porque es digno de mí darla». O también, como cuando Abraham no tenía hijo, que lo pidió a Dios, para que pudiese heredar las riquezas que también había recibido (*cf.* Gn 15:1-4).

De Dios es la gloria y de Dios son los cielos, y sus hijos —que somos nosotros— deberíamos estar llenos de gozo al saber que hemos sido llamados al Cielo para compartir la propia herencia de Dios. Las cosas de aquí abajo no son suficientemente buenas para Dios, ni tampoco Dios las considera así para nosotros, de modo que hemos de pensar en las bendiciones sin número que están preparadas para los que seremos partícipes de su propia herencia. Y no solo en que sean sin número, sino en que, además, son grandiosas, son gloriosas, son superexcelentes, son inefables, son mucho más de lo que podemos entender, imaginar, o hubiéramos

podido pedir o desear. Son las **riquezas de la gloria de su herencia**.

Por eso debemos incluir en nuestros motivos de oración el siguiente: orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener cada vez un mayor conocimiento de las riquezas gloriosas de nuestra herencia, reservada en los cielos para nosotros.

Esta percepción —unida a la del mayor conocimiento de Dios y al fundamento de nuestra esperanza, que ya hemos analizado— nos llevará, indefectiblemente, a cambiar nuestras vidas viviendo para la gloria de Dios, pero también a tener más satisfacción, seguridad, paz y gozo en ellas.

En cuarto lugar, hemos de prestar atención a las palabras finales: **De su herencia en los santos**, es decir, que las riquezas de la gloria hacen referencia a **su herencia en los santos** o tienen que ver con ella. Y en relación con estas palabras enunciamos dos principios, *séptimo* y *octavo*, que ahora desarrollaremos: el mayor consuelo, la mayor paz y el mayor gozo estriban en saber que el propio Dios es nuestra herencia; y es glorioso (a falta de otras palabras mejores) que los santos seamos la herencia de Dios.

Pero antes de plasmar nuestras observaciones, os indico los comentarios de diversos autores acerca de la misma. Calvino dijo: *Los ojos de nuestro entendimiento no están suficientemente alumbrados a menos que descubramos cuál es la esperanza de esta herencia eterna a la que somos llamados*. Thomas Manton la entendió como la herencia *asignada para aquellos que son renovados por el Espíritu de Dios [...] que ellos puedan ver más claramente y creer completamente aquellas cosas buenas de las que gozarán allí más adelante*. Y Charles Hodge la define como *la abundancia y la grandeza de aquella herencia de la que Dios es el Autor*.

Y ahora, si observamos la frase con detenimiento, podemos ver que puede hacer referencia a la herencia de los cristianos, es decir, a la herencia que recibiremos los cristianos por parte de Dios, pero también a la herencia del propio Dios, es decir, y aunque parezca increíble, a la herencia que Dios tiene en nosotros los cristianos. Ambas lecturas son permisibles porque, literalmente, se habla de la **herencia de él en los santos**. Con el primer sentido, la frase sería: «Su herencia en los santos, o para los santos», lo cual tiene dos connotaciones: la herencia que nos da, y que él mismo es nuestra herencia; con el segundo, la frase sería literal: «La herencia de él en los santos», lo que Dios recibirá por parte de ellos.

O lo expresamos de otro modo: a los cristianos nos aguarda un futuro glorioso que tendremos como herencia, pero, al mismo tiempo, hay una gloria que daremos a Dios o que devolveremos a Dios, una gloria que él recibe de nosotros como consecuencia de las riquezas de la gloria que nosotros hemos recibido de él. Sucede también en esta vida y en el día de hoy con nuestras oraciones, nuestras alabanzas, y nuestro modo de vivir.

O para entenderlo mejor: es lo que sucede con la gloria de un rey, la cual se exhibe o manifiesta por la gloria de sus propios súbditos y, a la vez, en eso es glorificado el propio rey. Debido a lo que el rey hace con ellos y por ellos, así el propio rey es glorificado en ellos, como sucedía con Salomón (*cf.* 2 Cr 9:3-7), y como sucederá con nuestro Señor Jesucristo en su venida, según está escrito: ***Cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron*** (2 Ts 1:20).

Así que, dependiendo de cómo se lea el pasaje, tenemos los dos principios que hemos enunciado. Fijémonos en el primero: El mayor consuelo, la mayor paz, y el mayor gozo

estriban en saber que el propio Dios es nuestra herencia. Ya hemos hablado de la superexcelencia y la superabundancia de las riquezas de Dios para con los santos, pero puesto que el original dice: **La herencia de él en los santos**, podemos entender que el propio Dios es nuestra herencia, tal como lo expresa el salmista (cf. Sal 73:25-26; 42:1-2). Y si para lo que comentábamos antes nos faltaban palabras, mucho más nos faltan para describir esto. Todo en el Cielo es grandioso y glorioso, pero nuestra mayor felicidad y bendición estriban en que el propio Dios sea nuestra porción y nuestra herencia: completa, suficiente y para siempre.

¿Queremos saber cómo anda nuestro cristianismo? Analicemos los pasajes anteriores y preguntémosnos si son una realidad en nuestras vidas; si estamos no solo comprendiendo, sino también viviendo a la luz de que no hay nada mayor que el propio Dios, que no deseamos tanto las cosas que Dios nos da como a él mismo, y de que no hay nada en el Cielo ni en la tierra que nos satisfaga tanto como el propio Dios, que es nuestra herencia. Hemos de analizarnos para ver si estamos diciendo, con David: **No me echés de delante de ti, y no quites de mi tu santo Espíritu** (Sal 51:11), que no pedía las bendiciones que vienen de Dios, sino la presencia del propio Espíritu de Dios. Esto era lo más importante que no quería que se le quitara.

Y hemos de pensar, y meditar, y orar por estas cosas, porque cuando nuestras mentes están fijas en ellas, encontramos un lugar de descanso completamente suficiente. Como se indica en Apocalipsis 21:7: **El que venciere heredará todas las cosas**, y esto ya sería más que suficiente, pero es que, además, añade: **Y yo seré su Dios**. ¿Podemos imaginar una perspectiva más maravillosa que esta, que nosotros poseamos al propio Dios, que el Redentor llegue a decirnos **entra**

en el gozo de tu Señor (Mat. 25:21)?; porque nadie entra en la herencia hasta que toma posesión de ella.

Hemos de pensar, pues, mucho más *en las cosas de arriba* (Col 3:1-4), y mucho más en aquel día en que cada uno de los cristianos diremos: *Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa [...] en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre* (Sal 16:5,11).

Vayamos ahora al segundo principio, que también nos deja llenos de admiración, asombro y adoración: Es glorioso (a falta de otras palabras mejores) que los santos seamos la herencia de Dios.

En la frase que estamos considerando vemos de nuevo la plenitud de la Escritura. *La herencia de él en los santos* apunta también a otra cosa complementaria de la anterior, porque si los santos tienen una herencia *de* Dios (superexcelente y superabundante, de cosas y bendiciones) y *en* Dios mismo, también Dios tiene una herencia *en* los santos. Ya aparecía esto en el Antiguo Testamento: *Porque la porción de Jehová es su pueblo* (notemos el orden, que no indica que la porción del pueblo sea Jehová, aunque ya hemos dicho que también lo es); *Jacob la heredad que le tocó* (Dt 32:9). De igual modo se expresa en el Salmo 78:70-71, o en Malaquías 3:17, donde Dios dice: *Serán para mí especial tesoro*, pero la idea es que serán mi especial tesoro, mi propiedad exclusiva, o particular, o personal.

Por tanto, repito: nuestro texto no solamente incluye la herencia que Dios ha provisto *para* sus santos y que ellos tienen *de* él y *en* él, sino que también hace referencia a lo que el propio Dios tiene *en* ellos. En Romanos 9:23 se nos indica que Dios hace conocer *las riquezas de su gloria [...] en los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria*. O de otro modo: Dios toma vasos de barro, los elige

como vasijas de misericordia, los destina para gloria y, de esa forma, da a conocer las riquezas de su gloria, que es el motivo de la oración que nos ocupa. O aún de otro modo: los **vasos de barro** son llenados con un **tesoro** especial (2 Co 4:7), la gloria de Dios se manifiesta en ellos, y por esto se dice que ellos son **la herencia de él en los santos**.

Y será cuando estemos con Dios en los cielos, cuando seamos completamente glorificados, que se cumplirá aquello que está escrito: **Jehová está en medio de ti, poderoso [...] se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos** (Sof 3:17), donde se habla no de nuestro gozo, sino del gozo del Señor en nosotros.

¡Cuánto necesitamos, pues, pensar en estas cosas, en **las riquezas de la gloria de su herencia en los santos!** ¡Qué gloria será aquella cuando tengamos todas las riquezas gloriosas, cuando Dios sea nuestra herencia, y cuando nosotros seamos la herencia de Dios por los siglos de los siglos!

Y como lo necesitamos, y Pablo lo sabía, por eso hacía esta oración por sus hermanos. Necesitamos tener un mejor conocimiento de aquella gloriosa herencia, pero para ello precisamos que nuestros ojos sean alumbrados para poder mirarla con propiedad y deleitarnos en ella. Es lo mismo que sucede con la resolución de un problema difícil, que no puede hacerse sin una mente adiestrada; o con la apreciación de una obra maestra de música, que requiere de un oído y un temperamento musical. Un burro no puede apreciar estas cosas, y un cristiano que no crezca en santidad carece de la visión espiritual y los ojos de la fe que son indispensables para poder apreciar la gloria de las cosas espirituales y celestiales.

Evidentemente, Pablo no habría pedido esta bendición a menos que supiera que podía tenerse, y a menos que fuera de

gran valor e importancia. Y decimos que estas oraciones se han recogido para nuestra enseñanza, para que las hagamos nuestras y, en la misma medida, para que pongamos nuestros deseos en estas cosas por encima de todo. Además, y ya lo vimos también en días anteriores, son mandamientos del Señor que hemos de cumplir. ¡Pero qué buenos mandamientos del Señor; qué poco gravosos son, qué poco pesados, y cuánto beneficio traen a nuestras vidas!

Y es que cuanto más pongamos nuestros corazones en las cosas celestiales y gloriosas, menos poder e influencia tendrán en nosotros las cosas perecederas, menos nos atraerán, y menos nos cautivarán. **Los deleites temporales del pecado** serán rechazados mucho más fácilmente cuando vivamos **como viendo al Invisible** (He 11:25-27). Cuando anhelamos las cosas mejores dejamos de amar el mundo y las cosas del mundo, comprendemos que **el mundo pasa y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre** (1 Jn 2:16-17).

También, si percibimos más claramente **las riquezas de la gloria de su herencia en los santos**, estaremos muy **contentos** con tener **sustento y abrigo** (1 Ti 6:8), porque no queremos nada más ni precisaremos de nada más. De igual modo llegaremos a decir: **He aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación [...] en todo y por todo estoy enseñado [...] todo lo puedo en Cristo que me fortalece** (Fil 4:11-13). Así también seremos más desprendidos y tendremos más del espíritu de aquellos que miraron con alegría **el despojo de sus propios bienes** porque sabían que tenían **una mejor y perdurable herencia en los cielos** (He 10:34).

Hermano, ¿eres poco desprendido o codicioso?; ¿no eres **dador alegre** (2 Co 9:7)?; ¿te cuesta mucho dar o prestar lo que dices que es tuyo?; ¿no sabes cómo librarte de esta es-

clavitud?; ¿tienes miedo a desprenderte de ciertas cosas, bienes, comodidades, etc.?; ¿quieres el remedio? Mira más **las riquezas de la gloria de su herencia en los santos**, y pide más a Dios que te las haga entender y ver más.

Nuestro ejemplo, como siempre, lo tenemos en el Señor Jesucristo, el cual, **por el gozo puesto delante de él...** (He 12:2). Si estamos más ocupados con **las delicias para siempre** que están a la diestra de Dios (Sal 16:11), correremos mejor **con paciencia la carrera que tenemos por delante**, y tropezaremos mucho menos en los sufrimientos y las penas del camino y de la carrera, que siempre son muy pequeños en comparación con la gloria que nos espera (cf. 2 Co 4:16-18). Si el Cielo y las cosas gloriosas son más reales y cercanas para nosotros, estaremos mejor preparados para mirar el camino y la carrera como una jornada corta, y desearemos más ardientemente que Cristo venga y nos tome con él para siempre.

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a entender estas cosas y a ponerlas en práctica, y nos ayude a hacerlas objeto de nuestras oraciones, por nosotros mismos y por los hermanos! **Amén; sí, ven, Señor Jesús** (Ap 22:20).

ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL I DE MUERTE A VIDA

Efesios 1:19

Lectura introductoria: Juan 5:24

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

Comenzamos el estudio de una nueva oración, que se encuentra en Efesios 1:19, y que hemos llamado *Oración por entendimiento espiritual*, aunque es una continuación de la última que hemos analizado en el versículo anterior. Este, en realidad, podría ser un título general para todas las oraciones que estamos considerando y para cualquier estudio de la Escritura, pues, en todos los casos, necesitamos no solamente aprender las cosas intelectualmente, sino también interiorizarlas y hacerlas parte de nuestras propias vidas. Pero, puesto que hemos separado este versículo del anterior, en el cual tuvimos la que llamamos *Oración por más luz*, creo que este nuevo título es adecuado para el tema que nos va a ocupar.

Y lo hacemos como siempre, con la lectura de la Palabra (en este caso con un poco del contexto para captar mejor la idea de lo que se pide) y dirigiéndonos a Dios por su bendición, quizá diciendo: *Como los ojos de los siervos miran a*

la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros. Ten misericordia de nosotros, oh Jehová, ten misericordia de nosotros (Sal 123:2-3).

... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza (Ef 1:19).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

Debemos recordar, como hemos leído, que la petición que nos ocupa surge en la mente del apóstol como una consecuencia —la tercera— de otra que ha hecho antes en relación con la luz espiritual que necesitamos. Cuando nuestro corazón es alumbrado, entre las cosas espirituales que podemos apreciar mejor, el apóstol cita tres; las dos primeras ya las hemos considerado: *La esperanza de su llamamiento* (LBLA), y *las riquezas de la gloria de su herencia en los santos*, las cuales englobamos bajo el título de *Oración por más luz*. Esta tercera, que vamos a analizar, también está gobernada por la petición de un alumbramiento mayor, y tiene que ver con el conocimiento y la interiorización del poder de Dios en nuestras vidas, que sepamos cuál es *la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza*.

Ahora bien, al comenzar este versículo debemos considerar dos cuestiones preliminares: una *primera*, que tiene que ver con el significado y el alcance de las palabras usadas aquí por el apóstol, y otra *segunda*, que podemos llamar técnica, en cuanto al contenido o la división del citado versículo. Una vez hecho esto, procederemos a obtener los principios de la oración, o las razones que podemos pensar que llevaron al apóstol a hacerla, así como también los nuevos motivos que debemos incluir en las nuestras, todo lo cual se encuentra recogido en la tabla resumen al final del libro.

Vamos, pues, *en primer lugar*, con *el significado de las palabras*.

Si hacemos una lectura rápida del versículo, vemos que se está hablando con gran vehemencia acerca del poder de Dios, y es por un conocimiento experimental y vivencial de este poder que el apóstol pide al *Padre de Gloria* (v. 17). Ahora bien, ¿es esta petición necesaria? Porque todos sabemos, y forma parte de nuestro credo, que Dios es Omnipotente, ¿no es cierto? Pero creo que también todos, con demasiada frecuencia, nos olvidamos de esto o relegamos dicho conocimiento solamente al ámbito intelectual, de modo que no vivimos de acuerdo con él ni tampoco lo experimentamos.

O también, de otro modo, Pablo es consciente de que una de las mayores necesidades que tenemos los cristianos es la de conocer el poder de Dios y vivir de acuerdo con él, y por eso pide, estando también su petición subordinada a la primera que aparece al comienzo del **versículo 18**. Por tanto, para esta petición, al igual que para las anteriores, somos completamente dependientes de la gracia del Espíritu Santo para entender, conocer, interiorizar y vivir de acuerdo con este poder de Dios.

Esta petición, por así decirlo, se encuentra a continuación de las anteriores (espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Dios, alumbramiento de los ojos, conocimiento de la esperanza de su llamamiento, y de las riquezas de la gloria de su herencia) no solo gramaticalmente, sino también gobernada por ellas en un sentido lógico, doctrinal y experimental. Si pensamos un poco, el conocimiento del poder de Dios en nuestras vidas y el entendimiento o interiorización de este es algo que viene después de las cuestiones anteriores en todos los sentidos.

Y puede que alguien no tenga claro por qué Pablo siente que debe hacer esta petición. Quizá, en las que hemos tratado antes, todos éramos conscientes de nuestra necesidad, pero es seguro que muchos cristianos lo son menos de la necesidad y de lo esencial que es el conocer más acerca del poder de Dios. Hemos hablado del fundamento del llamamiento eficaz, y sabemos que, unido a este, hay un milagro de la gracia, pero quizá no nos paramos a pensar que fue necesaria nada menos que la omnipotencia divina para pasarnos de muerte a vida. Y es de este mismo poder del que se habla y el que se pide en esta oración.

Es, pues, muy importante el tema que nos ocupa y, como hemos indicado, comenzamos con el significado de las palabras.

En la primera parte del versículo vemos que no solo se habla del *poder* de Dios —cosa que ya sería suficiente—, ni solo de la *grandeza* del *poder* de Dios, ni solo de la *eminente grandeza* del *poder*, sino de *la supereminente grandeza de su poder*. O, dicho de otro modo, el apóstol amonтона palabras, igual que hizo al hablar de *las riquezas de la gloria de su herencia* (en el original, con sustantivos o con verbos sustantivados), cuando habla del poder de Dios, en

el cual necesitamos pensar y conocer; acumula palabras relacionadas con la fuerza poderosa de Dios, y estas palabras se vierten en las distintas versiones también con distintos matices.

Así, la primera de ellas, *supereminente* (*hyperballon*), también puede traducirse como incomparable, extraordinaria, soberana, grande y sin límites, excelsa, inmensurable, incommensurable, sobrepasante, sobrepujante, superior, eminente, superabundante o sobresaliente. Es la misma que se encuentra en Efesios 2:7; 3:19, o también en 2 Corintios 3:10; 9:14.

La segunda, *grandeza*, es la traducción de *megethos*, de cuya raíz proceden aquellas palabras que usamos en el día de hoy y que comienzan con el prefijo «mega». En realidad, en una escala creciente, iríamos subiendo desde la palabra simple (por ejemplo, «mercado») pasando por otra con el prefijo «super», después «hiper» y, finalmente, «mega». Por tanto, de nuevo se está hablando de algo muy grande, y es la que se usa, por ejemplo, en Éxodo 15:16, cuando Moisés, cantando, pedía así: *A la grandeza de tu brazo enmudezcan como una piedra; hasta que haya pasado tu pueblo, oh Jehová*. Además, en el lenguaje científico, cuando a alguna unidad se le antepone el prefijo «mega», aquella se multiplica por un millón, y todos estamos acostumbrados a hablar de los «megas» de nuestros dispositivos electrónicos. Por tanto, ambas palabras, *supereminente grandeza*, intentan expresar hasta dónde llega el poder de Dios.

A continuación, se habla de dicho poder, y para este se emplean cuatro palabras distintas en todo el versículo, aunque en nuestras versiones (RVR 1960) solamente aparecen tres: *poder* (que se repite), *operación* y *fuerza*. Las cuatro hacen referencia a lo mismo, pero con distintos matices.

La primera, **poder**, es la traducción de la palabra griega *dunameos*, la cual se relaciona con dinamita y también con dinamo. La dinamita, como sabemos, tiene una alta potencialidad que se desarrolla en un momento puntual, mientras que una dinamo produce potencia continuamente; y ambos sentidos pueden tomarse para la experiencia cristiana, según nos fijemos en momentos puntuales, como el del nuevo nacimiento, o en el proceso de la vida cristiana a lo largo de los años. Es la misma palabra que aparece en Romanos 1:16 (*el evangelio [...] es poder de Dios para salvación*), o también en Mateo 22:29 (*Erráis, ignorando las Escrituras, y el poder de Dios*).

La siguiente palabra, que se traduce por **operación**, es la palabra griega *energeian*, de la cual procede «energía», y también puede traducirse por eficacia o actividad. Aparece junto con la anterior en Efesios 3:7 (*fui hecho ministro [...] según la operación de su poder*) y en Mateo 14:2. Y también la encontramos sola, como, por ejemplo, en Efesios 4:16 o Filipenses 3:21.

La siguiente palabra, que también se traduce por **poder**, no es la misma que la anterior, pues proviene de *kratous*, y esta puede traducirse también por potencia, imperio, dominio o soberanía (de ella proceden «democracia» o «aristocracia»). Es la que tenemos en Lucas 1:51 (*hizo proezas con su brazo*) o Hebreos 2:14. Esta palabra señala un poder en un plano superior, mientras que *dunameos* hace referencia a la capacidad de dicho poder, y *energeian* al poder en acción.

Finalmente, la palabra **fuerza** es la traducción de *ischuos*, y se usa con la anterior en Efesios 6:10 (*fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*), o de forma aislada en Marcos 12:30,33 o 2 Tesalonicenses 1:9.

Por tanto, y volviendo de nuevo al versículo, podemos decir que en la primera parte de este se pide que conozcamos

la gloriosa grandeza del poder de Dios, y en la segunda, la fuerza de ese poder en acción, o como dicen otras versiones, *la fuerza de su poderosa virtud* (N-C), *la fuerza grandiosa y eficaz* (NVI), *la acción soberana de su fuerza* (BT), o *la fuerza eficaz de su potencia* NRV 1990).

De nuevo, para entender los términos, indico algo del lenguaje científico, en el que se distinguen los conceptos de fuerza, energía o trabajo, y potencia. La primera hace referencia a algo capaz de mover un objeto; la segunda tiene en cuenta la fuerza aplicada y el desplazamiento o efecto conseguido; y la tercera considera, además, el tiempo en que se produce dicho efecto, la energía puesta en juego en cada momento. Pues bien, en este versículo aparecen las tres connotaciones en relación con el poder de Dios: la capacidad, la actividad y la potencia, y con ello podemos parafrasear la petición del siguiente modo: (para que sepáis) *lo que es capaz de hacer Dios con su inconmensurable y glorioso poder en nosotros, los que creemos por lo que ya ha hecho según esa fuerza poderosa superior.*

O dicho de otro modo: en la petición se nos lleva a considerar lo que Dios ya ha hecho en nuestras vidas (segunda parte del versículo), lo cual es ya una extraordinaria demostración de poder, para tenerlo presente en otras circunstancias y momentos, y más que el significado independiente de cada palabra, lo que necesitamos conocer e interiorizar es la poderosa fuerza de Dios en acción, que excede a toda medida y a cualquier comprensión.

En segundo lugar, dijimos que debíamos abordar otro asunto que tiene relación con *la propia división del versículo*. En la versión RVR 1960, y en otras, hay una «coma» después de la palabra «*creemos*». En cambio, en otras versiones, aparece la «coma» de separación después de la palabra

«**nosotros**» (N-C; BJ), e incluso en estas dos últimas versiones aparece dos veces la «coma»: después de «**nosotros**», y después de «**los creyentes**» (equivale a **los que creemos**). Este detalle no es sin importancia, y aunque no puede asegurarse con exactitud dicha posición, debemos tener claro dónde termina la petición de la oración, por si esta ocupa todo el versículo o solo una parte de este.

Personalmente pienso que la «coma» debe ir después de la palabra «**nosotros**», es decir, que la petición solo llega hasta ahí: ***Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros***, siendo el resto del versículo una aclaración acerca de quiénes son las personas que se designan con la palabra *nosotros*. ¿Quiénes son?: ***Los que creemos según la operación del poder de su fuerza***, estando esta parte última del versículo conectada con la que sigue inmediatamente en el versículo siguiente.

Las razones para considerar esto así son las siguientes:

Primera: Tal como tenemos la puntuación en la versión RVR 1960, las palabras ***los que creemos*** no serían necesarias ni aclararían nada en relación con lo que le precede: ***para con nosotros***, pues ya se sabe que los beneficiarios del poder de Dios son los santos, es decir los creyentes, a los cuales se ha hecho referencia con anterioridad.

Segunda: Tal como tenemos en la versión RVR 1960, si ***los que creemos*** está unido a lo anterior, la oración ocuparía todo el versículo y su parte final comenzaría demasiado bruscamente con la palabra ***según***.

Tercera: Si en ***los que creemos*** comienza una nueva cláusula, las palabras presentan una importante verdad que se pasa por alto según la puntuación de la versión citada, y que no es otra sino que nuestra creencia es también el resultado del poder de Dios, y no solo de cualquier poder, sino de

aquel que resucitó *a Cristo* y lo sentó *a su diestra en los lugares celestiales sobre todo principado...* (vv. 20-22).

Por tanto, para el estudio vamos a considerar dos partes en el versículo: la primera, que es la oración en sí: (para que sepáis o conozcáis) *lo que es capaz de hacer Dios con su incommensurable y glorioso poder en nosotros*; la segunda, que nos lleva a mirar lo que Dios ya ha hecho en nosotros y en el propio Cristo, para que nos sirva de referencia: *los que creemos por lo que ya ha hecho en nosotros según esa fuerza poderosa superior, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado...*

Pero todavía en esta introducción puede destacarse algo más.

En la primera parte del capítulo 1 de Efesios, el apóstol ha hablado mucho acerca de la buena voluntad de Dios hacia su pueblo (vv. 1,3-5,9,11). En realidad, todos los versículos, desde el comienzo de la carta hasta el 14, hablan de dicha buena voluntad: predestinados, elegidos, redimidos, perdonados, unidos, hechos herederos, sellados, etc., y esto ya debería ser suficiente. Pero ahora, para fortalecer más los corazones y la fe, el apóstol añade el tema de la omnipotencia divina, que ha sido necesario ejercitarla para la salvación de ellos y que sigue operando en ellos.

Y esto, hermanos, es fundamental tenerlo presente en nuestras propias vidas. Porque si pensamos en el poder de Dios, y lo interiorizamos, junto a su buena voluntad para con nosotros, eso nos traerá la mayor consolación. Como dice el propio Pablo en Romanos 8:31: *Si Dios es por nosotros, [quiere y puede] ¿quién contra nosotros?*

La buena voluntad de Dios y el poder de Dios son dos ingredientes esenciales para fortalecer nuestras vidas de cris-

tianos y nuestros corazones, para fortalecer nuestra fe, y ahora el apóstol nos conduce a mirar dicho poder. En primer lugar, por lo que ya ha hecho en nosotros, porque somos cristianos gracias a la omnipotencia divina. Y, en segundo lugar, por lo que ya ha hecho en Cristo, como Cabeza y representante nuestro. Por el poder de Dios nacemos de nuevo, y es el poder de Dios el que resucitó a Cristo y lo llevó a los lugares celestiales sobre todo principado, autoridad, poder, señorío, y sobre todo nombre que se nombra, y sometió todas las cosas bajo sus pies. Y si este poder actuó en el Uno, también actúa en los otros.

Tengamos presente, pues, en nuestras oraciones, ambas cosas: la buena voluntad de Dios para con nosotros y el poder de Dios para con nosotros, y pidámosle, solemnemente, que alumbré los ojos de nuestro corazón para que veamos estas cosas y podamos vivir de acuerdo con esto que creemos.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El *primer* principio que obtenemos podemos enunciarlo así: El hombre natural se encuentra espiritualmente muerto, y solo el poder de Dios puede llevarlo a la vida.

Este asunto no está falto de comentarios y discusiones, aunque la Palabra es muy clara. Por ejemplo, en esta misma carta puede leerse: ***Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*** (cap. 2:1). Y en palabras del Señor: ***El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.*** Y otra vez: ***Ninguno puede venir a mí, si el Padre***

que me envió no le trajere [...] Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre (Jn 3:5-7; 6:44,65).

El conocimiento, espiritual y experimental, de este principio de ausencia de vida espiritual en el hombre natural, y de que es solo por el poder de Dios por el que se sale de esa condición, es fundamental para eliminar nuestro orgullo y mantenernos en humildad, así como para la evangelización y otros aspectos de la vida cristiana: **Porque ¿quién te distingue? ¿o que tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?** (1 Co 4:7).

Es esta, pues, una razón poderosa por la que debemos hacer nuestra la oración que nos ocupa, pues cuanto más entendemos el poder de Dios, cuanto más lo apreciamos, más avanzamos en humildad, y más le estamos agradecidos. O, dicho de otro modo: es la falta de interiorización del poder de Dios que ha actuado en nuestras vidas, si somos cristianos, o la falta del propio poder, que desconocemos si no lo somos, la que mantiene el orgullo y la soberbia. Por tanto, si queremos crecer en humildad, debemos hacer nuestra esta oración que achanta el orgullo humano.

El hombre natural está seguro de sí mismo, es autosuficiente, y se cree competente por sí mismo para determinar su propio destino, siendo esta idea la que, una y otra vez y a lo largo de los siglos, ha intentado afianzarse en el cristianismo quitando la gloria que solo corresponde a Dios. El hombre natural se considera así, pero por encima de todo su imaginario poder, egoísmo e independencia, Dios ha escrito que no solamente es *enemigo, pecador e impío*, sino también *débil*, es decir, sin poder (cf. Ro 5:6-10). No sin poder físico, mental o moral, sino sin poder *espiritual*, pues el hombre caído, por naturaleza, está espiritualmente muerto.

Y, si esto es así —y así dice la Biblia que es—, no solo está totalmente incapacitado para realizar acciones espirituales, sino también para hacerlas de un modo espiritual y con motivos espirituales. Y aún más: carece de cualquier deseo espiritual, aunque pueda ser muy fiel en su religión tal como el mundo puede concebirla. El diagnóstico es: *Sin poder*, hacia Dios o para Dios, de modo que si alguien hoy hace alguna obra espiritual, con motivos espirituales, y de un modo correcto y espiritual, se debe al poder de Dios, no al suyo propio en absoluto.

Ahora bien, ¿quién se cree esto en el día de hoy? Fuera de las iglesias, nadie, desde luego; pero incluso dentro de ellas hay pocos que lo creen, pocos que creen que sin el poder de Dios en sus vidas *nada* pueden *hacer* (cf. Jn 15:5), y menos aún los hay que confirmen esto que dicen creer por su propia experiencia de vida al mostrar un crecimiento en humildad. Repito: la falta de crecimiento en humildad, entre otras cosas, se debe a la falta de conocimiento del poder de Dios, lo cual lleva a muchos a decir: ***Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad.*** A estos, el Juez divino les responde: ***Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*** (Ap 3:17). Y es que nada, excepto el poder de Dios, puede cambiar las obras del orgullo y llevar al pecador a una súplica humilde con las manos vacías como un mendigo ante el trono de la gracia.

O, de otro modo: la persona que se llama cristiana y no crece en humildad, o bien no lo es, pues no le importa mantener este pecado de orgullo, o bien no cree que Dios sea tan poderoso como para hacerla más humilde. De todos modos, si lo es, tiene que saber que Dios la va a corregir y disciplinar, como hace con todos sus hijos rebeldes, y no solo por este pecado, sino por todos.

Hemos, pues, de esforzarnos en este camino de humildad que el propio Señor nos mostró (*cf.* Mt 11:29), interiorizar que hemos sido, solo los cristianos, predestinados para ser ***hechos conformes a la imagen de su Hijo*** (Ro 8:29), y clamar a Dios para que actúe con poder y cambie nuestras vidas quitando todos aquellos pecados que nos esclavizan. ¿Cuántas veces hemos pedido que Dios actúe con su poder en nosotros en este sentido?

Crear verdaderamente en el Señor Jesucristo con todo el corazón y recibirlo no solo como Salvador, sino también como Señor, puede parecer un acto simple que no presenta ninguna dificultad, pero solo se produce cuando Dios, previamente, ha actuado con su gran poder, cuando el milagro de su gracia se ha producido en la persona.

Es necesario el poder de Dios para que una criatura, caída y depravada como éramos nosotros, pueda someterse voluntariamente a Cristo y quiera obedecerle. Necesario el poder de Dios para rechazar los pecados queridos y abandonar los ídolos que se aman. Necesario para que nuestro orgulloso corazón se vuelva y considere como trapos sucios todas sus buenas obras. Necesario para considerar que Cristo es el Profeta, Sacerdote y Rey de uno mismo. Es necesario el poder de Dios; y no hay otra cosa ni poder suficiente para ello ni que pueda sustituirlo.

El *segundo* principio lo podemos enunciar así: Existen terribles y grandes poderes espirituales contrarios a las personas, y el hombre natural es esclavo de su propio pecado y de Satanás. La segunda razón por la que Pablo hace esta oración pidiendo el conocimiento del poder de Dios, y por la cual también debemos hacerla nosotros, es porque somos, por naturaleza, ignorantes de lo terribles que son los poderes que actúan en contra nuestra.

Cuando un ejército está en medio de un serio conflicto, nada es mejor para salir derrotado que ignorar o desestimar el poder del enemigo. Así también sucede en la vida espiritual. Muchos cristianos apenas piensan o prestan atención a esto, pero cuando nos formamos un juicio adecuado, por la enseñanza de la Palabra, acerca del poder y de la malignidad de nuestros enemigos espirituales, entonces es cuando realmente podemos valorarlos y cuando nos damos cuenta también de lo necesitados que estamos de la supereminente grandeza del poder de Dios (*cf.* Mt 6:13).

Es esta otra de las razones por las que hemos de dedicar tiempo al estudio de la Palabra, pues si nuestro conocimiento acerca de los enemigos de nuestras almas no está regulado por lo que ella dice, con toda seguridad nos equivocaremos, y al ignorarlos o subestimarlos, saldremos derrotados.

Antes hemos hablado del hombre muerto espiritualmente por naturaleza y de la necesidad del poder de Dios para tener vida, pero creo que nos damos poca cuenta del terrible dominio y predominio del poder del pecado en nosotros. Este es un gran y terrible primer enemigo. Ya en la antigüedad, Dios nos dijo por el profeta: ***¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?*** (Jer 13:23). La respuesta obvia es que no.

El hombre no puede mejorar su naturaleza pecadora y hacerse a sí mismo amante de Dios, siervo de Dios, y obediente a Dios. Del mismo modo que ninguna loción externa puede poner blanca la piel negra del etíope, así tampoco ninguna educación, ni cultura ni reforma, pueden cambiar la naturaleza de pecado que tenemos y llevarnos a odiar lo que antes amábamos, o a amar aquello que antes rechazábamos completamente.

Cada descendiente de Adán es **formado en maldad** y concebido **en pecado** (Sal 51:5), cada uno llega al mundo como esclavo del pecado, de modo que ningún esfuerzo propio ni ninguna ayuda por parte de otros puede aligerarlo o librarlo de ello. Hace falta un poder sobrenatural, y no cualquiera, porque podríamos pensar en el poder de los ángeles.

Nuestro conocimiento está lleno de tinieblas espirituales, nuestra voluntad y deseos son perversos, impíos y están viciados, y nuestras pasiones y sentimientos son desordenados, de modo que si no pensamos en esto, no nos conoceremos cada vez mejor, y no nos daremos cuenta de que no es suficiente con una simple reforma o con unas buenas intenciones esporádicas, y no se clamará a Dios para que actúe con su poder.

Pero no solamente el hombre natural es **esclavo** de su **pecado** (Jn 8:34), sino también cautivo del diablo, otro gran y poderoso enemigo. En esta misma carta se dice: **En los pecados anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia** (cap. 2:2).

Este dominio de Satanás sobre el hombre no regenerado es tan completo que no solamente lo tienta desde fuera, sino que también obra dentro de él, de modo que hace los deseos del diablo; y no de forma obligada, sino que también quiere hacerlos. Por eso, el Señor Jesucristo llama al **diablo** el **padre** de ellos, el padre del hombre natural (Jn 8:44). Las personas no regeneradas están contentas consigo mismas y se imaginan que son libres, mientras que piensan que los cristianos son los que carecen de libertad, pero las propias palabras de Jesucristo desmienten esto: **Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discí-**

pulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Jn 8:31-32). Pero ellos piensan así porque están engañados por este poderoso enemigo, que los mantiene firmes y atados, en el **lazo del diablo, en que están cautivos a la voluntad de él** (2 Ti 2:26).

Esta es la triste situación y condición: personas que no pueden escapar de las garras del diablo, ni tampoco lo desean, del mismo modo que no quieren sujetarse **a la ley de Dios, ni tampoco pueden** (Ro 8:7). Pero aún más triste es la situación y condición de muchos supuestos cristianos que se encuentran cautivos por subestimar el poder de este enemigo y por no acudir e implorar a Dios para que actúe con su poder en sus vidas. En otra de sus cartas, el propio apóstol escribe: **Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios** (2 Co 4:3-4).

Entonces, si este es el enemigo, ¿qué pueden hacer sus víctimas?; ¿qué pueden hacer las víctimas de Satanás? Satanás, como el **príncipe de este mundo** (Jn 12:31; 14:30; 16:11), influye en políticos, policías, jueces, gobernantes, y cualquiera que ostente una posición de autoridad. De igual modo, como el **dios de este mundo** (2 Co 4:4 LBLA), controla las supersticiones, religiones, idolatrías y todo lo que tiene que ver con la magia y el ocultismo. El propio Señor Jesucristo habla del reino de Satanás y de cómo lo mantiene (*cf.* Mt 12:26). En la parábola del sembrador, también nos dio a entender algo del terrible dominio de este gran enemigo nuestro: **Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón** (Mt 13:19).

Por tanto, decimos de nuevo: ¡Cuán indefensas, pues, son sus víctimas! No tenemos sino que leer el comienzo de Marcos capítulo 5, el caso de un pobre endemoniado, para darnos cuenta de su incapacidad para escapar de la esclavitud de Satanás. Pero, a pesar de todo, nadie se da cuenta de este enemigo, y si se habla de él, es para decir que no existe.

Los cristianos, en cambio, no debemos olvidarlo, y no debemos olvidar que para liberar a una persona del control de Satanás se necesita un poder tan grande que solamente el propio Dios puede ejercerlo (*cf.* Lc 11:21-22). Solamente la divina omnipotencia puede llevar nuestras almas ***de la potestad de Satanás a Dios*** (Hch 26:18). Pero, además, debemos saber que el diablo no admite la derrota y no va a dejar tranquilo a ninguno de los que eran antes sus cautivos y han sido quitados de él por la fuerza. Sabemos que nuestra salvación no la podemos perder, y ¡bendito sea Dios por ello!; pero hemos de saber también que el diablo empleará todo su poder y a todos sus aliados, ángeles y personas, para hacernos caer y para que, aun siendo cristianos, sigamos andando según sus deseos y según la corriente que él impone en este mundo. Acordémonos de aquella persona que barrió su casa, pero que el diablo la encontró vacía y desocupada (*cf.* Mt 12:43-45).

Por eso se nos advierte que no olvidemos que ***no tenemos lucha contra sangre y carne sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.*** Y por eso se nos ordena: ***Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo*** (cap. 6:10-12).

También el apóstol Pedro nos hace la misma advertencia: ***Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario del diablo,***

como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Y como es consciente, al igual que Pablo, del poder de nuestros enemigos, pide para que Dios nos *perfeccione, afirme, fortalezca, y establezca* (1 P 5:8-10); es decir, pide que Dios actúe en ellos con la supereminente grandeza de su poder.

Y Santiago dice: *Someteos, pues, a Dios* [al poder de Dios, bajo el poder de Dios]; *resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros, pues él da mayor gracia [...]* *resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes* (Stg 4:6-8).

Y con esto terminamos el presente capítulo. Ya hemos dado varios motivos por los que debemos hacer nuestra esta oración de Efesios 1:19: para fortalecer nuestra fe y nuestros corazones, para crecer en humildad al darnos cuenta de que dependemos de Dios para todo, y para vencer a los grandes enemigos y poderes que nos son contrarios. Si nos olvidamos de orar por un mayor entendimiento del poder de Dios, no estaremos firmes, estaremos ignorando cuál es nuestra condición y cuál la fuerza de nuestros enemigos y, así, estaremos impidiendo nuestro crecimiento.

Pero cuando pensemos en estas cosas, en nuestra condición y en el poder del enemigo, no olvidemos que está a nuestra disposición *la supereminente grandeza* del *poder* de Dios para llevarnos de victoria en victoria.

¡Bendito sea por ello, por los siglos de los siglos! Amén.

ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL II EL PODER DE DIOS

Efesios 1:19

Lectura introductoria: Jonás 1:4,15,17; 2:10

Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave [...] Y tomaron a Jonás, y lo echaron al mar; y el mar se aquietó de su furor [...] Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás; y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches [...] Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra.

Continuamos con la que hemos llamado *Oración por entendimiento espiritual* y a la que hemos dado este nombre porque necesitamos interiorizar espiritualmente aquello que ya conocemos en nuestras mentes, en este caso, el poder de Dios por el cual hemos llegado a creer y que nos preserva de nuestros poderosos enemigos. El apóstol ha escrito acerca de este en modo superlativo máximo, y hemos dicho que necesitamos entender ese conocimiento para, entre otras cosas, fortalecer nuestra fe y crecer en humildad.

Ahora continuamos con el estudio, pero tras la lectura de la Palabra y nuestro acercamiento a Dios en oración.

... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de

vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza (Ef 1:19).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El principio con el que comenzamos, el *tercero* en estudio, lo enunciamos así: No es bueno, aunque sí frecuente, que los santos tengan poca fe y muchos miedos. En realidad, ya lo hemos introducido al hablar de la necesidad del conocimiento del poder de Dios para fortalecer la fe y el corazón, pero ahora vamos a desarrollarlo

Pensemos un momento: si creemos lo que nos dice y muestra la Escritura acerca de la omnipotencia de Dios y sus manifestaciones, que su poder es grande y supereminente en todos los sentidos, que es *poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos* (Ef 3:20), que *después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno* (Lc 12:5), que puede hacernos cambiar *conforme a la imagen de su Hijo* (Ro 8:29), que puede hacer que *todas las cosas* obren para nuestro *bien* (Ro 8:28), que puede limpiarnos de *nuestros pecados* y nuestra *maldad* (1 Jn 1:9), que *transformará el cuerpo de la humillación nuestra* (Fil 3:21), que *sustenta todas las cosas con la palabra de su poder* (He 1:3), etc., etc., ¿no lo tendrá para defendernos, para ayudarnos, darnos, guardarnos, y todo lo que sea necesario para que crezcamos en santidad?

La respuesta que todos damos es que sí, que por supuesto, pero necesitamos pedir y esforzarnos por interiorizarlo, por-

que la mayoría de las veces no vivimos de acuerdo con el Espíritu que nos ha dado, que es ***de poder, de amor y de dominio propio***, sino con miedo y ***cobardía*** (2 Ti 1:7).

El problema con nosotros es que somos criaturas desequilibradas y dadas a irnos a los extremos. Durante mucho tiempo en nuestras vidas, cuando no éramos creyentes, y aún en las primeras etapas después de serlo, nos mostramos orgullosos, autosuficientes y creemos que no necesitamos a Dios para casi nada. Pero después, cuando esta confianza en nosotros mismos se pierde, somos propensos a estar mirando nuestra debilidad y nuestra insuficiencia en vez de fijar los ojos en Aquel que puede producir toda buena obra en nosotros. Así, pasamos del orgullo a la debilidad, y cuando aprendemos algo acerca del poder de nuestros enemigos y de nuestra incompetencia para luchar contra ellos, tendemos a desalentarnos, a desesperarnos, y a dar la batalla por perdida en muchas ocasiones.

Por eso Pablo reserva esta petición del conocimiento del poder de Dios para el último lugar. Acaba de pedir que aquellos hermanos puedan conocer las ***riquezas de la gloria de su herencia en los santos***, pero sabe que muchos de ellos se preguntarán: «¿Cómo unas criaturas tan pecadoras como nosotros pueden llegar a la gloria? Sabemos que hemos sido liberados de una esclavitud aún mayor que la de los israelitas en Egipto, ¿pero no vamos, al igual que aquellos, a perecer en el desierto antes de entrar en la tierra prometida? Y con tantos problemas que nos asaltan constantemente y que tenemos que afrontar, ¿podremos salir victoriosos?; ¿podremos dar buen testimonio en ellos y en medio de ellos?».

Por eso Pablo, para aquietar estos temores, pide y recuerda a los efesios, y a nosotros, la supereminente grandeza del poder de Dios, el cual necesitamos interiorizar junto con la

buena voluntad de Dios hacia su pueblo, que aparece en la primera parte del capítulo primero de esta carta.

Es el poder de Dios el que hace que se cumplan sus decretos y consejos (*cf.* Hch 2:23), y debe ser este poder de Dios la confianza y gloria de sus hijos. Es su ***brazo poderoso*** (Sal 89:10; Is 62:8) la seguridad de nuestra salvación. Y es una bendición incomparable interiorizar que el poder de Dios hace que se cumplan sus promesas (*cf.* Hch 13:32-33). En 2 Pedro 1:3-4 leemos que ***todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder*** y también que ***nos ha dado preciosas y grandísimas promesas***, pero estas no servirían de nada si Dios no pudiera llevarlas a cabo. Ahora bien, acudimos a ellas con fe porque confiamos en la supereminente grandeza de su poder para ejecutarlas. Este fue el fundamento de la seguridad de Abraham cuando Dios le dijo que tendría un hijo en su edad avanzada y con la esterilidad de Sara (*cf.* Ro 4:19-21).

Es, pues, fundamental que pensemos una y otra vez en el poder de Dios ***para con nosotros***, que lo recordemos como el salmista, y que pidamos a Dios que nos ayude a interiorizarlo, porque solo así los miedos y la debilidad se cambian en confianza y gozo (*cf.* Sal 77:7-15). Fijémonos que la petición del apóstol es para que conozcamos ***la supereminente grandeza de su poder para con nosotros***; no solamente lo primero, sino lo primero en favor de nosotros, de modo que, en la medida en que nos demos cuenta de que ese infinito poder de Dios está disponible para nosotros, oraremos a Dios, pediremos por él, y viviremos más de acuerdo con dicho poder. Y es que la simple consideración del poder de Dios, de su misericordia, o de cualquier otro de sus atributos, no sirve para consolarnos a menos que tengamos el conocimiento que esas cosas son ***para con nosotros*** y para nuestro bien.

La misma idea con otro atributo de Dios, su paciencia *para con nosotros*, está en 2 Pedro 3:9, y son estas cosas las que deben fortalecernos. (Véase Romanos 5:8; 1 Juan 4:9,16, que hablan del amor, y Efesios 1:7-8; 2:7 de las riquezas de su gracia que hizo sobreabundar. En todos los casos es *para con nosotros*. También Isaías dice: *Un niño nos es nacido, hijo nos es dado* (Isa 9:6).

Esta es una primera observación, pero una segunda, no menos importante, es considerar que Dios usa *todo* su poder, la supereminente grandeza y operación de su fuerza, en favor de nosotros. Sucede igual que con la misericordia: Dios tiene misericordia para con todos (*cf.* Sal 33:5), las misericordias comunes (*cf.* Mt 5:45), pero solamente en nosotros, los que creemos, derrama *las misericordias fieles de David* (Hch 13:34). La misma idea la encontramos en Romanos 9:22-23. Si comparamos ambos versículos, en el primero, la *ira* que Dios mostrará en el Infierno va unida a *su poder*, pero, en el segundo, se habla de las *riquezas de su gloria*, lo cual nos indica que el poder que Dios usará para glorificar a sus santos está muy por encima del empleado en la condenación de los malvados.

Y hemos de pensar en estas cosas una y otra vez, porque el poder de Dios es *para con nosotros* y está por encima de todo pensamiento sin nada que se le resista. *Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Ro 8:31). El *Dios de Israel, es Dios para Israel* (1 Cr 17:24). *Mi Padre que me las dio* —dice Cristo— *es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre* (Jn 10:29). Y si bien *los cielos cuentan la gloria de Dios* (Sal 19:1) —es decir, declaran su gloria y su poder—, cuando los santos estemos en el Cielo declararemos la supereminente grandeza de ese poder de Dios.

Repito una vez más: el poder de Dios se muestra en la naturaleza, en la creación, y se mostrará en el Infierno; pero la supereminente grandeza de dicho poder es *para con nosotros*, de modo que aunque seamos más conscientes de nuestras debilidades y del poder de nuestros enemigos, tenemos el enorme privilegio de acercarnos humildemente al trono de la gracia, que es también el trono de todo poder, *para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro* (He 4:16).

Debemos creer intelectualmente en la supereminente grandeza del poder de Dios, pero es mucho mejor *para nosotros* haberlo experimentado. Es mucho mejor comprobar por nosotros mismos el significado de las palabras aplicadas a los héroes de la fe, que dicen: *Sacaron fuerzas de debilidad* (He 11:34; más bien, *siendo débiles, fueron hechos fuertes* —LBLA—, o: *Recibieron poder en su debilidad*: BT), aunque para ello hayamos de estar en medio de *fuegos impetuosos*, en peligro *de espada*, o en *bocas de leones* (v. 33). Es mucho mejor conocer lo que significa ser *fortalecido* (revestido de poder) *con la gracia que hay en Cristo Jesús* (2 Ti 2:1 BT). Y mucho mejor que estemos capacitados para decir: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece* (Fil 4:13), aunque para ello tengamos que ser enseñados en situaciones de abundancia y de escasez, de gozo y de tristeza, etc.

Muchos, ante sus dudas acerca del poder de Dios, tuvieron que ser enseñados. María, la madre del Señor, que preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?*, recibió la respuesta: *El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra [...] porque nada hay imposible para Dios* (Lc 1:34-37). Es la misma de Dios a Abraham cuando Sara no creyó a su anuncio: *¿Hay para Dios alguna cosa difícil?* (Gn 18:14). O la que recibió Moisés cuando le ordenó decir al pueblo que Dios le daría carne du-

rante un mes en el desierto: *¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra o no* (Nm 11:21-23). Y es la misma del Señor a sus apóstoles: *Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios* (Lc 18:27).

Por eso hemos de aprender a orar como hizo Jeremías: *¡Oh, Señor Jehová! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti*, aunque en aquellos momentos la situación era extrema porque la ciudad estaba sitiada y el profeta no descansaba en el poder de Dios. La respuesta que recibió fue la siguiente: *He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?* (Jer 32:17,27).

Muchas veces actuamos como David, que olvidó que había sido ungido por Samuel para ser rey de Israel, olvidó las promesas de Dios, se llenó de miedo y se vació de fe, y terminó diciendo *en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl* (1 S 27:1).

Necesitamos, pues, interiorizar conjuntamente las tres cosas que aparecen en el versículo anterior y en el que nos ocupa. Si miramos la esperanza y el fundamento de nuestro llamamiento, tenemos base para creer que algún día alcanzaremos la herencia. Si, en segundo lugar, miramos dicha herencia y su gloria, entendemos que necesitamos un gran poder en nosotros para alcanzarla. Y si, en tercer lugar, interiorizamos la supereminente grandeza del poder de Dios, descansaremos con confianza sabiendo que el mismo que nos llamó y nos hizo herederos es también el que nos guarda. Si ponemos las tres cosas juntas, y los ojos de nuestro corazón son alumbrados para interiorizarlas, nuestras vidas han de cambiar inevitablemente. Por eso hemos de orar por ellas, como hacía el apóstol.

Las mismas tres cosas las encontramos también en 1 Pedro 1:3-5, solo que aquí aparecen en forma de bendición a Dios por ellas y no de petición. A continuación, el **versículo 6** comienza diciendo: ***En lo cual*** [es decir, en estas tres cosas] ***os alegráis***; aquí está el gozo de la vida cristiana, a pesar de que se sigue diciendo: ***Aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas.***

Repito que hay dos modos de conocer el poder de Dios en nosotros, que fue el mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos: uno es el conocimiento de la fe, y otro el de la experiencia. En Filipenses 3:10 el apóstol vuelve a orar a Dios por este último, porque él pueda conocer en su propio corazón aquello que condujo a la resurrección del Señor. Es la misma diferencia que hay entre conocer que un médico con sus medicinas puede curar, y comprobarlo cuando nos ponemos en sus manos.

Y es que, a medida que este conocimiento se experimenta, la fe se fortalece para el futuro. Cuando se comprueba dicho poder en nuestras vidas y corazones, se puede descansar y confiar en que dicho poder seguirá actuando para obras futuras y en circunstancias futuras. Es el mensaje que aparece también en Judas 24. Por tanto, hemos de pedir a Dios que nos ayude a mirar no nuestras debilidades, sino su poder para con nosotros en todas las circunstancias, como hizo Abraham, del mismo modo que miramos su misericordia y su gracia por encima de nuestros pecados.

Hay creyentes verdaderos que son muy ignorantes del poder de Dios que obra en ellos y que está disponible para ellos, que pueden oír y saber de la gran obra para su conversión, pero desconocer que esto no es sino una parte del poder de Dios que ha seguido y sigue obrando en ellos en muchas

otras ocasiones, perdiendo la confianza en Dios y llenándose de miedos.

En el capítulo 26 del libro de Job, este hombre se dedica a mirar las obras de Dios en la naturaleza, y termina diciendo que ***estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es el susurro que hemos oído de él.*** Es decir, Job reconoce que todo aquello no es más que pequeñas gotas, y que ***el trueno de su poder nadie lo puede comprender.***

Si viviéramos hasta el regreso de Cristo, veríamos, y así lo creemos, que nuestros cuerpos, en un abrir y cerrar de ojos, serían completamente transformados, pero necesitamos interiorizar el conocimiento de este poder en nuestras vidas. Y hemos de pedir por ello junto a la interiorización, como también se ha indicado, de su buena voluntad para con nosotros. Las palabras del Señor a aquel hombre que tenía un hijo endemoniado siguen resonando para nosotros en el día de hoy. El padre dijo: ***Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos,*** a lo cual ***Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible*** (Mr 9:22-23).

Nuestro problema sigue siendo el de la falta de fe y la falta de conocimiento experimental del poder de Dios, y su pregunta, una y otra vez ante nuestra poca fe y nuestros muchos miedos, sigue siendo: ***¿Creéis que puedo hacer esto?*** En una ocasión, unos ciegos respondieron: ***Sí, Señor.*** Y Jesús respondió: ***Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos*** (Mt 9:27-30).

Necesitamos del poder de Dios para aumentar nuestra fe y perder nuestros miedos, y necesitamos arriesgarnos en obras de fe para conocer dicho poder de Dios. Y porque tenemos estas necesidades, hemos de orar por ellas. Orar y pedir más conocimiento del poder de Dios para que nuestra

fe aumente y nuestros miedos se pierdan, y todo para una mayor gloria suya.

Quizá a algunos pueda parecerle que vamos demasiado lentos en los comentarios, pero, pensando en las vidas de no pocos cristianos, creo que vamos demasiado rápidos, y como el tema del poder de Dios es muy importante, muy necesario, y no se medita mucho en él, aún vamos a seguir considerándolo más, si Dios lo permite. Pensando en las vidas de no pocos cristianos, tendría que volver a repetir hasta la saciedad: Necesitamos orar, y lo necesitamos desesperadamente, para conocer la supereminente grandeza del poder de Dios para con nosotros, pues necesitamos cambiar de forma efectiva nuestras vidas, fortalecer nuestra fe y nuestros corazones, crecer en humildad, salir victoriosos en nuestras luchas espirituales, y perder los miedos que muchas veces nos acosan.

¿Quién no necesita cambiar su vida?; ¿quién no necesita fortalecer su fe?; ¿quién no necesita crecer en humildad?; ¿o quién no necesita más poder en sus luchas contra el pecado y Satanás, así como contra sus propios miedos? Por tanto, ¿quién no necesita orar y pedir a Dios por un entendimiento íntimo de la supereminente grandeza de su poder para con nosotros?

Que Dios, con su Santo Espíritu, alumbre nuestros entendimientos y nos capacite para que nuestra fe se consolide, nuestras almas se fortalezcan, él mismo sea glorificado, y que su Hijo sea más querido por nosotros.

Enunciamos ahora los principios *cuarto* y *quinto* que pueden obtenerse de la oración que nos ocupa: debemos entender que el Señor es nuestro Guardador y quien nos preserva, y en la medida en que esto se conoce más, y se vive más bajo el poder de Dios, aumentan también la honra y la gloria que podemos darle.

Ya se han introducido estas cuestiones anteriormente, pero ahora vamos a desarrollarlas, porque aquí tenemos la respuesta final para que nos esforcemos en el conocimiento del poder de Dios y para que oremos por él. Si el objetivo final de nuestras vidas es glorificar a Dios, difícilmente podremos hacerlo si no conocemos y vivimos a la sombra de su poder. Debemos conocer experimentalmente el poder de Dios porque solo así Dios es honrado. Desconocerlo o dar lugar al miedo es deshonrarlo, pues el miedo es la consecuencia de estar absorbidos por pensamientos acerca de nuestros problemas y enemigos, en vez de estarlo en y por el Señor.

Alguien puede argumentar: «Has citado cómo fallaron en este asunto Sara, Moisés, David, Jeremías, María la madre del Señor, y hasta los propios apóstoles. ¿Somos nosotros mejores que ellos para no fallar?; ¿no es cierto que hasta los grandes siervos de Dios entraron en depresión y pidieron que se les quitase la vida? (cf. Nm 11:14-15; 1 R 19:4; Job 3). Efectivamente ellos fallaron, al igual que nosotros, pero no permanecieron durante el resto de sus vidas con los miedos, las derrotas espirituales, y la falta de poder, sino que se fortalecieron en el poder del Señor, el cual los llevó a crecer y a cambiar sus vidas. Moisés, Josué y Caleb aprendieron a confiar en el poder de Dios, mientras que el pueblo seguía sin aprender y sin cambiar, quejándose a medida que avanzaba por el desierto. Y esto, a pesar de haber visto la mano y el poder de Dios obrando en ellos, con ellos, y por ellos, en múltiples ocasiones.

Para ilustrar lo que decimos pueden leerse los capítulos 13 y 14 del libro de Números, donde se narra lo que sucedió con los espías que fueron enviados a reconocer la tierra de Canaán y los mensajes que dieron al pueblo: **Entonces**

Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo: Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos. Mas los varones que subieron con él, dijeron: No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros. Y hablaron mal entre los hijos de Israel... (Nm 13:30-32).

Unos —muy pocos— decían que podrían, porque confiaban en el poder de Dios; otros —la mayoría— decían que no podrían, y ***se quejaron contra Moisés y contra Aarón***, diciendo: ***¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!*** (Nm 14:2). Lo peor es que se quejaron también contra el propio Dios cuyo poder habían visto repetidas veces, pero en el que seguían sin confiar ni obedecer, y dijeron: ***¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No sería mejor volvernos a Egipto?*** (v. 3). No interiorizaron que el Señor era el Guardador de ellos y, con sus miedos y murmuraciones, no honraban ni glorificaban a Dios en absoluto.

La historia se completa en el capítulo 14 del libro de Números. Josué y Caleb hablan de nuevo y dicen: ***Si Jehová se agradare de nosotros*** [eso es lo principal, y Dios se agrada *del que le teme y hace justicia*: Hch 10:35] ***él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará [...]*** y ***con nosotros está Jehová; no los temáis*** (vv. 8-9). Pero, tras esas palabras, ***toda la multitud habló de apedrearlos***. Y lo habrían hecho si Dios no hubiese intervenido.

La historia termina con un Moisés orando a Dios, y diciendo: ***Yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor, como lo hablaste*** (v. 17), aunque dicha oración no evitó la promesa de Dios de que ninguno de aquellos que habían visto su ***gloria***, su poder y sus ***señales en Egipto*** entrarían en

la tierra prometida (vv. 22-23), como tampoco evitó la posterior derrota que sufrieron cuando fueron a luchar contra los amalecitas. Si leemos Números 14:40-45, vemos que no bastó con que aquellos rebeldes dijeran: ***Hemos pecado***, pues Moisés les indicó que Dios no estaba con ellos por cuanto se habían negado a seguir a Dios: ***Por eso no estará Jehová con vosotros.***

No honraron ni glorificaron a Dios, y creyeron después que la simple obediencia, sin el espíritu adecuado, era suficiente. Y fueron dejados.

Y Pablo escribe que ***estas cosas, les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros*** (1 Co 10:11), para que no codiciemos, ni seamos idolatras, ni fornicuemos, ni tentemos al Señor, ni murmuramos. Y debemos mirar, por su importancia, lo que dice a continuación en el versículo 13: ***No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.*** Dios da con la prueba la salida, pero no podemos buscarla nosotros por un camino contrario a su voluntad, desconfiando de su poder. Debemos aprender a descansar en ese poder, y debemos tener el deseo de glorificarlo.

Hemos de observar que, en el pasaje de Efesios, Pablo está haciendo sus peticiones al ***Padre de gloria***, y es una bendición darnos cuenta de la importancia de esto, pues del mismo modo que el Padre de gloria es el Autor de nuestra salvación, también lo es, con toda certeza, de la preservación de esta y de nuestras vidas. ***El que comenzó en nosotros la buena obra la terminará*** (Fil 1:6). Es su propia gloria la que pide y requiere nuestra preservación, y es su poder lo que la asegura. Por eso, ambas cosas se encuentran unidas en otra

oración de Pablo en la que pide que los hermanos sean **fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria** (Col 1:11).

Es **el Padre de gloria** quien ha eliminado nuestra enemistad contra él, quien ha disipado las tinieblas de nuestro entendimiento, quien somete nuestras voluntades, quien lleva nuestros corazones a él, quien nos hace amar su ley, quien nos libra del poder de Satanás, y quien nos hace desear la santidad. Y es necesario saber esto para que sea al único Dios a quien deseamos darle toda la gloria y la alabanza, pues es el único que las merece.

Cuando nos comparamos con las personas no regeneradas (que pueden avergonzarnos en muchos aspectos pero que espiritualmente están andando en un camino que conduce a la destrucción), ajenos a sus intereses eternos, hacemos bien en sopesar esta pregunta: **¿Quién te distingue?** (1 Co 4:7). La respuesta es, y solamente puede ser: «Un Dios soberano que usó su omnipotencia y nos hizo desear recibir a Cristo como nuestro Señor **en el día de su poder** (Sal 110:3)». Y si podemos ahora percibir alguna cosa buena, los frutos de una nueva naturaleza, entonces debemos exclamar: **No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria** (Sal 115:1).

Esta petición que analizamos es, pues, para que podamos tener un entendimiento más claro y una comprensión del cambio milagroso ocurrido en nosotros, el cual nos asegura llegar hasta el final, y para así glorificar más a Dios. El poder de Dios se manifiesta comunicando, pero también manteniendo y consumando el trabajo iniciado hasta llegar a la resurrección de nuestros cuerpos. Y si ese poder es para con nosotros, entonces, ¿qué hay que temer? Y al interiorizar esto, nuestras vidas darán un vuelco, de modo que glorificaremos mucho más a Dios en cualquier circunstancia.

El poder de Dios no es contra nosotros, como lo fue contra Faraón (*cf.* Éx 3:19-20), sino a favor de nosotros y, siendo así, debemos unirnos al apóstol para pedir un mayor entendimiento en nuestros corazones de dicho poder con el fin de darle mayor gloria. Nuestra conversión, ciertamente, fue obra del poder de Dios, y no debemos ignorar eso, pero aquello no fue sino el comienzo, y debemos interiorizar esto y vivir de acuerdo con ello.

Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero (1 P 1:5). No dará tu pie al resbaladero, ni se dormirá el que te guarda. He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Jehová es tu guardador (Sal 121:3-5). De su viña dice: Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe (Is 27:3). Estas benditas certezas no tienen por objeto fomentar la confianza carnal y el orgullo, sino que han sido constatadas para el consuelo y el aliento de todos aquellos en quienes Dios se agrada, de los que desean glorificar a Dios en todo momento y circunstancias de sus vidas, de los que son conscientes de no tener poder en ellos mismos y conscientes de no poder descansar en ellos mismos ni en sus propios recursos.

En Hebreos 13:21 leemos que es el poder de Dios el que produce en nosotros toda obra buena y que de él debemos depender completamente. Pero, si nos fijamos, es introducido de nuevo por el tema de la resurrección de Cristo (*cf.* v. 20), pues en ella vemos ese mismo poder, y termina con el deseo: ***Al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.***

Cuando vamos andando por este camino, y oramos por este conocimiento experimental, y comprobamos el poder de

Dios en nosotros, y lo interiorizamos, es obvio que cada vez dependeremos más de dicho poder, y eso nos llevará cada vez más a glorificar a Dios. Este es el objetivo final de las peticiones del apóstol: no pedimos para nosotros mismos ni nuestros deleites, sino para poder glorificar cada vez más a Dios.

De nuevo en 2 Tesalonicenses 1:11 se ora en relación con dicho poder, y en el versículo 12 tenemos la finalidad: ***Para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.*** O lo decimos de otro modo: el poder de Dios no solamente es necesario conocerlo porque es el que actúa al comienzo de nuestra fe, sino también para que sigamos haciendo obras de fe. En 1 Tesalonicenses 1:5 se habla del poder para la conversión de aquellos creyentes, y ahora, en 2 Tesalonicenses 1:11, el apóstol ora que Dios perfeccione la fe de aquellos con el mismo poder con el que comenzó, y así ellos puedan glorificarle.

O aún podemos expresarlo de otro modo: igual que dependemos del poder de Dios para nuestra justificación, también dependemos de él para nuestra santificación, y si no somos conscientes de esto, o no pedimos dicho poder, o no lo conocemos, difícilmente creceremos en santidad.

Así pues, tenemos un gran privilegio: que la supereminente grandeza del poder de Dios es para con nosotros. Pero, al mismo tiempo, tenemos también una gran responsabilidad, pues nada nos falta para que glorifiquemos cada vez más a Dios en nuestras vidas. Y si pensamos con detenimiento en ambas cosas —el gran privilegio y la responsabilidad que Dios nos ha concedido, de que seamos nosotros, pobres criaturas, los encargados de glorificarle—, creo que deben brotar de nuestros labios continuas acciones de gracias. Es lo

que tenemos en Colosenses 1:9-13, pasaje donde se encuentra el versículo que leímos anteriormente que relaciona el poder y la gloria.

La bondad de Dios para con nosotros la valoramos por el amor que nos ha mostrado, y su obra en nosotros por el poder que ha empleado, y ambas cosas deben movernos a la gratitud.

También hemos hablado de la herencia que nos espera, y creemos que Dios nos la guarda. Pero necesitamos interiorizar que Dios nos guarda también para dicha herencia, que no es como un padre irresponsable que quiere y puede dejar una gran herencia a sus hijos, pero que no se preocupa de ellos ni los prepara para la misma, dejándolos vivir de cualquier modo. Dios guarda la herencia y nos guarda para ella, y nos guarda incluso de nosotros mismos; y nos guarda en todos los detalles, pues si dejara alguno sin guardar, su obra no sería buena, y estaría actuando como aquella persona a la que diéramos, por ejemplo, un reloj apreciado para que lo guardara y nos lo devolviera más tarde con una manecilla rota o con la esfera caída; aunque lo demás estuviera bien, diríamos que no lo había guardado.

Dios no es así, y nos guarda en las cosas espirituales y también en las temporales, en la prosperidad y en la escasez, en las grandes tentaciones y en las pequeñas, durante un día, pero también al otro día y todos los días. ¿O es que no necesitamos interiorizar y creer que Dios también puede guardarnos de los ataques de mal humor, de nuestra mala lengua, y de todo lo que no le glorifica?; ¿hay algún pecado del que Dios no pueda guardarnos? Dios nos guarda, pero no se guarda nada para sí mismo, sino que pone toda la supereminente grandeza de su poder a nuestra disposición.

Necesitamos interiorizar esto y ejercer fe, necesitamos arriesgarnos en obras de fe, y vivir por fe. Es cierto que deseamos paz y descanso, pero estas cosas solamente vienen con la fe en un Dios poderoso que está por nosotros, y al cual hemos de desear glorificar en todos los momentos y circunstancias de nuestra vida. Si verdaderamente este es nuestro objetivo, entonces podemos acudir a él pidiendo su poder, porque su ***poder se perfecciona en*** nuestra ***debilidad*** (2 Co 12:9), y así, con su propio poder en nosotros, Dios será glorificado en todo y por todos. ¡Que así sea!

ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL III EL PODER DE DIOS

Efesios 1:19

Lectura introductoria: Salmo 90:11-16

*¿Quién conoce el poder de tu ira,
Y tu indignación según que debes ser temido?
Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,
Que traigamos al corazón sabiduría.
Vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo?
Y aplácate para con tus siervos.
De mañana sácianos de tu misericordia,
Y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días.
Alégranos conforme a los días que nos afligiste,
Y los años en que vimos el mal.
Aparezca en tus siervos tu obra,
Y tu gloria sobre sus hijos.*

En nuestro estudio de la que hemos llamado *Oración por entendimiento espiritual* hemos hablado ya de la necesidad de pedir a Dios para interiorizar y tener un conocimiento experimental de su poder que cambie eficazmente nuestras vidas, que fortalezca nuestra fe y nuestros corazones, que nos haga crecer en humildad, que nos permita salir victoriosos en las luchas espirituales de cada día, que nos ayude a superar nuestros miedos, que nos haga comprender realmente que

Dios nos guarda y nos preserva como hijos suyos que somos, y para que, por encima de todo, nos permita honrarlo y glorificarlo en todos los momentos y situaciones.

Estamos aprendiendo a orar, y debemos prestar atención a lo que la Palabra nos muestra, y debemos esforzarnos por cambiar nuestros malos hábitos, y debemos, también, orar para que el Espíritu Santo obre en nuestras vidas para esta tarea para la cual nos consideramos insuficientes.

Ahora hemos de considerar la segunda parte del versículo según la división que se anunció, pero antes debemos leer la Palabra y pedir la bendición de Dios para ***ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*** (Ef 3:16).

... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza (Ef 1:19).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

La segunda parte del versículo ya no constituye una porción de la oración en sí misma, sino que, junto a lo que sigue a partir del **versículo 20**, es un ejemplo o aclaración para que podamos entender mejor cómo es ***la supereminente grandeza de su poder para con nosotros***. Así, el apóstol nos lleva a considerar lo que ha hecho este poder en dos casos concretos que debemos tener siempre presentes si en verdad somos cristianos: uno es el de nuestra propia conversión, y otro el de la resurrección de Cristo.

Pero antes de entrar en los principios de esta parte final del versículo, creo que es conveniente hacer una pequeña introducción. Y, para ello, formulamos unas preguntas: ¿En qué consiste la oración?; ¿qué debemos hacer en ella?; ¿qué hemos de esperar en ella, si es que hemos de esperar algo? Ya hemos visto y sabemos que en la oración damos gracias a Dios, lo alabamos, lo adoramos, le presentamos nuestras peticiones y deseos, etc. ¿Pero debe haber algo más que esto? Y la respuesta es: Sí.

La verdadera oración es algo más que acercarnos a Dios con nuestras peticiones, o con nuestras alabanzas y acciones de gracias (*cf.* Fil 4:6). Es también algo más que un acto de adoración, aunque el creyente, verdaderamente, al orar esté adorando *en espíritu y en verdad* (Jn 4:24). La verdadera oración incluye estas cosas, pero no hemos de olvidar que es también *comunión* con Dios, *comunicación*, y la comunión es siempre algo recíproco: ***Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*** (1 Jn 1:3).

El propio significado de la palabra *comunión*, como el de la palabra *diálogo*, indica que no es algo que ocurra o discorra en un solo sentido, sino que debe haber un flujo y también un reflujo en dirección contraria. Cuando, como cristianos, sabemos que podemos acercarnos confiadamente a Dios, hemos de tener presente que él no solamente nos oye, sino que también, en muchas ocasiones, quiere decirnos algo, o enseñarnos algo, y hemos de acudir a la oración con esta expectativa.

Obviamente, no hay oración verdadera para el no cristiano, ni para el cristiano que se niega a escuchar la voz de Dios en otros aspectos de su vida, o que se niega a obedecer la vo-

luntad de Dios que va viendo reflejada en la Palabra. Podrá haber monólogo, pero no oración ni comunión. En cambio, el cristiano que obedece y se esfuerza por someter su voluntad a la de Dios debe hacer sus oraciones esperando que Dios también le diga algo. Y como Dios, en la mayoría de los casos, no habla de forma audible, creo que es conveniente que adoptemos una sana costumbre que a mí mismo me resulta útil y conveniente: cuando doblemos nuestras rodillas ante Dios en oración, (y debemos doblarlas en señal de sometimiento, y aunque a veces no lo hagamos por impedimento físico u otra circunstancia, esta debe ser nuestra postura normal), o cuando estemos meditando en algún lugar tranquilo, tengamos a mano lápiz y papel para anotar aquellas cosas que Dios tenga a bien traer a nuestras mentes en dichos momentos de comunión. Cuando estemos orando, sobre todo si la oración se prolonga o se consideran muchos temas, debemos anotar las cosas que vengan a nuestras mentes, porque pueden venir de Dios y se nos pueden olvidar después de un tiempo más o menos largo. Y no por eso dejamos de orar, sino que, simplemente, dejamos de hablar nosotros para seguir en comunión.

Una bella ilustración de esto que digo se encuentra en Números 7:89: ***Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio [...] y hablaba con él.*** El mismo hecho lo tenemos en Éxodo 33:11. Y quizá lo tengamos también en esta porción que nos ocupa de la carta a los efesios. No sabemos, como hemos dicho en otras ocasiones, si el apóstol estaba haciendo la oración en ese momento en que escribía o si estaba informando de cómo y cuáles eran sus oraciones, pero sí vemos que incluye, junto con sus peticiones, algunas verdades que antes no habían sido reveladas.

Ya en la antigüedad se había indicado que Dios debía ejercer su poder divino antes de que su pueblo se le sometiera voluntariamente y estuviera dispuesto a abandonar sus prejuicios y sus ídolos: ***Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad*** (Sal 110:3). El propio Señor Jesucristo había dicho repetidamente que el hombre natural era incapaz de creer o de tener fe (cf. Jn 5:44; 8:43; 10:26). Pero aún no había sido revelado lo que aquí encontramos, y es lo siguiente: que Dios usa el mismo poder para operar en nuestra fe que el que ejerció en Cristo cuando lo resucitó de los muertos.

De igual modo, en el día de Pentecostés, Pedro declaró que Dios había resucitado al Jesús que aquellos habían crucificado, y lo había hecho ***Señor y Cristo*** (Hch 2:36), pero no es hasta este momento cuando Pablo nos muestra, porque a él mismo le ha sido revelado, que el Redentor ha sido exaltado ***sobre todo principado y autoridad y poder y señorío***. De forma análoga, aunque podemos leer en 1 Corintios 15:27 que Dios ***sujetó todas las cosas debajo de Cristo***, es aquí donde descubrimos, además, que Dios ***lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia***. Y, finalmente, aunque también ya había sido revelado que la Iglesia es ***el cuerpo de Cristo*** (1 Co 12:27), aquí tenemos la nueva revelación que indica que es también ***la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo***.

Todas estas cosas son maravillosas y deberemos detenernos en ellas para contemplarlas cuidadosamente, para nuestro bien y nuestro gozo, y lo haremos si Dios lo permite. Ahora, simplemente vuelvo a repetir la idea para que no se olvide: la oración es comunión, comunicación recíproca, y debemos tener al menos el mismo deseo de escuchar a Dios cuando oramos que el que tenemos de decirle lo que lleva-

mos en nuestros corazones. ***Habla, porque tu siervo oye***, fueron las palabras del joven Samuel que debemos hacer nuestras (1 S 3:10)

Ahora entramos en la segunda parte del versículo.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El *sexto* principio que obtenemos, derivado ahora de la segunda parte de Efesios 1:19, lo enunciamos así: Dios emplea distinto grado de poder según la obra que se propone hacer. Y entender esto e interiorizarlo es también muy importante para nuestro crecimiento y confianza en Dios.

Los que creemos según [por, conforme a] la operación del poder de su fuerza. Y es importante interiorizar esto, que la fe salvadora en el Señor Jesucristo no procede de la habilidad del predicador (*cf.* 1 Co 3:7), ni de nuestra capacidad interior (*cf.* 1 Co 1:26), ni de nuestra voluntad o deseo, porque estas, como el resto de las facultades de nuestro ser, también han sido depravadas y arruinadas por la caída. Nuestra voluntad sigue los dictados de nuestra mente y de las inclinaciones o deseos, y todas las personas quieren o eligen aquello que les es más agradable. Cuando hay distintas posibilidades, nadie escoge la que le resulta más contraria, y el corazón del hombre natural es contrario a la santidad de Dios, al igual que su mente carnal está enemistada contra él.

Por tanto, si esta es nuestra situación de partida, ¿cómo podemos, voluntariamente, con alegría, y con verdaderos deseos, escoger al Señor como nuestra porción y su Palabra o voluntad por encima de la nuestra? Evidentemente, la tendencia de nuestros deseos tiene que ser cambiada antes de que nuestra voluntad se incline por Dios, y esto ningún hombre, por sí mismo, puede hacerlo. Ningún hombre, por un

acto de su propia voluntad puede hacerse a sí mismo amar a otra persona o cosa que odia.

Por tanto, si he de desear al Señor, al que antes he ignorado, desconocido, despreciado, o rechazado de uno u otro modo, es necesario que se produzca un cambio radical en mi interior. Y este cambio vemos que solo puede hacerse por la **supereminente grandeza de su poder**, por la **operación del poder de su fuerza** en nosotros. Por eso creemos. O, de otro modo: podemos decir que creemos porque Dios ha ejercido en nosotros el poder que se designa, nada más y nada menos, que con estas palabras acumuladas por el apóstol.

Para entender esto, usando nuestro modo de hablar y actuar, podemos decir que Dios *opera*, o *proporciona*, o *emplea*, más o menos poder según sea el trabajo que tiene ante él o la obra que se propone hacer. Que ejerce más poder en una operación particular que en otra, igual que hacemos nosotros mismos según sea la situación a que nos enfrentamos. Así, no corremos igual cuando estamos conduciendo de la mano a un niño de corta edad que comienza a andar que cuando salimos tras un ladrón que se ha dado a la fuga tras acabar de robar el bolso de nuestra madre que andaba a nuestro lado. Ni usamos la misma fuerza o poder cuando regamos unas plantas que cuando estamos intentando apagar un gran fuego.

Esto se puede confirmar (aunque a algunos les pueda parecer forzado el hacerlo) con el lenguaje usado en la Escritura, donde el Espíritu Santo ha querido acomodar los términos para que sean asequibles a nuestra inteligencia. Así, en ocasiones se habla de milagros realizados por el **dedo de Dios** (Éx 8:19; Lc 11:20), o por la **mano** de Dios (Hch 4:30; cf. Mr 6:2). También se emplean las mismas palabras para hablar de la obra de la creación del firmamento, bien con los

dedos (Sal 8:3), o bien como la **obra de** sus **manos** (Sal 102:25; He 1:10). De igual modo, es la mano de Dios la que nos formó (*cf.* Is 64:8; véase Génesis 2:7), y fue con el poder de esa **mano** como sacó a su pueblo de Egipto (Éx 13:3,9,14,16), aunque en estos versículos no se habla solo de **mano**, sino de **mano fuerte**. En otras ocasiones leemos que Dios tiene un **poderoso brazo** (Is 62:8; Sal 89:10), y él mismo usa esta expresión para hablar del hecho de sacar **de debajo de las tareas pesadas de Egipto**, de liberar **de su servidumbre**, y de **redimir**; las tres cosas realizadas **con brazo extendido** (Éx 6:6). Por eso María, la madre del Señor Jesucristo, dijo también que Dios **hizo proezas con su brazo** (Lc 1:51).

Por tanto, y aunque no haya una separación muy clara, podemos, con todos estos ejemplos, hacernos una idea del poder empleado por Dios en cada una de las obras que se han mencionado. Y ahora nos podemos preguntar: ¿Y con nosotros, los que creemos, qué poder ha usado Dios?

En la antigüedad, cualquier varón, para formar parte del pueblo de Dios, tenía que ser circuncidado, y dicha circuncisión, evidentemente era hecha a mano, y a mano de hombres. Ahora bien, en Colosenses 2:11 se nos indica: **En él** [es decir, en Cristo] **también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano**. De igual modo, Esteban en su defensa ante el concilio, cita al profeta y dice que **el Altísimo no habita en templos hechos de mano** (Hch 7:48-50; *cf.* Is 66:1-2), y lo mismo vemos que hace Pablo en su discurso en Atenas: **El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas** (Hch 17:24). Así que el nuevo nacimiento, la nueva circuncisión, la fe, es una obra no hecha por manos humanas ni con manos humanas, y los

creyentes, que somos ahora *el templo del Dios viviente* (2 Co 6:16), tampoco hemos llegado a serlo por obra de hombres. ¿Pero es esto solo lo que significa *a manos de hombres*?; ¿o hay algo más que debe tomarse en consideración?

Volvemos a la pregunta: ¿Y con nosotros, los que creemos, qué poder ha usado Dios?; ¿qué significa *circuncisión no hecha a mano*?; ¿hace referencia solo a las manos de los hombres, o también a la mano de Dios, indicándose entonces que se necesitó más poder que el de su propia mano? He dicho que a algunos puede parecer forzado, pero una lectura atenta de determinados pasajes, sopesando en oración su contenido (*cf.* He 9:11,24; 8:2; 2 Co 5:1-2; Is 64:8; Mr 14:58; Jn 2:19-20), bien puede llevarnos a inferir que en los versículos de Colosenses el apóstol puede estar refiriéndose a las propias manos de Dios, y no solo a las de los hombres.

Y si así lo entendemos, la resurrección de Cristo y su cuerpo glorioso, la nuestra, y el Cielo mismo, no solo no han sido ni serán hechos de manos o por manos humanas, sino tampoco con el dedo, la mano o el brazo de Dios, sino con *la supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos según la operación del poder de su fuerza*. Esto es lo que debemos interiorizar. El cielo y la tierra, los milagros y otras cosas son, podemos decir, trabajos *normales* de Dios, pero llevar hijos a la fe es una obra mayor, de una creación más alta, tan grande como resucitar a Cristo y sentarlo en los lugares celestiales. Dios, para hacernos sus hijos, tuvo, por así decirlo, que emplear mucho más poder que el que usó en los milagros, en la liberación de su pueblo de Egipto, e incluso en la propia creación, y es ese mismo poder el que está ahora a nuestro alcance.

Podemos pensar en las luchas de gladiadores cuerpo a cuerpo en el Imperio romano. Cuando uno de aquellos hom-

bres vencía, lo hacía porque empleaba todo el poder de su fuerza; no solo el de las manos o los brazos, sino también el de las piernas, el cuello, la espalda, y hasta los propios dientes si era necesario. Nada se guardaba si quería la victoria.

Así también nuestro Dios y Padre. Pero, además, hemos de saber que su obra fue por amor, que lo hizo todo por amor hacia sus elegidos, y que del mismo modo que no guardó nada de su poder, tampoco se echó atrás por el coste de su obra, sino que nos amó hasta lo sumo, y no *escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Ro 8:32). Por eso continuó el apóstol diciendo: «El que hizo todo esto, *¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?*». Esta ha de ser nuestra confianza y nuestro descanso, esta ha de ser nuestra victoria, esta es *la fe* que *vence al mundo* (1 Jn 5:4-5) que nos hace perder nuestros miedos, y esto es lo que necesitamos interiorizar. Y todo ello, desear, buscar, y trabajar por este entendimiento interior, para que nuestro Dios sea glorificado en todo y por todo.

Aquí podemos citar, o más bien parafrasear, unas palabras de Jonathan Edwards, aunque él hablaba de misericordia infinita en vez de poder infinito: *Toda criatura se encuentra a una distancia infinita de Dios, en la medida en que es infinitamente desigual con respecto a él; pero el pecado establece una distancia de una naturaleza completamente distinta. Por tanto, existe una necesidad de misericordia [poder] infinita [infinito] para alcanzar a una criatura separada de Dios por este tipo de distancia, y eso se debe a la infinita santidad de él. Cualquier grado de santidad llevaría a un ser a aborrecer el pecado, pero una santidad infinita habrá de ocasionar un aborrecimiento infinito [...] sin embargo, debido a que su misericordia [poder] es infinita [infinito], se extiende a través de esta distancia infinita y, por así decirlo, vence esta*

oposición infinita [...] y esto es una demostración de la grandeza trascendente de su misericordia [poder]. Es incomprendible y completamente infinita [infinito]. ¡Bendito sea Dios por ello!

Ahora enunciamos el *séptimo* principio, relacionado directamente con el anterior, por lo que seguiremos desarrollando prácticamente el mismo asunto. Dice así: Se necesita la operación del poder de la fuerza de Dios para que un alma sea convertida y después preservada. Y decimos no solo convertida, sino «preservada» porque no escribe Pablo «*los que creímos*», sino ***los que creemos***, los que seguimos creyendo.

Y nos podemos preguntar: ¿Por qué es necesaria ***la operación del poder de la fuerza*** de Dios para esto? Y la respuesta inmediata es la siguiente: por la propia naturaleza de la obra que se realiza, del mismo modo que en el caso de una persona que está enferma de extrema gravedad se requiere para su curación la mayor habilidad del mejor médico especialista. Claro está: si no aprendemos por la Escritura y por la experiencia cuál es la condición del hombre caído, no entenderemos esto ni tampoco valoraremos ni agradeceremos el que Dios haya tenido que intervenir con todo su poder para nuestra conversión y siga haciéndolo para nuestra preservación.

Hablamos primero de la conversión. Si solamente tuviéramos en la Escritura este versículo acerca de esta, sería suficiente para entender que no es la voluntad del hombre ni su libre albedrío lo que lo lleva a acercarse a Dios, sino que ***creemos*** [por] ***según la operación del poder de su fuerza***; y hemos dicho que este poder desplegado es mayor que el que trajo a la existencia toda la creación.

Es fácil de entender: la creación implica traer una criatura a la existencia, pero la conversión es transformar una criatu-

ra en otra que es opuesta totalmente a ella misma. En el primer caso no hay impedimento, pero en el segundo están todas las resistencias posibles. En el primer caso no hay nada para ayudar, pero tampoco nada que se oponga; en el segundo tampoco hay nada que ayude, pero están las mayores resistencias, tanto externas como internas. Y así, tan distinto y contrario como es el agua del fuego, o como lo es el pecado de la santidad, es el hombre natural con respecto a Dios, de modo que solamente su omnipotencia puede cambiar esto.

Como en tantos otros temas de la Escritura, en este también hay mucha ignorancia, y creo que es importante que todos sepamos lo que ha sucedido en nuestra conversión, que todos sepamos cuál es el poder de Dios que ha actuado y que actúa en nosotros, para ser agradecidos y glorificarlo.

Pues bien, en la conversión, Dios tiene que hacer tres cosas: en primer lugar, una *fuera de nosotros y por nosotros*; en segundo lugar, otra de quitar cosas *de dentro* de nosotros; y, finalmente otra, después de eliminar todas las barreras, externas e internas, pues tiene que hacer una nueva creación también *en* nosotros. Todo esto está implícito, y para todo ello se ha necesitado ***la operación del poder de su fuerza.***

Ahora, *en primer lugar*, entramos en el primero de esos asuntos lo que Dios ha hecho fuera de nosotros, a favor de nosotros, y por nosotros, antes de nuestra conversión, que no es otra cosa, nada más y nada menos, que vencer al diablo fuera de nosotros (en algunos casos, incluso dentro). Esto es lo primero, pero se olvida por parte de muchos cristianos que siguen defendiendo la conversión por sí mismos. Antes de hacer algo en el propio corazón, Dios tiene que hacer algo fuera, y para ello se precisa de ***la supereminente grandeza de su poder, de la operación del poder de su fuerza.***

En Mateo 12:25-29 encontramos las palabras del propio Señor Jesucristo en relación con este tema. El episodio sucedió cuando le trajeron un endemoniado, ciego y mudo, y lo sanó, y esto sirve de ejemplo en la Escritura para lo que es la conversión, pues antes de que una persona se vuelva a Dios es necesario que se quiebre el poder que Satanás tiene sobre ella. El versículo 29 es muy claro, pero no es el único que habla de esto.

Alguien puede argumentar en contra de lo anterior y decir: «Pero las personas normales no están endemoniadas, no están tan sujetas por el poder de Satanás, por lo que no precisan para su conversión de tanto poder de Dios. Ellas mismas pueden creer». Si esta es la objeción, podemos leer las palabras del Señor Jesucristo, que dijo ***a los judíos que habían creído en él***, los cuales, obviamente, no estaban endemoniados. Estas fueron: ***Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer*** (Jn 8:31,44). También en 1 Juan 3:10 se habla de las dos únicas posibilidades que existen: ser ***hijos de Dios***, o ser ***hijos del diablo***. Y en la misma carta a los efesios, capítulo 2:2, se indica que el ***príncipe de la potestad del aire*** es ***el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia***, de modo que la palabra usada y que se traduce como ***opera*** (*energountos*) es la misma que en nuestro pasaje se traduce como la ***operación*** del poder de Dios.

O dicho de otro modo: Satanás es el que opera con el poder de su fuerza en toda la humanidad, y se precisa de una mayor operación, de un mayor poder y de una mayor fuerza, para liberar a las personas de esta esclavitud. Ellas por sí mismas, ¿cómo podrán? En Lucas 11:26 la debilidad del hombre se muestra en que muchos demonios pueden entrar en su casa, no en la del hombre, pues el espíritu inmundo

dice: ***Volveré a mi casa***. Y es que *conforme* a la debilidad del hombre, así el diablo lo domina: ***conforme al príncipe de la potestad del aire***. La misma esclavitud bajo Satanás y liberación por el poder de Dios podemos leerla en 2 Timoteo 2:24-26.

Por tanto, hermanos, no olvidemos esto: Satanás es un gigante que ha de ser echado fuera antes de que Dios haga su obra dentro de nosotros, y esto no se consigue con un simple ofrecimiento, con una persuasión moral, con una educación, o con unas palabras. Satanás es un ***hombre fuerte armado*** que tiene su castillo con todas sus cosas y todo ***lo que posee en paz***; nuestros pecados son sus ganancias; él es el padre de todos ellos, y es preciso que ***otro más fuerte*** lo venza y lo despoje. Y no hay otro que pueda hacer eso sino Dios con ***la supereminente grandeza de su poder, con la operación del poder de su fuerza***.

En segundo lugar, es preciso que nos detengamos a mirar lo que Dios ha hecho en nosotros. Y como en este tema también hay mucha ignorancia, iremos despacio, aunque esto nos obligue a dividir el principio que estamos considerando y a seguir abordándolo en el capítulo siguiente.

La obra de gracia de Dios en nosotros, la nueva creación, se iguala a una transformación extrema, una metamorfosis. Esta es la palabra usada en Romanos 12:2, y el cambio a que se hace referencia, para que lo entendamos, es el mismo que haría que una bestia se convirtiera en un hombre (precisamente, *Metamorfosis* es el título de un libro en donde sucede este cambio, pero en sentido contrario). Es similar al cambio en las criaturas que tenemos en Isaías 11:6-8, o a lo que se indica en Isaías 43:18-19 y a lo que, más tarde, el apóstol hace referencia en 2 Corintios 5:17: ***Si alguno está en Cristo, nueva criatura es (nueva creación: NRV 1990;***

NVI); *las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*. O de otro modo: Dios anunció que tanto los hombres como las bestias lo honrarían y glorificarían, como podemos seguir leyendo en Isaías 43:20-21. Esta es la transformación, y aunque a ella se hace referencia con otras palabras, tales como nacer de nuevo, infusión de una nueva vida, un nuevo espíritu, resurrección de entre los muertos, todas apuntan a la necesidad de la operación del poder supereminente de la fuerza de Dios.

Si comparamos Efesios 2:10 con Efesios 4:24 y Colosenses 3:10, vemos que somos *hechura suya* por creación, no por una simple remodelación, y creación *a la imagen* del propio Dios, para la cual se precisa todo su poder.

En Ezequiel 36:26-27 el poder de Dios se presenta en tres modos: en primer lugar, eliminando lo que estorba e impide, *el corazón de piedra*; en segundo lugar, dando una nueva capacidad para actuar, una nueva naturaleza, *espíritu nuevo*, el cual hace referencia a nuestro espíritu y también al Espíritu Santo, como vemos en el **versículo 27**; y, en tercer lugar, una nueva y santa disposición: *Haré que andéis [...] y guardéis [...] y pongáis por obra*. Y todo esto por la supereminente grandeza del poder de Dios (*cf. v. 36*).

Por tanto, en la conversión hay un poder que actúa no solo para la creación de cosas nuevas, sino también para la destrucción de las viejas. Es un poder mayor que el usado en la creación de Adán o de los ángeles, y se habla de él como necesario para que *el cuerpo del pecado sea destruido* (Ro 6:6), para *echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal* (Col 2:11). Es un poder que no solo da gracia, sino que también destruye el pecado, y debemos tener en cuenta cuál era nuestro estado antes de la conversión para, ahora, dar gracias y glorificar a Dios por el poder que ha usado en nosotros al respecto.

Pero aún podemos decir más, porque lo que se destruye no es algo neutral, no es cualquier cosa, sino que es algo que se opone completamente al cambio y la destrucción. Es la propia ***enemistad contra Dios*** (Ro 8:7). El hombre natural no puede sujetarse a la ley de Dios, ni quiere, y para cambiarlo, se necesita todo el poder, de igual modo que se precisaría para que un lobo estuviera en medio de las ovejas, o para convertir carne en espíritu (*cf.* Gá 5:17). Son cosas contrarias, polos opuestos, con una distancia infinita entre ellos; entre el pecado y la gracia hay una distancia mayor que entre nada y el mayor ángel en los cielos, pues si pensamos que en la conversión va implícito también el perdón de los pecados y la eliminación de la culpa de estos, comprenderemos que no solo hace falta un poder infinito, sino también una justicia infinita. También, en Colosenses 1:21 se abunda en este tema, pues no solamente somos enemigos por ***malas obras***, sino también ***enemigos en nuestra mente***. Y en Colosenses 1:13 se vuelve a hablar de la liberación, pero la palabra indica una liberación realizada con violencia, un arrebatamiento de un poder del que nunca se hubiera conseguido escapar. No es solo hacernos libres, sino sacarnos de una condición en la que no deseábamos ser libres. Así éramos por naturaleza, y por eso la necesidad de que actuara en nosotros la supereminente grandeza del poder de Dios.

De nuevo dice Pablo: ***Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo*** (2 Co 10:4-5). El apóstol indica aquí algunas de las dificultades que se presentan cuando se predica el evangelio. Él compara los razonamientos de la mente carnal y los prejuicios del co-

razón depravado con una fortaleza poderosa dentro de la cual el hombre se esconde y no quiere rendirse. No importa cuán misericordiosamente se hagan las invitaciones o con cuánta autoridad se presenten las demandas del evangelio; el hombre natural esgrime objeciones que no lo dejan fructificar, y hace razonamientos y excusas para no entregarse a Dios. El hecho de pensar que tiene que estar sometido a Cristo en todas las cosas, en todos los tiempos, y en todas las condiciones, es demasiado para él. Solamente cuando la verdad es hecha *poderosa en Dios*, se somete el orgullo del pecador y es llevado a fructificar y a aceptar el señorío de Cristo.

Tan atado y tan enamorado de sus ídolos está el hombre, con tanta enemistad contra Dios en su mente, voluntad, y deseos (*cf.* Ef 4:22), que, si el poder de la fuerza de Dios no opera, todas las persuasiones de todos los apóstoles y las legiones de ángeles no pueden inducirlo a abandonarlos.

Pero aún hay más cosas que no hemos de pasar por alto. En 2 Timoteo 3:2,4 se nos muestran otras dos características del hombre natural: ***Amadores de sí mismos***, y ***amadores de los deleites más que de Dios***. Y estos dos principios actúan en la voluntad y en los sentimientos del hombre. Se comienza con el amor a sí mismo, el cual es el capitán que marca todo lo demás, y se termina con el amor a los deleites, que va a la retaguardia. Entre el primero y el último se encuentran todas las concupiscencias.

El amor a sí mismo es el gran pecado que domina en el corazón del hombre y que solo el gran poder de Dios puede expulsar. Expulsar al diablo, como hemos dicho, ya es un gran trabajo, pero expulsar al *diablo* que domina en el propio corazón y poner a otro rey en su lugar, es aún mayor. El amor a sí mismo fue el primer pecado; es un rey que gobierna con

tiranía, una monarquía absoluta, y cuando Dios viene, trae una ley que proclama la guerra contra todo lo que es dicho amor a uno mismo. Dice Cantares 8:6 que ***el amor es fuerte como la muerte***, pero el amor a uno mismo lo es mucho más, y el hombre natural hará todo lo posible para no deponer sus armas.

También, el amor hacia los placeres ha de ser quitado. Todas las personas, por naturaleza, viven para sus deseos; es su elemento, como lo es el agua para el pez. En Lucas 14:16-20 tenemos la parábola de la gran cena, y en ella aparecen distintas excusas de acuerdo con los deseos de los hombres. En Mateo 19:24 el Señor habla de que ***es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios***, y no solamente por ser rico, sino porque confía ***en las riquezas*** (Mr 10:24). Pero, aunque esto sea así, el Señor termina hablando de que para Dios todo es posible, y lo es, por la supereminente grandeza de Su poder.

Podemos ilustrar lo que decimos con el ejemplo de levantar una casa, la cual, en nuestro caso, es como si hubiera que hacerlo no en un terreno vacío y limpio, sino en otro, a cuyo alrededor está el más poderoso ejército enemigo que hay que vencer (Satanás), que hay que levantarla sobre otra que está destruida y que, además, está ocupada por inquilinos que se resisten a salir (nosotros) y son también grandes enemigos del que intenta hacer la obra. Por eso se necesita la operación del poder de su fuerza.

Si nos fijamos, estamos hablando de quitar algo que es opuesto a los dos grandes mandamientos: frente a amar a Dios sobre todo y sobre todos, se tiene enemistad contra Dios, en la mente, en el corazón, en la voluntad, en todo el ser; y frente a amar al prójimo como a uno mismo, se tiene el amor a sí mismo y a los placeres. Solo Dios puede quitar esto.

Y terminamos aquí para no alargar en demasía el capítulo, aunque falta otra cosa por considerar, pues, una vez quitados los estorbos, externos e internos, Dios tiene que hacer una nueva creación. Pero con lo que hemos considerado creo que tenemos argumentos suficientes para creer en la soberanía de Dios para la salvación, y también para pedirle que nos ayude a interiorizar el conocimiento de su poder en nosotros, el cual nos ha llevado a esta.

Solamente así creceremos en humildad, perderemos nuestros miedos, aprenderemos a descansar y a confiar en el poder de Dios para con nosotros en las luchas y problemas, y desearemos glorificar su santo nombre y nos esforzaremos por ello.

¡Qué así sea, y que su Santo Espíritu nos ayude en esta tarea y nos dé, por su gracia, este conocimiento cuando de todo corazón clamemos por él!

ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL IV EL PODER DE DIOS

Efesios 1:19

Lectura introductoria: 2 Crónicas 33:1-2,19

De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar, y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén. Pero hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel [...]. Su oración también, y cómo fue oído, todos sus pecados, y su prevaricación, los sitios donde edificó lugares altos y erigió imágenes de Asera e ídolos, antes que se humillase, he aquí estas cosas están escritas en las palabras de los videntes.

En este capítulo vamos a concluir la que hemos denominado *Oración por entendimiento espiritual* y que tenemos en Efesios 1:19. En ella ya hemos visto algo de su segunda parte y hemos dicho que la conversión de cualquier persona exige que Dios someta o expulse a un poderoso enemigo que la esclaviza, el propio diablo, y que haga en ella un proceso de limpieza que, por sí sola, ni quiere ni puede. Dios tiene que *atar al hombre fuerte* antes de quitarle *los bienes que posee* (Lc 11:21; Mr 3:27; Mt 12:29), atar al propio Satanás antes de hacer algo con nosotros mismos, que éramos esclavos suyos, haciendo sus obras y sus deseos, hijos del diablo.

Y Dios tiene que quitar de nosotros *el corazón de piedra* (Ez 36:26), lo cual significa que éramos enemigos de Dios en nuestras mentes, obras, deseos y voluntades, y que, además, éramos *amadores de nosotros mismos y de los deleites* o placeres (2 Ti 3:2-4), totalmente opuestos y enfrentados en todo nuestro ser a Dios y a los dos grandes mandamientos de su ley.

E ilustramos todo eso con el ejemplo de levantar una casa en un terreno a cuyo alrededor está el más poderoso ejército enemigo (Satanás y los suyos), que hay que levantarla sobre otra que está destruida y que, además, está ocupada por inquilinos que se resisten a salir (nosotros) y son también grandes enemigos del que intenta hacer la obra. Por eso se necesita *la operación del poder de la fuerza* de Dios.

Pero la obra de Dios no termina ahí, sino que ahora continúa en una tercera fase que tiene que ver con la obra de una nueva creación. En ella vamos a meditar tras la lectura de la Palabra y nuestra humilde petición a Dios para que nos dé, precisamente, lo que en ella vamos a leer.

... El Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza (Ef 1:19).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Recuerdo que el principio que ya comenzamos a desarrollar lo enunciamos así: Se necesita la operación del poder de la

fuerza de Dios para que un alma sea convertida y después preservada. Esto ya vimos que se encuentra en forma resumida en el pasaje del profeta Ezequiel que se citó en el capítulo anterior (cf. Ez 36:25-27). Esta promesa dada por Dios se corresponde con la petición que siglos antes hiciera el rey David cuando dijo: ***Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí [...] y no quites de mí tu santo Espíritu*** (Sal 51:10-11), y también con la duda que mucho tiempo antes planteó el propio Job cuando preguntó: ***¿Quién hará limpio a lo inmundo?*** Y su respuesta fue: ***Nadie*** (Job 14:4).

Con esto vemos cuál ha sido el sentir de los santos de todos los tiempos, el sentir de aquellos en los que Dios ya comenzó la nueva creación, conocedores ya de su propia condición y conocedores de que solo Dios es el que tiene poder para cambiarla por completo; no solo el corazón y el espíritu, como decía David, sino todo el ser entero. Fue este también el lamento de Efraín que recoge el profeta Jeremías: ***Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios*** (Jer 31:18). Y eso es lo que hace Dios, tal como leemos en Efesios 2:10: ***Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras.***

Así que, después de la destrucción de las cosas viejas, ha de haber una nueva creación, unos nuevos principios y nuevas disposiciones para amar a Dios, para desear cumplir aquellos dos grandes mandamientos que antes se odiaban y se rechazaban y, para ello, también se necesita de ***la operación del poder de la fuerza*** de Dios. Conocidas son las palabras del Señor a Nicodemo: ***Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*** (Jn 3:6). El primer nacimiento trae corrupción, y el segundo, que procede del Espíritu, trae el fruto de dicho Espíritu. Por el

primer nacimiento estamos orientados hacia el diablo y tenemos una aversión natural hacia Dios. Por el segundo, hay unas nuevas disposiciones en nuestro interior, pues la obra no sería completa si no tuviéramos nuevos deseos e inclinaciones.

Ahora bien, hemos de saber —y después explicaremos el porqué— que las antiguas inclinaciones no desaparecen por completo, como tampoco es destruida por completo la obra de Satanás. Una y otra vez se nos indica que *el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí* (Gá 5:17; véase Romanos 7:15-25), de modo que en la nueva persona seguirán existiendo las inclinaciones habituales hacia el pecado frente a las nuevas orientadas hacia Dios. Por eso se compara esta nueva creación con una raíz, que cuando se desarrolla y crece como árbol da fruto: de *amor, gozo, paz*, etc. (Gá 5:22-23), de forma contraria a aquel que oye la Palabra pero es como la semilla que cae entre piedras, *que no tiene raíz en sí y es de corta duración* (Mt 13:21).

Es la misma enseñanza del Señor cuando dice: *Todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos, y: Haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol* (Mt 7:17; 12:33). Y es de nuevo la enseñanza del apóstol Pablo que tenemos en 2 Corintios 3:3, donde el que escribe en el *corazón* es el *Espíritu del Dios vivo*, el cual lleva a la renovación del *hombre interior* (2 Co 4:16), y al fortalecimiento *con poder* en dicho *hombre interior* (Ef 3:16). Y si es un nuevo hombre interior el que ha de ser creado, con nuevas disposiciones santas, es necesaria, de nuevo, *la operación del poder de la fuerza* de Dios. El apóstol Pedro habla de este tema diciendo que hemos *llegado a ser parti-*

cipantes de la naturaleza divina (2 P 1:4), y en el versículo anterior dice que hemos sido equipados con todas las herramientas necesarias para la nueva vida.

Si comparamos lo que Dios hace en el creyente con lo que hizo en Adán y con Adán, veremos que es superior en el primer caso. Adán tuvo gracia, pero esta no le sirvió para llevarlo al Cielo; en cambio, como leemos en 2 Corintios 5:5, a nosotros los creyentes, el que **nos hizo [...] es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu**, y en Colosenses 1:12, de nuevo, **nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz**. Por tanto, esta gracia que nos llega es más trascendente que la que tuvo Adán, apta para mejores obras. **Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas** (Stg 1:18), y de la misma forma que a Cristo se le llama también las **primicias** de entre los **muertos** (1 Co 15:20), así también a los elegidos (Jer 2:3).

O lo decimos de otro modo: de entre todas las creaciones, la creación de la gracia es la más próxima a la creación de la gloria, y creo que tan grande como esta última, porque la primera es la que asegura la segunda, el principio de la segunda. Por eso es necesaria **la operación del poder de la fuerza** de Dios, **la supereminente grandeza de su poder**.

Como puede decirse, el corazón del hombre es un gran océano lleno de amor a sí mismo, y en él no hay ni una sola gota de santidad, ni una sola gota de amor a Dios, y cambiar estas disposiciones del corazón necesita más poder que el que se usó para crear el universo.

Ahora podemos particularizar —porque la Biblia así nos lo muestra— en lo que hace Dios en nuestro entendimiento (pues éramos **enemigos en nuestra mente**: Col 1:21), y en lo que hace en nuestra voluntad, en nuestros **deseos** (que esta-

ban inclinados lejos de Dios: Ef 4:22; 1 P 1:14). Ambos temas son amplios, así que los resumiremos viendo algunos aspectos más importantes en los que, de nuevo, comprobaremos que para dichos cambios es necesario que Dios actúe con toda **la operación del poder de su fuerza**.

En primer lugar, hablamos del conocimiento o entendimiento espiritual, el cual está vedado para el hombre natural. **El hombre natural** no ve las cosas de Dios (*cf.* Jn 3:3), ni entiende las cosas espirituales, ni ve a Dios, ni se ve a sí mismo. En realidad, está muerto, y necesita, pues, un nuevo principio para creer y conocer dichas cosas espirituales (1 Co 2:14-15). Es la palabra que mostramos en el capítulo anterior —metamorfosis— aplicada al conocimiento, pues creer y conocer las cosas espirituales también es el resultado de una gran y poderosa obra en nuestro interior, no algo que pueda lograrse por el estudio o la educación. En 1 Juan 5:20 leemos que: ***Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero*** y, si sabemos, es porque Dios nos ha dado entendimiento. Antes éramos ciegos, y un ciego, aunque se exponga a la luz del sol, no puede verla porque le falta la facultad. Puede sentirla (*cf.* He 6:4-6), pero no verla.

Es el mismo caso por el que el ojo de un hombre no puede ver a un ángel. Si preguntamos por qué, la respuesta es: porque un ángel es un ser espiritual, y nuestro ojo no puede verlo. De igual modo sucede con las cosas espirituales, que precisan de una nueva facultad para verlas y apreciarlas, y esta es dada en la conversión por la poderosa obra de Dios. Del mismo modo que habrá un gran cambio en nuestros cuerpos para ser espirituales en el día de la resurrección, en la conversión también lo ha habido en nuestras mentes, que han sido hechas espirituales. Es la lección que se presenta en

2 Corintios 5:16-17, aquella facultad que permite al creyente ver y conocer a los demás, a sí mismo, e incluso a Cristo, de un modo completamente distinto. Antes se veían otras cosas, se valoraban otras cosas, se deseaban otras cosas; eso estaba en el entendimiento. Pero ahora las cosas son hechas nuevas y son comprendidas y valoradas de acuerdo con nuevos principios.

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu [piensan] en las cosas del Espíritu (Ro 8:5). La persona que solo tiene conocimiento carnal conoce, aprueba, desea y se deleita en las cosas que son según la carne. Por el contrario, la persona espiritual conoce, valora, desea y aprueba las cosas que son espirituales, las de Dios y su Palabra, y en ellas se deleita. El ejemplo más evidente de esto lo tenemos en el propio Pablo, tal como nos lo muestra en Filipenses 3:4-8.

Una nueva criatura razona de un modo nuevo; las cosas viejas pasaron; ya no desea honores, riquezas, placeres y otras cosas que busca la carne. Ya sus juicios son en un modo espiritual, de acuerdo con la Palabra, la santidad, y las cosas del mundo venidero. Ya no tiene una falsa imagen de Cristo, ya no ve a Cristo por sombras, sino realmente (*cf.* 1 Co 2:9-10).

En segundo lugar, respecto a lo que Dios hace en la voluntad, también habremos de ser breves, pero hemos de saber que esta obra requiere, de igual modo, de ***la supereminente grandeza de su poder***, pues la voluntad ha de ser inclinada a las cosas santas, conformando a la persona según el nuevo entendimiento. Para que la voluntad de un hombre pueda desear la gloria de Dios en todo lo que hace, para que desee a Dios como su bien supremo, también ha de ser resucitada, y para ello se necesita un poder mayor que el de la primera cre-

ación. Hacer que una persona ame a Dios tanto como antes se amaba a sí misma, y se subordine a Dios tanto como antes quería que todos los demás se subordinaran a ella misma, es una obra que requiere de todo el poder de Dios.

Un hombre natural tiene tres clases de vida: la de una planta, la de un animal y la de la razón. Pero hay una cuarta clase de vida, y es aquella que desea y busca la gloria de Dios. Es la que el Señor Jesucristo llama **la luz de la vida** (Jn 8:12). Esto es lo que significa ser participantes de la naturaleza divina. El hombre natural vive la vida de los animales cuando solo vive para sus placeres; vive la vida de la razón cuando busca las cosas de este mundo, los honores, las comodidades, etc. Pero es un extraño a la vida de Dios, y añadir a la vida de un animal y a la vida de la razón la vida de Dios es una obra que requiere de **la supereminente grandeza de su poder**.

Podemos pensar: ¿Qué poder se necesita para cambiar la vida de un vegetal a la de un animal? La respuesta es: el de Dios. ¿Pero solo él puede hacer eso? La respuesta es: No. En Egipto, Moisés, por el poder de Dios, convirtió su vara en una serpiente, pero **también los hechiceros hicieron lo mismo** (Éx 7:10-11). ¿Y para cambiar de un animal a la vida de la razón? ¿es posible? ¿quién puede hacerlo? De nuevo, Dios lo hizo con la burra de Balaam, pero también Satanás con la serpiente en el Edén. En todos los casos, hizo falta mucho poder. Pero para cambiar de una vida natural a otra espiritual, solo Dios puede hacerlo, y eso, por **la operación del poder de su fuerza**. Hacer que un hombre natural desee a Dios y busque su gloria es una mayor creación que la de los mundos o los demás seres.

Cuando Juan el Bautista habló del Señor Jesucristo, dijo de él: **El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la**

tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos (Jn 3:31), y lo dijo comparándose consigo mismo. Pero cuando Santiago nos habla en su carta de lo que nos llega de Dios a los cristianos, utiliza las mismas palabras, y dice: **Toda buena dádiva y todo don perfecto, descende de lo alto** [de arriba] **del Padre de las luces** (Stg 1:17). De allí procede la vida de Dios, y es necesario que nos miremos y nos analicemos a nosotros mismos para ver si la tenemos, para ver si en nuestro ser completo ha actuado o no la supereminente grandeza del poder de Dios.

Ahora debemos considerar el segundo aspecto que mencionamos anteriormente y que tiene que ver con la segunda parte del principio, aquella que dice que se necesita la operación del poder de la fuerza de Dios para que un alma sea preservada. Y podemos volver, para ver esto, al ejemplo de la casa destruida, con sus sucios inquilinos, y con los ejércitos alrededor. Dios ya ha hecho su obra de quitar y destruir, y comienza a levantar en el creyente el nuevo edificio con las nuevas disposiciones y principios, el nuevo entendimiento, la nueva voluntad y los nuevos deseos. Pero Dios no elimina completamente ni al ejército, ni a las inclinaciones según la carne, contra los cuales hemos de seguir luchando. Muchos se preguntan el porqué de esto: por qué Dios ha hecho las cosas así, por qué deja a los enemigos y deja crecer la cizaña junto al trigo. También se podría hablar en extensión de este tema, pero una primera idea puede ser la siguiente: es necesario para nosotros que las inclinaciones de la carne y del mundo y de Satanás no sean eliminadas. Necesario para valorar lo que se nos ha concedido; necesario para saber de dónde hemos sido sacados; necesario para que acudamos al poder de Dios; necesario para nuestro crecimiento en santidad; necesario para parecernos más al Señor, como mansos

y humildes; necesario para que deseemos la gloria de Dios por encima de todo

Si Dios nos dejara como dejó a Adán, nada de esto sucedería, tal como acontece con el niño que, desde pequeño, tiene todas las cosas y no las valora. Así que Dios nos deja, junto a la carne y a Satanás, y en el mundo, pero no nos deja **huérfanos** (Jn 14:18), y nos dice dos cosas principales.

La primera, en relación con el ejército que antes nos sometía y accedíamos a ello, y ahora es nuestro enemigo. Dicho ejército ha sido vencido y derrotado (*cf.* Col 2:13-15; He 2:14), pero sigue operativo, y ante él, siempre saldremos derrotados si no usamos la armadura que Dios ha dispuesto para esta lucha. La encontramos en Efesios 6:10-18, y muchos cristianos piensan que pueden vivir sus vidas dejando toda la armadura o algunas partes de esta. La verdad que ha de ceñirnos, la justicia que ha de ser nuestro vestido, el evangelio que ha de marcar todos nuestros pasos, la fe en el poder de Dios, el pensamiento en la salvación y en la gloria que nos está destinada, la lectura y estudio de la Palabra de Dios que es la espada del Espíritu, y la oración en el Espíritu, son cosas totalmente necesarias e imprescindibles para cada día. Por eso, el cristiano que, por ejemplo, no lee la Palabra, no la conoce, no se alimenta más que un poquito de ella, no ora o apenas lo hace, no anda en la verdad, etc., es un cristiano derrotado de antemano.

La segunda cosa que Dios nos indica en su Palabra es en relación con los deseos de nuestra carne. En cuanto a ellos, Dios dice que no les demos tregua, que los mortifiquemos (*cf.* Ro 8:12-13; Ef 4:17-23; Gá 5:16,24; etc.), que, como un árbol cortado, en cuanto salga el primer retoño lo eliminemos y no lo dejemos crecer, atentos siempre, pues en caso contrario se hará fuerte y poderoso y entenebrecerá de

nuevo, y poco a poco, todo nuestro ser: pensamiento, voluntad, sentimientos, etc. Y para todo, y por encima de todo, Dios nos ha dado su Santo Espíritu, que está **con** nosotros y **en** nosotros, del mismo modo que están el Padre y el Hijo cuya Palabra debemos amar y guardar (*cf.* Jn 14:17,23). Ahora bien, no podemos entristecer al Espíritu, no podemos contristararlo ni apagarlo, porque entonces la derrota será segura.

Dios nos preserva con la supereminente grandeza de su poder, por la que creímos y seguimos creyendo, pero Dios nos encomienda un trabajo, una lucha, para la cual nos ha dado todo lo necesario.

2. CONSIDERACIONES FINALES

Para terminar el estudio de esta oración solo nos queda obtener algunas aplicaciones, inmediatas a partir de lo que hemos estado considerando, y enumerar, finalmente, los motivos de oración que debemos hacer nuestros.

La primera de ellas tiene que ver con la conversión de los pecadores. Ha habido y sigue habiendo mucha disputa en este tema, no solo entre los teólogos, sino también entre los cristianos normales; mucha disputa acerca del poder usado por Dios para la conversión de las personas, y no vamos a alargarnos más aquí. Solamente debemos recordar que para saber el poder usado en una operación hemos de tener presente al operador en sí mismo y el carácter de dicha operación, y en estos versículos se nos habla del propio Dios—no de un enviado, hombre o ángel—, y se nos habla de **la operación del poder de su fuerza**. Y creo que, a la vista de estas palabras, toda discusión queda zanjada y todo argumento a favor del libre albedrío, eliminado.

A la vista de estas palabras, todo cristiano y todo predicador que presenta el evangelio debe ser consciente de su propia impotencia para convertir a nadie, y debe pedir que Dios haga uso de su omnipotencia y de su gracia para dar vida a los que están espiritualmente muertos. Al mismo tiempo, hemos de predicarlo, porque así se nos ha ordenado, y hemos de hacerlo sabiendo que así glorificamos a Dios, de modo que si no hay fruto, no hemos de sentirnos tristes, pues solo a Dios corresponde el crecimiento. La propia predicación del evangelio ya glorifica a Dios, y con ello debemos quedar satisfechos, no pensando que la salvación de las almas es lo más importante. Debemos sentirnos gozosos cada vez que Dios nos da la oportunidad de predicar el evangelio, independientemente de los resultados, porque, repito, la propia predicación honra y glorifica a Dios. Esto no quita que oremos y tengamos carga por la salvación de las personas, ni quita que nos examinemos para que no sea nuestro pecado y nuestra culpa los que pongan obstáculo a la conversión, pero la propia predicación que se nos ha encomendado ya es para la gloria de Dios.

Es cierto también que, en la conversión de alguien, las personas de alrededor no perciben el milagro del poder divino que ha sido realizado, pero la propia persona, si no en el instante, sí al cabo de poco tiempo, es consciente de ello y puede decir, como el ciego del Evangelio de Juan: ***Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo*** (Jn 9:25), y puede decir que ***el Espíritu mismo ha dado testimonio a su espíritu, de que es hijo de Dios*** (Ro 8:16). Cuando aquella mujer enferma desde hacía doce años se acercó a Cristo para tocarlo, los que estaban cerca no apreciaron que sucediera nada, pero el Señor dijo: ***Ha salido poder de mí*** (Lc 8:46). Ese poder efectuó la cura instantánea, y aquella mujer lo experi-

mentó porque *sabía lo que en ella había sido hecho* (Mr 5:33).

La segunda consideración tiene que ver también con la controversia entre arminianos y calvinistas sobre si el poder de Dios que actúa en los no convertidos es o no resistible. Aquí también debemos tener las cosas claras, y debemos saber lo que significan exactamente los versículos esgrimidos por los primeros. Hay un poder de Dios que opera en los corazones de los hombres que puede ser resistido, y que es resistido, porque, como ya hemos visto, Dios usa distintos poderes según la obra que pretende hacer. La declaración de Esteban en Hechos 7:51: *Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo*, no hemos de despreciarla ni ignorarla, sino exponerla en armonía con el resto de la Escritura, según la analogía de la fe. Esta declaración es cierta, es una realidad en todas las personas, y todas las personas resisten con predominio excepto cuando Dios usa la supereminente grandeza de su poder, la operación del poder de su fuerza.

El propio Pablo habla de este tema en su primera carta a los corintios, y dice: *Hay diversidad de dones [...] y diversidad de ministerios [...] y diversidad de operaciones* (1 Co 12:4-6,11), siendo esta última frase la clave de la cuestión. El Espíritu es el mismo, el Señor es el mismo, y Dios es el mismo, pero Dios usa distinto grado de poder de acuerdo con los objetivos que tiene por delante. Hay *diversidad de operaciones*, y algunas de ellas pueden ser resistidas, pero cuando Dios actúa por *la operación del poder de su fuerza* entonces no hay hombre ni diablo que se oponga.

Este tema tiene que ver con algo que muchos olvidan al estudiar la Escritura, y es que en ella se muestran las que han sido llamadas voluntad *decretiva*, voluntad *preceptiva* y voluntad *permissiva* de Dios. Por la primera, las cosas suceden

y han de suceder inevitablemente (cf. Gn 1:3). Por la segunda, el hombre puede o no obedecer, experimentando las consecuencias de sus acciones (cf. Dt 8:1). Y por la tercera, lo malo es permitido dentro de los planes de Dios (cf. 2 Ts 2:11-12). En todos los casos puede decirse que Dios quiere algo, pero la interpretación correcta de eso que quiere ha de hacerse teniendo en cuenta lo anterior.

Un ejemplo de lo que digo, y que ha dado lugar a mucha controversia, es el de 1 Timoteo 2:4: Dios *quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*. Obviamente, si este deseo de Dios fuese según su voluntad decretiva, si este querer de Dios fuera acompañado por la supereminente grandeza de su poder, todos los hombres sin excepción serían salvos, pues nada ni nadie puede resistir la operación del poder de su fuerza. Pero no es la enseñanza de la Biblia la de una salvación universal, como algunos defienden. Es el mismo caso de Ezequiel 18:23,32; 33:11, donde su querer no es según su voluntad decretiva. Y es que, si olvidamos estas distinciones, la imagen que se da de Dios es la de alguien débil que va tras las personas, rogando para que estas accedan o dejen que él les dé algo (por cierto, es muy usado en la evangelización con este sentido el pasaje de Apocalipsis 3:20, olvidándose que está dirigido a creyentes).

Por eso, repito, hemos de distinguir los distintos casos y operaciones donde Dios ejerce su poder. Así, por ejemplo, aquellos de los que se habla en Hebreos 6:4-6 (compárese con el versículo 9, que habla de *cosas mejores, y que pertenecen a la salvación*) y en 2 Pedro 2:1 (véanse los versículos 12,20-22), no son cristianos que pierdan su salvación, sino personas que han sido objeto de las operaciones menores de Dios pero no de su poder regenerativo, no de la supereminente grandeza de su poder.

Hay personas que pueden ser alumbradas por el Espíritu, como lo fue Balaam (*cf.* Nm 24:1-2), que pueden mejorar de sus corrupciones y ser elevadas en sus espíritus por el mismo Espíritu, como lo fue Saúl (*cf.* 1 S 11:6), que pueden ser animadas por ángeles, como Darío (*cf.* Dn 10:5-6; 11:1), que pueden ser refrenadas en sus pecados, como lo fue Abimelec (*cf.* Gn 20:6), pero que pueden seguir sin ser hechos nuevas criaturas por la operación del poder de la fuerza de Dios (*cf.* Dt 29:2-4). Una cosa es que se nos dé cierto poder interior, que incluso puede darlo el propio Satanás (*cf.* Lc 8:29; 2 Ts 2:9-10), y otra muy distinta que Dios cree un hombre interior y este sea fortalecido con poder (*cf.* Ef 3:16).

Todas las personas tienen en sus corazones un deseo y una sed por la verdad, una devoción natural a Dios de alguna manera, un miedo a la condenación, un deseo de felicidad, e incluso un pensamiento de la necesidad de un mediador ante Dios, (*cf.* Ro 2:14-15; 1:19,32; 10:2; Hch 8:24; 24:25; Éx 10:17; Sal 78:32-37; Jon 1:5-6). Y en todas estas cosas puede obrar el Espíritu de Dios, sin hacer una nueva creación.

Por ello no podemos extrañarnos —sino que más bien hemos de esperarlo porque así se nos ha indicado— de que miles de personas se encuentren dentro de las iglesias, y que muchas estén incluso predicando la Palabra, convencidas de su maldad y condición por el Espíritu, pero que realmente no han pasado de muerte a vida (véase Mateo 7:22-23, con el acento en la palabra ***muchos***). Hoy, como sucedía con Israel, hay personas mezcladas con el verdadero pueblo de Dios, que no lo están para salvación, sino para propagación de la Palabra (*cf.* Is 1:2-6,9). Por eso, la Palabra es ***olor de vida para vida*** de unos, y ***olor de muerte para muerte*** de otros, de aquellos que no creen (2 Co 2:16). Estos últimos seguirán resistiendo el poder de Dios, pero nadie derrotará nunca ***la***

operación del poder de su fuerza porque esta se equipara con la que actuó en la resurrección de Cristo para sentarlo a la diestra de Dios en los lugares celestiales. **La supereminente grandeza de su poder** es eficaz, predominante, invencible, irresistible.

Repito para concluir con esto: el apóstol usa en nuestra oración distintas palabras acumuladas porque una no es suficiente para expresar el poder del que quiere hablar, del mismo modo que **Santo, santo, santo** (Is 6:3) indica el grado de santidad supremo. Expresiones análogas se usan en otros lugares de la Escritura (cf. Job 9:4; Is 40:26), y es solo este poder el que hemos de entender que es irresistible.

La tercera consideración que quiero destacar es que todo lo anterior está claramente demostrado en la vida de aquel que escribió el versículo que estamos considerando, el propio Pablo, antes Saulo de Tarso. Podemos mirarlo consintiendo en la muerte de Esteban (cf. Hch 7:58; 8:1); podemos mirarlo cuando **asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel**; podemos mirarlo **respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor**; y podemos mirarlo pidiendo cartas **para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este camino, los trajese presos a Jerusalén** (Hch 8:3; 9:1-2).

¿Qué sucedió para que una semana más tarde él mismo estuviese predicando **a Cristo en las sinagogas** de Damasco? (Hch 9:20). ¿Qué sucedió para que una transformación tan admirable e increíble tuviera lugar?; ¿qué fue lo que llevó a este enemigo rebelde a decir: **Señor, ¿qué quieres que yo haga?** (Hch 9:6)?; ¿qué, o quién, transformó al

perseguidor Saulo en el evangelista y apóstol Pablo? Su propia respuesta es: ***La supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos según la operación del poder de su fuerza.*** Y declaró que lo que sucedió con él mismo era un ejemplo para los demás (cf. 1 Ti 1:16). Ciertamente en su caso sucedió de un modo extraordinario, pero *el poder* usado por Dios es el mismo en todos los casos de las personas que llegan a la fe.

La cuarta consideración, a modo de conclusión, aunque ya se ha mencionado, es la siguiente: La operación del poder de la fuerza de Dios no está restringida al pasado, al momento de nuestra conversión; no es para *los que creímos*, ni para *los que creyeron*, sino para *los que creemos*. La referencia a este poder no es para limitarlo en el tiempo, sino para que consideremos que se sigue manteniendo en nosotros. La supereminente grandeza de su poder es para con nosotros, para con ***los que creemos***.

Podemos fijarnos también que el apóstol usa dos calificativos distintos para los creyentes, según hable de la gloria o del estado presente en la tierra. En el **versículo 18** pide que sea conocida *la riqueza de la gloria de su herencia en los santos*, es decir, que, al mirar arriba, lo que más necesitamos es fijarnos en la gloriosa herencia, porque allí ya habremos sido hechos perfectos en santidad, totalmente santos. En cambio, al mirarnos aquí abajo y nuestras circunstancias, el apóstol dice ***nosotros, los que creemos***, y aquí, necesitamos interiorizar y fijarnos en la *supereminente grandeza del poder de Dios*.

Muchas veces nos puede suceder como a Marta, la hermana de Lázaro, que creía en la resurrección futura por el poder de Dios, pero no creía que dicho poder fuese efectivo en el momento presente (cf. Jn 11:23-24,39-40). Y

una y otra vez hemos de recordarnos esto a nosotros mismos, y hemos de pedir a Dios para interiorizarlo: que hay un proceso desde la gracia hasta la gloria (*cf.* Ef 2:5-6), en donde actúa el mismo poder de Dios, lo cual servirá para nuestro gozo, consuelo y fortaleza, y también para dar gracias y glorificar a Dios. Para Dios es toda la gloria y las acciones de gracias (*cf.* Ef 1:16), desde la conversión hasta el estado final, pasando por la preservación y el crecimiento en esta vida, y debemos oponernos a todos aquellos que quieren algo de gloria para sí mismos en algún momento.

Los cristianos no podemos originar la fe por nosotros mismos, pero tampoco podemos aumentarla, tal como indica el propio Pablo en otra de sus oraciones donde pide a Dios que cumpla ***todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder*** (2 Ts 1:11). La fe continúa operativa solamente por el poder de Dios, y si esta ***vence al mundo*** es porque ha ***nacido de Dios*** (1 Jn 5:4).

No olvidemos esto, hermanos, no olvidemos que la supereminente grandeza del poder de Dios está con nosotros para crecer en santidad y para darnos la victoria, para que podamos decir: ***Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*** (1 Co 15:57). Esta es la lección, y esto lo que debemos aprender. Si somos cristianos y nos resistimos a ello, Dios nos disciplinará como hijos, y debemos darle muchas gracias cuando lo haga. En cambio, si algunos se dejan sin disciplina, deben temblar, pues eso significa que no son hijos (*cf.* He 12:5-11), y que aún siguen en el poder y en la esclavitud de su padre el diablo y de su propio amor a sí mismos y a los placeres, siendo enemigos de Dios en sus mentes, en sus voluntades, y en su ser entero.

3. MOTIVOS DE ORACIÓN

Finalmente, podemos enunciar los motivos de oración recogidos al final de este escrito y obtenidos en nuestro estudio, aunque no son exhaustivos y quizá Dios haya puesto otros muchos en los corazones de los lectores.

En primer lugar, debemos orar y pedir a Dios por más interiorización de su poder, que actuó y actúa en nosotros, con el fin de crecer en humildad y eliminar todo orgullo.

En segundo lugar, también debemos orar y pedir a Dios por más interiorización de su poder, con el fin de prevalecer sobre nuestros propios deseos carnales, sobre el poder del pecado, del mundo y de Satanás.

En tercer lugar, debemos orar y pedir a Dios por más interiorización de su poder, con el fin de que nuestra fe aumente, nuestros miedos se pierdan, y, sobre todo, para una mayor gloria suya.

Finalmente, y *en cuarto lugar*, debemos orar y pedir a Dios que manifieste la supereminente grandeza de su poder para salvación de otras almas, con el fin de que muchos sean unidos a nosotros para glorificarle y para darle gracias. ¡Esta es la mayor bendición y gozo! ¡Qué así sea!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO I CRISTO EXALTADO

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Job 19:23-27

¡Quién diese ahora que mis palabras fuesen escritas!

¡Quién diese que se escribiesen en un libro;

Que con cincel de hierro y con plomo

Fuesen esculpidas en piedra para siempre!

Yo sé que mi Redentor vive,

Y al fin se levantará sobre el polvo;

Y después de deshecha esta mi piel,

En mi carne he de ver a Dios;

Al cual veré por mí mismo,

Y mis ojos lo verán, y no otro,

Aunque mi corazón desfallece dentro de mí.

En este capítulo comenzamos con el estudio de una nueva oración, aunque localizada en el mismo pasaje que las anteriores y como continuación de ellas, en Efesios 1:20, y a la que damos el nombre de *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*. Si hacemos un poco de memoria, desde el **versículo 15** hasta el final del capítulo 1 de esta carta, tenemos una sola oración del apóstol, la cual hemos dividido en varias partes con el fin de facilitar nuestro estudio. Así, hemos considerado ya una *Oración por conocimiento*, desde los

versículos 15 al 17, una *Oración por más luz*, en el **18** y, finalmente, una *Oración por entendimiento espiritual* en el **19**.

También debemos recordar que en el **versículo 20** y en los siguientes no tenemos una oración propiamente dicha, sino un ejemplo detallado de la petición que se ha efectuado en la primera parte del **versículo 19**. En esta primera parte se nos presenta la tercera aplicación de la oración dirigida al *Padre de gloria* por un mayor alumbramiento de los ojos de nuestro corazón para que sepamos —y no solo intelectualmente— ciertas cosas esenciales en nuestra fe. Y esta aplicación, recogida en dicho versículo, y que hemos estado considerando en días anteriores, es: *Para que sepáis cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros*.

Aquí hemos estado ocupados pensando en el poder que Dios ha ejercido en relación con su pueblo, describiendo la excelencia de este, hablando de sus distintas operaciones, y meditando en su eficiencia en nuestra conversión (pues *creemos según la operación del poder de su fuerza*) y en la impartición al alma de unos nuevos principios, pensamientos, voluntad, deseos y nueva vida que proceden del propio Dios. En realidad, habíamos dicho que la segunda parte del **versículo 19** era una explicación de la primera. Y ahora, en el **versículo 20** y en los que le siguen, se vuelve a tomar otro ejemplo que nos ha de llevar a pensar en ese poder de Dios que es *para con nosotros*. Este ejemplo es el de la propia resurrección de nuestro Señor Jesucristo, de la cual se citan varios aspectos que, para su estudio, también se ha considerado conveniente separar.

Así que vamos a dedicarnos a analizar el **versículo 20**, el cual, aunque debe servirnos también como ejemplo para que interioricemos *la supereminente grandeza del poder* de

Dios *para con nosotros*, lo vamos a tratar como algo separado para centrarnos en la comprensión del triunfo del Cristo resucitado. De ahí el título que hemos dado a esta oración: *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*, en cuyo estudio hablaremos acerca de grandes hechos de nuestra fe en relación con el Señor (su muerte, resurrección y exaltación), y de las analogías entre ellos y los que serán los nuestros. Después, los **versículos 21 al 23** constituyen una explicación y aclaración de lo indicado en el **20**, y estos los consideraremos en otro estudio y como constituyendo otra oración.

Leamos, pues la Palabra, y pidamos la bendición de Dios para que, con ella y la explicación, seamos edificados para gloria de su nombre.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. INTRODUCCIÓN

Nada más leer el **versículo 20** se pueden suscitar muchas preguntas. ¿Por qué en la resurrección de Cristo se necesitó la operación del poder de la fuerza de Dios y no bastó con otra manifestación de poder más pequeña?; ¿por qué es la resurrección de Cristo el patrón de medida del poder que Dios ejerce en los que creen?; ¿cuál es la naturaleza precisa del poder que Dios ejerció en la resurrección de Cristo?; ¿fue su omnipotencia o hubo algo más?; ¿fue solo un poder físico o

hubo algo más?; ¿cuáles son las analogías existentes entre la resurrección y exaltación de Cristo y lo que Dios trae a las vidas de los que creemos? Estas cuestiones, aunque distintas, se solapan en ciertos puntos, de modo que al intentar responderlas no estaremos ceñidos estrictamente para guardar su orden.

Pero también hay otras preguntas que surgen en relación con la segunda parte del versículo: ¿Cómo es posible para Dios que su Hijo fuera exaltado?; ¿qué significa estar sentado?; ¿y qué significa estarlo a su diestra? Y aún más: la exaltación ¿qué implica?; ¿es únicamente un cambio de lugar y estado, o hay algo más en ella? Todas estas cuestiones habremos de ir respondiéndolas, pero en este capítulo solamente nos vamos a limitar a hacer una breve introducción sobre ellas, centrándonos en varios aspectos.

El primero que debe destacarse es que este pasaje de la carta a los efesios no es el único que asocia directamente el poder de Dios con la resurrección de Cristo de entre los muertos. En Romanos 1:3-4 leemos que nuestro Señor Jesucristo *era* [vino a ser] *del linaje de David según la carne*, y que *fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos*. Y aquí, hemos de saber, no solo se habla de su propia resurrección como de un hecho aislado, sino como del primero de una serie. Él resucitó, desde luego, pero otros también resucitarán porque él ha sido declarado Hijo de Dios con poder, el Hijo de Dios ascendido y exaltado, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas.

Ahora bien, lo que queremos resaltar es que en estos pasajes, y en otros, se nos indica que Cristo resucitó por el poder de Dios el Padre: *Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo*

resucitó de los muertos) (Gá 1:1); ... *cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera* (1 Ts 1:9-10); ... *y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios* (1 P 1:21). Esta es la parte de la verdad que hemos de considerar, aunque en otros lugares de la Escritura se nos indica que dicha resurrección fue por su propio poder (*cf.* Jn 10:17-18), o por su Espíritu (*cf.* Ro 8:11) (quizá también 1 P 3:18, pero aquí no hay seguridad en cuanto a la palabra *espíritu*), lo cual nos lleva a la conclusión de que la Trinidad estuvo en la obra de la resurrección de Cristo.

Por tanto, además de todas las obras maravillosas que Dios hizo por Cristo, tales como el milagro de su encarnación, su preservación cuando niño de la malicia de Herodes, su unción con el Espíritu Santo, etc., esta acción de traerlo de la tumba se indica de una forma particular (*cf.* Hch 2:23-24). Sabemos que Cristo dijo: *Yo y el Padre uno somos* (Jn 10:30), y si tan solo esta afirmación suya hubiese sido falsa, la tumba lo habría retenido. Así pues, hemos de entender que al resucitar a Cristo de entre los muertos, Dios puso, por así decirlo, su sello sobre todas las enseñanzas de Cristo y demostró que él era quien dijo ser, el Hijo de Dios. Como indica Pablo en 2 Corintios 13:4, *aunque fue crucificado en debilidad*, es decir, no se resistió a sus enemigos ni se libró a sí mismo de sus manos, ahora *vive por el poder de Dios*. Pero no acaba la enseñanza aquí, y necesitamos interiorizar lo que continúa diciéndonos el apóstol: *Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros*.

Cristo, pues, fue resucitado por el poder de Dios, pero ahora, ascendido y exaltado, tiene todo el poder, ***toda potestad [...] en el cielo y en la tierra*** (Mt 28:18) y tiene poder para impartirlo a nuestras vidas, y lo tiene para resucitar a otros (cf. Jn 6:39-40,44,54, donde repite el Señor: ***Y yo le resucitaré en el día postrero***). Como también escribe Pablo: ***Transformará el cuerpo de la humillación nuestra [...] por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*** (Fil 3:20-21); de modo que como él fue levantado de los muertos, nosotros también lo seremos. Es la misma idea que Pablo expresa en otros lugares: ***No diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos*** (Hch 26:22-23, en donde hemos de entender que, si él fue el primero, habrá otros que le seguirán: todos los cristianos). De nuevo, la idea se repite en Romanos 8:29 (***primogénito entre muchos hermanos***), y Colosenses 1:18 (***primogénito de entre los muertos***).

La primera idea es, por tanto, que Dios resucitó a Cristo con ***la supereminente grandeza de su poder***, la cual, recordemos, también es ***para con nosotros***; pero no solo eso, sino que lo exaltó hasta lo sumo, lo sentó ***a su diestra***, y ahora tiene todo el poder.

Con esto, introducimos *el segundo* aspecto, del cual ya hemos hablado en otras ocasiones. Este versículo y los anteriores forman parte de una oración en la que el apóstol pide para que el pueblo de Dios pueda *conocer* ciertas cosas (***alumbrando los ojos de vuestro corazón para que sepáis***), pero hemos indicado que no se habla solo de un conocimiento intelectual ni se pide únicamente por él, sino de un conocimiento experimental y espiritual, y este último es de fundamental importancia para nuestras vidas.

Podemos conocer intelectualmente cosas espirituales estudiando diligentemente las Escrituras, pero avanzamos en dicho conocimiento cuando ejercitamos nuestra fe en lo que se nos revela en ellas, y cuando experimentamos personalmente en nuestras vidas dichas cosas espirituales. Así, por ejemplo, cuando Pablo en Filipenses 3:10 nos habla de su anhelo *de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos*, no hay duda de que hace referencia a su deseo de una comunión más estrecha con Cristo y de una mayor aplicación directa de su resurrección por los efectos de la misma en su propia vida, es decir, Pablo pide poder experimentar una mayor liberación de la muerte espiritual que se encuentra en los no creyentes pero que sigue en los regenerados.

Cuando comentamos el **versículo 17** (*os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*), dijimos que la referencia allí es a un más íntimo e influyente *conocimiento* de Dios y comunión con Dios, que trae como consecuencia mayor gozo en nuestras vidas. Cuando hicimos referencia a *la esperanza de su llamamiento* (v. 18 LBLA; BT), hablamos de la necesidad de interiorizar el fundamento y de *conocer* la seguridad que hay al haber sido llamados eficazmente. Cuando nos referimos a *las riquezas de la gloria de su herencia en los santos* (v. 18), dijimos que necesitamos un mayor *entendimiento* o *conocimiento* interior de la gloria a la que hemos sido llamados. Y cuando, finalmente, hemos hablado de *la supereminente grandeza de su poder para con nosotros*, hemos dicho que necesitamos *interiorizarla*, tener ese *conocimiento* íntimo para estar seguros a pesar de todos los impedimentos y obstáculos existentes en esta vida.

Por tanto, cuando ahora ponemos nuestros ojos en la resurrección, ascensión y exaltación de Cristo, lo que también

necesitamos es *conocer e interiorizar* lo que esto supone para nosotros, lo que debe suponer en nuestras vidas, y eso es que *podemos* glorificar a Dios y creer con más fe, que *podemos* vivir, verdaderamente, en novedad de vida, y que *podemos* estar confiados, pues el mismo poder que hizo la obra en Cristo es ahora ***para con nosotros***. Y, *si podemos, debemos*. Esto es lo que necesitamos interiorizar, el carácter de dicho poder que trasciende todos nuestros deseos o experiencias, porque Dios ***es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*** (Ef 3:20). Interiorizar que si Dios no hace ciertas cosas es porque *no quiere*, no porque no puede, e interiorizar que, si no quiere, es porque es bueno para nosotros.

Y con esto entramos solo a citar *el tercer* aspecto, el cual se desarrollará más adelante: en relación con todo este poder que se está hablando y del que se continúa en los **versículos 21 al 23**, hemos de pensar que Cristo ha sido hecho nuestra Cabeza, y es el conocimiento e interiorización de esta verdad lo que más necesitamos, lo que nos es más provechoso y lo que nos trae mayor consuelo a la vida.

Por tanto, tres cosas: poder de Dios para resucitar y exaltar a Cristo, poder y exaltación que necesitamos interiorizar, porque es ***para con nosotros***, y poder que ha hecho, además, que Cristo sea nuestra Cabeza, con lo que esto implica y debe traer también a nuestras vidas.

Todos conocemos estos puntos comunes del credo cristiano, y los conocemos desde poco tiempo después de nuestra conversión; sin embargo, si los interiorizamos por fe constante y diariamente, creo que no hay otros más fuertes y poderosos que estos para fortalecer nuestros corazones.

Estos aspectos de nuestra fe, junto con el de la muerte expiatoria en la cruz, eran los que ocupaban los pensamientos

de los cristianos primitivos: que Cristo había muerto y resucitado, que había ascendido nuevamente a los cielos, que estaba ahora sentado a la diestra de Dios, y que tenía todo el poder habiendo sido constituido Cabeza de su cuerpo que es la Iglesia. En aquel entonces, estas eran noticias nuevas que servían para fortalecer los corazones de aquellos cristianos, de modo que una y otra vez se insistía en ellas en las predicaciones, Véase, por ejemplo, Hechos 2:23-24, pero también Hechos 2:32-36; Hechos 3:13-14, pero también 3:15-16,21; y así, Hechos 4:10; 5:30-31; 10:39-42; 13:28-30, etc.

En 1 Corintios 15:1-4 Pablo vuelve a retomar este tema, y habla en el **versículo 2** de *retener la palabra*, es decir, de guardarla en la memoria, de ejercitar pensamientos diariamente en estas cosas. Y en el **versículo 11** dice: *Así predicamos, y así habéis creído*. Este era, pues, el tema de la predicación de los apóstoles y el que marcaba los pensamientos y el andar diario de los cristianos. Estos hechos los hacían más espirituales, más celestiales, más seguros, dispuestos a perder sus vidas y a sacrificarse, pues así se les predicaba y así creían.

Otras doctrinas son también muy importantes, pero el escritor de la carta a los hebreos dice que muchas de ellas son cosas de niños, cosas del principio del conocimiento de Cristo, de modo que no debemos pararnos en ellas sino seguir *adelante a la perfección* (He 6:1-3). Podemos fijarnos que habla de los principios de la doctrina de Cristo, y allí incluye *el arrepentimiento de obras muertas, la fe en Dios, la doctrina de bautismos, la imposición de manos, la resurrección de los muertos*, y el *juicio eterno*. Y todas estas cosas son necesarias para el cristiano y para la vida de la Iglesia, pero aun así, no son sino los principios. Si nos fijamos, en Hebreos 5:10-11 el mismo escritor habla de Cristo

como nuestro Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, pero sigue diciendo en los **versículos 12 y 13** que aún eran niños y tenían necesidad, después de mucho tiempo, de que se les enseñara los primeros rudimentos de la Palabra, es decir, los que aparecen al principio del capítulo 6. Después, vuelve a retomar el tema en Hebreos 8:1, e indica: ***El punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos*** (no «*que existe*», sin más, sino que ***tenemos***, que nosotros tenemos) tal ***sumo sacerdote, el cual*** (y aquí está la misma enseñanza de Efesios 1:20) ***se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos.***

En realidad, la carta a los hebreos comienza con este tema, y con él continúa: Hebreos 1:3-4; 4:14-16; 10:12-13,19-22.

Por tanto, estos son los grandes puntos de las doctrinas en los que necesitamos un mayor conocimiento espiritual, una mayor interiorización de estos: la muerte y la resurrección de Cristo, pero también su ascensión a los cielos, su exaltación y todos los misterios que esto implica, porque ellos son los que nos llevan a la perfección.

Esto dice la Palabra, pero muchos cristianos en el día de hoy aprenden un poco de estas cosas al principio de su conversión, y después las dejan casi para siempre, para insistir en otros pensamientos u otros caminos o cosas. En nosotros no debe ser así, no debemos dejar de insistir en ellas y de pensar en ellas, porque si estas son las grandes verdades del evangelio, son también las cosas que elevan nuestras mentes y que influyen en nuestras almas, tanto para nuestra paz y consuelo como para nuestro fortalecimiento. El error de hoy no es que no se crean estas cosas, sino que no se piensa en ellas, ni se hace uso de ellas, ni se descansa en la verdad de ellas.

Por eso pregunto, querido hermano o amigo: ¿Estás preocupado por la culpa de tu pecado? Si es así, mira a Jesucristo resucitado de entre los muertos, sentado a la diestra de Dios, y coronado con gloria y honor; estos pensamientos desvanecerán por completo el sentido de tu culpa, pues Cristo pagó por el pecado, y prueba de ello es su exaltación. ¿Estás preocupado por el poder del pecado? Piensa que Jesucristo murió por los pecados, por esos mismos que estás cometiendo, y piensa que resucitó de la muerte para salvarte de dicho poder, y ejercita la fe en ello. Por tanto, sigo preguntando: ¿Cómo oras?; ¿qué pides?; ¿y en función de qué? Es más, ¿practicas algún pecado? Porque si Jesucristo está ahora sentado en gloria, y tú eres un miembro de su Cuerpo, y esperas estar con él (eso implica creer en él), ¿cómo vas a continuar pecando deliberadamente aquí en la tierra?

Ya sabemos lo que nos indica Pablo en Colosenses 3:1-2: *Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra,* lo cual hace referencia no solamente a las cosas de la herencia de gloria, sino a la Persona que está en la gloria y a las cosas que proceden de él, que está arriba.

Es bueno tener conciencia de pecado, pero pensar en estas cosas de Cristo produce mayor liberación que la simple conciencia de pecado; lo primero, la conciencia, nos indica lo que es pecado y lo que no es, pero lo segundo nos fortalece contra este. Si estos principios y consideraciones fuesen más pensados e interiorizados, creceríamos en santidad divina y tendríamos mayor poder cuando lleváramos el evangelio a los otros.

Esto es lo que los grandes cristianos de todos los tiempos (si es que se puede hablar así, de grandes), los grandes san-

tos, han profesado: que para ellos estos principios fundamentales de la fe fueron la base de su santidad. Que Cristo murió, que resucitó, que está en los cielos, y que es la Cabeza y el que todo lo llena en todo es lo que los fortalecía para vivir de otra manera.

¡Pues que Dios, hermanos, nos fortalezca en estas cosas y nos ayude a interiorizarlas, y que nosotros también nos ocupemos en ellas con temor y temblor, echando fuera de nosotros las falsas profesiones de fe, la carnalidad, y la decadencia en pecados, que tanto caracterizan al cristianismo en el día de hoy!

¡Que, a medida que avanzamos en estos estudios, avancemos también creciendo en santidad, y mirando y anhelando las cosas de arriba, porque hemos muerto, así como al que está arriba, porque arriba está Cristo sentado a la diestra de Dios, y porque allí está nuestra patria y allí nos dirigimos!

¡Que así sea, para la gloria de Dios, y nuestra bendición y la de muchos!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO II CRISTO SEPULTADO

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Génesis 35:16-19

Después partieron de Bet-el; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto. Y aconteció, como había trabajo en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. Y aconteció que al salirsele el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén.

En el capítulo anterior comenzamos a hablar a modo de introducción de la que hemos titulado: *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*, oración que encontramos en la epístola de Pablo a los efesios, capítulo 1, versículo 20. Allí estuvimos considerando tres aspectos iniciales de esta: que Dios el Padre resucitó a Cristo con su poder y lo exaltó hasta los cielos, que necesitamos interiorizar y conocer lo que dicha exaltación supone y ha de suponer para nuestras vidas, y que debemos abundar en estos pensamientos para crecer en santidad. Y todo ello, sin olvidar que ese poder es aquel que ahora actúa para para con nosotros y en nosotros.

Hoy vamos a entrar propiamente en el comentario de la oración, pero antes debemos hacer la lectura de la Palabra y pedir la bendición de este Dios todopoderoso que, por su gracia, ha querido ser nuestro Padre. Y para la oración personal, dentro de un momento, nada mejor que hacer uso de lo que nos ha dejado por escrito, por ejemplo, en el capítulo 3 de esta misma epístola. Así pues, conscientes de que estamos en la presencia de Dios, ***el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria***, ante él doblamos ***nuestras rodillas para que nos dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, y para que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo que excede todo conocimiento, para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios***. Pero no debemos olvidar que doblamos nuestras rodillas para que ***nos dé estas cosas*** con un objetivo principal, y este es para que a ***Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén***.

Leamos, pues, lo que está escrito y pidamos la bendición del que lo inspiró.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

A esta oración la hemos llamado *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*, pero puesto que en el versículo que nos ocupa aparece también su muerte (dice Pablo: **Resucitándole de los muertos**), creo que es conveniente dedicar un tiempo a pensar en ella antes de considerar su resurrección y exaltación. Por eso, *el primer principio* que consideramos tiene dos partes, y lo enunciamos así: La muerte de Cristo fue espiritual y física, y su resurrección precisó de la operación del poder de la fuerza de Dios.

Lo primero que hemos de saber e interiorizar es que Cristo estuvo muerto, realmente muerto, verdaderamente muerto, sin una chispa de vida remanente en él, porque, como hemos leído, fue resucitado **de los muertos, de entre los muertos**. Aquí no se habla de la clase de muerte que tuvo, no se habla de la crucifixión, sino solo se reclama nuestra atención para que nos fijemos en el hecho de que estuvo muerto. Por tanto, con los ojos de la fe, hemos de mirar no solamente al Cristo crucificado, sino también al que estuvo muerto, porque no solamente era necesario lo primero, sino también lo segundo, tal como la Escritura del Antiguo Testamento profetizaba. En otros estudios, si Dios lo permite, hablaremos de la cruz, de sus sufrimientos, del porqué fue crucificado, del porqué fue **varón de dolores** (Is 53:3), de los momentos antes de su muerte o de la clase de muerte, pero ahora solo nos fijamos en el hecho en sí de la muerte.

Si miramos Isaías 53:8, podemos comprobar que se indica que sería **cortado de la tierra de los vivientes**, una profecía de su muerte, y como dijera Pablo más tarde en 1

Corintios 15:3: ***Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras.*** Era necesario que Cristo muriera, y él lo sabía, y lo indicó en múltiples ocasiones. Véanse, por ejemplo, los pasajes de Marcos 8:31; 9:31; o 10:33-34. En Juan 12:24 se comparó a sí mismo con un ***grano de trigo***, un grano de trigo caído o venido desde ***el cielo*** (1 Co 15:47), que hubiera quedado sin fruto si no hubiese muerto. Si se hubiese quedado en el Cielo, no habría tenido necesidad de morir, pero para que nazca una espiga es necesario que el grano caiga ***en la tierra y muera***, ambas cosas. Esta analogía, como todas, no implica una equivalencia completa, pues el grano de trigo para traer fruto tiene que pasar por la corrupción, mientras que Cristo no la sufrió (como escribió David: ***No permitirás que tu santo vea corrupción***: Sal 16:10). Pero aquí, en Juan 12:24, él mismo está haciendo hincapié en el hecho de morir, en el hecho de que tendría que pasar por la muerte, de que tendría que separarse su espíritu de su cuerpo humano, y de que, por esa muerte, no solo cientos, sino miles resucitarían formando una espiga, una compañía innumerable de creyentes en todas las edades y por todo el mundo, tanto judíos como gentiles.

Así que Cristo tenía que morir, estaba profetizado, y pueden darse, al menos, dos razones para la necesidad de esta muerte (no nos vamos a detener ahora en otras también implicadas).

La primera, quizá menos conocida, era porque tenía que confirmarse con ella el pacto de gracia, y esta confirmación llevaría a hacer de dicho pacto un testamento, el cual —si fuera posible—es aún mejor para nosotros. En Hebreos 9:15-17 leemos lo siguiente: ***Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer***

pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive.

Como puede comprobarse, se compara el pacto de gracia con un testamento, con lo que conocemos como «las últimas voluntades» de una persona. Como se indica a pie de página en algunas ediciones de la Biblia, la misma palabra griega significa en estos versículos tanto *pacto* como *testamento*, porque son dos aspectos los que Dios ha querido resaltar aquí. En los **versículos 18 a 20** y siguientes, el escritor hace referencia a Éxodo 24:6-8, donde Moisés habló de la sangre del pacto, de la sangre que sirvió para instituirlo; pero no debía olvidarse que tras aquella sangre estaba la muerte de los animales de los cuales procedía. Era necesaria la muerte en beneficio de aquellos por los que el pacto se hacía.

Esto también sucede con un testamento, y el escritor de Hebreos nos indica que *es necesario que intervenga muerte del testador*, pues nadie se beneficia del testamento hasta que no muere el que lo hace. Así lo dicen las leyes humanas, pero una vez que hay muerte, el testamento es inmutable. Quizá un pacto, aunque sea de Dios mismo, para muchos no suponga mucho consuelo o garantía, pero si ese pacto se transforma en testamento por la muerte de Cristo, aún debe darnos mayor seguridad.

Ahora bien, cuando hablamos de pacto y de testamento hemos de pensar en el pacto que Dios hizo con Cristo, en el *pacto eterno* (He 13:20), del cual nos beneficiamos, pues todo nos llega a nosotros por medio de Cristo, que es el *heredero de todo* (He 1:2; cf. Ro 8:17). El pacto eterno —para nosotros pacto de gracia— es un pacto entre Dios el Padre y

Dios el Hijo. Es como si Dios dijera a Cristo: «Yo hago mi pacto contigo, pero puesto que quiero que sea un testamento, la condición para este es tu propia muerte». Y del mismo modo que la sangre del primer pacto precisaba de la muerte de los animales, ahora se precisaba de la muerte de Cristo, no solo por el valor de su sangre, sino también para convertir el pacto en testamento.

La segunda razón para la necesidad de la muerte de Cristo la encontramos también en la misma carta a los hebreos: *Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan* (He 9:27-28). Al igual que los hombres mueren una sola vez, y después el juicio, así también Cristo fue ofrecido, y destacamos el contraste entre *una sola vez* y que fue para llevar los pecados *de muchos*. En el huerto de Edén Dios pronunció una maldición: *El día que de él comieres, ciertamente morirás* (Gn 2:17), y nuestro Señor tuvo que sufrir *toda* la maldición porque habría de redimirnos de *toda* ella (cf. Gá 3:13). Esta maldición a nuestros primeros padres implicaba la muerte, pero dos clases de muerte: la espiritual primero, cuando perdieron la comunión con Dios y fueron echados del paraíso, y después, la muerte física. Así también, la maldición que la muerte tendría sobre Cristo debía comprender estas dos facetas, y tendría que sufrir *todos los dolores de la muerte*, tal como dijo Pedro y tenemos en Hechos 2:24.

Por una parte, pues, cuando Cristo fue desamparado por Dios y las tinieblas cubrieron el día durante tres horas, sufrió la muerte espiritual. De ella salió, y cuando gritó en la cruz: *Consumado es* (Jn 19:30), ya había soportado la ira de Dios

sobre su alma, y nuestras almas podían ser redimidas. Pero era necesaria también la redención de nuestros cuerpos (*cf.* Ro 8:22-23) y, por tanto, él debía morir físicamente del mismo modo que está establecido para los hombres. Esto es una ley —dice el escritor de la carta a los hebreos—, y para que Cristo fuese nuestro completo Mediador, era necesario que también muriera físicamente, era necesario que su espíritu fuese separado de su cuerpo para que el sacrificio se completase.

Esto es lo que sucedió, y sucedió a la hora en que se hacían en el Templo los sacrificios de la tarde (los cuales eran un tipo o figura del de Cristo), a *la hora novena*, a las tres de la tarde (Mt 27:45). Fue a esa hora cuando Cristo expiró, porque la muerte física era esencial para el sacrificio.

Así que tenemos, pues, dos razones para la necesidad de la muerte de Cristo: para hacer del pacto un testamento, y para ser nuestro completo Mediador que pudiese redimirnos de la muerte espiritual y de la física.

Pero hemos de dar un paso más, y debemos detenernos ahora en otro de los grandes artículos de nuestra fe: que Cristo no solamente murió, sino que permaneció en el estado de la muerte. Con esto, entramos en otro profundo misterio (por la doble naturaleza de Cristo), del cual solamente podemos entender algo de su significado cuando nuestras mentes y nuestros pensamientos son formados por la enseñanza de la Escritura.

En la carta a los efesios, hemos leído no simplemente que Cristo fue resucitado *de la muerte*, sino *de los muertos*, literalmente, *de muertos*, es decir, del estado de la muerte, del estado donde se encuentran los cuerpos de los que han muerto. Y de allí fue de donde resucitó por la operación del poder de la fuerza de Dios. Cristo fue *hecho* [...] *maldición* (Gá 3:13), y tenía que recibir la paga del pecado, la cual implica

mucho más que la separación del cuerpo y del espíritu. Esto también hubo de ser así porque la maldición que Dios pronunció a Adán no solamente implicaba su muerte, sino también su regreso al polvo: ***Polvo eres y al polvo volverás*** (Gn 3:19). Es también lo que indica el salmista en el Salmo 146:4: ***Pues sale su aliento*** [este es el acto de morir], ***y vuelve a la tierra***. Aunque no todos los hombres sean enterrados, el sepulcro común de toda la humanidad es la tierra, y así también nuestro Salvador no solamente había de morir, sino que debía permanecer en el estado de la muerte.

En Hechos 13:34, en su discurso en Antioquía de Pisidia, el apóstol Pablo habla de nuevo de este tema, de que Dios ***le levantó de los muertos*** (la expresión es la misma que en Efesios, *le levantó de muertos*, del estado de la muerte) pero lo extraño es que a continuación dice: ***Para nunca más volver a corrupción*** [o *a la corrupción*]. Ahora bien, sabemos que el cuerpo de Cristo no sufrió corrupción, tal como se indica en el **versículo 35** siguiente. Entonces, ¿qué quiere decir aquí Pablo? La respuesta es la que estamos dando: que Cristo estuvo en el sitio de la corrupción y fue levantado de allí para nunca más volver; su cuerpo no sufrió corrupción, pero él estuvo en el lugar donde los cuerpos de los hombres terminan corrompiéndose. Como dijera Thomas Goodwin: *Así como su cuerpo fue libre de enfermedades mientras vivió, también fue libre de corrupción cuando murió.* (En el Nuevo Testamento, la palabra traducida como ***corrupción*** se usa en seis ocasiones, cinco de las cuales se refieren, negativamente, al cuerpo de Cristo después de su muerte, cuerpo que, en razón de su absoluta santidad, no podía ver corrupción: cf. Hch 2:27,31; 13:34-35,37, y una vez se usa en relación con un cuerpo humano, el de David, que, en contraste, sí vio corrupción: cf. Hch 13:36).

O lo decimos de otro modo: cuando nuestro Salvador fue resucitado, ascendido y exaltado, no solamente obtuvo la victoria sobre la muerte, sino también sobre el sepulcro, sobre el estado de la muerte. Es lo que el propio Pablo indica en 1 Corintios 15:55, donde menciona estos dos aspectos: la muerte, y el sepulcro: **¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?** Si el espíritu del Señor, inmediatamente después de morir, hubiera regresado a su cuerpo, habría muerto efectivamente, pero no habría resucitado *de lo muerto*, del *estado de la muerte*.

Era necesario, pues, para nuestra redención que permaneciera en ese estado durante un tiempo, era necesario que **gustase la muerte por todos nosotros** (He 2:9), pero que lo hiciera en todos sus aspectos. Es lo mismo que podemos pensar acerca de la cruz: si Cristo hubiera bajado de la cruz antes de morir, todo su sacrificio hubiera sido en vano; podría decirse que había sido crucificado, pero no que había muerto, y su muerte era necesaria según hemos dicho antes. Pero así también sucedería si Cristo no hubiese permanecido un tiempo en el estado de la muerte, en el estado en que la muerte tenía dominio sobre él, en el estado en que era su prisionero. Esta es la idea en Romanos 6:9: **Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos** [de nuevo la traducción literal es *de lo muerto*, del estado de la muerte], **ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.**

La muerte no solamente lo mató, sino que tuvo dominio sobre él, y él estuvo bajo su poder como prisionero; bajo el poder de la muerte, como *prisionero legal*, mantenido en sus garras. Es, de nuevo, la idea de 1 Corintios 15:20, que usa la misma expresión para hablar de *lo muerto*, e indica que Cristo es **primicia de los que durmieron**, es decir, de los que estuvieron en el estado de la muerte, expresión esta, *dormir*,

que se usa con frecuencia en las Escrituras para designar dicho estado.

Otra imagen de la Palabra para hablar de estos hechos la encontramos en el Salmo 18:4-5, donde se expresa como ***me rodearon ligaduras de muerte***, es decir, *cuerdas, cables o cadenas*, que sirven para retener a alguien en un lugar de prisión, del cual no se puede salir hasta que se pague la deuda o la condena completamente.

Por tanto, hemos de entender que hubo una muerte espiritual y una muerte física de Cristo, hasta sus últimas consecuencias, para tener también una resurrección espiritual y física. Sus palabras: ***Consumado es*** (Jn 19:30) anunciaron que el primer pago había sido hecho, pero también su cuerpo habría de ser *soltado* de la tumba tres días más tarde. Por eso escribió Isaías: ***De la cárcel y del juicio fue quitado*** (Is 53:8 RVR 1909).

Decía Calvino: *Si Cristo hubiera simplemente muerto una muerte corporal, ninguna consecuencia la habría acompañado; se requería también que sintiera en su inteligencia la ira de Dios y que se enfrentara con el poder del Infierno y el horror de la muerte eterna.* Estos dos aspectos se distinguen también en la declaración de Cristo en el Salmo 16:10: ***No dejarás mi alma en el Seol*** [su alma fue soltada y vuelta a la comunión del paraíso] ***ni permitirás que tu santo vea corrupción*** [lo cual tiene que ver con el cuerpo]. Así que Cristo murió, pero también fue *sepultado* y entró en el lugar de la corrupción, permaneciendo en él durante tres días.

O también, usando otras palabras de la Escritura, Cristo pasó por ***la muerte segunda*** (Ap 2:11; 20:6; 21:8), de la cual fue levantado, y también por la primera, de la que fue soltado de igual modo cuando salió del sepulcro.

Y esto hemos de saber y considerar: que hasta este punto llegó la humillación de Cristo. Este fue su último escalón de bajada. No solo fue sepultado, sino que permaneció en ese estado durante un tiempo, el sitio más bajo del que se habla en Efesios 4:9 cuando se nos dice que *había descendido primero a las partes más bajas de la tierra*. Estas partes más bajas no hacen referencia al sepulcro, porque sabemos incluso que el Señor no fue sepultado bajo tierra, sino en una cueva de una roca. No es al sepulcro, sino al estado de la muerte, al estado del polvo, pues esta era la maldición.

Hemos de pensar que Cristo pasó —y era necesario que pasara— por todos los estados por los que hemos de pasar nosotros para poder redimirnos de todos ellos. No solamente nació en este mundo, sino que también vivió en él. Podía haber nacido para ser semejante a nosotros, pero podía haberse ido después del nacimiento. No lo hizo, sino que vivió aquí con nosotros treinta y tres años. De igual modo, cuando murió, podía haberlo hecho y haber tomado su espíritu inmediatamente. Pero tampoco lo hizo, sino que permaneció un tiempo en el estado de la muerte, retenido por ella.

Todo lo que nos sucederá a nosotros lo asumió para sí mismo, no dejando nada de todo lo nuestro que es deshonoroso para su persona, ni incluso el estado de la corrupción. En el mismo sitio donde estaremos nosotros, él estuvo. Y del mismo modo que regresó al paraíso, así también nosotros, con nuestros cuerpos como el cuerpo suyo resucitado, pues hay una relación entre la resurrección de Cristo por la operación del poder de la fuerza de Dios y lo que será la futura resurrección de todos. Él fue conformado a nosotros en todos los aspectos para que nosotros lo seamos a él, y debemos regocijarnos de que así fuese y de que así sea.

O lo expresamos de un último modo, tomando de nuevo las palabras **dolores de la muerte** de Hechos 2:24 (literalmente: **dolores de parto de la muerte**, las mismas palabras que se usan en 1 Tesalonicenses 5:3 y que se traducen como **dolores de la mujer encinta**, aunque en este caso no aparecen las palabras «*de la muerte*»). Aquí puede comprobarse, una vez más, las riquezas de la Palabra. Aquí Pedro habla de que Cristo fue levantado por Dios, **suelos los dolores de la muerte**, con lo cual nos indica que fue retenido por ella y que Dios lo soltó de allí para resucitarlo. El significado es amplio, y alguna luz podemos recibir si consideramos aquella expresión de Isaías 53:11: **Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho**. Por eso, el pasaje de Hechos mencionado aparece en otras versiones como: **Rotas las ataduras de la muerte** (Hch 2:24 N-C).

Con todo, pues, entendemos que aquí se habla de tres cosas: de grandes dolores, de nacimiento en el parto, y de muerte en este. Es decir, para que su Iglesia naciese, Cristo tuvo que soportar en su alma los dolores de parto, y tuvo que morir bajo estos, tal como sucedió con Raquel al dar a luz a su hijo, hecho del que se nos dice que **hubo trabajo en su parto**. Por eso los nombres que se impusieron a aquel hijo: ella lo llamó **Benoni**, *hijo de mi tristeza*, pero se llamó definitivamente **Benjamín**, *hijo de la mano derecha* (Gn 35:16-19). Ambos nombres pueden aplicarse a Cristo con respecto al Padre y en su experiencia, pues pasó de ser su **Hijo amado** (Mt 3:17; 17:5), a ser su Benoni y, finalmente, su Benjamín, esto es, el hijo de su tristeza y el hijo de su mano derecha. Y, de igual modo, pueden aplicarse a cada creyente en relación con Cristo, pues, para él, cada uno ha sido también su Benoni hasta llegar a ser su Benjamín amado.

No fue el Señor como algunas madres que abortan y no quieren al hijo de sus entrañas por los problemas o dificultades que pueden traerles. Ni tampoco como otras que hacen lo mismo cuando sus vidas están en peligro. El Señor sabía lo que costaría aquel alumbramiento, pero siguió adelante.

Los dolores estuvieron durante toda su vida, porque toda su vida —si podemos decirlo así— *estuvo embarazado con su Iglesia, la cual llevaba en su vientre*. Para eso vino, para dar a luz a su Cuerpo, que es la Iglesia, aun sabiendo que para ese alumbramiento habría de soportar toda la maldición de la muerte: la espiritual, la física, y la permanencia en el estado de la muerte. ¡Y cuántas imágenes y pensamientos maravillosos no nos trae esta comparación, la de una mujer encinta que tiene que dar a luz y cuida lo que lleva en su vientre, pero sabe que morirá cuando eso suceda!

Al final de sus días, en su última semana en esta tierra, los dolores aumentaron en intensidad, como las contracciones de una mujer encinta. Los primeros síntomas los tuvo antes de Getsemaní, cuando dijo: ***Ahora está turbada mi alma*** (Jn 12:27), después de haber hablado del grano de trigo que había de morir para dar fruto. Después, durante la última cena, para animar a los suyos que estaban tristes porque habló de tener que dejarlos, usó la misma imagen, en la cual puede entenderse lícitamente que hablaba de sí mismo, y dijo: ***La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo*** (Jn 16:21-22). Más tarde, tuvo los agudos dolores en el huerto, donde llegó hasta la tristeza de ***muerte*** en el ***alma*** y dónde sudó ***gotas de san-***

gre (Mt 26:38); Lc 22:44). Y, finalmente, los dolores en toda plenitud durante las tres horas de oscuridad en la cruz, cuando murió espiritualmente.

Después, Dios lo soltó de allí; es decir, Cristo tuvo una resurrección espiritual. Y, a continuación, los últimos dolores, ya menos acusados, aunque también importantes y necesarios: la muerte física y la permanencia en ese estado, para luego ser también soltado de allí, cumpliéndose las palabras del profeta: *Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol*, y para que fueran posibles para nosotros aquellas otras que preceden a las citadas: *De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte* (Os 13:14).

Y una última cita sin más comentario: *Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos* (He 2:14-17).

Lo dejamos aquí por ahora, y el que escribe invita a los lectores a detenerse un tiempo para meditar sobre estos asuntos, de modo que, unido a ellos, ¡todos inclinemos nuestros rostros, descalcemos nuestros pies, y adoremos, sin palabras, a nuestro Señor Jesucristo, *el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos! ¡Amén!* (Ro 9:5).

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO III CRISTO RESUCITADO

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Job 40:6-9; 42:1,3

Respondió Jehová a Job desde el torbellino, y dijo:

Cíñete ahora como varón tus lomos;

Yo te preguntaré, y tú me responderás.

¿Invalidarás tú también mi juicio?

¿Me condenarás a mí, para justificarte tú?

¿Tienes tú un brazo como el de Dios?

¿Y truenas con voz como la suya?...

Respondió Job a Jehová, y dijo:

... Por tanto, yo hablaba lo que no entendía;

Cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.

Continuamos con el estudio de la que hemos llamado *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*, en relación con la cual, en el capítulo anterior, hablamos de la muerte espiritual y física del Señor Jesucristo y de su permanencia en el estado de la muerte, al cual fue voluntariamente por su propio amor a nosotros y en obediencia al Padre con el que hizo el pacto eterno. Y todo esto —decíamos— para que su Iglesia fuese una realidad, aunque para ello tuviera que pasar por los *dolores de parto de la muerte*.

Pero todavía nos queda mucho que comentar, pues, en el versículo que estamos considerando en Efesios 1:20, se habla no solo de la muerte del Señor Jesucristo, sino también de su resurrección y exaltación a la diestra de Dios en los lugares celestiales realizadas por **la operación del poder de la fuerza** de Dios el Padre.

Así que, con el escritor de Hebreos, decimos: ***Vamos adelante a la perfección, y esto haremos, si Dios en verdad lo permite*** (He 6:1,3), pero no sin antes leer la Palabra y pedir su bendición.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Seguimos considerando el primer principio que hemos destacado en esta oración, el cual enunciamos así: La muerte de Cristo fue espiritual y física, y su resurrección precisó de la operación del poder de la fuerza de Dios.

Como hemos dicho, ya hemos hablado de los distintos aspectos de la muerte de Cristo, pero aún hemos de indicar uno más que nos servirá de puente para entrar a considerar la segunda parte del principio, es decir, su resurrección por **la operación del poder de la fuerza** de Dios.

Este nuevo aspecto lo obtenemos por la analogía que hay entre el versículo que consideramos y el anterior, que habla de lo que sucedió en nuestra conversión y que ya hemos es-

tudiado. En aquel dijimos que Dios tuvo que librarnos del poder de Satanás como paso previo a nuestro nuevo nacimiento, y ahora, aunque la Escritura no es muy explícita en este punto, creo que también podemos decir, de forma implícita, que Dios tuvo que liberar a Cristo, tras su muerte, y para su nuevo nacimiento tras ella, *de la potestad de las tinieblas*.

Sabemos que el propio Dios entregó a Cristo por nuestras ofensas (*cf.* Hch 2:23; Ro 4:25) y —como hemos dicho— lo entregó no solo a la muerte física sino a *todo* lo que está incluido en *la paga del pecado* (Ro 6:23). Y puesto que este *todo* comprende el estar bajo el dominio de Satanás, creemos que Dios tuvo que liberar el cuerpo de Cristo de la potestad de las tinieblas a la cual fue entregado tras su muerte.

Repito que la Biblia no es muy explícita en este punto; por tanto, lo que vamos a decir ahora no lo hacemos con espíritu de dogmatismo, sino con prudencia y cautela, y a la luz del pasaje de Judas que habla de este mismo asunto en relación con el cuerpo de Moisés. Dice así: *Cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda* (Jud 9). Judas aquí está hablando ampliamente acerca de los apóstatas e impíos dentro de la Iglesia, pero, junto a esa idea principal, introduce esta de la contienda por el cuerpo de Moisés, una vez que murió y su espíritu fue con Dios. Así que, *vamos adelante*.

Si pensamos en la propia vida de Cristo, cómo Satanás intentó en múltiples ocasiones acabar con él o convencerlo para que desistiera de su obra, ¿no parece probable que también hiciera todo lo posible para evitar su resurrección? Muy poco tiempo después del nacimiento de Cristo, el diablo usó a Herodes para matarlo (*cf.* Mt 2:16; véase Apocalipsis 12:4), y no pudo. La segunda tentación después de su bautis-

mo, cuando Satanás le dijo que se tirara desde lo alto del pináculo del Templo, también puede verse como otro esfuerzo en la misma dirección (cf. Mt 4:5-6). Y también sabemos que fue el propio Satanás quien puso **en el corazón de Judas** el deseo de traicionarlo para ser con ello muerto (Jn 13:2).

Después, cuando fue arrestado en el huerto de Getsemaní, el Señor Jesucristo dijo a aquellos que lo buscaban: ***Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas*** (Lc 22:53) (*la hora del poder de las tinieblas*: LBLA; *vuestra hora, en que reinan las tinieblas*: NRV 1990). Ahora bien, ¿cuánto duró aquella hora de la potestad de las tinieblas? Porque sabemos que el Señor habló en múltiples ocasiones de que su hora había llegado, cuando después, y hasta su muerte, ese tiempo o esa hora se prolongó, esto es, no fue una hora literal (cf. Jn 12:23; 17:1; Mt 26:45).

Si, como hemos dicho, Satanás instó a Herodes a matar a Cristo cuando era un niño, ¿no puede entenderse también que hizo lo propio con el sumo sacerdote y los fariseos para que estos dijeran a Pilato: ***Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día*** (Mt 27:64)? Y, como sabemos, así se hizo, y una piedra pesada se puso en él y una compañía de soldados fue enviada para guardarlo.

Además, si leemos la declaración que se hace de Cristo en Colosenses 2:15: ***Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz***, ¿no puede entenderse que hubo un esfuerzo concertado entre las huestes de maldad para oponerse a la resurrección de Cristo y a su ascensión? Si se indica que triunfó sobre ellos, ¿no implica que, en su muerte, aquellos intentaron retenerlo?

También el Antiguo Testamento nos da una pista sobre esto que venimos diciendo, pues leemos el Salmo 24:7-10

que nos habla de la entrada de Cristo en el Cielo como el Rey de gloria, que fue saludado como ***Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla***. Y esto, de nuevo, parece hacer referencia a su victoria sobre las fuerzas infernales.

Por todo esto, decimos que Cristo fue librado por Dios *de la potestad de las tinieblas*. Los que creemos, ***creemos según la operación del poder de su fuerza***, pero continúa diciéndose: ***La cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra...*** Nosotros fuimos liberados de la esclavitud de Satanás por el poder de Dios (*cf.* Hch 26:18; Col 1:13; He 2:14-15), y creo que es correcto decir que el cuerpo de Cristo también lo fue, puesto que Satanás quería retenerlo para siempre en el sepulcro. Y en ambos casos, la liberación es por ***la operación del poder de la fuerza de Dios***.

En Juan 5:20-21 podemos leer que el Señor dice que *levantar a los muertos* es una obra mayor que la de hacer otros milagros (él acababa de curar a un paralítico que llevaba ***treinta y ocho años enfermo***: Jn 5:5). Así lo vimos cuando hablamos de la conversión en nuestro caso. De igual modo, aunque Cristo fue aprobado por Dios por todos sus milagros (*cf.* Hch 2:22), la prueba definitiva para ser declarado Hijo de Dios fue la de su resurrección, es decir, la de ser levantado también de entre los muertos, donde estaba sujeto por el poder de Satanás.

Y con esto que, como hemos dicho, nos sirve de puente, entramos de lleno en la segunda parte del principio, la cual es una consecuencia lógica de esta primera. La hemos enunciado así: Su resurrección (la de Cristo) precisó de la operación del poder de la fuerza de Dios.

Ya hemos hablado de su muerte con todos los aspectos, y cómo de ella fue Cristo liberado por el poder de Dios. Pero

es que, además, hemos de considerar que no solo fue resucitado, sino también ascendido y **sentado a la diestra** de Dios **en los lugares celestiales**, y en esto también hemos de pensar. El hijo de un pobre carpintero, despreciado entre las gentes, ha sido llevado en su naturaleza humana a los cielos, y allí se encuentra en gloria, infinitamente más glorioso que todos los ángeles, lleno de todo poder y conocimiento, y sentado a la diestra de Dios (*cf.* He 1). No es solo el poder de Dios para llevar de la muerte a la vida el que operó en Cristo, sino de la muerte a la gloria, y ese poder es el que actúa en los que creemos.

Ahora bien, en estas analogías y comparaciones hemos de tener presente una diferencia, porque Cristo **en todo tiene la preeminencia** (Col 1:18), y no debemos pensar que en él y en nosotros actúa el poder de Dios del mismo modo. Cristo es llamado **poder de Dios, y sabiduría de Dios** (1 Co 1:24), y esto no se dice de ninguno de nosotros. Cristo ya está en la gloria, y nosotros aún vamos de camino, y **los espíritus de los justos hechos perfectos** aún no están unidos a sus cuerpos espirituales (He 12:23). En Cristo ya ha actuado todo el poder de Dios y nosotros todavía no estamos en los lugares celestiales (aunque en Efesios 2:6 se nos dice que Dios nos hizo **sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús**, esto es porque verdaderamente estamos unidos a él como el Cuerpo a la Cabeza, pero el factor tiempo hay que tenerlo en cuenta; aún no hemos recibido toda la gloria, aunque la garantía sea absoluta: *cf.* Ro 8:11). De todos modos, como ya se indicó, vamos a centrarnos más en lo que sucedió con Cristo que en la operación del poder de la fuerza de Dios y, por tanto, ahora hemos de hablar de su resurrección.

En el capítulo anterior dijimos que, con los ojos de la fe, no solo hemos de mirar al Cristo crucificado, sino al que

murió, pues era también necesario que muriera; y vimos las razones de esta necesidad. Ahora decimos que también hemos de mirar al Cristo resucitado, porque era necesario que resucitara; y vamos a considerar tres razones para esta necesidad.

En primer lugar, era necesario que Cristo resucitara, *con respecto a Dios*. El título de Dios en el Antiguo Testamento era el **Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob** (Éx 3:6,15-16; 4:5; 1 R 18:36; etc.), pero el Señor Jesucristo lo citó para hablar —en una ocasión en que vinieron a él los saduceos— de la resurrección no solo de las almas de aquellos patriarcas sino también de sus cuerpos, diciendo: **Dios no es Dios de muertos, sino de vivos** (Mt 22:32; Mr 12:26-27; Lc 20:37-38). Ahora, en el Nuevo Testamento, a Dios se le llama principalmente **el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo** (Ef 1:3), y era necesario que Cristo resucitara porque Dios no podía ser el Dios de un Cristo muerto. De ahí las palabras que encontramos en el Salmo segundo: **Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy**.

Es como si Dios dijera: «Yo era reacio a la pérdida de mi Hijo; por eso lo resucité, para tenerlo de nuevo conmigo», y es claro que aquel Salmo segundo habla de la resurrección porque luego lo cita Pablo en Hechos 13:33 con relación a este mismo asunto.

Otro modo de ver esta necesidad de la resurrección de Cristo con respecto a Dios es en relación con el trabajo que el Padre le encomendó, el cual, igual que antes en esta tierra fue mucho, también sigue siéndolo ahora en el Cielo, y para ejecutarlo era necesario que resucitara. Dios le ha dado el mundo para que lo gobierne, la Iglesia para que la salve, y el Reino para que lo rija y, para todo ello, era necesario que Cristo resucitara.

En segundo lugar, era necesario que Cristo resucitara *respecto a sí mismo*, pues era una satisfacción y un premio que merecía, ***el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz*** (He 12:2). Era razonable que el que sufrió tanto por parte de Dios y en obediencia a Dios, resucitara para gozar del fruto de su obra. Lo encontramos así en Isaías 53:11-12, que habla de que vería ***el fruto de la aflicción de su alma***. Y, para gozarse y poseer aquello que con su muerte había conseguido, tenía que resucitar.

Algunos han pensado que la obra de la redención podía haber sido hecha por un ángel perfecto que también dejaría satisfecho a Dios al soportar sobre él su ira por el pecado. Y algunos herejes antiguos y modernos dicen que en la cruz solo estaba un hombre. Pero ninguna de ambas cosas puede ser, porque cualquier criatura necesitaría una eternidad de tiempo para hacer dicha satisfacción, y nunca resucitaría para ver el fruto de la aflicción de su alma. En cambio, Cristo, como Dios-hombre, consiguió esta satisfacción de Dios en el espacio de unas horas, y murió, y resucitó, y vive de nuevo para ver dicho fruto de la aflicción de su alma.

No había ninguna razón para que Aquel que descendió de lo más alto, que aceptó la mayor abnegación, que murió, y que fue hecho maldito, no tuviese una recompensa por su obediencia (*cf.* Ef 4:8-10). Por eso, cuando en Hechos 2:24 se nos dice que Dios lo levantó, ***suelto los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella***, hemos de entender que no solo había una imposibilidad con respecto a su poder (pues él podía resucitarse a sí mismo: *cf.* Jn 10:17-18), sino también con respecto a la justicia. La ley de Dios, la justicia de Dios, liberó al prisionero porque había quedado satisfecha. Por eso era imposible que no resucitara.

Además, y también con respecto a sí mismo, Romanos 14:9 nos indica que Cristo tenía que resucitar y volver a vivir ***para ser Señor así de los muertos*** [también puede ser *de lo muerto*] ***como de los que viven*** [*de lo vivo*]. ***Para esto murió y resucitó, y volvió a vivir***, para este fin, y volvió a una clase de vida distinta de la que tuvo aquí abajo, para ser Señor. Cristo murió para poder conseguir el señorío, y resucitó para poseerlo, y era justo que el que lo consiguió lo poseyera.

Y *en tercer y último lugar*, era necesario, absolutamente necesario, que Cristo resucitara, *con respecto a nosotros*, pobres criaturas. En Romanos 4:25 se indica que la resurrección de Cristo era necesaria ***para nuestra justificación***. ***El evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres*** —dice Pablo— Dios lo cumplió ***resucitando a Jesús*** (Hch 13:32-33). Por tanto, son buenas noticias que Dios lo resucitara. Después, continúa en el versículo 34 relacionando esta resurrección con ***las misericordias fieles de David***, de modo que estas no podrían tenerse sin la resurrección.

Esta promesa se encuentra también en Isaías 55:3, pero proviene del Salmo 89:1-4, donde puede leerse que dichas misericordias están relacionadas con un ***trono edificado por todas las generaciones***, es decir, con la resurrección de Jesucristo, lo cual se confirma en Hechos 2:30.

Por tanto, no habría misericordias de Dios para nosotros si Cristo no hubiera resucitado. Un pasaje paralelo es el de Hechos 3:25-26, donde, de nuevo, se indica que la resurrección es una bendición; dice así: ***Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.*** Y, como

más tarde dijera el apóstol Pablo: ***Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados*** (1 Co 15:17).

Y aún puede añadirse una cosa más, pues si Cristo no hubiese resucitado tampoco nosotros resucitaríamos. Por eso, a continuación, en la misma carta se indica: ***También en Cristo todos serán vivificados*** (1 Co 15:22).

Y todas estas, evidentemente, son muy buenas noticias para nosotros. Es el razonamiento de Pablo en Romanos 6:9-11: de igual modo que la muerte no tiene más dominio sobre Cristo, y que nadie puede sacarlo de los cielos para ponerlo de nuevo en la cruz, así la muerte tampoco tiene dominio sobre el cristiano. Dios cumplió la promesa hecha a los padres resucitando a Cristo. Su resurrección es para nuestra justificación, para nuestra santificación, y para nuestra resurrección. Y no debemos considerarnos muertos, sino vivos para Dios; en todo caso, solo muertos al pecado, porque no hemos de perder de vista que el mismo poder de Dios que actuó en Cristo actúa ahora en nosotros, y puede liberarnos del dominio del pecado.

Por eso encontramos en la Escritura esta gran declaración de fe: ***Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*** (Ro 10:9).

Finalmente, y también con respecto a nosotros, pueden decirse algunas palabras en relación con el gran consuelo que obtenemos de la resurrección de Cristo.

Ya se ha hablado en otras ocasiones de los títulos y nombres de Dios que aparecen en la Escritura, y se ha indicado lo bueno que es fijarnos en uno u otro de ellos según nuestras circunstancias: ***Dios de paz, Dios de esperanza, Padre de misericordias, Dios de toda consolación***, etc. Pues bien,

también hemos de saber que uno de estos títulos para Dios, que se repite con frecuencia, es el de Dios *que resucitó a Cristo de los muertos*, (o *de lo muerto*: Hch 4:10; Gá 1:1; 1 Ts 1:10; He 13:20). Y con ese título, en 1 Pedro 1:21 se nos indica que nuestra *fe y esperanza* están en este *Dios que resucitó a Cristo de los muertos y le ha dado gloria*.

Esto implica que nunca hubiéramos podido mirar a Dios con confianza si no hubiese resucitado a Cristo, pero ahora podemos hacerlo porque sabemos que ha quedado satisfecho, que ha aceptado su sacrificio por nuestros pecados, y que ya estamos justificados; y así, podemos acercarnos *confiadamente al trono de la gracia* (He 4.16). Esta es nuestra fe, pero dice Pedro que también es nuestra esperanza, pues si Cristo resucitó, algún día estaremos con él en gloria. El mismo que resucitó a Cristo nos resucitará también a nosotros.

Abraham, que, como sabemos, se pone en la Escritura como el padre de la fe, vio el día de Cristo y se gozó. Así lo dijo el Señor: *Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó* (Jn 8:56). ¿Pero a qué día se hace aquí referencia?; ¿en qué estaban depositadas su fe y su esperanza? En Romanos 4:17 tenemos la respuesta: *... delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen*; esto es, ese día que Abraham vio y en el que gozó fue el de la resurrección de Cristo, aunque lo vio en tipos y sombras.

Abraham vio la resurrección de Cristo en dos modos: *primero* en el nacimiento de Isaac, porque, aunque el vientre de Sara ya estaba muerto y su propio cuerpo estaba también *ya como muerto* (Ro 4:19), creyó que Dios levantaría a Isaac, tipo de Cristo, a partir de aquel cuerpo y aquel vientre muertos; *segundo*, cuando volvió a recuperarlo antes de ofrecerlo

en sacrificio, según Hebreos 11:17-19: ***Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.***

La fe y la esperanza de Abraham estaban en pensar ***que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos*** (del estado de la muerte), y todo esto es un tipo de la resurrección de Cristo. Y esta fe en el Dios capaz de levantar de entre los muertos es la que le fue ***contada por justicia*** (Ro 4:5).

Pero también su esperanza, de igual modo, estaba depositada en ese mismo Dios, pues ***creyó en esperanza contra esperanza*** (Ro 4:18). Y continúa diciendo Pablo: ***Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*** (Ro 4:23-25).

Y la conclusión lógica se nos muestra en Romanos 8:11: ***Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros [es el mismo Espíritu que moraba en Cristo], el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.*** Cristo fue resucitado de la muerte espiritual, de la muerte física, y del estado de la muerte, siendo liberado del poder de las tinieblas, y ascendido y exaltado a los cielos. Era necesario que así sucediese, por Dios, por Cristo mismo, y por nosotros, para que nuestra fe y esperanza sean en Dios, el Dios que ***resucitó a Cristo de entre los muertos.***

¡Pues que Dios nos ayude, hermanos, a interiorizar estas cosas, para vivir como es digno de ellas, y que pueda también, como de Abraham, decirse de cada uno de nosotros: *Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios* (Ro 4:20)!
¡Que así sea!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO IV CRISTO RESUCITADO, Y NOSOTROS

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Gálatas 6:14-16

Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios.

En el capítulo anterior, tomando las palabras de Hebreos 6:1,3, dijimos: *Vamos adelante a la perfección* [...] *si Dios en verdad lo permite*, y puesto que lo sigue permitiendo, puesto que nos concede que sigamos con el estudio de la que llamamos *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*, debemos darle las gracias. Debemos dar gracias al **Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**, al **Padre de gloria**, que lo resucitó *de entre los muertos sentándole a su diestra en los lugares celestiales*, porque nos permite seguir creciendo en su gracia y conocimiento y porque nos da el deseo de conocer y proseguir en conocer (cf. Os 6:3). Y este crecimiento, obviamente, es necesario para que no nos suceda como al pueblo de Israel, que *fue destruido, porque le faltó conocimiento* (Os 4:6), *para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados*

por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres (Efe 4:14), para que nuestras vidas lo glorifiquen cada vez más en la medida en que crecemos, y para que ***a él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*** (Ef 3:21).

Ya se ha indicado que la *Oración por comprensión del triunfo de Cristo* responde a un ejemplo que nos pone el apóstol para que entendamos cuál es ***la operación del poder de la fuerza*** de Dios que actúa en ***nosotros, los que creemos*** y, para ello, nos hemos detenido, *en primer lugar*, para hablar de la necesidad de la muerte de Cristo y, *en segundo lugar*, de la necesidad de su resurrección. Esta última era necesaria porque Dios es un Dios de vivos, y Cristo tenía que seguir realizando un trabajo en el Cielo y desde el Cielo; era necesaria por Cristo mismo, pues había de ver el fruto de la aflicción de su alma para quedar satisfecho, una vez que también satisfizo las demandas de la ley y la justicia de Dios, y para ser Señor así de los muertos como de los que viven; y era necesaria por nosotros, para nuestra justificación, santificación, resurrección y glorificación. Y todo ello para que nuestra fe y esperanza sean en Dios, quien ***resucitó a Cristo de los muertos*** (1 P 1:21).

Ahora hemos de seguir adelante, pero, como hacemos siempre, vamos a leer la Palabra de Dios, recibéndola ***no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en nosotros los creyentes*** (1 Ts 2:13), y vamos a pedir su bendición para que sea así.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Antes de comenzar con el siguiente principio de la oración, creo que es conveniente seguir meditando un poco más en el hecho de la resurrección de Cristo, lo cual nos llevará a hablar más acerca de Dios el Padre, del cual se nos indica que es el Resucitador, y también más acerca de nuestro Señor Jesucristo. Y espero que nadie se canse porque queramos aprender más **de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo** (Tit 2:13).

Según el pasaje que nos ocupa y que hemos leído, la resurrección de Cristo es una gran obra que se atribuye a Dios el Padre, y así aparece en otros lugares, como, por ejemplo, en Romanos 4:24 o Colosenses 2:12. Ahora bien, existe una dificultad aquí, pues la Escritura también nos indica que Cristo resucitó por su propio poder, es decir, que la segunda persona de la Trinidad, unida a un espíritu, a un alma, y a un cuerpo humanos, los unió de nuevo tras la muerte y los resucitó, tal como leemos en otros lugares de la boca del propio Cristo, que dijo: **Destruid este templo, y en tres días lo levantaré** (Jn 2:19); y también: **Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar** (Jn 10:17-18). ¿Cómo se pueden reconciliar, pues, estas cosas? Para responder, **vamos adelante**.

Lo primero que debe indicarse es que era necesario que nuestro Mediador estuviera capacitado para resucitarse a sí mismo. Su trabajo de mediación era único, y era necesario que lo hiciera todo por sí mismo, sin tener que pedir ayuda ni hacerle falta ninguna ayuda, tal como estaba escrito: **He**

pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo [...] Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé que no hubiera quien sustentase; y me salvó mi brazo (Is 63:3,5).

Ya se dijo en el capítulo anterior que ninguna criatura perfecta, hombre o ángel, podía haber hecho la obra de la expiación porque no habría resucitado, pero ahora decimos que también era necesario que Cristo pudiera resucitarse a sí mismo. Si no hubiera podido hacer esto, su obra no habría sido la de mediación, porque estaría, también por así decirlo, obligando a Dios el Padre. Era necesario, pues, que todo fuese hecho por él mismo, tanto su entrega a la muerte como su propia resurrección. Si se le hubiese dado un poder prestado, entonces no habría hecho satisfacción, no habría pagado, porque nadie puede pagar con algo que no sea suyo propio. Era, pues, necesario que resucitara por su propio poder para ser Mediador. Y esto no debe plantear problema, porque era Dios y hombre.

Pero, si esto era necesario, ¿cómo es que se indica que Dios el Padre lo resucitó? De nuevo podemos preguntarnos: ¿Cómo se reconcilian estas cosas? Damos tres respuestas.

La primera, que no hemos de olvidar, es que todas las obras se atribuyen a las tres personas divinas; lo que hace una también se atribuye a las otras dos. La Trinidad es un único Dios, y aunque no lleguemos a comprender esto, en todas las obras de cada persona concurren las tres. De igual modo que las tres son uno en esencia, también son uno en obras, pero como son tres en subsistencia, tienen tres maneras distintas de obrar. Por eso hemos leído que el Padre resucitó a Cristo, que Cristo resucitó por sí mismo y, en Romanos 8:11, que es el Espíritu Santo quien lo hizo.

Es lo mismo que sucede respecto a la creación, pues se dice que el Padre crea, que el Hijo crea, y que el Espíritu Santo crea. Un pasaje en el que aparecen el Padre y el Hijo obrando juntos lo encontramos en Juan 5:19, donde dice el Señor: ***De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.*** Y en el versículo 21 podemos leer que sigue diciendo: ***Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.*** Por tanto, si el Padre y el Hijo concurren juntos para dar vida, también lo hicieron ciertamente para resucitar la naturaleza humana de Cristo. Por eso al Hijo se le llama en 1 Corintios 15:45 ***espíritu vivificante (espíritu que da vida,*** según las versiones LBLA, NVI o RVR 1995).

Aquí, de nuevo, se rompe la analogía entre la resurrección de Cristo y nuestra propia conversión. En la primera intervinieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero la segunda solo es posible por el poder y la voluntad de Dios, sin que nosotros obremos nada en ella.

La segunda respuesta para la reconciliación de los pasajes la encontramos si nos fijamos en Jesucristo como Dios-hombre y pensamos que, aunque el poder fuera del Padre, él ganó y compró esa resurrección. En Hebreos 13:20 se habla del ***Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo.*** De nuevo, una obra de Dios el Padre. Y se usa la frase: ***El gran pastor de las ovejas.*** (Aunque aquí la traducción de la RVR 1960 no es muy clara, en el original se ve sin ninguna duda que el título hace referencia al Señor Jesucristo. La NVI lo traduce así: ***El Dios que da la paz levantó de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas.*** Pero después sigue: ***Por la sangre del pacto eterno,*** y aquí

tenemos a Jesucristo obrando para su propia resurrección. Dios había hecho un pacto con él: si él ponía su sangre, Dios lo resucitaría, y puede, pues, decirse que resucitó por su propia sangre, por la sangre del pacto, aunque fue resucitado por Dios el Padre. Es la misma idea de Zacarías 9:11: ***Y tú también por la sangre de tu pacto serás salva; yo he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua.*** Si la sangre servía para liberar a las pobres almas de la angustia y a los cautivos de la cárcel, también la sangre del pacto eterno ha de servir para que Cristo fuera librado del sepulcro, de la cárcel y del polvo.

La tercera respuesta la encontramos si pensamos lo siguiente: Cristo resucitó como un Cuerpo, como, por así decirlo, una *persona común*. Cristo fue las primicias o primeros frutos, el ***precursor*** (He 6:20) de una compañía de miembros que serán resucitados también con esta Cabeza común. Y así, era necesario que Dios el Padre lo resucitara, como también nos resucitará a nosotros *en él*. En cambio, repito, como Mediador, es uno, y era necesario que él mismo abriera las puertas de la muerte y del Infierno, y cogiera las llaves en su poder. Como Mediador tenía que hacer el trabajo solo, resucitar por sí mismo, pero si lo miramos como recibiendo una recompensa, o como Cabeza de un Cuerpo, tenía que ser resucitado por el Padre.

Ahora, hecha esta explicación necesaria, podemos continuar enunciando *el segundo* principio que puede obtenerse de la oración, el cual también tiene dos partes: La resurrección de Cristo es el patrón de la medida del poder que Dios ejerce en los que creemos, y hay una relación y analogía entre dicha resurrección y la que será la nuestra. Con la primera parte del mismo, lo que hacemos es abundar más en el tema del consuelo que obtenemos, o debemos obtener, por la

resurrección de Cristo, y que ya apuntamos en el capítulo anterior; y, con la segunda, en otra cuestión fundamental, como es la de vivir en santidad por el poder de Dios.

*En primer lugar, pues, lo que decimos es que la resurrección de Cristo es el patrón y el compromiso de lo que Dios puede hacer y hará por su pueblo. En el Antiguo Testamento, el milagro que servía como estándar o patrón fue la liberación de Israel de Egipto, y así, vez tras vez, se hace referencia al paso del mar Rojo como la suprema demostración del poder de Dios para con ellos. Por eso, cuando los profetas querían infundir ánimo, esperanza o confianza en Dios, recordaban aquella liberación poderosa, tal como podemos leer: **Así dice Jehová, el que abre camino en el mar, y senda en las aguas impetuosas; el que saca carro y caballo, ejército y fuerza; caen juntamente para no levantarse; fenececen, como pábilo quedan apagados. No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad. Y otra vez: Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Jehová; despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados. ¿No eres tú el que cortó a Rahab, y el que hirió al dragón? ¿No eres tú el que secó el mar, las aguas del gran abismo; el que transformó en camino las profundidades del mar para que pasaran los redimidos? Ciertamente volverán los redimidos de Jehová; volverán a Sion cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán. Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, y del hijo de hombre, que es como heno?** (Is 43:16-19; 51:9-12). Y así, cuando Dios renueva su promesa con Israel, los lleva al mismo*

punto de partida, y les dice: ***Yo les mostraré maravillas como el día que saliste de Egipto*** (Miq 7:15).

Esta era la situación, pero, en el Nuevo Testamento, el mar Rojo es sustituido por el sepulcro vacío, y la resurrección de Cristo de entre los muertos es ahora la que nos muestra el gran triunfo de la omnipotencia de Dios y el estándar de lo que hará por nosotros ***los que creemos***.

Por eso la conclusión es inmediata, aunque necesitamos hacerla nuestra en lo más profundo de nuestros corazones y pedir más a Dios por ello. Y es: ¡qué tranquilidad nos debe impartir la resurrección de Cristo!; ¡qué santa confianza debe inspirar en nuestros corazones pensar que el poder de la fuerza de Dios está ahora dispuesto para actuar con nosotros, por nosotros y en nosotros! Este poder de Dios es superior, evidentemente, a nuestras debilidades, de igual modo que puede triunfar por encima de todas ellas. Este poder de Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos es también completamente suficiente para suplir todas nuestras necesidades, y si no lo hace, habremos de pensar que hay una razón para ello, sin dudar ni un ápice de este. Y este poder de Dios, desde luego, también es algo que no admite resistencias ni oposición, pues ***si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*** (Ro 8:31).

Cuando el Señor Jesucristo nos enseñó a orar pidiendo el sustento diario, el perdón de nuestros pecados, y la liberación del demonio, los argumentos que usó fueron los siguientes: ***Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén*** (Mt 6:13).

Podían indicarse más cosas, pero debe bastar con esta última: el poder de Dios es aquel que puede hacer por nosotros ***todas las cosas*** no solo para nuestro bien, sino ***mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*** (Ef

3:20). Por tanto, no solamente debemos dar gracias constantemente porque esto sea así, sino que también debemos constantemente mirar a dicho poder y depender de dicho poder. ¡Cuánto debería fortalecer nuestra fe saber que ***el que comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*** (Fil. 1:6)!; ¡y cuánto debería llevarnos a descansar saber que el que trajo ***a nuestro Señor Jesucristo*** de la muerte nos hará ***aptos en toda obra buena para que hagamos su voluntad, haciendo él en nosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo*** (He 13:20-21)!

Quizá, como todo esto puede sonar un poco teórico, sea bueno descender a un plano más práctico y experimental. La Biblia nos muestra la necesidad de que los cristianos seamos probados, y lo seremos de muchos modos y en muchos momentos. La pregunta es: ¿Y qué hacer cuando la prueba sea superior a nosotros?; ¿qué, cuando la presión interna sea tal que sentimos que vamos a saltar rotos en mil pedazos?; ¿qué, cuando solo somos capaces de llorar, sin encontrar consuelo en nada ni en nadie, ni incluso en la oración, porque no podemos ni orar? Podíamos seguir con los ejemplos, y la respuesta siempre sería la misma: ir a Dios, o más bien, pensar que estamos ante Dios como un niño recién nacido que llora en brazos de su madre, incapaz de articular palabra, sin saber qué pedir ni poder hacerlo, pero sabiendo que Dios puede darnos paz y calma, que Dios sabe hacerlo, y que lo hará, porque su poder es el mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos, superior a todas nuestras debilidades o necesidades.

En muchas ocasiones, solo tendremos que ir a Dios con las manos vacías, diciendo: «Padre, aquí está de nuevo tu frágil y débil hijo. En tus manos me encomiendo. Necesito que tu poder me sostenga, pues solo tú sabes cómo enjugar mis lágrimas y darme la paz» (cf. Fil 4:6-7).

Es cierto que a ninguno nos gusta pasar por estos momentos, pero son necesarios para conocer el poder y el amor de Dios, así como también su consuelo, pues, como sabemos, también es el Dios de toda consolación.

En cuanto a la segunda parte del principio, conviene resaltar lo siguiente: la resurrección de Cristo no solo es el patrón para la nuestra, sino también el *compromiso de Dios y nuestra seguridad en la misma*, porque ***fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación*** (Ro 4:25). Antes de morir, el Señor Jesucristo dijo lo siguiente: ***Porque yo vivo, vosotros también viviréis*** (Jn 14:19). Si no fuera así, él sería un Novio sin novia, un Redentor sin redimidos, la Cabeza viviente de un cuerpo muerto; y ninguna de estas cosas tiene sentido.

Por tanto, la resurrección de Cristo de entre los muertos por parte de Dios no solo es la base para el cumplimiento de la promesa de nuestra resurrección, sino también para el cumplimiento de la promesa de andar en novedad de vida en todos aquellos por los que él murió. Por eso ha de recalcarse hasta la saciedad que no es posible un cristianismo de cualquier modo, porque ya el Grano de Trigo murió, y resucitó, y ha de traer ***mucho fruto*** (Jn 12:24) y, como ese Grano dijo: ***En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos*** (Jn 15:8), es decir, mis discípulos que me imitan con sus vidas.

Esta es la analogía entre su resurrección y la nuestra. Cristo pasó por la muerte segunda, y experimentó una resurrección espiritual; después sufrió la muerte natural en su cuerpo y experimentó una resurrección física. Y así también creemos que sucede y debe suceder con nosotros. Si hemos nacido de nuevo, hemos nacido espiritualmente, y estamos llamados a andar ***en vida nueva*** (Ro 6:4), ***en novedad de***

vida (LBLA). Esta es nuestra primera resurrección, la cual, si es cierta, nos confirma y nos asegura la segunda, que sucederá cuando Cristo vuelva.

¿Cristo fue liberado de la muerte, espiritual y física, por la justicia de Dios? Así también todos los que creen (*cf.* Ro 1:16-17). ¿Cristo fue liberado de las fuerzas de Satanás y **de la potestad de las tinieblas**? Así también todos los que creen (Col. 1:13). ¿Cristo fue **constituido** [...] **según el poder de una vida indestructible** (He 7:16)? Así también todos los que creen (*cf.* He 7:25).

Ahora —como dice Juan en su primera carta— ya **somos hijos de Dios**, aunque **aún no se ha manifestado, totalmente, lo que hemos de ser** (1 Jn 3:2). *Totalmente* no, pero ya no practicamos el pecado porque **el que practica el pecado es del diablo**. Y **para esto apareció el Hijo de Dios** [lo cual incluye su muerte y su resurrección por el poder de Dios], **para deshacer las obras del diablo** (1 Jn 3:8). Por eso dice también: **Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es** (1 Jn 3:2). Y esta declaración está precedida por otra que dice: **Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios**. ¿Qué Padre? El mismo Padre de gloria que resucitó a Cristo de entre los muertos y ahora actúa en nosotros los que creemos.

Finalmente, y en relación también con la analogía entre la muerte y la resurrección de Cristo y la nuestra, creo que es conveniente enumerar algunos aspectos.

Cristo murió, en primer lugar, espiritualmente, y resucitó después; nosotros nacemos muertos espiritualmente y resucitamos al creer, cuando opera en nosotros el poder de la fuerza de Dios.

Cristo murió después, físicamente, y resucitó por el mismo poder, y así también sucederá con nosotros. Ahora bien,

¿adónde fue el espíritu de Cristo cuando murió físicamente?; ¿dónde estuvo mientras que su cuerpo permaneció en el sepulcro? La respuesta es: fue al Padre y estuvo en las manos del Padre, como lo estarán los de los cristianos cuando mueran. Recordemos que dijo en la cruz: ***Hoy estarás conmigo en el paraíso***; y también: ***Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*** (Lc 23:43,46). De igual modo sucederá con nuestros espíritus. Y si de sus ovejas dijo: ***Nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre*** (Jn 10:29), eso es tan cierto como que nadie podía arrebatar de dichas manos el espíritu de Cristo. No hemos de olvidar que Cristo es una persona con dos naturalezas: divina y humana, y a esta última le sucedió como a nosotros, aunque no llegemos a entender el misterio.

Por tanto, es una mala y falsa declaración aquella del antiguo credo llamado *Credo Apostólico* (quizás definitivo en el siglo VIII, y que no proviene de un autor ni de un concilio, ni fue escrito ni pronunciado por los apóstoles), que dice que Cristo *descendió a los infiernos* (cosa que no aparece en el *Credo Niceno*, procedente del Concilio de Nicea, en el año 325). O, al menos, hay que saber a qué se hace referencia con esta frase, que no puede ser, en ningún modo, lo que se pretende según el orden de dicho credo: *Fue crucificado, muerto y sepultado, y descendió a los infiernos...*

Cristo, después de su muerte física, cuando su espíritu fue separado de su cuerpo, no fue a los infiernos, sino al Cielo. En todo caso, pudiera haberse encontrado como estando allí cuando murió espiritualmente, en aquellas tres horas de tinieblas (aunque su espíritu no fue entonces separado de su cuerpo, pudiéndose pensar en una situación parecida a la que tendrán los condenados en el Infierno cuando sus cuerpos resuciten) pero en ese caso no fue a evangelizar, ya que lo hacía como condenado culpable por todos nuestros pecados.

El pasaje que ha dado lugar a todo tipo de interpretaciones es el de 1 Pedro 3:18-20 (unido, a veces, para reforzar la idea, con el de Efesios 4:9-10). Pedro escribe que Cristo fue *vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados*, de modo que algunos indican que Cristo fue en espíritu a predicar a los espíritus encarcelados que estaban en el Infierno; pero, repito, esto no puede ser, porque, además de lo anterior, iría en contra de lo que se constata en la carta a los Hebreos, que nos indica que no hay una segunda oportunidad. Así, podemos leer: *Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio* (He 9:27).

La interpretación consecuente con el resto de la Escritura, según el contexto que nos habla de la buena conducta cristiana que debe servir de testimonio para avergonzar a los incrédulos (*cf.* 1 P 3:13-17), es la de que el Espíritu de Cristo, es decir, el Espíritu Santo, llevó el mensaje de la salvación por medio de *Noé, pragonero de justicia* (2 P 2:5). En aquella época, cómo ahora, los espíritus de los hombres vivos, no los que estaban en el Infierno separados de sus cuerpos, también se encontraban encarcelados bajo el poder de Satanás, y era necesario llevarles el mensaje de salvación.

Esta ha sido siempre y continúa siendo la responsabilidad del creyente: si hemos resucitado con Cristo, el poder de Dios ha actuado y está actuando en nosotros para que andemos en novedad de vida. Con esto demostraremos que creemos, verdaderamente, en Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos, del estado o sitio de la muerte. Y cuando no podamos hacer nada, cuando nos sintamos derrumbar por completo, también podremos acudir al propio Dios, que sabrá cómo remediar y podrá hacerlo, si nuestro deseo es glorificarlo.

Por eso debemos orar por más conocimiento interior de la operación del poder de la fuerza de Dios en los que creemos, el cual es el mismo que operó en Cristo resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales.

¡Que Dios nos ayude a entender esto y nos capacite para ello! ¡Qué así sea, para su gloria!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO V CRISTO EXALTADO

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Filipenses 2:7-11

Siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

En nuestro estudio de la que llamamos *Oración por comprensión del triunfo de Cristo* vamos a continuar meditando en el poder de Dios que lo hizo posible y en algunos aspectos y detalles de su exaltación. Y debemos dar gracias a Dios que nos permite hacerlo, meditar en estas cuestiones de su Palabra que muchas veces se pasan por alto o se desconocen.

Aquellos cristianos cuyos pensamientos de Cristo se encuentran confinados entre el pesebre de Belén y la cruz del Gólgota son grandemente perdedores. Incluso podemos

decir más: aquellos cristianos cuyos pensamientos se circunscriben entre la eternidad pasada y la resurrección de Cristo, también son perdedores, pues esta no es toda la historia. Es cierto que no podemos estar suficientemente agradecidos por la muerte de Cristo, por nuestra salvación, y por las bendiciones eternas obtenidas por ella, pero debemos tener presente que su muerte y su resurrección no fueron el final de la historia. Con ambas cosas obtenemos confianza y seguridad, y el fundamento para nuestra fe de que también seremos resucitados, pero la Escritura nos informa que después de estar en la tierra durante cuarenta días, el Salvador resucitado ascendió al Cielo, está sentado ahora a la diestra de Dios, e intercede por su pueblo. Y es nuestro deber y nuestro privilegio seguirle con los ojos de la fe, en la presencia del Padre, sin el velo, y actuando como Rey de reyes.

Eso es lo que pretendemos hacer, pero será después de acercarnos a la Palabra y pedir la bendición de Dios.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El tercer principio obtenido de la oración lo enunciamos así: El poder de Dios que operó en Cristo y opera en los que creemos no es solo poder físico u omnipotencia; es, además, el poder de su justicia, o su justo poder. Y así, aunque no sea fácil encontrar los términos adecuados para transmitir las

ideas, debemos detenernos para pensar en la clase de poder que Dios ejerció resucitando a Cristo y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.

Si pensamos en la omnipotencia como poder físico en grado infinito, la debemos restringir a sus operaciones en la esfera de lo material, es decir, produciendo efectos físicos. Así, cuando Cristo limpió a los leprosos, abrió los oídos de los sordos, o dio vista a los ciegos, estaba haciendo un ejercicio de omnipotencia. De igual modo, Dios operó así, con omnipotencia, cuando resucitó a Cristo de entre los muertos. Sin embargo, decimos que allí hubo algo más, pues si la muerte de Cristo fue en satisfacción por el pecado, en su resurrección también debe haber mucho más que lo que se manifiesta en la destrucción de este mundo o en la creación de otro nuevo.

La muerte de Cristo fue una muerte legal, una muerte que tuvo que ver con la ley de Dios, de modo que también en su resurrección el elemento legal debe tenerse presente. Sabemos que Cristo soportó **la paga del pecado** (Ro 6:23), que sufrió **el justo por los injustos** (1 P 3:18), que recibió la terrible paga que correspondía a aquellos a quienes representaba. Sabemos que Cristo cumplió la ley por completo, tanto en su parte positiva como en la punitiva, pero —como dice Pedro— encomendó **la causa al que juzga justamente** (1 P 2:23). Por eso había también declarado: **Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado. Cercano está de mí el que me salva; ¿quién contendrá conmigo?** (Is 50:7-8).

Por tanto, la resurrección de Cristo de entre los muertos por parte de Dios fue la respuesta de Dios mismo a la confianza que Cristo puso en él; era Dios actuando en el pleito

entre su Ungido y el mundo que lo había rechazado (*cf.* Is 53:4-5); era Dios cambiando el veredicto falso del mundo y exonerando al Único que soportó la malicia hasta límites extremos.

El poder de la justicia —como decimos nosotros— condena, y condenó a Cristo. Pero también el poder de la justicia absuelve, y ese poder se ejerció en su resurrección. *La justicia* requería que Dios resucitara a Cristo, igual que requería que fuera condenado. *La ley* demandaba que aquel que la había cumplido de forma tan perfecta pudiera recibir su recompensa. Y *la santidad* insistía en que el Único sin pecado debía ser sacado del sepulcro. Por tanto, por la resurrección de Cristo de entre los muertos, Dios declaró que todo acerca de Cristo era verdad, marcando así con este sello el final de su misión y la aceptación de su obra de redención.

En Romanos 1:20 se nos dice que *las cosas invisibles de él* [de Dios], *su eterno poder y Deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo*; es decir, la creación muestra el poder de Dios, pero lo que ahora estamos considerando es mucho más, pues ***Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre*** (Ro 6:4). Por tanto, hemos de mirar la resurrección de Cristo como un acto de *glorioso poder*, un triunfo de la justicia, que transformó la maldición en una bendición eterna.

Cristo fue ***hecho por nosotros maldición*** (Gá 3:13), pero Dios lo ha ***bendecido para siempre*** (Sal 21:6), y a su pueblo con él. En el sepulcro, el poder que prevalece es el de la muerte, ***el pecado reinó en la muerte*** (Ro 5:21 LBLA), pero la resurrección ha puesto de manifiesto el poder de la justicia, como sigue diciendo: para que ***así también la gracia reine por medio de la justicia para vida eterna mediante Jesucristo nuestro Señor.***

Por eso, en la resurrección de Cristo no debemos mirar únicamente la omnipotencia desnuda de Dios, sino también la gloria de su poder y de su justicia, o su *justo y glorioso poder*. Y este es el que actúa ahora en los que creemos. Como ya se indicó, Cristo no resucitó simplemente como una persona privada, sino como la Cabeza de su Cuerpo y, si bien la creación es un acto de poder, hacer una nueva creación a partir de otra arruinada en pecado es un acto de glorioso y justo poder.

O también, dicho de otro modo: nuestra confianza en Dios no solo es por su poder, sino también porque ese poder *ha de actuar* en nosotros (y quizá esta sea una expresión atrevida), *tiene que actuar* en nosotros, por causa de la justicia, porque es justo que lo haga. Y hemos de entender esto así para acercarnos a Dios con nuestras peticiones para crecer en santidad; humildemente, desde luego, pero con poderosos argumentos. Recordemos Mateo 1:21, el porqué del nombre **Jesús: *Salvará a su pueblo de sus pecados.***

La resurrección de Cristo ha de servirnos de ejemplo para entender cómo Dios actúa en nosotros, pues así está dicho, y así debemos entenderlo por fe. Lo que Dios hizo con la Cabeza lo hará también con sus miembros, pues el amor que movió al Padre para el primero es el mismo que para el resto, como dijo el propio Señor, y tenemos en Juan 17:23: ***Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.*** O de otro modo: el poder físico, el poder legal según la justicia, el poder glorioso, y el poder moral que el Padre usó con Cristo está siendo también ejercido con nosotros.

Dios no es como los jueces de este mundo, que, en algunos casos, pueden emitir sentencia, dictar justicia, pero no

tienen o no hay poder para ejecutarla; y, en otros, actuar con poder sin hacer justicia. Dios tiene todo el poder, y es un poder justo y glorioso, y ese es el que actuó en la resurrección de Cristo y actúa también en nosotros. Es su promesa a los creyentes temblorosos que se derrumban ante los problemas: ***No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré*** [y no dice ahora «con mi poder» o «con mi diestra», sino] ***con la diestra de mi justicia*** (Is 41:10), de modo que aquí vemos claramente lo que hemos intentado exponer: poder y justicia.

Ahora vamos a empezar a considerar *el cuarto* y último principio, que tiene que ver con la última parte del versículo considerado y en el cual nos habremos de detener más tiempo. Dice así: Cristo no solo resucitó, sino que fue ascendido y exaltado, y debemos comprender que este es también el patrón para los que creemos. Este principio está relacionado también con la explicación que continúa en el **versículo 21** y siguientes: Cristo no solo fue resucitado por la operación del poder de la fuerza de Dios, sino que se dice: ***Y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío...***

Este paso siguiente forma también parte de nuestra fe cristiana: no solo es la muerte y la resurrección, sino también la exaltación, los hechos que constituyen nuestra más firme esperanza. Los tres están muy por encima de nuestra comprensión, por lo que debemos aceptarlos por fe y no querer entenderlo todo. En la persona y en la obra de Jesucristo hay muchas cosas que trascienden nuestra inteligencia, por lo que debemos llegar solo hasta dónde Dios ha querido revelar, para no confundirnos ni crearnos dificultades.

De este modo, la exaltación de Cristo es también un profundo misterio para la mente carnal, como lo son su muerte y resurrección. Y así, algunos preguntan: «¿Cómo es posible que Dios el Hijo fuera exaltado?», y siguen con razonamientos interminables. Para responder, quizá sea suficiente con otra pregunta: ¿Cómo es posible que Dios el Hijo fuera humillado? Y es que no hemos de olvidar que no estamos hablando en todo este proceso de Dios el Hijo simplemente, sino de él mismo cuando tomó una naturaleza humana, de modo que fue el Dios-Hombre quien murió, quien fue resucitado, y quien fue exaltado. Thomas Manton escribió: *Su resurrección se correspondió con su muerte; su exaltación se correspondió con su humillación; su ascensión a los cielos se correspondió con su entrada en el sepulcro; y su sesión a la diestra de Dios, se correspondió con su permanencia en el sepulcro.*

Pues bien, la exaltación de Cristo, en líneas generales, hemos de entenderla como incluyendo tres aspectos principales: *el primero*, la eliminación del velo que había sido puesto sobre la gloria divina del Hijo de Dios en su encarnación; *el segundo*, la elevación de una naturaleza humana al sitio más alto en los cielos; y *el tercero*, la recompensa divina alcanzada por el Mediador, Dios hecho hombre, por su bendito trabajo.

Así pues, *el primer aspecto*, la eliminación del velo que ocultaba la gloria divina del Hijo de Dios aquí en la tierra. Así había de ser con esa gloria, porque ningún hombre podía ver a Dios y vivir (*cf.* Éx 33:20), y Cristo, ***siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*** (Fil 2:6-7). Así pues, la vida terrestre del Salvador fue de una profunda humilla-

ción; desde el pesebre al sepulcro pasó por la vergüenza, el sufrimiento y el dolor, y aunque algunos rayos de su gloria brillaron ocasionalmente (por eso escribe Juan en su evangelio que *vimos su gloria*: Jn 1:14), esta gloria divina fue eclipsada. Es cierto que los ángeles anunciaron su nacimiento, y que su santidad de vida, o los milagros que realizó, o el testimonio del Padre desde los cielos, o incluso lo que sucedió en las horas de la cruz, mostraron que no era un hombre cualquiera. Pero a pesar de esto, el dolor y la vergüenza fueron la experiencia de la vida de Cristo desde la infancia hasta la muerte.

Ahora bien, también hemos de entender que en todo esto no hubo ninguna disminución de la gloria esencial del Hijo de Dios, sino que simplemente fue oscurecida ante los ojos de los hombres y de los ángeles. Los puritanos solían ilustrar la persona de Cristo con un eclipse total de sol, en el cual, el sol no pierde nada de su luz y su belleza, pero aparece oscuro porque algo se interpone entre él y nosotros. Después, en cuanto que el obstáculo es eliminado, el resplandor del sol se revela de nuevo. Así, hemos de entender que la gloria del Hijo fue oscurecida cuando *el Verbo se hizo carne* (Jn 1:14 LBLA), cuando *tomó forma de siervo*, o cuando fue crucificado, aunque era *el Señor de gloria* (1 Co 2:8). Y era necesario que su gloria fuese velada *en los días de su carne* (He 5:7), porque si se hubiera manifestado en plenitud, nadie hubiera podido resistirla.

Ahora bien, no era adecuado que esa majestad divina siguiera oscurecida después de haber realizado su obra, como él mismo dijo: *¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?* (Lc 24:26). Este *era necesario* se aplica a ambas cláusulas, y si bien los sufrimientos de Cristo eran necesarios para la expiación de nues-

tros pecados, su exaltación era también necesaria para aplicarnos los méritos de su muerte. La resurrección simplemente es una etapa intermedia requerida para su entrada en la gloria, como sucedió con José, que tuvo que salir de prisión antes de ser el segundo en Egipto después de Faraón. Una vez que Cristo había cumplido la obra que el Padre le asignó y salió del sepulcro, no había ningún motivo para que prolongara su permanencia en la tierra.

Y así, después de establecer la fe de sus apóstoles por medio de ***muchas pruebas indubitables*** (Hch 1:3), y mostrar que había triunfado sobre la muerte y el sepulcro, obteniendo así eterna redención para su pueblo, era conveniente y necesario que Cristo regresara al Cielo para ejercer su oficio sacerdotal sin el velo, y enviara al Espíritu Santo para seguir con su obra en la tierra (*cf.* Jn 16:5-7).

El segundo aspecto general de la exaltación de Cristo tiene que ver con la elevación de una naturaleza humana al sitio más alto en los cielos. La Escritura es muy clara en esto: el Cristo resucitado aparece a sus discípulos en un cuerpo de ***carne y huesos***, y come con ellos (Lc 24:39,43). Y después de haber sido visto durante cuarenta días, bendiciéndolos se separó de ellos y ***fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos***, de modo que se les aparecieron dos ángeles que les dijeron: ***Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo*** (Hch 1:9-11). Así pues, su cambio de lugar fue seguido por un cambio de estado, y del mismo modo que descendió para asumir nuestra naturaleza, también ascendió para glorificarla.

Esta glorificación de la humanidad de nuestro Señor (una visión de esta sucedió en el monte santo) es algo que sobrepasa nuestra mente, aunque se nos han dado algunos detalles

para comprenderla. Así, en su bautismo, Dios lo ungió *con el Espíritu Santo y con poder* (Hch 10:38), pero después de su ascensión se dice de él: *El Dios tuyo te ungió con óleo de alegría* [el Espíritu Santo] *más que a tus compañeros* (He 1:9), lo cual puede indicar la capacitación que recibió su humanidad para los oficios que a partir de ahora había de desempeñar en el Cielo.

Hemos de entender que la humanidad de Cristo fue ampliada y espiritualizada para que *la plenitud de la Deidad* habitara (ahora) en él y ejercitase todas sus operaciones (Col 2:9): no para estar en él como en un prisionero. Si de los justos él mismo dice: *Resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* (Mt 13:43), el que es la Cabeza de los justos brillará con un esplendor por encima del sol. Como escribió Stephen Charnock: *Él tiene una gloria por encima de la de su Cuerpo, no solamente la gloria de su alma (como todos los santos tendrán), sino la gloria de su divinidad en unión con él.*

Este deslumbrante brillo del Cristo resucitado fue el que produjo la ceguera de Saulo de Tarso: *Me rodeó mucha luz del cielo; y caí al suelo [...] y yo no veía a causa de la gloria de la luz* (Hch 22:6,11).

Por tanto, la exaltación de Cristo también conlleva la glorificación de su humanidad, y era necesario que el Cristo resucitado subiera a los cielos porque ningún mortal podría haber vivido en su presencia en esta tierra. No en vano se indica que el hombre de pecado será destruido por *el resplandor de su venida* (2 Ts 2:8), lo cual es otro apunte más en contra de la idea del reinado de Cristo aquí en la tierra durante mil años, la cual, de ser así, precisaría de un nuevo velo puesto sobre él.

El tercer y último aspecto general de la exaltación de Cristo es el que corresponde a la recompensa de Dios al

Mediador por su obra bendita. Era adecuado que Dios glorificara a Cristo por la gloria que Cristo mismo le proporcionó por su obra. Cuando dijo: ***Yo te he glorificado en la tierra***, su petición fue: ***Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*** (Jn 17:4-5).

Por la obra de Cristo, la ley de Dios fue magnificada, su gobierno vindicado, su enemigo derrotado, y su imagen restaurada en su pueblo. Por eso era adecuado que Dios honrara al Mediador con toda gloria y honor. Porque había ***amado la justicia y aborrecido la maldad [...]*** ***Dios lo ungió con óleo de alegría más que a sus compañeros*** (Sal 45:7). Porque fue ***obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre*** (Fil 2:8-9). Era necesario que le fuese conferida toda la gloria por su obra mediadora.

Los últimos versículos de este capítulo 1 de Efesios nos describen lo que significa esta recompensa: elevación sobre todas las jerarquías celestiales, autoridad sobre todas las cosas, las cuales están ahora bajo sus pies, y señorío como gobernador del universo por el bien de su Iglesia. Todo el poder y todo el juicio le han sido dados (*cf.* Mt 28:18; Jn 5:22), pero era adecuado que ejerciera dichas prerrogativas sentado en un trono celestial. O, como sigue diciendo Charnock: ***No era congruente que el que había sido hecho la Cabeza de los principados y potestades, el Gobernador de los espíritus angélicos, tuviera una menor vivienda que el mayor de sus súbditos y como el más bajo y vil de sus vasallos.*** Y el escritor de Hebreos indica: ***Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos*** (He 7:26).

Si para los reyes de la tierra es adecuado residir en un palacio, nuestro gran Sumo Sacerdote debía habitar en un templo no hecho de manos. Era necesario que el que había de llevar a la Iglesia al Cielo estuviera primero en posesión de este Cielo. Como Mediador, Cristo, Dios y hombre, reina ahora como Rey de reyes y Señor de señores. Su humanidad ha sido elevada a los cielos y glorificada, y aunque sigue vestido de carne, su gloria divina no está velada como antes lo estuvo, sino que su humanidad está ahora llena de todas las perfecciones divinas que una naturaleza creada puede admitir. Su humanidad no está deificada, pero sí glorificada.

John Owen escribió con respecto a esta humanidad de Cristo: *No es hecha omnisciente, omnipresente, ni omnipotente, pero es exaltada en una llenura de todas las perfecciones divinas e infinitamente por encima de la gloria de los ángeles y los hombres. Por la sustancia de esta gloria de la naturaleza humana de Cristo, los creyentes pueden ser participantes de ella [...] porque seremos semejantes a él; pero como hay diferentes grados de medida, su gloria está por encima de todo lo que nosotros podamos ser hechos como partícipes.*

Y ahora hemos de empezar a considerar las últimas palabras del versículo: ***Sentándole a su diestra en los lugares celestiales***. En ellas podemos detenernos en cinco cuestiones, aunque será la primera de ellas la que tratemos con mayor profundidad. Estas son: lo que significa estar sentado a la diestra de Dios, el autor de esta obra (Dios mismo), el sujeto sobre el que recae (Cristo resucitado), el momento en que se produce, (después de la resurrección), y el lugar del que se habla, (en los lugares celestiales). Después, lo que se dice metafóricamente en este **versículo 20**, se desarrolla y expresa más realmente en los versículos siguientes, los cua-

les abordaremos, en la voluntad de Dios, como incluidos en una nueva oración.

Así que Cristo fue exaltado, y ahora nos detenemos en la expresión: ***Sentándole a su diestra***. Este estado de Cristo a veces se expresa como *su propia* acción de sentarse, como predicó Pedro: ***Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono*** (Hch 2:30). Pero el pasaje que consideramos indica que fue Dios, el Padre de gloria, quien sentó a Cristo. Por tanto, hay dos cosas implícitas: una, que Cristo se sentó, y otra, que Dios el Padre lo sentó, no literalmente como cuando un padre coge a su hijo y lo sienta, sino que le otorgó el permiso y el derecho de hacerlo: ***Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*** (Sal 110:1).

Evidentemente, esta acción de sentarse denota el hacerlo con un gran poder, porque si la palabra de un rey para que alguien se siente en un trono conlleva poder, la Palabra de Dios conlleva más poder; en realidad, aquí está implícita también ***la supereminente grandeza del poder de Dios***, la misma que lo resucitó de los muertos. Pero —repito— lo que se destaca es la acción de Dios el Padre que, estando sentado, otorga al Mediador su recompensa.

También hemos de entender que esta forma de expresión es una metáfora, una similitud de lo que hacen los reyes en la tierra cuando quieren dar honor a las personas. Por tanto, esta construcción expresa la gloria que Jesucristo tiene ahora en el Cielo con Dios, y no debemos mirarla con los ojos de la carne. La expresión es metafórica porque Dios es Espíritu infinito, (*cf.* Sal 139:7-12; Jn 4:24), y no tiene manos; por tanto, no tiene mano derecha; y, si no la tiene, entonces el

que se diga que Cristo está sentado a la diestra de Dios ha de ser una similitud. Algo parecido tenemos en el **versículo 22**, que dice: ***Y sometió todas las cosas bajo sus pies***, lo cual no indica sus pies literales, sino que todo está infinitamente por debajo de él.

De igual modo, hemos de entender también que la expresión «estar sentado», no significa que sea esa la postura del cuerpo de Cristo en los cielos o la que tendrá cuando venga a juzgar. Más bien hemos de mirarla como una permanencia, y no como un estar literalmente sentado. Así se deduce por otros pasajes de las Escrituras. En Hechos 7:55-56 no se dice que Esteban viera a Cristo sentado, sino solamente ***a la diestra de Dios*** (y debe entenderse que se habla aquí de algo más de la visión por fe que se indica en Hebreos 2:9). En Apocalipsis 2:1, el propio Señor habla de estar andando, y en Apocalipsis 5:6 se nos dice que está de pie, con omnipotencia y omnisciencia. Por tanto, el estar sentado de Cristo no expresa un estado de inactividad, pues está ahora constantemente ocupado en el bienestar de su Iglesia, empleando su poder y honor para promover los intereses de la misma, hasta que su obra de mediación sea consumada completamente.

Es para nuestra comprensión por lo que se usan palabras que son familiares entre nosotros, e igual que el título de un rey es «Su majestad», así también se habla de Cristo sentado ***a la diestra de la Majestad en las alturas*** (He 1:3), y al igual que los reyes tienen tronos, también se dice que Cristo se sentó ***a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*** (He 8:1).

La Escritura representa la soberanía de Dios como teniendo un trono en el cual él está sentado, y así aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. (Véase Isaías 6:1-3, donde el profeta tuvo una visión del Cristo preencarnado,

tal como puede comprobarse leyendo Juan 12:38-41). Ahora bien, este trono de Dios y su gloria se indica que están en los cielos, porque son infinitamente superiores a los que podemos encontrar en este mundo, aunque no hemos de olvidar el carácter simbólico y metafórico de todo esto. Esteban, en su defensa, pronunció las palabras siguientes que encontramos en Isaías 66:1: ***Como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies*** (Hch 7:48-49). Y fue después de estas palabras que recordó Esteban, cuando el escritor de Hechos nos dice que vio ***los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios*** (Hch 7:56).

Por tanto, cuando se habla de la gloria de Dios, esta se nos muestra como la de un rey poderoso, que tiene una corte donde la manifiesta. Y por eso se emplean también otras expresiones que hacen referencia al mismo hecho. Jesucristo dijo al sumo sacerdote: ***Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo*** (Mt 26:64).

Hemos de saber también que era costumbre de los reyes en aquellas naciones del Oriente Medio expresar el respeto hacia aquellas personas que querían favorecer sentándolas a su diestra. Así hizo Salomón con su madre, que ***se levantó a recibirla, y se inclinó ante ella, y volvió a sentarse en su trono, e hizo traer una silla para su madre, la cual se sentó a su diestra*** (1 Re 2:19). Y este sentido tiene también la petición de la madre de los hijos de Zebedeo, cuando dijo a Jesús: ***Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda*** (Mt 20:21).

Ahora bien, hay una diferencia entre estos casos y el que estamos considerando de Cristo a la diestra de Dios. En los

primeros, hay familiaridad, un respeto que quiere mostrarse, pero no hay una investidura con poder. Cuando este aspecto también quería resaltarse, era costumbre también en aquellas naciones sentar al hijo en el trono de su propio padre. Así, leemos en el libro del Éxodo en relación con el primogénito de Faraón (cf. Éx 11:5; 12:29), y así dice el Cristo resucitado acerca de sí mismo: ***Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono*** (Ap 3:21).

Y podemos dar un paso más fijándonos también en las costumbres de aquellas naciones. Cuando Salomón iba a ser proclamado rey, su padre David dijo lo siguiente: ***Tomad con vosotros los siervos de vuestro señor, y montad a Salomón mi hijo en mi mula, y llevadlo a Gihón; y allí lo ungirán el sacerdote Sadoc y el profeta Natán como rey sobre Israel, y tocaréis trompeta, diciendo: ¡Viva el rey Salomón! Después iréis vosotros detrás de él, y vendrá y se sentará en mi trono, y él reinará por mí; porque a él he escogido para que sea príncipe sobre Israel y sobre Judá*** (1 R 1:33-35). (Puede verse, para la palabra *escogido* en relación con Dios y el Señor Jesucristo, la cita de Isaías 42:1-4).

Por tanto, cuando Salomón fue coronado, se sentó en el trono de su padre, aunque David todavía estaba vivo y permanecía como rey. Así también sucede con el Señor Jesucristo exaltado, porque en este caso Salomón es un tipo de Cristo y David un tipo de Dios el Padre. Dios sigue siendo Dios y Rey todavía, pero ha dado todo el gobierno y todo el juicio, como hizo David, a su Hijo. Fue también lo que dijo Pedro en el discurso de Pentecostés (cf. Hch 2:32-36), en el cual hace referencia al rey David.

Otro pasaje más donde se aprecia lo que decimos es el de Daniel 7:9-14: ***Fueron puestos [se establecieron: LBLA]***

tronos, es decir, uno para Dios el Padre y otro para Dios el Hijo. El Padre, el *Anciano de días*, *se sentó*, y cuando vino el Hijo del Hombre junto a él, dice Daniel que *le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido*.

Por tanto, sentarse a la diestra de Dios no es solamente una cuestión de favor, tal como los reyes pueden hacer con aquellos a quienes quieren honrar, sino que es una cuestión de prerrogativa concedida al hijo primogénito: la misma que tuvo Salomón cuando fue coronado rey y puesto en el trono de su padre, aunque este aún vivía; su padre, por así decirlo, se retiró, y así también Dios el Padre que deja a Cristo todo el gobierno. Es, por tanto, una prerrogativa que nunca tendrá ni será dada a ninguna criatura, y así se expresa en la carta a los hebreos: ***Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?*** (He 1:13). Ningún ángel puede tener este privilegio, pues es algo que corresponde únicamente al Hijo del Rey del universo, y aunque Dios había trasladado a los cielos a Enoc y a Elías, ninguno se sentó ni se sentará a la diestra de Dios, pues esto es algo que corresponde únicamente a Cristo, al Hijo de Dios.

Por eso, en el pasaje del libro de Daniel que hemos mencionado, en el versículo 10 se nos habla de los millares y millones de ángeles que servían ante los tronos y que asistían delante de ellos, es decir que ministraban. Este hecho también podemos compararlo metafóricamente con lo que se indica acerca de los santos: estaremos junto a Cristo, pero las prerrogativas del gobierno son solo suyas.

Por tanto, y para terminar esta descripción general, podemos concluir con dos cosas que se derivan del hecho de estar

Cristo sentado a la diestra de Dios. *La primera* es la exaltación de Cristo como el Hijo mayor de Dios. Los santos también somos hijos, y seremos exaltados, pero Cristo es el Unigénito que está allí no solamente en proximidad, sino siendo el segundo en los cielos junto al Padre, investido con todo el poder y la autoridad de Dios, sentado en su trono y haciendo allí como Salomón hizo en el trono de David aunque este continuaba vivo. *La segunda*, que no hemos de olvidar, es la participación de Cristo en toda la felicidad, bienaventuranza, bendición, gloria, majestad y poder que el propio Dios disfruta en sí mismo, y que ninguna criatura es capaz de tener. A ninguno de los ángeles se le dijo lo que fue dicho a Cristo y, por eso, hablamos de la glorificación máxima de la naturaleza humana en el Cristo exaltado.

Este es el resumen general del significado de las palabras: ***Sentándole a su diestra***, las cuales se expresan de otro modo en Filipenses 2:9: el ***nombre sobre todo nombre***, al cual se hace referencia en Hebreos 1:4. En el próximo capítulo, si Dios lo permite, entraremos en los detalles particulares. Ahora solo nos queda meditar en estas cosas considerando que el mismo poder de Dios que hizo esto con Cristo es el que actúa ahora en nosotros los creyentes, y procurando interiorizar que aquel que nos amó hasta el punto de dar su vida por nosotros es ahora el soberano gobernador del universo. Es el contraste recogido también en Efesios 4:9-10.

Y para ello es necesario que pidamos a Dios que nos dé más conocimiento de la operación del poder de su fuerza en nosotros para comprender que ese poder no es solo el de su omnipotencia sino su justo y glorioso poder, para experimentar, por ese poder, una mayor liberación del pecado, de la potestad de las tinieblas, y del temor a la muerte, que aún conservamos, porque la victoria está asegurada por el mismo

Oración por comprensión del triunfo de Cristo V

poder que resucitó a Cristo, y para tener una mayor comprensión de lo que debe suponer en nuestras vidas el estado y el lugar del Cristo exaltado.

¡Que así sea para la gloria de su Nombre!

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO VI CRISTO EXALTADO

Efesios 1:20

Lectura introductoria: Apocalipsis 5:6-10

Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

En este capítulo vamos a concluir nuestro estudio de la que llamamos *Oración por comprensión del triunfo de Cristo*. En el anterior terminamos mirando algunos aspectos generales de su exaltación, en relación con el hecho de estar sentado a la diestra de Dios. Ahora vamos a entrar en algunos detalles

concretos de ese mismo hecho, y concluiremos mirando brevemente al autor de esa obra, al sujeto sobre el que recae, al momento en que se produce, y al lugar del Cristo exaltado.

Eso haremos, si Dios lo permite, pero debemos leer antes su Palabra y pedir su bendición para que el conocimiento intelectual vaya acompañado de un mayor poder de Dios en nuestras vidas para vivir en santidad, haciendo su voluntad para gloria suya.

... cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El principio que engloba en forma resumida todo esto que venimos hablando dice: Cristo no solo resucitó, sino que fue ascendido y exaltado, y debemos comprender que este es también el patrón para los que creemos. Esta última parte del principio no debemos olvidarla, aunque estemos centrándonos en la exaltación de Cristo. Debemos recordarnos a nosotros mismos que todo esto se pone como ejemplo de la supereminente grandeza del poder de Dios que actúa en nosotros, los que creemos.

Pero seguimos adelante, y ahora podemos entrar en los detalles y significado del hecho de estar Cristo *sentado a la diestra de Dios*.

En primer lugar, estar sentado indica *un trabajo terminado*. Y si nos preguntamos sobre este, es obvio que la referen-

cia es a aquel que selló con las palabras: **Consumado es** (Jn 19:30). Su servicio sacrificial y sus sufrimientos ya han terminado, su obra de expiación ha concluido, y la prueba de ello es que está sentado a la diestra de Dios. Es lo que se indica en Hebreos 1:3, y también en Hebreos 10:11-12, donde se compara lo que hacían los sacerdotes en el judaísmo con lo que ha hecho Cristo.

Hemos de tener presente también que entre los muebles del tabernáculo y del Templo no había ninguna silla. Aquellos sacrificios no eran completos, por lo que los sacerdotes nunca llegaron a terminar su trabajo. En cambio, el perfecto sacrificio de Cristo satisfizo completamente la justicia de Dios, y Dios dio testimonio de esto trasladando a Cristo a los cielos. Por eso se repite muchas veces respecto a ese sacrificio que fue **una vez para siempre**.

En segundo lugar, el hecho de estar sentado nos muestra también *la realización de un nuevo trabajo*, no la consumación, sino el desempeño. Este nuevo trabajo comenzó en **el día de Pentecostés**, cuando los suyos fueron **llenos del Espíritu Santo y las lenguas repartidas, como de fuego, se asentaron sobre cada uno de ellos** (Hch 2:1-4). Durante tres años aquellas personas habían acompañado a Cristo y habían sido adiestradas por él, pero ahora, el propio Cristo les dio una mayor comprensión espiritual, un mayor entendimiento para las cosas espirituales, y una mayor capacitación para la misión que tenían que emprender como embajadores del Rey. De igual modo que el trabajo de expiación de Cristo había terminado, su entronización en las alturas marcó el comienzo de su reinado.

La vida, muerte y resurrección de Cristo pusieron el fundamento de la obra que, como Rey, está ahora realizando. Su trabajo como Rey y Sumo Sacerdote comenzó cuando fue

investido con todo poder, tal como indica Hebreos 1:3 y 7:23-8:1. Él tiene ahora toda potestad y empuña el cetro y, además, vive siempre para interceder por nosotros.

En tercer lugar, estar sentado a la diestra de Dios es indicativo de *honor, dignidad, y gloria*, y ya hablamos de esto en el capítulo anterior cuando pusimos el ejemplo de Betsabé y su hijo, el rey Salomón (cf. 1 R 2:19). Estar sentado, cuando se usa oficialmente, denota dignidad y exaltación, implica que hay un superior elevado sobre sus inferiores, bien sea un rey sobre su trono, un juez sobre el banco, o un tribunal sobre un estrado. También en el Antiguo Testamento, la expresión «*sentado a la puerta*» indicaba posición de autoridad o de un tribunal judicial (cf. Rt 4:1-2). El propio Job aludió a eso al decir: **«Cuando yo salía a la puerta a juicio, y en la plaza hacía preparar mi asiento, los jóvenes me veían y se escondían; y los ancianos se levantaban, y estaban de pie. Los príncipes detenían sus palabras; ponían la mano sobre su boca. La voz de los principales se apagaba, y su lengua se pegaba a su paladar»** (Job 29:7-10). Y en el libro del Apocalipsis que había uno *sentado* sobre **un gran trono blanco** para hacer un gran juicio (Ap 20:11-15).

En cuarto lugar, el que Cristo esté sentado es indicativo de un *estado de continuación*, de algo que será por los siglos de los siglos. La humillación de Cristo fue solo temporal, pero su exaltación y entronización son permanentes. Jacob, hablando de los sufrimientos de José (tipo de Cristo, como sabemos) y de su posterior gloria, dijo: **«Le causaron amargura, le asatearon, y le aborrecieron los arqueros; más su arco se mantuvo poderoso»** (Gn 49:23-24). La palabra hebrea es literalmente «*se sentó*» pero figuradamente se traduce «*se mantuvo*», es decir, que se indica con ella un estado de permanencia, tal como aparece en Levítico 8:35: **«A la puerta,**

pues, del tabernáculo de reunión estaréis [*os sentaréis, os mantendréis*] ***día y noche***. Por tanto, hemos de interiorizar que la posición del más alto honor que pertenece a Cristo es una posición perpetua.

Estos aspectos son relativos al hecho de estar sentado. Pero también habremos de indicar algo sobre el estarlo *a la diestra de Dios*. Ya señalamos que esta es una expresión metafórica que encierra el amor de una persona hacia otra. La primera vez que aparece en la Escritura se encuentra en Génesis 35:18; allí vemos que cuando Raquel dio a luz a su segundo hijo, Jacob lo llamó **Benjamín**, que significa *el hijo de la mano derecha*, es decir, un nombre de cariño y de amor que expresaba lo que Jacob sentía por él y por su madre. Jacob no quería, cada vez que llamara a este niño, hacerlo con el nombre **Benoni** que le puso su madre, *hijo de mi tristeza*. Jacob no quería recordar la tristeza que hubo con el nacimiento de este niño, sino el amor hacia él y hacia su madre. De igual modo, si el Padre amaba a Cristo porque iba a poner su vida (*cf.* Jn 10:17), ¿no había de ser este amor manifestado más fuertemente después que la hubo puesto?

Por tanto, estar sentado a la diestra de Dios, significa, *en quinto lugar*, el *disfrute de todas las bendiciones*, placer, intimidad y plena comunión con el Padre en la luz perfecta de su rostro, y todo ello de forma infinita. Esto puede leerse en el Salmo 16:11: ***Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre***, donde estas palabras fueron dichas inmediatamente después de hablar de su propia resurrección: ***Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción***.

Hemos de entender que los ángeles y los santos en el Cielo también tendrán, y tendremos, por así decirlo, bendi-

ciones comunes, pero estar en los cielos sentado a la diestra de Dios implica tener placeres sin número, por encima de todos los anteriores. La mano derecha de Dios implica el sitio de la abundancia, el lugar desde donde se distribuyen sus riquezas, y cuando Cristo habla de la distribución y la comunicación de Dios de todos sus placeres, dice: ***Delicias a tu diestra para siempre***. Al estar Jesucristo a la diestra de Dios recibe la máxima felicidad que una naturaleza humana es capaz de soportar. De la Sabiduría se habla en el libro de Proverbios, y se dice: ***Largura de días*** [esto es, vida eterna] ***está en su mano derecha*** (Pr 3:16). Y también en Mateo 25:33 se habla de la felicidad o de la mayor desdicha cuando, en el juicio final, las personas sean puestas a la mano derecha o a la izquierda del Señor.

En sexto lugar, estar sentado a la diestra de Dios indica también *poder supremo y dominio de Cristo*, tal como él mismo dijo: ***Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo*** (Mat 26:64). Él es *quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder* (He 1:3), y su propia afirmación fue: ***Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*** (Mt 28:18). El trono sobre todo el universo es ***el trono de Dios y del Cordero*** (Ap 22:1,3), ***para que todos honren al Hijo como honran al Padre*** (Jn 5:23).

Finalmente, y *en séptimo lugar*, estar sentado a la diestra de Dios comporta todas aquellas *habilidades y dotaciones reales y gloriosas* con que Dios ha llenado la naturaleza humana de Cristo para que gobierne en todo el universo. Hay una suprema sabiduría y poder en su naturaleza humana (aunque no omnisciencia ni omnipotencia) para que sea capaz de gobernar este mundo y también el venidero, unas capacidades muy por encima de las que se tendrían si se pu-

sieran juntos todo el ingenio y el poder de todas las criaturas.

Todo esto se encuentra en los capítulos 4 y 5 del libro del Apocalipsis. En el primero de ellos aparece un trono con los ancianos alrededor, y en el segundo lo que tenemos no es sino la exaltación y coronación de Jesucristo como aquel que es capaz de gobernar el mundo y el único capaz de mostrar la revelación a Juan. Allí se nos indica que Cristo es el único digno de abrir el libro y desatar los sellos y, como en las ceremonias que se hacen en las universidades, se indica que Cristo toma el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.

Es, por así decirlo, como una ceremonia de proclamación que se hizo en el Cielo y que ahora se nos presenta porque es el fundamento de la historia que siguió a continuación. Y la capacitación de aquel Cordero se expresa por sus *siete cuernos y siete ojos* (Ap 5:6), símbolos de poder y sabiduría, cualidades ambas de poder real. Por eso termina con la alabanza de los versículos 12 al 14, donde podemos fijarnos en las siete palabras empleadas: ***El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.*** *El poder*, que indica la autoridad sobre todo y sobre todos; *las riquezas*, que son las que los reyes tienen, porque heredó un nombre mejor que el de los ángeles y es el heredero de todas las cosas; *la sabiduría*, necesaria para un buen gobierno; *la fortaleza*, que no es lo mismo que el poder y la autoridad, sino que indica la capacidad personal, no como los reyes que tienen autoridad pero que a veces, lo que deben hacer, es hecho por otros; *la honra* o el honor que se le debe por todas las criaturas que están a sus pies; *la gloria*, que comparte con el Padre; y *la alabanza* de todos sus santos y sus ángeles.

Todo esto implica el hecho de estar Cristo sentado a la diestra de Dios, y de ello debemos deducir algunas consecuencias o implicaciones.

La primera, nuestro deber hacia el Señor Jesucristo, pues si él es el Señor del universo, debemos obedecer su voz, someternos a su voluntad, y buscar su gloria en todas las cosas. Si, además, somos creyentes y formamos parte de su Cuerpo de modo que él es nuestra Cabeza, debemos buscar su dirección y depender de esta para todas las cosas. Y si alguien no lo es, si aún no se ha rendido a Cristo para obediencia, si aún está en su contra, ¿qué puede esperar que resulte de esa actitud? (cf. Mt 12:30).

La segunda, la de nuestra seguridad en él, pues todas las cosas están bajo sus pies, de modo que podemos y debemos hacer nuestras las palabras de Pablo en Romanos 8:38-39: ***Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. Las puertas del Hades no prevalecerán contra la Iglesia (Mt 16:18), y no se perderá ni uno de sus pequeños (Mt 18:14).***

La tercera y última, la de nuestro gozo en Cristo, pues toda esta oración del apóstol Pablo es para que conozcamos el poder de Dios que actúa en favor de su pueblo. La exaltación de Cristo se nos pone como ejemplo también de lo que será la muestra, de lo que será nuestro estado final de gozo por toda la eternidad y, con ello, del gozo que ahora debe caracterizar nuestras vidas.

Ahora, para concluir el estudio de nuestra oración, abordaremos cuatro cuestiones que tienen que ver con las siguientes preguntas relacionadas con la parte final del versí-

culo que nos ocupa: ¿quién sentó?; ¿quién fue sentado?; ¿cuándo se produjo la exaltación?; y ¿en qué lugar? Aunque las respuestas pueden parecer inmediatas, y aunque no nos detendremos en ellas con tanta amplitud como hemos hecho en la parte anterior, creo que es conveniente pararnos un poco también para meditar en ellas.

¿Quién fue el que sentó a Cristo a su diestra? Evidentemente, todo el acento recae aquí en el poder y las maravillosas operaciones de Dios el Padre, y no en el ejercicio de los atributos divinos del propio Hijo, tal como tenemos en Juan 10:18 o Efesios 4:8. Este poder del Padre, resucitando, exaltando y glorificando a Cristo fue algo especial, extraordinario, sobrenatural, contrario a la naturaleza, y por encima del poder con que ninguna criatura puede obrar. Y hemos de tener presente, como hemos repetido varias veces, que también en la regeneración y en la santificación de los miembros del Cuerpo místico de Cristo actúa este mismo poder de Dios, pues la fe de ellos es ***la fe en el poder de Dios que le levantó [a Cristo] de los muertos*** (Col 2:12).

Como Hijo de Dios simplemente considerado ya tenía todo el poder, de igual modo que el Padre, pero ahora Cristo, como Mediador, dice: ***Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*** (Mt 28:18). En el Salmo 2:6-8 podemos leer que Dios el Padre se enorgullece de este hecho, y dice: ***Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte; y continúa diciendo: Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.*** Otros reyes lo son por institución humana, pero este mismo Jesucristo —dice el Padre— es ***mi rey***.

Así que fue el Padre quien lo sentó a su diestra. Pero es conveniente resaltar aquí una diferencia que existe entre dos frases de la Escritura. La exaltación de Cristo no solamente

es **a la diestra** de Dios, sino también **con**, o **por**, **la diestra** de Dios. Este último aspecto lo encontramos en Hechos 2:33; 5:31. Estar exaltado *a la diestra* ya hemos dicho lo que significa; pero haber sido exaltado *con la diestra*, o *por la diestra* de Dios, implica una operación hecha y mantenida con y por la omnipotencia de Dios.

De nuestro Señor Jesucristo, ahora, cuando se encuentra en los cielos, se dice que ***aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios*** (2 Co 13:4). Y porque fue el Padre quien lo exaltó a esta gloria, es por lo que Pablo, al comienzo de la oración, habla de él como del ***Padre de gloria***.

La segunda pregunta es: *¿Quién fue sentado a la diestra de Dios?; ¿quién es este?* La respuesta también parece ser evidente: Cristo. Pero también en este tema hay mucha disparidad de opiniones, y no estamos de acuerdo con aquellos que dicen que solo fue la humanidad de Cristo la exaltada. Algunos razonan así: «Si murió la naturaleza humana de Cristo, y esta resucitó, también fue la naturaleza humana la exaltada». Pero este razonamiento no es correcto, pues también podría decirse que solo murió el cuerpo de Cristo (su espíritu fue al Padre), y que, por tanto, solo resucitó dicho cuerpo y solo dicho cuerpo fue exaltado.

Si pensamos en nosotros mismos, toda la persona muere y toda será exaltada, aunque podemos hablar de lo que sucede a cada una de sus partes. Así también Cristo. Cristo era una persona con dos naturalezas, y toda esta persona fue magnificada. Todo Cristo fue resucitado y levantado, y todo Cristo está sentado a la diestra de Dios. Evidentemente, no somos capaces de comprender este misterio, pero la fe lo recibe con alegría. La fe tiene que ver con lo que está escrito en la Palabra de Dios, y no con los razonamientos o las objeciones de la mente carnal.

Así pues, si nos atenemos a lo escrito, la Escritura declara: ***Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*** (Sal 110:1), y este Señor, este *Adonai*, no era solo una persona humana. Si Cristo era el Señor de David, había de ser también el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad con la naturaleza humana unida a él mismo (*cf.* Mt 22:41-46), y es a este Cristo a quien el Padre sentó a su propia mano derecha. Así pues, el trono le pertenece como Dios y como hombre. De este Cristo se escribió: ***Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino*** (Sal 45:6, que luego se cita en Hebreos 1:8), lo cual podemos comparar con lo que dijo de sí mismo cuando estuvo aquí: ***Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo*** [...] ***y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre*** (Jn 5:22,27) (compárese con Daniel 7:13-14).

Creemos que hay una referencia a este hecho en 1 Timoteo 3:16: ***E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria.*** Fue el propio Dios quien se manifestó en carne, quien fue visto de los ángeles, y quien fue recibido arriba en gloria. O, de otro modo: los ángeles, por primera vez, en el Cristo exaltado vieron, contemplaron y se gozaron en la visión de la Deidad en la humanidad glorificada del Hijo. Aquí ya la vieron velada en la tierra, pero ahora, allí, en la humanidad glorificada.

Es el propio Cristo, quien cuando estuvo aquí no tenía dónde reclinar su cabeza, el que ahora está coronado con gloria y honor; el mismo a quien los hombres escupieron e hirieron es ahora el Señor soberano de los cielos y la tierra.

Y si aquí era, en la humillación, el Dios hombre, ahora, en la exaltación, también sigue siéndolo.

Además, y lo hemos visto en la carta a los hebreos, una de las ocupaciones actuales de Cristo es la de ser nuestro gran Sumo Sacerdote, y ningún hombre puede ejercer dicha labor, pues ningún hombre podía pagar por el pecado de otro hombre. El suyo es un sacerdocio real, y está dotado con autoridad real y sacerdotal. Como se indica en Zacarías 6:13, el que se sienta a la diestra es también un sacerdote.

Así pues, no es el *Logos* el exaltado, ni tampoco Jesús el hombre, sino el Dios hombre. Los que rechazan esto indican que el Hijo de Dios, como Dios que era, siempre estuvo sentado a la diestra del Padre porque tenía el mismo poder. Pero se equivocan al hacer esta afirmación, porque el poder de las personas divinas nunca se expresa de este modo; si así fuera, también el Espíritu Santo estaría sentado a la diestra del Padre, y esto nunca se indica en la Biblia. Ya dijimos en capítulos anteriores que no hay ningún problema en afirmar que el Hijo eterno de Dios también fue exaltado, pues aquí su gloria estaba velada y ahora el velo ha sido quitado, tal como lo apreciaron Pedro, Santiago y Juan en el monte de la transfiguración.

La tercera pregunta que nos hacíamos es: *¿Cuándo se produjo la exaltación de Cristo?* El texto que estamos considerando es claro, y nos da la respuesta: después de su resurrección. El mismo que con su poder lo resucitó de entre los muertos lo ha sentado después a su diestra.

También aquí hay errores, y algunos dicen que ya Cristo comenzó a estar sentado a la diestra de Dios cuando su cuerpo se encontraba aún en el sepulcro. Según hemos visto, esto no es así: solo el espíritu humano de Cristo subió al Padre mientras que su cuerpo permaneció en el sepulcro. Es cierto

que ya la obra estaba hecha y merecía tal recompensa, pero todavía no se había otorgado el premio cuando su cuerpo estaba en el sepulcro. En esas horas podemos mirar a Cristo como un rey de corta edad que aún no ha sido coronado, y que lo sería más adelante después de la resurrección.

Es cierto que en algunos pasajes ya citados, tales como Filipenses 2:8-9, Hebreos 1:3; 2:9; 10:12, se habla de la exaltación después de la muerte, y no se indica de forma explícita el hecho de la resurrección. Pero este que estamos considerando de la carta a los efesios es suficientemente claro.

La última pregunta es: *¿Dónde, o cuál es el lugar donde Cristo está sentado a la diestra de Dios?* De nuevo el texto es claro: ***En los lugares celestiales***. Aquí, como sucede en Efesios 1:3, que ya comentamos, o en Efesios 2:6, la palabra *lugares* no aparece, sino únicamente *celestiales*. Este es el lugar donde Cristo mora ahora: en el propio Cielo, el cual, según Hechos 7:48-49 es la morada de Dios, donde está su trono. Allí es donde Dios ha dicho que Jesucristo sea honrado. Allí, en el lugar más alto, o como dice el Salmo 45:8, ***en palacios de marfil***, permanece nuestro Redentor.

Aunque debido a su Deidad es omnipresente, y se encuentra en todos sitios y en medio ***de dos o tres*** personas reunidas ***en*** su ***nombre*** (Mt 18:20), en su persona teantrópica (Dios-hombre) está localizado, porque su humanidad no es omnipresente. Por eso se nos indica que cuando juzgue al mundo, y especialmente a los malvados, como estos no pueden entrar en el Cielo (según Apocalipsis 21:27), él ha de venir hacia abajo a ellos, aunque trayendo el Cielo con él, porque ***vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles*** (Mt 16:27), lo que equivale a decir que vendrá ***en su gloria***, en su propia gloria (Mt 25:31).

De todos modos, también aquí hay quienes piensan de otra manera, pues al no aparecer la palabra *lugares*, algunos quieren entender que está sentado sobre *las cosas celestiales*, es decir, ejerciendo su poder en las cosas que son celestiales, pero no en otras. De todos modos, los versículos que siguen son suficientes para desmentir esto, pues se indica que está ***sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero***, esto es, no sobre las cosas celestiales, sino también sobre las cosas terrenales.

De forma análoga, otro error es el de algunos que quieren mantener que el cuerpo de Cristo se encuentra en todas partes; así, por ejemplo, en el pan con el que celebran los católicos la Eucaristía después que el sacerdote lo ha consagrado, o en el sagrario de los templos católicos, pero nuestro versículo desmiente también esto. La transustanciación o la consustanciación no son escriturales. Los pasajes de Hechos 2:34; Salmo 16:11; Marcos 16:19 o 1 Pedro 3:22, que expresan la misma idea con otras palabras, no dejan lugar a dudas. El Cielo del que se habla no está en todas partes y, por tanto, Cristo no está en todas partes. De nuevo, en 1 Tesalonicenses 1:10 podemos leer que esperamos ***de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera***, y en 1 Tesalonicenses 4:17 se habla del aire como sitio distinto a los cielos.

Y con esto llegamos al final de nuestro estudio sobre la exaltación de Cristo, el cual se extiende entrando en detalles en los versículos que siguen. Solamente destacamos un par de aspectos más que refuerzan todo lo dicho hasta ahora. *En primer lugar, la eminencia de dicha exaltación*, la cual se muestra no solamente por la altura en la que se encuentra Cristo, sino también por la bajeza de todas las cosas en sujeción a él, es decir, que la distancia se amplía por ambos

lados. *En segundo lugar, la universalidad de esa exaltación*, tal como veremos en los versículos siguientes.

En cuanto a *la eminencia*, basta resaltar lo que se indica en Efesios 1:21 con la palabra que se traduce: ***Sobre todo***, que encierra la idea de estar, no solo ***por encima*** (N-C), sino ***muy por encima*** (LBLA). Es la misma de Efesios 4:10: ***subió por encima***, de modo que en ambos casos la palabra griega viene precedida por el prefijo “*uper*” (hiper). Por eso en Hebreos 7:26 vuelve a decirse de él que fue ***hecho más sublime que los cielos***. Por el otro extremo, la bajeza de las cosas sujetadas a él se expresa del modo siguiente: ***Sometió todas las cosas bajo sus pies*** (Ef 1:22), con lo cual, todavía más, debemos entender la altura de su exaltación.

Y en cuanto a *la universalidad*, podemos comprobar que en los versículos siguientes de la carta a los efesios se repite varias veces la palabra ***todo*** o ***todas***, es decir, no se queda nada fuera. Por tanto, el Cristo exaltado no solamente está por encima de algunas o de muchas cosas, sino muy por encima, y muy por encima de todo y de todos.

Este es el Cristo en quien creemos, el Cristo que vive e intercede por nosotros, el mismo que dio su vida por su Iglesia, el que está obrando ahora en ella para presentársela a sí mismo sin ***mancha ni arruga*** (Ef 5:27).

Por este Cristo hemos de dar constantemente gracias a Dios, y debemos pensar que el poder de Dios que hizo todo esto en él es el mismo que el que ahora actúa en nosotros, y pensar en el poder que el propio Cristo ahora tiene. Y todo con el fin de vivir en santidad y confianza, a pesar de las circunstancias adversas en nuestras vidas, glorificando así más y mejor a Dios, sabiendo que en sus ***manos están*** nuestros ***tiempos*** (Sal 31:15).

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a interiorizar estas grandes verdades de la Palabra!, para poder llegar a decir con David: ***Más yo*** [a pesar de tantas cosas adversas, enemigos, a pesar de mis miedos y debilidades, a pesar de mis pocas fuerzas] ***en ti confío, oh Jehová; digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos*** (Sal 31:14-15). ¡Que Dios nos ayude, hermanos!, para llegar a decir con Pablo: ***Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*** (Fil. 4:13). ¡Y que nosotros nos esforcemos y dediquemos tiempo para meditar en estas cosas! ¡Que así sea, para su gloria y nuestra bendición!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO I CRISTO SOBRE TODO Y SOBRE TODOS

Efesios 1:21-23

Lectura introductoria: Isaías 53:11-12

Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

En este capítulo comenzamos a estudiar una nueva oración que hemos llamado *Oración de adoración a Cristo*. El pasaje que consideraremos es el de Efesios 1:21-23, el cual es una continuación de los anteriores tratados, y en el que Pablo sigue hablando de la exaltación de Cristo.

Aquí se nos describe con más detalle esa posición, y hemos de entender que esto que se nos muestra es cuestión de revelación divina que se nos da por el Espíritu Santo. Por tanto, puede recibirse únicamente por fe, y puede gozarse únicamente por fe, pues lo que aquí se indica está muy lejos de la observación física y muy por encima de cualquier experiencia cristiana. De igual modo que está muy por encima de nuestros sentidos el ver a Cristo sentado a la diestra de

Dios, pero lo aceptamos por fe, también lo están los otros hechos que aquí se mencionan. La exaltación de Cristo sobre las huestes celestiales, con todas las cosas puestas bajo sus pies, lo que hace ahora con todo su poder, y la relación que tiene con su Iglesia, trascienden nuestros sentidos, pero son cosas reales y gloriosas para la fe.

Así que de nuevo estamos frente a un tema glorioso para cuya asimilación e interiorización necesitamos gracia de Dios y, por tanto, por el que debemos orar para crecer en esa **gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo** que se nos ordena (2 P 3:18).

*... según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, **sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.*** (Ef 1:21-23).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El *primer principio* que vamos a desarrollar, relacionado con la primera parte del **versículo 21**, lo enunciamos así: Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, muy por encima de todos los ángeles, sea cual sea la condición de estos, su rango o su grado. Por tanto, tendremos que hablar de los ángeles, pero solo nos ceñiremos a unos aspectos que tienen que ver con sus condiciones, para las cuales el apóstol emplea cuatro palabras, traducidas como: **Principado, autoridad, poder y se-**

ñorio. Como se expresa en Hebreos 7:26, nuestro Señor ha sido **hecho más sublime que los cielos**, y esto no solamente indica el lugar de mayor honor y gloria, sino también su poder, infinitamente superior a todas las huestes celestiales. Y puesto que se usan distintas palabras para estas, puede entenderse que en el Cielo no todos los seres son iguales, pues, al igual que en la tierra, la gloria de un rey no consiste únicamente en tener súbditos, sino en tener una gran corte de ellos con distintas ocupaciones y autoridades. Así hemos de entender que es la corte del Rey de reyes.

Hay, pues, *principados, autoridades, poderes, y señoríos*, pero Cristo está muy por encima de todos ellos, puesto en autoridad sobre todos ellos. Esto es lo que puede leerse en Hebreos 1:4: **Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.** En realidad, la subordinación de un gran número de poderes es lo que resalta la gloria de un rey, como podemos ver en Ester 1:13-14, donde aparecen siete consejeros del rey que **veían su cara**, y en Ester 8:9, donde se citan los gobernadores y nobles, **sátrapas, capitanes, y príncipes** que estaban al frente de las **ciento veintisiete provincias** del reino.

Las cuatro palabras en griego tienen distintos matices, pero el apóstol usa las cuatro para designar el alcance de la autoridad de Cristo. Son: *arkhé*, cuyo significado es *principado*, gobierno, o cualquier distinción por jefatura en orden, tiempo, lugar o rango; indica también el comienzo de algo (en Apocalipsis 3:14, se usa la misma palabra para el Señor (*arkhé*), y los mal llamados testigos cristianos de Jehová se aferran a la traducción española, **principio**, para afirmar su doctrina de que Cristo fue el primer ser creado, olvidando que tiene el sentido de autoridad); *exousía*, cuyo significado es *autoridad*, potestad, habilidad, fuerza, capacidad, compe-

tencia, etc. Es decir, la primera hace referencia al cargo y la segunda a las competencias de dicho cargo. La tercera palabra es *dunameos* (derivada de *dúnamis*, dinamita) y apareció también en el **versículo 19**, cuando, en referencia al Padre de gloria, se habla de la supereminente grandeza de su **poder**; allí vimos el significado, de modo que también puede traducirse por *potencia*, y hace referencia, fundamentalmente, a un tipo de poder milagroso y a la habilidad necesaria para ello. Finalmente, la última palabra es *kuriótetos* (derivada de *kurios*), que significa *señorío*, dominio, autoridad, etc.

Por tanto, tomando las cuatro, puede indicarse que lo que el versículo señala es la supremacía de Cristo sobre toda forma de autoridad, sobre todo tipo de jefatura o cargo, sobre toda clase de habilidad, sobre todo poder en cualquier orden de cosas, incluso para hacer milagros, sobre todo señorío sobre algo, y sobre todo dominio, desde los rangos más altos a los más bajos. Algunas de estas cuatro palabras se repiten en otros muchos pasajes, tales como: Romanos 8:38-39; 13:1; 1 Corintios 15:24; Efesios 3:10; 6:12; Colosenses 1:16; 2:15; Tito 3:1; 1 Pedro 3:22; Judas 8, etc., y es obvio que en estos se hace referencia en unas ocasiones a ángeles buenos, y en otras a ángeles malos, es decir, al mundo invisible de ambas clases, pero en otras la referencia es al mundo visible de los hombres.

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿Y en nuestro pasaje, a qué se hace referencia? La respuesta es fácil si se tiene en cuenta que ya cuando estaba en esta tierra el Señor Jesucristo venció al **hombre fuerte armado** y echaba **fuera** demonios (Lc 11:14, 21-22). Es decir, si entonces todos los ángeles malos le estaban sujetos, ahora que está en los cielos exaltado, todavía más será esto cierto. Y si la supremacía de Cristo es sobre los ángeles malos, también ha de ser sobre los bue-

nos; y si es sobre ambas clases de seres, que son muy superiores a los hombres, también habrá de tenerla sobre la raza humana. Por tanto, hemos de entender que Cristo está muy por encima de todos los ángeles y de toda forma de autoridad en este mundo, lo cual se confirma a continuación cuando el apóstol habla de que Cristo está **sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.**

Ahora debemos indicar algo sobre los distintos rangos entre los propios ángeles, ya que, como vemos, se usan para ellos las mismas palabras que usamos nosotros en nuestro mundo para indicar las distintas posiciones de autoridad. Hemos de saber que tanto entre los ángeles buenos como entre los malos, hay subordinación y rangos. En Mateo 12:24-25 queda claro en cuanto a los ángeles malos, pues se habla del **príncipe de los demonios**, es decir, aquel que se encuentra por encima de todos ellos, Satanás, el que en Efesios 2:2 es llamado **el príncipe de la potestad** [autoridad] **del aire, la serpiente antigua** (Ap 12:9; 20:2).

Lo mismo sucede respecto a los ángeles buenos. En Daniel 10:10-13 encontramos a un ángel que le fue enviado, un ángel creado, que le habla de otro ángel, **Miguel, uno de los principales** [supremos, de primer rango] **príncipes**. Y en Daniel 10:21; 12:1, así como en Judas 9 y Apocalipsis 12:7, vuelve a citarse a **Miguel** indicándose su gran posición de autoridad, ya que se habla de **sus ángeles**. (Es importante también destacar el contraste entre los nombres: Miguel, que significa: «¿Quién semejante a Dios?», mientras que Luzbel dijo: **Seré semejante al Altísimo** (Is 14:14). No podemos decir cuántas clases de ángeles hay en rangos, ni tampoco cuántos de ellos son arcángeles, aunque estos últimos son los de rango superior (la Iglesia católica romana dice que son siete los arcángeles; además de Miguel y Gabriel, ambos

nombres aparecen en la Biblia aunque no se dice que este último lo sea, ellos citan a Rafael, Uriel, Chamuel, Jofiel y Zadquiel). También en Lucas 2:9 y 13 encontramos una diferencia y en Zacarías 2:1-4 tenemos a un ángel que manda a otro.

Y si esta distinción entre los ángeles es clara, también debe entenderse lo mismo con respecto a sus quehaceres en este mundo. No solamente tenemos junto a nosotros gobernadores humanos, políticos o jueces, sino también ángeles malos y buenos con sus ocupaciones.

Con respecto a los ángeles malos, ya hemos leído en Efesios 6:12 que hay **governadores de las tinieblas de este siglo**, es decir, ángeles que controlan a las personas de este mundo. Esto se ve confirmado por Hebreos 2:5, pues **no sujetó a los ángeles el mundo venidero** implica que este sí le está sujeto. Por tanto, muchos de los asesinatos, o robos, o injusticias, o cualquier clase de maldad, grande o pequeña, se debe a la instigación de estos ángeles, los cuales extienden su poder sobre las conciencias de los hombres. Así, el propio diablo es llamado en 2 Corintios 4:4 **el dios de este siglo**, y en Juan 12:31, **el príncipe de este mundo**. Pero de igual modo hemos de saber que hay ángeles buenos que mueven los corazones de los reyes, de los gobernantes, o de las personas, por el bien de la Iglesia.

Si volvemos de nuevo a Daniel 10:10-13, vemos que el ángel que habla dice que se le opuso **el príncipe del reino de Persia durante veintiún días**, con toda seguridad un ángel malo, y después dice que quedó allí **con los reyes de Persia**, lo cual —y sin entrar mucho en detalles de la historia de aquella época— muestra cómo los ángeles tratan con los corazones de los príncipes y los reyes por el bien del pueblo de Dios, pues aquí la referencia es a hombres, y no a ángeles.

Después, en Daniel 10:20, se vuelve a hablar del *príncipe de Persia* y de otro *príncipe de Grecia*, quizás otro demonio encargado de controlar el Imperio griego que vendría. También en 2 Tesalonicenses 2:9 vemos que el poder del *inicuo* es *por obra de Satanás*.

Por tanto, no solamente hay principados, autoridades, poderes y señoríos, sino que los hay obrando sobre este mundo, y la idea que no debemos perder es que nuestro Señor y Salvador Jesucristo está *muy por encima* de todos ellos: de reyes, de ángeles, y de demonios, de modo que todos le sirven. Muchos están gobernando el mundo, pero es cierto que Jesucristo gobierna por encima de todos ellos, como podemos comprobar mirando brevemente algunos pasajes de la Escritura.

En cuanto a su gobierno sobre los ángeles buenos, basta leer Hebreos 1:6-7,14. La palabra griega para espíritu es la misma que para viento (*cf.* Jn 3:8), de modo que así como *los vientos obedecen* la voz del Señor (Mt 8:26-27), también lo hacen sus ángeles.

En cuanto al gobierno de Cristo sobre los ángeles malos, el pasaje de Colosenses 2:14-15 es suficiente para probarlo. Recordemos también que Cristo mismo dijo con respecto a la predicación del evangelio: *Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo* (Lc 10:18), y en el libro del Apocalipsis podemos leer en la última y gran batalla la derrota de *la bestia* y del *falso profeta* (Ap 19:19-20), y del propio Satanás, encadenado por otro ángel mandado por el Señor (*cf.* Ap 20:1-2). Es cierto que Satanás dijo a Jesús que tenía *los reinos* de este *mundo* (Mt 4:8-9), y es cierto también que *el mundo entero está bajo el maligno* (1 Jn 5:19), pero por encima de Satanás y sus huestes se encuentra Cristo.

Finalmente, no es necesario insistir en el gobierno de Cristo sobre cualquier forma de autoridad en este mundo. Como sabemos, la Escritura está llena de casos donde reyes y autoridades fueron inducidos a hacer cosas a favor o en contra del pueblo de Dios porque Dios mismo lo ponía en los corazones de ellos: ***Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová, a todo lo que quiere lo inclina*** (Pr 21:1; cf. Pr 16:9). Recordemos las palabras de Cristo a Pilato en Juan 19:11, y ahora Cristo ha sido investido con todo el poder de Dios.

En 1 Corintios 15:24-25 se nos habla también de este reinado de Cristo hasta el día del juicio, de modo que todas las cosas en la tierra y bajo la tierra, hombres, ángeles y demonios, doblarán sus rodillas ante él (cf. Fil 2:10). ***Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven*** (Ro 14:9).

Y con todo, podemos llegar a dos conclusiones finales. *La primera*, que no debe rendirse culto a los ángeles, pues son también criaturas y en ningún modo mediadores ante Dios. De nuevo, la Iglesia católica romana en esto va en contra de la Escritura, y aunque no sea lo más extendido entre sus fieles, sigue conservándose el culto a los ángeles como mediadores. A estos podrían aplicarse las palabras de Colosenses 2:18-19, y deberían tener en cuenta lo que un ángel dijo a Juan al respecto (cf. Ap 19:9-10).

Y *la segunda*, que no debemos tener miedo de nada porque nuestro Señor Jesucristo está muy por encima de demonios, ángeles, hombres y de todo. Como se indica en Hebreos 13:5-6: ***Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre***, lo cual también podemos ampliar diciendo: *No temeré lo que*

pueda hacerme ninguna criatura ni en este mundo ni en el venidero. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo (1 Jn 4:4).

Ahora debemos fijarnos en la segunda parte del mismo **versículo 21**, en relación con la cual enunciamos el *segundo principio* del modo siguiente: Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo en el Cielo y en la tierra, ahora y por toda la eternidad. Y puesto que el versículo los cita, hablaremos de los nombres, de los siglos, y de los nombres en los siglos.

Primero, pues, los nombres. Fijémonos que el apóstol añade, a toda la jerarquía de gobiernos y poderes que ha citado antes, la frase **sobre todo nombre que se nombra**, y esto por dos razones. *La primera* por si en la lista anterior ha quedado algo fuera, ha quedado algo por nombrar, de modo que así se cerrarían las bocas de todos los que pudieran querer hacer una excepción en el dominio universal de Cristo. Con esta frase se incluye todo lo que se puede incluir, y **no sólo en este siglo, sino también en el venidero**. *La segunda razón* es porque «el nombre», en la Escritura, es a menudo símbolo de autoridad. Cuando nosotros pedimos *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*, queremos indicar que lo hacemos *por la autoridad o por medio de Cristo*; así también, cuando se dice en el nombre del rey, se quiere indicar en, o por, la autoridad del rey. Por tanto, por si se ha olvidado algo en la tierra, o algo entre los ángeles, algún nombre o alguna autoridad, el apóstol incluye esta frase para indicar el dominio de Cristo sobre toda criatura.

Pero, además, puede indicarse que la palabra *nombre* es más amplia que las anteriores de *principados, autoridades, etc.*, que designan autoridad, por lo siguiente. En esta tierra puede haber personas con nombre, con gran excelencia, pero

sin autoridad (cf. Ecl 9:14-15). De hecho, mucha gente desea tener un gran nombre, lo cual es sinónimo de prestigio, aunque no de autoridad. Recordemos que este fue el deseo de aquellos que comenzaron a levantar la torre de Babel, que dijeron: ***Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la tierra*** (Gn 11:4). Siempre hay muchos que siguen con este deseo, de ser alguien, de ser «Don Fulano», y cuando el apóstol habla de ***todo nombre que se nombra***, está haciendo referencia tanto a personas o ángeles en sus puestos de autoridad, como a sus excelencias o dignidades (véase Génesis 6:4; Job 30:8). Por eso leemos que ***Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*** (Fil 2:9-11).

Por tanto, el significado completo de lo que nos dice el apóstol es que Cristo está muy por encima de todos los poderes y autoridades, pero también muy por encima de todas las excelencias y de todas las dignidades. No solamente poder, sino también sabiduría, conocimiento, inteligencia y cualquier otra virtud. No solo supremacía de posición, sino también supremacía de nombre en el Cielo, en la tierra, en este mundo o en el venidero: ***Cristo tiene un más excelente nombre*** (He 1:4).

Segundo, acerca de *los siglos*. De nuevo nos encontramos ante un tema muy amplio, y más todavía por las distintas interpretaciones escatológicas; pero creo que es bueno decir algunas cosas respecto a él.

La primera es que la Biblia habla de que solamente hay dos siglos: el presente y el venidero, pero la palabra griega

para siglo (*aion*) no solo se refiere a tiempo sino también a espacio. Así podemos verlo en Gálatas 1:4: ***El presente siglo malo*** (no hay siglo malo en el cielo y, por tanto, se refiere a esta época, aquí, en la historia del mundo) y Lucas 20:35: ***Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo*** (no solo indica tiempo, sino también lugar, pues los malos no dejan de existir en el siglo venidero).

Por tanto, solo dos siglos, y la eternidad futura es la que se llama el siglo venidero; y, por tanto, siempre viviremos en el espacio y en el tiempo. Para nosotros, la eternidad será un tiempo sin fin, y no un estado sin tiempo (esta es una idea de la filosofía griega que buscaba la liberación del tiempo) pues eso es lo que significa la palabra *siglo* cuando hablamos del siglo venidero (el pasaje de Apocalipsis 10:6-7 que en la RVR60 se traduce como ***el tiempo no sería más***, es, literalmente: ***Ya no habrá dilación***. También puede verse Apocalipsis 20:10).

Hay multitud de pasajes que no se consideran proféticos que hablan de esta distinción entre los dos siglos, y que dejan claro que ambos engloban todo el tiempo, incluyendo el tiempo sin fin del estado eterno. Además de los dos citados anteriormente, puede leerse: Mateo 12:32; Marcos 10:30; Lucas 16:8; Romanos 12:2; 1 Corintios 1:20; 2:6,8; 3:18; 2 Corintios 4:4; 1 Timoteo 6:17-19; Tito 2:12; Hebreos 6:5.

Así pues, hay dos siglos, dos períodos. El presente, que comenzó con la creación y la caída de la humanidad, y el venidero, que abarca desde la venida de Cristo hasta el tiempo sin fin. Por tanto, estamos en una época en que ambos se superponen (hasta que lleguen los ***nuevos cielos*** y la ***nueva tierra***: Is 65:17; cf. Is 11:6-9; 2 P 3:13), pero no hubo ningún tiempo antes de este siglo, porque entonces no había tiempo, ni habrá ningún período después del siglo venidero, porque

es eterno, ni tampoco habrá ningún período intermedio entre ambos. Además, ambos siglos son completamente distintos, es decir, este siglo no evoluciona ni cambia para llegar al siglo venidero, pues uno corresponde a un orden natural y otro a uno sobrenatural. Finalmente, la separación entre ambos vendrá por la resurrección y el juicio, hechos que —según la enseñanza repetida en el Nuevo Testamento— ocurrirán con el regreso de Cristo.

Por todo esto, y aunque repito que es un tema muy amplio del que aconsejo que se lea algún libro sobre este (puede ser uno de Samuel E. Waldron: *El fin de los tiempos*), no tienen cabida las distintas interpretaciones dispensacionistas y milenaristas, que dicen que Cristo reinará en este mundo durante mil años, después de su regreso, sobre una mezcla de hombres no resucitados impíos junto con hombres no resucitados justos. La Biblia no entiende ni habla de este período, que algunos basan en una interpretación literal de Apocalipsis 20:2-3.

Como en tantos otros temas, la historia del nacimiento y desarrollo de estas ideas arroja mucha luz sobre él, y es el desconocimiento de estas cosas lo que lleva al error. Decimos algo al respecto.

Sobre el año 1830, un tal Edward Irving, pastor escocés, fundó la que llamó Iglesia Católica Apostólica, y defendió la presencia de apóstoles y profetas en ella, así como el tener visiones, hablar en lenguas, etc. Con él apareció una nueva escuela de interpretación, y con él, ideas desconocidas hasta entonces, tales como las del rapto de la Iglesia y la venida del Señor en dos etapas. Hablando de él, Martyn Lloyd-Jones señala: *Por desgracia, el pobre Irving, para ser misericordiosos, se volvió algo desequilibrado*. La idea del rapto salió en aquella iglesia mediante un discurso pronunciado

hablando en lenguas e interpretado, y aunque aquella iglesia desapareció, no sucedió lo mismo con las ideas que se expusieron en ella. Después John Nelson Darby, que se enfrentó a Irving en algunas cosas (como también se enfrentó su contemporáneo George Müller) pero asumió otras, el evangelista D. L. Moody, y Scofield con su Biblia anotada, siguieron propagándolas, de modo que son las que están ahora en boga en la mayoría de las iglesias.

Cito algunas frases que creo que merecen destacarse. Dice Ian Murray: *En Albury y en la congregación londinense de Irving había surgido una creencia curiosa, prácticamente desconocida anteriormente en la historia de la Iglesia, a saber, que la aparición de Cristo antes del milenio ha de ser en dos fases: la primera, un rapto secreto que sacará a la Iglesia antes de que una Gran Tribulación golpee la tierra, y la segunda, su venida con sus santos para establecer su Reino. Esta idea llega a su prominencia plena con Darby. Este sostenía que la Iglesia es un misterio del cual solo Pablo habla, que es el cuerpo místico de Cristo y que estará completa en el rapto. Los judíos y otros gentiles convertidos a partir de entonces nunca serán la esposa de Cristo. Darby decía: «Yo niego que los santos de antes de la primera venida de Cristo, o después de su segunda venida, sean parte de la Iglesia». Con un dogmatismo impresionante, Darby arrasó con lo que previamente había sido axiomático en la teología cristiana.*

Spurgeon, que vivió justo en este tiempo cuando la distinción entre la Iglesia e Israel estaba comenzando a ser proclamada por Darby y sus seguidores, dijo: *¡Incluso hemos escuchado afirmar que aquellos que vivieron antes de la venida de Cristo no pertenecen a la Iglesia de Dios! Nunca sabremos qué es lo que tendremos que oír a continuación, y tal vez*

es una bendición que esos disparates sean revelados de uno en uno, para que podamos soportar su estupidez sin morir de asombro.

La distinción entre la Iglesia e Israel, el rapto secreto, y los mil años de reinado de Cristo en la tierra fueron, desde comienzos del siglo XIX, algo novedoso, pero por desgracia, hoy día muy extendido. El pasaje que nos ocupa de Efesios nos dice que solamente hay dos períodos, dos siglos, y en ambos, Cristo tiene la preeminencia sobre todo y sobre todos.

Tercero, terminamos diciendo algo acerca *de los nombres en los siglos*. Según el pasaje de Efesios, hay distintos nombres y excelencias, no solo en este siglo, en la tierra y en el Cielo, sino también en el venidero. Las personas no creyentes que tienen grandes nombres en este mundo serán personas viles, sin nombre, en el siglo venidero. En cuanto a los creyentes, muchos que también tienen grandes nombres entre los santos serán tenidos allí en poco, y otros que aquí habrán sido considerados en poca estima, serán los primeros en el Reino de los cielos, porque a veces se cumplirá que **los primeros serán postreros, y los postreros, primeros** (Mt 20:16; Mr 10:31; Lc 13:30). Finalmente, los creyentes solo de nombre no tendrán tampoco ninguno en el siglo venidero, pues a ellos se les habrán podido aplicar las palabras dirigidas al ángel de la iglesia de Sardis: **Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto** (Ap 3:1).

Solamente el Señor, cuyo Nombre es **sobre todo nombre**, es el que conoce el nombre que realmente tenemos aquí, y el que tendremos en el siglo venidero. Aquí, **lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación** (Lc 16:15), y en ello se incluyen los grandes nombres. Allí, **al que venciere**, dice el Señor, **le daré una piedrecita blan-**

ca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe (Ap 2:17). Y es por ello por lo que el nombre que tengamos en el mundo venidero debe ser motivo de preocupación para nuestras almas, pues es más importante que la autoridad o el poder. Estos últimos desaparecerán para nosotros en la tierra, pero el nombre quedará para siempre. Todo estará bajo los pies de Cristo, pero los nombres permanecerán.

Por tanto, hermanos, no busquemos aquí grandes nombres, ni ser famosos o considerados, ni los busquemos dentro de la Iglesia de Dios. No busquemos nada para nosotros mismos (*cf.* Jer 45:5), solamente tener un mejor o gran nombre en el siglo venidero. Pablo tendrá un gran nombre en los cielos para siempre, mayor que el de otros santos, y por eso se preocupaba mucho más por el juicio del Señor que por el de los hombres (*cf.* 1 Co 4:3-5). No es lo que ahora parece ser, sino lo que será evidente en el día de Cristo en el siglo venidero; quiénes será puesto *a su izquierda*, como *cabritos*, y quiénes *a su derecha*, como *ovejas* (Mt 25:33). Santos desconsiderados aquí estarán allí con gran honor, y otros de gran reputación pueden estar a la izquierda de Cristo. Habrá distintos nombres, distintos a los que tenemos en este mundo.

Fijémonos también que, en el pasaje que consideramos, las mayores excelencias se nos muestran como poderes y nombres, y son estas cosas las que buscan y por las que se pelean los hombres en este mundo. Por ellas se producen las guerras y los conflictos, y por ellas se afanan muchos que son considerados sabios. Estas son las mejores cosas para muchos, pero el Espíritu Santo nos dice: *Mejor es la buena fama* [el buen nombre] *que el buen unguento* [sinónimo de riquezas] (Ecl 7:1). Fijémonos también que esto mismo fue lo que buscó Satanás (acordémonos que Luzbel dijo: *Seré*

semejante al Altísimo: Is 14:14), nombre y poder, orgullo y autoridad sobre naciones y reinos, olvidándose que el buen nombre solo lo da Dios (cf. Gn 12:2; 2 S 7:8-9), cuando queremos engrandecer el suyo (2 S 7:26).

Y puesto que Cristo está muy por encima de **todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero**, debemos llegar a tres conclusiones. *La primera*, que repetimos, la ausencia de miedos que debe caracterizar las vidas de los cristianos, nuestras vidas. En Mateo 16:18 el Señor dice: **Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella**. De todas las criaturas, con todos sus poderes, autoridades o nombres, Satanás y sus ángeles son las que más deseo y poder tienen para destruirnos, pero Cristo está muy por encima de todas ellas. El diablo también está bajo los pies de Cristo, y dentro de poco estará bajo los pies de los creyentes (cf. Ro 16:20).

La segunda, que no hemos de olvidar, es que, en el siglo venidero, nosotros, los cristianos, habremos **de juzgar a los ángeles** (1 Co 6:3), tanto a los malos como a los buenos, por lo que debemos pedir al Señor que nos capacite ya, aquí en este siglo, para poder juzgar correctamente las cosas de aquí. Somos **coherederos con Cristo** (Ro 8:17), y se nos indica que **si sufrimos** [por su causa] **también reinaremos con él** (2 Ti 2:12).

Y *la tercera*, que debemos meditar en estas cosas para que nuestra adoración al Señor sea más constante, más en espíritu y en verdad, y nuestra actitud de entrega a él vaya en aumento, así como la gratitud, la confianza, la reverencia, el amor y el servicio. Si está escrito que toda rodilla se doblará ante él, lo más sensato para nosotros y lo que nos trae mayor bendición es tenerlas dobladas ya en este mundo. Cristo no solo gobierna ya en este siglo **en el cielo**, sino también **en la**

tierra, y lo hará para siempre (Mt 28:18). Ese fue el mensaje del ángel a María: ***El Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*** (Lc 1:32-33; cf. Isaías 9:6-7).

De Cristo fue profetizado: ***No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos*** (Is 53:2). Pero ahora, nos dice Pedro: ***Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso*** (1 P 2:7), precioso en todas las facetas de la vida, en todas las necesidades, en todos los aspectos, desde todos los puntos de vista. Y nos perdemos mucho, hermanos, si no pensamos en su posición exaltada.

¡Demos gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo, hermanos, por su posición exaltada ahora en los cielos, adoremos al que es y será nuestro Señor para siempre, y esforcémonos y pidamos a Dios interiorizar estas cosas, para nuestra bendición, y para gloria de su Nombre! ¡Qué así sea!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO II CRISTO SOBRE TODO Y SOBRE TODOS

Efesios 1:21-23

Lectura introductoria: Salmo 68:18-21

*Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad,
Tomaste dones para los hombres,
Y también para los rebeldes, para que habite entre ellos
JAH Dios.*

*Bendito el Señor; cada día nos colma de beneficios
El Dios de nuestra salvación. Selah
Dios, nuestro Dios ha de salvarnos,
Y de Jehová el Señor es el librar de la muerte.
Ciertamente Dios herirá la cabeza de sus enemigos,
La testa cabelluda del que camina en sus pecados.*

Llevamos ya un tiempo meditando, según lo que encontramos en los últimos versículos del capítulo 1 de la Epístola a los Efesios, en el poder de Dios que obró y sigue obrando en nuestras vidas y que también lo hizo en la resurrección de Cristo, así como en la exaltación de nuestro Señor. Esta es, creemos, una de esas partes especiales de la Escritura en las que debemos detenernos y por la que debemos mostrar nuestro agradecimiento a Dios.

En el capítulo anterior comenzamos, según Efesios 1:21-23, con la que hemos llamado *Oración de adoración a Cristo*, y hemos hablado de su supremacía sobre toda autoridad, sobre

todo ángel y persona, sea cual sea su nombre, excelencia, sabiduría o prestigio; y no solo en el Cielo, sino también en la tierra; y no solo en este siglo, sino también en el venidero.

Y decíamos que, por eso, no debemos preocuparnos por los que puedan hacernos daño, porque Cristo está muy por encima de ellos, ni preocuparnos por hacernos un nombre en este mundo, porque el que importa es el que Cristo nos dará en el siglo venidero. Y que, si hemos de preocuparnos por algo es porque nuestras rodillas estén dobladas ante este Cristo exaltado y nuestras vidas entregadas a su servicio, porque eso resulta de bendición para nosotros y es para la gloria de su nombre.

Ahora continuamos desmenuzando la revelación puesta ante nosotros con las palabras que siguen en el versículo 22. Pero antes, vamos a leer la Palabra y vamos a pedir a Dios su bendición.

*... según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, **sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.** (Ef 1:21-23).*

Oración personal a Dios (pido al lector que la haga y que no lea simplemente esta frase de «oración personal a Dios»).

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El principio que vamos a desarrollar es *el tercero*, y está relacionado con la primera parte del versículo 22 en la que el

apóstol señala otro aspecto de la exaltación de Cristo, cual es que **sometió todas las cosas bajo sus pies**. Lo enunciamos así: Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, y a él le están sujetas todas las criaturas, pues es Señor de todo y sobre todo.

El texto griego no contiene la palabra «cosas», sino que simplemente dice: **Sometió todo bajo sus pies** (LBLA) lo cual es una figura del lenguaje que indica una posición encumbrada hasta lo sumo, y que revela su autoridad sin límites y la más alta soberanía y poder sobre todas las criaturas. Lo que sucede es que como ya antes se ha hablado de todas las criaturas en todos sus rangos y órdenes, ahora los traductores no han creído conveniente repetir esta palabra, «criaturas», y han puesto «cosas», pero no aparece ni la una ni la otra. Y la idea es que Cristo no está solamente elevado sobre todas las criaturas sino que también tiene dominio sobre ellas; todas están subordinadas a él y todas gobernadas por él. Pero también lo está todo, todas las cosas, de modo que encontramos dos ideas en estos versículos: una, la de la supremacía de Cristo; otra, la de la bajeza en relación con él de todo lo que le está sometido.

Diversos pasajes pueden citarse que hablan de este tema, y los escritores del Nuevo Testamento se esfuerzan por recalcarlo porque, repito, es de bendición para los creyentes el tenerlo siempre presente. Así, en Hechos 2:36 puede leerse: **Dios le ha hecho Señor y Cristo**; otra vez: **Éste es Señor de todos** (Hch 10:36); y otra: **El mismo que es Señor de todos** (Ro 10:12; **sobre todos** en la VRJ); y otra más: **Señor así de los muertos como de los que viven** (Ro 14:9). Lo que sucede es que estamos demasiado habituados a la palabra «Señor», y puede que haya perdido para nosotros su verdadero significado. Pero hay otros modos en que la Escritura nos resalta este hecho, y así se nos indica que tiene en sus manos **las lla-**

ves de la muerte y del Hades (Ap 1:18), que *sustenta todas las cosas con la palabra de su poder* (He 1:3), o que *domina en medio de sus enemigos* (Sal 110:2).

Debemos resaltar también que la frase: *Y sometió todas las cosas bajo sus pies* indica un hecho cumplido y no algo que sucederá en el futuro, aunque, como también sabemos, todavía no ha llegado el sometimiento final de sus enemigos (cf. Sal 110:1; Mt 22:44; Mr 12:36; Lc 20:43; He 1:13, 10:13). Por tanto, hermanos, debemos pensar que Cristo *ya es* Señor sobre todo, aunque el mundo no lo considere así y crea que es dueño de sí mismo. Y debemos pensarlo porque es fácil que caigamos en esta misma actitud, sin darnos cuenta, y hagamos las cosas como si fuéramos dueños de nosotros mismos, olvidando que está escrito: ... *No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios* (1 Co 6:19-20).

Sometió todas las cosas bajo sus pies es, pues, una realidad en el tiempo presente, aunque el resultado completo no aparezca a nuestros sentidos.

Esta investidura de nuestro Mediador con dominio universal fue ya un tema de la profecía del Antiguo Testamento, pero ahora es una realidad. En Daniel 7:13-14 aparece alguien *como un hijo de hombre* que *vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él*, esto es, los sirvientes celestiales. Y después se indica el *dominio*, la *gloria* y el *reino* que les serían dados. Evidentemente, quién sea este *como un hijo de hombre* no debe causar dificultad, pues aparece con claridad en otros pasajes, tales como Apocalipsis 1:13,17-18, o 14:14, y es también la designación que el Señor Jesucristo asume en los Evangelios, aunque entonces se hallase en su estado de vergüenza y humillación.

En cuanto al *Anciano de días*, la referencia es *al Padre*, porque su Cristo vino a esta tierra (Jn 16:28), y a él volvió para ser entronizado y recompensado (cf. Jn 20:17). Por tanto, la forma verbal usada, *sometió*, nos indica que la profecía ha tenido cumplimiento.

Otro aspecto que destacar es que esta frase: *Y sometió todas las cosas bajo sus pies*, es también otra metáfora, tal como las que ya hemos visto de estar sentado, y de estarlo a la diestra. Su significado no es literal, sino que se habla de la dignidad y dominio de Cristo sobre todas las cosas, las cuales están bajo su poder y en sujeción a él. La primera vez que aparece esta expresión en la Biblia —*debajo de sus pies*— la encontramos en el Salmo 8:6, y los versículos que le siguen nos explican una parte de lo que aquí, en Efesios, se designa como *todas las cosas*. Después vuelve a repetirse la idea en Hebreos 2:5-9, en donde de nuevo aparece la palabra *sujetó* (no «sujetará» en tiempo futuro) y ahora, en forma negativa, se nos muestra que *nada dejó que no sea sujeto a él*, nada visible o invisible, nada en el Cielo o la tierra, nada entre amigos o enemigos. Y continúa diciendo: *Pero todavía no vemos* [hace referencia a nuestros ojos naturales] *que todas las cosas le sean sujetas*, aunque llegará el día en que esto sucederá ciertamente. Mientras tanto *vemos* [...] *a Jesús* [y este «ver» hace referencia ahora a los ojos de la fe] *coronado de gloria y de honra*, tal como aparece en los versículos finales del capítulo 1 de Efesios que estamos considerando (véase también 1 Corintios 15:27).

Y sometió todas las cosas bajo sus pies es también una frase que, como en otros casos, algunos comentaristas han querido restringir en su significado, indicando que con ella solamente se hace referencia a los enemigos. Indudablemente esto es así, es parte de su significado, pero

no hay razón alguna para no incluir a todo y a todos. En Éxodo 11:4-8 se habla no solo de los siervos de Faraón, enemigos, sino también del *pueblo que* estaba *debajo de* Moisés, y en 1 Reyes 20:10 del *pueblo* que seguía al rey, y en ambos casos se hace referencia no a los enemigos, sino a los amigos que estaban sujetos, aunque una cosa es bajar la cabeza ante otra persona en señal de reverencia, y otra muy distinta encontrarse bajo los pies de esta, lo cual indica el mayor sometimiento. (Dicho sea de paso, en Éxodo 11:7 podemos apreciar el poder de Dios, que ahora ostenta el Señor Jesucristo, y que llega hasta el punto de controlar las lenguas de los perros. Estos animales, como sabemos, ladran, sobre todo si es de noche, a los desconocidos. Y el Señor dijo que ni esto sucedería).

Así que no solo están sujetos a Cristo los enemigos, sino también sus amigos y aliados. En cuanto a los ángeles buenos, ya hemos hecho referencia a ellos en otro capítulo, ¿pero podemos ampliar la relación y decir que la misma verdad ha de ser cierta para la Iglesia, para nosotros los cristianos?; ¿está la Iglesia bajo los pies de Cristo? La respuesta es sí y no.

Cristo es nuestra Cabeza y está escrito respecto a cada uno de sus miembros: *Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad* (Sal 110:3). Esto es lo que significa exactamente *llevad mi yugo sobre vosotros* (Mt 11:29); es decir: «Someteos a mi Señorío, dadme el trono de vuestros corazones, rendid vuestras voluntades a la mía, someted vuestros pensamientos y deseos a los míos». Si somos la Iglesia, y la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, este hecho nos confiere una gran dignidad. Pero, al mismo tiempo, si Cristo es la Cabeza de la Iglesia hemos de tener presente su dignidad superior y suprema.

En Efesios 5:22-33 se habla de la unión matrimonial tomando como referencia la unión de Cristo con su Iglesia, y en el Antiguo Testamento se habla de la relación que un rey sostiene con su consorte, la cual es al mismo tiempo reina y esposa. Así, podemos leer en el Salmo 45:6-11 que **la reina** está a la **diestra** de Cristo. De él se dice: **Deseará el rey tu hermosura**, pero a ella se le dice: **Inclínate a él** [con sometimiento a su voluntad y con adoración] **porque él es tu señor**. Por tanto, la Iglesia está bajo los pies de Cristo por sometimiento voluntario.

Y sometió todas las cosas bajo sus pies es obvio que también incluye el triunfo de Cristo sobre sus enemigos. Un ejemplo de ello lo tenemos en el pasaje del libro de Josué al cual también se ha hecho referencia antes (*cf.* Jos 10:22-25), el cual puede complementarse con Isaías 49:23. También el Salmo 110:1 hace referencia al pasaje que aludimos: **Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies**; es decir, aplastados y destrozados. Por tanto, hemos de entender que la Iglesia está bajo los pies de Cristo por sometimiento voluntario a su soberanía, por amor, pero no está por estrado de sus pies, como sus enemigos, a modo de subyugación y derrota. La Iglesia está bajo sus pies para adorarlo, lo cual es muy distinto a estarlo para ser destruidos; por eso la Escritura emplea dos frases distintas para este mismo hecho: **Ponga a tus enemigos por estrado de tus pies**, y esta que estamos considerando, **sometió todas las cosas bajo sus pies**.

Una imagen de esta actitud de la Iglesia la encontramos en Abigail cuando, frente a aquellos que envió David, **se levantó e inclinó su rostro a tierra, diciendo: He aquí tu sierva, que será una sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor** (1 S 25:41), lo cual no era señal de indignidad, pues

el propio Señor Jesucristo lo hizo y así nos enseñó que lo hiciéramos nosotros (*cf.* Jn 13:4-5,13-17).

Finalmente, *y sometió todas las cosas bajo sus pies* incluye también, además de lo anterior, todos los eventos y acontecimientos del mundo, pues, como se ha indicado, la traducción es *todo sometió bajo sus pies* (LBLA). No solo las criaturas, sino todas las cosas, toda la historia, cada suceso o acontecimiento, en el Cielo y la tierra, es ahora controlado y ordenado por el que es **REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES** (Ap 19:16; 17:14). Esta es una ocupación del Señor exaltado que no hemos de olvidar; no es una cuestión que ya pasó a la historia, sino algo de cada día, y que, aunque esté puesto aquí en la parte final de la oración, debe afectar nuestros corazones y nuestras vidas.

Por tanto, podemos concluir diciendo que hay tres cosas incluidas en esta frase: la supremacía de Cristo, la bajeza con respecto a él de las cosas sujetas, y la universalidad de estas, encerrada bajo la palabra *todo*.

Pero aún hay otra que no debemos pasar por alto, pues se indica que *sometió todo bajo sus pies*, y esta acción no fue realizada por el propio Cristo, sino por el Padre. En Hebreos 5:5-6 se aclara la idea, cuando el escritor dice que **Cristo** no *se glorificó a sí mismo*, es decir, que aunque Jesucristo era digno de tomar este honor y posición, no lo hizo por sí mismo sino esperó a que el Padre lo hiciera.

Por eso debemos preguntarnos: ¿Nos conducimos en nuestras vidas en completa sumisión, con gozo ante su providencia, ante Aquel que es nuestra Cabeza y al que todo le está sujeto bajo sus pies?; ¿decimos **Amén**? (Ap 5:14; *cf.* Sal 99:5). Si a los ángeles se les ordena adorar a Cristo (*cf.* He 1:6), ¿no debemos hacerlo también nosotros?; ¿cómo, o con qué actitud, estamos bajo sus pies?; ¿seguimos su ejemplo y

esperamos que nuestra exaltación venga de Dios? Y cuando miramos a aquellos que de un modo u otro se oponen a nosotros, ¿nos damos cuenta de la fuerza de sus palabras que dicen: **No temas, gusano de Jacob** (Is 41:14; en realidad, «**gusanillo**, pequeño gusano»?): BT; N-C). Cuando las aguas están revueltas junto a nosotros, ¿reconocemos que nuestro Capitán, a cuya voz los vientos enmudecen y las olas se aplacan, se encuentra al timón de nuestras vidas? Y cuando nos falta algo, ¿no podremos obtenerlo de Aquel a cuyos pies todo está sujeto?; ¿entendemos las palabras: **Ponga su boca en el polvo**, de Lamentaciones 3:27-29?

Finalmente, podemos agrupar todas las cosas que hemos visto hasta ahora. Primero miremos al **Padre de gloria**, al cual se dirige la oración, el mismo que nos salvó, que obró por su Espíritu Santo en nuestras vidas, y que resucitó a **Cristo sentándole a su diestra en los lugares celestiales**. Después miremos al propio Cristo, investido como Rey sobre todas las autoridades y dominios, en este siglo y en el venidero. Nada queda excluido, y todas las cosas están bajo sus pies, tanto amigos como enemigos. ¿Qué más se podría añadir para que Cristo fuera más glorioso?; ¿le falta algo para ello? Para responder a estas preguntas debemos fijarnos en Adán.

Adán es un tipo de Cristo, y Adán también tuvo un mundo para él, un paraíso, y una corte peculiar. Si él solo hubiera podido tener hijos, todos ellos, sus descendientes, habrían sido su propia corte, y él hubiera sido el padre del mundo. Pero le faltaba una esposa, una ayuda idónea, y Dios mismo se la dio. Pero, repito, Adán es un tipo de Cristo. Y aquí tendríamos a Cristo exaltado como Rey por encima de todos los principados y poderes, sentado a la diestra del Padre de gloria, con todos y todo bajo sus pies. Pero podríamos pregun-

tarnos: ¿Y dónde está la reina? La respuesta la tenemos a continuación en el mismo pasaje de la carta a los efesios: ***Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.*** Y esto es lo más extraordinario.

Hay distintos modos de traducir la parte final del versículo 22: ***Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,*** lo cual, aunque encierra la idea de que Cristo está sobre todas las cosas para el beneficio de su Iglesia, también la que de entre todos sus privilegios, la flor más alta de su corona es la de ser él mismo Cabeza de su Iglesia, la cual es su cuerpo.

Es como si nuestro Señor Jesucristo hubiese dicho: «Ya tengo todo el honor y autoridad y, además, estoy a la diestra de mi Padre; pero si no tengo a mi Iglesia, si no tengo a mi Cuerpo, aún me falta algo». Por tanto, ahora, por encima de toda esta gloria y exaltación Dios también lo ha dado ***por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia.*** Y la Iglesia, que por naturaleza tendría que estar bajo sus pies, es llamada por el propio Cristo para que ***se siente en su trono,*** como él se ha ***sentado*** en el ***trono*** de su ***Padre*** (Ap 3:21). A Cristo le costó mucho, por así decirlo, conseguir su exaltación. A nosotros, a su Iglesia, no nos ha costado nada, porque Cristo mismo pagó para que eso fuese posible.

¡Maravilla de maravillas, hermanos, en la que debemos meditar y pedir a Dios que nos haga entenderla cada vez más!

Si leemos el Salmo 45:7-9, podemos ver que cuando Cristo es ungido con ***óleo de alegría más que sus compañeros, la reina*** está sentada a su ***diestra.*** Aquella que es carne de su carne, aquella llamada su Cuerpo, está a su diestra porque ella es verdaderamente su ***plenitud*** (Ef 1:23).

No hemos de olvidar, hermanos, que nosotros, su Iglesia, lo somos por gracia, porque antes también éramos enemigos bajo el estrado de sus pies, aunque no sujetos voluntariamente. Y ahora con admiración y asombro preguntamos: ¿Nos ha tomado Cristo desde su estrado para ponernos a su diestra? Y la Palabra nos indica que sí (*cf.* Ro 5:10-11), que él no *se avergüenza de* llamarnos *hermanos* (He 2:11), y a nosotros se nos dice que, por ello, debemos siempre recordar y mirar *la piedra de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados* (Is 51:1). Debemos tener presentes, como aplicadas a nosotros los cristianos, las palabras de Ana en 1 Samuel 2:8: *El levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor.*

Queridos hermanos, íbamos destinados al Infierno, y Dios *nos dio vida juntamente con Cristo* [...] *y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús* (Ef 2:5-6).

Cristo es poderoso, Rey de reyes y Señor de señores, muy por encima de principados y autoridades, de cualquier nombre que se nombra, con todo sujeto bajo sus pies, pero Cristo se deleita más en su amor que en su poder, recibe más gloria por su obra de amor que por su poder, y nosotros debemos glorificarle más por amor —*el amor de Dios* que *ha sido derramado en nuestros corazones* (Ro 5:5)— que por estar sujetos a sus pies bajo su poder.

¡Dios quiera que estos pensamientos inflamen nuestros corazones y nos conduzcan a la adoración y al servicio! ¡Que así sea, para gloria de su nombre!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO III CRISTO E IGLESIA, CABEZA Y CUERPO

Efesios 1:21-23

Lectura introductoria: Efesios 5:25-27

... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

Retomamos nuestro estudio de la que hemos llamado *Oración de adoración a Cristo*, conscientes de que lo hacemos en la presencia de Dios, nuestro **Padre de gloria**, al que nos dirigimos con gratitud y adoración pidiéndole, como hace el apóstol Pablo, que nos **dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él**, y que alumbre **los ojos de nuestro corazón** (Ef 1:18 LBLA) para que podamos saber y conocer todas las cosas que nos han sido dadas por medio de nuestro Señor Jesucristo. Como dice Pedro en su segunda carta: **Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia** (2 P 1:3). Y entre ellas, y así terminamos el capítulo anterior, hemos de pedir a Dios que podamos interiorizar lo que significa haber pasado de ser enemigos bajo el estrado de los pies de Cristo a ser su Iglesia, sometida voluntariamente a él

por amor, y a ser su Esposa, sentada a la diestra de este Cristo que ha sido exaltado hasta lo sumo.

Con estos pensamientos ya debería ser suficiente para que todos pusiéramos el máximo empeño en adorar a Cristo con nuestras vidas y para consagrarnos a su servicio. Por eso hemos llamado a esta oración que nos ocupa *Oración de adoración a Cristo*. Pero aún queda en el pasaje que estamos analizando la parte final del **versículo 22** y el **versículo 23**, en las que también debemos detenernos, y con las que espero y pido a Dios que sirvan para que nos acerquemos a lo que se ha mencionado anteriormente y que debe caracterizar nuestras vidas: la adoración y el servicio.

... según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. (Ef 1:21-23).

Oración personal a Dios (que siempre debe hacerse, pero más cuando nos acercamos a estos misterios de Cristo y su Iglesia)

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Los principios que vamos a comenzar a desarrollar hoy tienen que ver —como hemos dicho— con la parte final del **versículo 22** y con el **23**, y son los tres últimos que figuran en el cuadro resumen al final de este escrito. Dicen así: Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo con el fin particular de

beneficiar a su pueblo que compró con su sangre, es Cabeza de su Iglesia, con autoridad, por influencia, y por unión mística, y fue exaltado para tener un Cuerpo, la Iglesia, la cual es, además, su plenitud. Estos tres principios se encuentran entrelazados, de modo que irán saliendo en el comentario aspectos de los tres al mismo tiempo, pues es difícil separar cada una de las cosas mencionadas.

Comenzamos, pues, con las palabras finales del **versículo 22**: *Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia*. Estas palabras significan mucho más que Cristo es la Cabeza de la Iglesia, cosa que es cierta, pues contienen la parte más excelente de la supremacía de Cristo como Rey de reyes y Señor de señores. Ya se nos ha hablado —en el **versículo 21** y en la primera parte del **22**— de su exaltación, supremacía, y dignidad conferidas por el Padre, pero ahora se nos indica que todo ello es en beneficio de su Iglesia, lo cual nos muestra también la dignidad de esta. Por eso, entre las palabras *cabeza e iglesia* se encuentran *sobre todas las cosas*. Pero, además, a continuación se añade *la cual es su cuerpo*, es decir, que Cristo no es una simple Cabeza externa para gobernar la Iglesia, como un rey pudiera ser la cabeza de su reino; Cristo es la Cabeza para ella como lo es la cabeza para un cuerpo natural, o la Cabeza para ella como debe ser un marido para su mujer en lo que podemos llamar un cuerpo conyugal.

Tampoco se dice que Cristo sea *Cabeza sobre toda la Iglesia* (ni como algunas versiones lo traducen, *cabeza suprema de la Iglesia*: BJ) que también es cierto, sino *cabeza sobre todas las cosas* a la Iglesia, lo cual, además de la dignidad de esta última, expresa lo que debe ser su seguridad y consuelo. Y aún hay otra frase en el **versículo 23**, donde se indica que Cristo *todo lo llena en todo*, pero también hacien-

do referencia a la Iglesia, pues se dice que la Iglesia es su plenitud.

Por tanto, no fue solo por el bien de su Hijo y como recompensa por su trabajo por lo que Dios el Padre lo colocó sobre el trono, sino también para el beneficio de la Iglesia. La declaración de Juan 17:2: **Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste**, es paralela a esta que nos ocupa, aunque no tan amplia en sus términos. Como también dice Pedro en Hechos 5:31: **A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador**; pero si preguntamos: ¿Con qué intención?, el versículo continúa diciendo: **Para dar a Israel [el Israel de Dios, según Gálatas 6:16] arrepentimiento y perdón de pecados**.

Lo podemos expresar también de otro modo: Cristo no solamente ha entrado en el Cielo para **preparar lugar para** su pueblo (Jn 14:2), sino que está actuando desde allí en beneficio de los que forman parte de este y que se encuentran en la tierra, **preparándolos para dicho lugar**. Cristo, como hemos visto, gobierna sobre todo y sobre todos para que se cumpla lo que está escrito: **A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien** (Ro 8:28). Y aunque nos demos cuenta de esto solo muy ligeramente, no hemos de dudar que Cristo esté sobre hombres, ángeles, demonios, gobiernos, acontecimientos, etc., de modo que todo y todos cumplen sus propósitos y fomentan los intereses de su pueblo. Y aunque las naciones estén **como el mar en tempestad** (Is 57:20), nada escapa de su control, porque está escrito: **Jehová marcha en la tempestad y el torbellino** (Nah 1:3). Nada debe alarmarnos; el pacto no está en peligro.

O aún lo decimos de otro modo: Jesucristo **fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra jus-**

tificación (Ro 4:25), pero también ha sido exaltado hasta lo sumo para nuestro beneficio y bendición. Ahora Cristo está exaltado, pero no ha perdido nada de su amor por su amada, y no ha renunciado a sus propósitos concernientes a ella, como sucede muchas veces con los hombres cuando llegan a tener poder.

Ahora debemos entrar en los detalles, de modo que en las palabras de los versículos que nos ocupan nos detendremos en tres cuestiones principales: *Primera*, la dignidad de Cristo y su relación con su Iglesia (***cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, y todo lo llena en todo***); *segunda*, la dignidad de la propia Iglesia y su relación con Cristo, su esposa (***la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel***); y *tercera*, la base para ambas cosas, Cabeza y Cuerpo, que hemos de considerarlos como dones del Padre (el Padre ***lo dio por cabeza***, lo cual puede leerse poniendo el acento en el propio don extraordinario para la Iglesia, en lo que es Cristo para ella, o poniéndolo en la Iglesia, que es ***la plenitud de Aquel***, es decir, lo que le faltaba al Cristo exaltado y que también fue dado por el Padre: *cf.* Jn 10:27-29). Y puesto que el pasaje del **versículo 22** comienza con las palabras ***lo dio***, también nosotros comenzaremos analizando este aspecto.

Si Dios dio a Cristo como Cabeza a la Iglesia, o para la Iglesia, Cristo es un don para ella; si Dios dio a la Iglesia como Cuerpo a Cristo, o para Cristo, la Iglesia es un don para Cristo. Ambas cosas están incluidas, y la grandeza de ambas, de ambos dones, se recoge con las palabras: ***Sobre todas las cosas***. Es decir, de todas las bendiciones de Dios para la Iglesia, Cristo, su Cabeza, es la más grande, y de toda la exaltación de Dios dada a Cristo, también lo más grande es que la Iglesia sea su propio Cuerpo. En el capítulo anterior dijimos, y lo hemos recordado en este, que la Iglesia estaba

bajo los pies de Cristo, en su estrado, y que de allí pasó a estar sentada a su diestra, pero ahora consideramos que el propio Cristo ha sido dado como don a la Iglesia, y esto es lo máximo que podía recibir, el mayor bien para ella, que ha pasado a ser el Cuerpo de Cristo.

Podemos pensar en todo lo que nos ha sido concedido en Cristo y por Cristo meditando en las siguientes palabras de la Escritura: ***El levanta del polvo al pobre, y al menesteroso alza del muladar, para hacerlos sentar con los príncipes, con los príncipes de su pueblo*** (Sal 113:7-8). Aquí vemos, con otras palabras, el alcance de la obra de la gracia de Dios, que elige ***lo necio del mundo, lo débil del mundo, y lo vil del mundo y lo menospreciado, y lo que no es, para deshacer lo que es*** (1 Co 1:27-28). Del muladar al trono es algo que supera todas nuestras expectativas, pues el muladar era el sitio donde antiguamente se echaba el estiércol de los animales o la basura de las casas, el lugar donde se tiraba aquello que no servía para nada y cuyo fin era ser quemado. Y allí, en el muladar, como la ***higuera*** que inutilizaba ***la tierra*** y no daba fruto (Lc 13:7), estábamos todos.

En todos nosotros, los que formamos su Iglesia y tenemos ahora a Cristo por Cabeza, se cumplían aquellas palabras que dicen: ***Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón, y podrida llaga*** (Is 1:6). Y de allí, del muladar, nos levantó Dios, como hemos visto, con ***la supereminente grandeza de su poder***, haciéndonos ver cuál era nuestra situación, haciéndonos perder el deseo por el pecado, haciendo que despreciemos nuestra propia justicia, y llevándonos al arrepentimiento y a la fe en el Señor Jesucristo.

Cuando una persona llega a esto ya está fuera del muladar, pues, al confiar en Jesucristo, sus pecados dejan de

existir; pero esto es solo una parte de la obra. Ya sería suficiente para nosotros —como al hijo pródigo le era suficiente— ser tratados *como* [...] *jornaleros* (Lc 15:19), pero Dios nos lleva más y más alto, hasta sentarnos con su propio Hijo *en los lugares celestiales* (Ef 2:6). Para ello, su justicia nos es dada, y con ella la seguridad de que nada nos separará *del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Ro 8:39). Ahora somos *reyes y sacerdotes* (Ap 1:6); ahora tenemos a su Santo Espíritu (*cf.* Jn 14:17; Ef 1:13-14); ahora servimos con nuestros *miembros a la justicia* (Ro 6:19) y *en espíritu servimos a Dios* (Fil 3:3); ahora tenemos el gozo de ser cristianos; ahora *nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo* (1 Jn 1:3).

Y podemos seguir mirando los privilegios, diciendo que no hemos sido acercados al monte Sinaí, sino *a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos* (He 12:23), con todos los derechos de la realeza, pues *por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre* (Ef 2:18). Ahora podemos acercarnos *confiadamente al trono de la gracia* (He 4:16), y ahora, se nos dice: *Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios* (1 Co 3:21-23). Tenemos todo, y mucho más de lo que podíamos pensar o desear, tal como podemos ver en forma resumida en el pasaje de Efesios 1:3-14.

Pero lo que se resalta en el pasaje que estamos considerando es que, por encima de todas las cosas, nuestra máxima bendición, nuestro máximo don, es que Cristo sea nuestra Cabeza, y que podamos tener con él una comunión más íntima y tierna que la que los ángeles conocen, pues *somos miembros de su cuerpo, de su carne, y de sus huesos* (Ef 5:30).

Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Baste por ahora con estos pensamientos acerca de Cristo, aunque tendremos que seguir meditando en la clase de Cabeza que tenemos y en lo que hace con su Cuerpo, pues Cristo no solamente es una Cabeza ordenante, sino amante y compasiva. Este es el máximo don para la Iglesia: Cristo mismo, que hace exclamar a Pablo: ***¡Gracias a Dios por su don inefable!*** (2 Co 9:15), y que a nosotros debería llevarnos a la adoración y al servicio.

Pero hay otra parte que también hemos de considerar, quizás todavía más impresionante —si es posible hablar así—, que nos deja más boquiabiertos y que nos debe conducir aún más a la adoración, y esta es que la Iglesia es el Cuerpo dado por Dios a Cristo del que Cristo habría de ser la Cabeza, es el don de Dios a Cristo.

Como se indicó en el capítulo anterior, Adán es un tipo de Cristo, ***figura del que había de venir*** (Ro 5:14), y su unión matrimonial con Eva es figura de la de Cristo con la Iglesia (Ef 5:31-32). Si recordamos, Adán recibió a su mujer y dijo que era ***hueso de sus huesos y carne de su carne*** (Gn 2:23). Adán la tomó dando gracias a Dios, e incluso después de la caída reconoció, aunque de forma pecadora, que Eva había sido un don de Dios para él, pues dijo: ***La mujer que me diste por compañera*** (Gn 3:12). Y esto mismo es lo que se nos indica con respecto a Cristo: ***Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador [...] porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos [...] Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*** (Ef 5:23,30,32).

Ahora bien, ¿encontramos en algún sitio a Cristo, *el postrer Adán* (1 Co 15:45), dando gracias a Dios por el don de su Cuerpo, pidiendo por su Cuerpo y cuidando a su Cuerpo? Y la respuesta es que sí, como podemos leer: *Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste [...] He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra [...] yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son [...] Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliese [...] Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo* (Jn 17:2,6,9,11-12,24; véase Hebreos 2:13).

Y aquí tenemos el contraste maravilloso entre el primer y el segundo Adán: el primero, hablando con desprecio de su esposa, *la que me diste*, echándole la culpa del pecado; el segundo, Cristo, muriendo por ella y pidiendo a Dios por ella. El primer Adán, en el primer huerto, escondido de Dios junto a su esposa; el segundo, Cristo, en otro huerto, sudando gotas de sangre, delante Dios, y a causa de la suya.

O también lo podemos decir de otro modo: Cristo tiene, con su Iglesia, un nuevo don y gracia, además de los que ya tiene y posee como consecuencia de su suprema exaltación. A Cristo le ha sido dado un Cuerpo para que pueda llenarlo, nutrirlo, guiarlo, sustentarlo, cuidarlo (*cf.* Ef 5:29), y con

quien pueda comunicarse. Es una nueva gracia ser la Cabeza y tener un Cuerpo, y este pensamiento tiene que servirnos de punto de partida para no dudar nunca de la buena voluntad de Cristo para darnos lo mejor.

Y dice Pablo que Cristo ***todo lo llena en todo***, y su Iglesia le ha sido dada para esto. Repito, creo que no hay otro pensamiento que nos pueda dar mayor consuelo que este, el saber que la Iglesia es un don del Padre para Cristo y que Cristo desea y puede dar lo mejor a su Iglesia. Es algo que debe hacer como Cabeza, algo que quiere hacer, algo que le honra, la mayor responsabilidad que el Padre ha puesto sobre él. Y así, aunque la misericordia de Dios es sobre todos (*cf.* Sal 145:9), ***para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia*** (Sal 16:3).

Y de esto debemos obtener varias aplicaciones.

La primera es que si para Cristo, la Cabeza, la excelencia de su gracia está en comunicarla, así también debe ser con nosotros mismos, su Cuerpo. Si tenemos gracia en nuestro corazón, debemos ser instrumentos de gracia para los otros, tal como nos ordena: ***De gracia recibisteis, dad de gracia*** (Mt 10:8). Si Cristo fue exaltado para poder derramar sus virtudes en su Cuerpo, así también debemos hacer nosotros: ***Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho [...] Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular*** (1 Co 12:7,24-27). No tiene sentido

querer que la Cabeza se preocupe del Cuerpo, y formar parte de este sin tener esa preocupación: toda manifestación del Espíritu es para provecho. *Según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe* (Gá 6:10).

La segunda aplicación consiste en entender que toda autoridad en la Iglesia es una autoridad delegada por Cristo, de modo que nadie puede pretender tener una autoridad que no le corresponde, puesto que nadie es cabeza, ni nadie debe estar con ninguna autoridad si esta no ha sido dada por Cristo. Los fariseos preguntaron al Señor acerca de la autoridad que tenía para hacer ciertas cosas y de quién la había recibido, y esto porque conocían bien el principio del que estamos hablando (cf. Mt 21:23; Mr 11:28; Lc 20:2). La respuesta del Señor a Juan en relación con su bautismo indicaba que este nunca se habría hecho si no hubiera sido mandado del Cielo (cf. Mt 3:13-15). Y el propio Jesús dijo a Pilato: *Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba* (Jn 19:11).

Este hecho de la autoridad delegada de Cristo tiene muchas implicaciones en la vida de Iglesia, de modo que nadie debe estar en una posición de autoridad si no ha sido llamado, ni a nadie se puede forzar a ello alegando que hay necesidad en la Iglesia, pues es Dios mismo quien pone en ella a los *apóstoles, profetas, maestros...* (1 Co 12:28; Ef 4:8-12). Y si alguien pretende ser o tener una autoridad delegada, habremos de mirar si en esa persona se cumplen las palabras de Colosenses 2:18-19: *Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las co-*

yunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. El pasaje de Efesios 4:14-16 también nos advierte sobre los falsos maestros.

La tercera aplicación tiene que ver con el propio Cuerpo de Cristo, los que pertenecen a él y lo que se hace con él. Si nadie puede quitar un cabello de sus cabezas (*cf.* Lc 21:18), ¿puede pensar alguien en añadir un miembro al Cuerpo de Cristo, o un miembro para ejercer un oficio que el propio Cristo no le haya encargado? Si del cuerpo natural se dice: ***En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas*** (Sal 139:13-16), ¿habrá alguien en el Cuerpo de Cristo cuyo nombre no haya sido inscrito antes en el libro de Dios? Está escrito: ***Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego*** (Ap 20:15). Si la Cabeza, que es Cristo, estaba inscrita (*cf.* 1 P 1:18-20), ciertamente también todos sus miembros deben estarlo.

Por eso, los miembros extraños del Cuerpo, como en el cuerpo natural, solo producen daño. No hablo de prótesis o trasplantes, que son órganos o aparatos que hacen la función de un verdadero miembro cuando este se encuentra en mal estado, sino de objetos extraños, tales como suciedad en el ojo o una piedra en el riñón, que hay que echar fuera. En cambio, los verdaderos miembros se preocupan los unos por los otros, porque si la Cabeza, que es Cristo, lo hace, ¿cómo no lo harán los que dicen estar bajo la autoridad e influencia de esta?

En cuarto lugar, habremos de preguntarnos —ya que Cristo es el máximo don para nosotros, la Iglesia— ¿qué hacemos con él, con este don?; ¿cuánto de apreciado y precioso es?; ¿cuánto lo estimamos?; ¿dónde lo ponemos en nuestras vidas?; ¿qué supone para mí tener *esta* Cabeza?; ¿hacemos nuestras las palabras de la novia en Cantares 1:2; 2:16; 6:3?

Finalmente, *en quinto lugar*, si verdaderamente hemos sido dados por Dios a Cristo como su don más preciado, debemos ser realmente de Cristo, y esforzarnos porque Cristo pueda decir de nosotros: *He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú eres hermosa [...] Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha* (Cnt 4:1,7), y nosotros de él: *Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento* (Cnt 7:10). Si decimos que somos suyos por donación, por compra a precio de sangre y por adopción en cuanto que hemos sido convertidos en sus hermanos, ahora debemos serlo también por dedicación, y debemos mostrar al mundo que, en la práctica, le pertenecemos.

Así, cuando seamos tentados a pecar, habremos de decir: «No puedo hacer este grande mal, pues pertenezco a Cristo». Cuando podamos ganar o ahorrar dinero de un modo que Dios no aprueba, no debemos hacerlo, pues pertenecemos a Cristo, y debemos decirle a Satanás que no ganaríamos el mundo por amar menos a Cristo. Cuando estemos expuestos a peligros y dificultades, habremos de esforzarnos por resistir en el día malo recordando que pertenecemos a Cristo. Cuando estemos cansados, sin ganas de trabajar en la obra, o cuando no lo estemos haciendo por pereza, habremos de recordarnos que somos de Cristo. Una y otra vez habremos de decirnos que somos de Cristo, y que no somos como Isacar, *asno fuerte que se recuesta entre los apriscos, y vio que el descanso era bueno* (Gn 49:14-15).

Cuando los placeres quieran apartarnos del sendero de la rectitud, habremos de responder: «Yo soy de Cristo, yo no me pertenezco» (*cf.* Gá 6:14). Cuando la causa de Dios nos necesite —y verdaderamente nos necesita—, debemos entregarnos a ella en todo nuestro ser, pues somos de Cristo. Cuando los pobres nos necesiten, debemos darnos a ellos,

pues somos de Cristo. Cuando en cualquier momento haya algo que deba hacerse por o para su Iglesia, debemos hacerlo, pues pertenecemos a Cristo.

Hermanos, no falseemos nunca nuestra profesión, no hagamos nunca nada ni vayamos a ningún sitio donde otros puedan decir de nosotros: «Ese no puede pertenecer a Cristo». Por el contrario, seamos de aquellos cuya forma de hablar sea cristiana, cuyo idioma sea semejante al de Cristo, y cuya conducta y conversación sean tan fragantes para el Cielo que todos los que nos vean puedan saber que pertenecemos al Salvador y puedan reconocer en nosotros sus rasgos y su hermoso semblante, porque él también nos pertenece a nosotros. Que sea una realidad en nosotros aquello que dijeron de los apóstoles: ***Les reconocían que habían estado con Jesús*** (Hch 4:13).

¡Que Dios nos ayude, hermanos, a entender estas cosas, y a ponerlas en práctica, sabiendo lo que debe implicar en nosotros ser el máximo don para el propio Cristo, es decir, su Cuerpo, y lo que implica que Cristo sea el mayor don que Dios nos ha concedido, es decir, nuestra Cabeza!

¡Pidamos que así sea, para su gloria y la bendición de muchos!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO IV CRISTO E IGLESIA, CABEZA Y CUERPO

Efesios 1:21-23

Lectura introductoria: Colosenses 3:1-4

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

Comenzamos el presente capítulo con una llamada de atención sobre lo que hemos considerado en los anteriores, en los que dijimos que debemos pensar y meditar en la exaltación de Cristo para que nuestras vidas se llenen de consuelo, seguridad, y confianza, al tiempo que seremos movidos a la adoración y al servicio. Si Cristo es el mayor don para la Iglesia, debemos preguntarnos qué hacemos con él; y si la Iglesia es el mayor don para Cristo, también habremos de preguntarnos qué hacemos con ella, pues incluso el juicio final se realizará en base a estas palabras: ***En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis*** (Mt 25:40). Debemos ser de Cristo verdaderamente por dedicación a su Cuerpo, haciendo nuestro lo que está escrito: ***Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y***

cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia (Col 1:24). Y debemos serlo mostrándolo en nuestras vidas, de modo que todos puedan ver que le pertenecemos y puedan reconocer en nosotros sus rasgos, porque él también nos pertenece y es, verdaderamente, ***Cristo en nosotros, la esperanza de gloria*** (Col 1:27).

Ahora vamos a continuar pensando en el don dado a la Iglesia y en lo que significa que Cristo sea Cabeza de esta. Pero antes vamos a leer la Palabra y vamos a pedir la bendición de Dios.

... según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef 1:21-23).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Recuerdo que los principios que estamos desarrollando son los tres últimos recogidos en el cuadro que puede consultarse al final de este libro y que, de forma resumida, podemos enunciar así: Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo con el fin particular de beneficiar a su Iglesia, siendo Cabeza de esta, la cual a su vez es su Cuerpo y su plenitud.

Como se ha indicado, vamos a continuar con las palabras finales del **versículo 22**, a saber: ***Por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia***; es decir, que después de hablar del don

que es Cristo, ahora debemos centrarnos en la clase de don que es, indicado por la palabra *Cabeza*. Pero antes es bueno decir algo acerca de la propia Iglesia, la palabra final del **versículo 22**.

Así pues, ¿qué es la Iglesia?; ¿a qué Iglesia hace referencia el pasaje que estamos considerando? Para responder, hemos de saber que la palabra *ekklesia* se usa en la Escritura para designar a cualquier asamblea de personas. Su sentido más amplio es este: un conjunto de personas reunidas para un fin concreto. Pero es obvio que en el pasaje que nos ocupa se habla de la reunión de los santos, de los miembros de Cristo, de los unidos a la Cabeza por lazos de amor, o unidos por una misma alianza o pacto. Es la que podemos llamar verdaderamente Iglesia católica, *la familia de Dios*, tal como aparece en Efesios 2:18-21, a cuyos miembros se pide que sean *solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*; pues hay *un cuerpo, y un Espíritu [...] un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos* (Ef 4:3-6).

Así que entendemos por Iglesia en este pasaje la asamblea general y universal de los santos, el Cuerpo de Cristo, algunos de los cuales están en los cielos y otros en la tierra. Esta es la primera acepción de la palabra.

Pero no es la única, pues también la palabra Iglesia se usa en el Nuevo Testamento para las asambleas locales, las agrupaciones locales de santos, las cuales también son llamadas *cuerpos de Cristo*. Así que, en un sentido, hay un solo Cuerpo de Cristo, pero en otro, hay una gran cantidad de cuerpos de Cristo, tal como podemos leer en Gálatas 1:2 (*iglesias de Galacia*), en Gálatas 1:22 (*iglesias de Judea*), en Filemón 1:2 (*la iglesia que está en tu casa*), en Apocalipsis 1:11 (*iglesias que están en Asia*), etc. Este doble sentido se

ve claramente en 1 Corintios 12:27, donde Pablo, escribiendo a una iglesia local, les dice: ***Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular***, pero antes ha comparado a la Iglesia universal de Cristo con un Cuerpo (cf. vv. 12-13). Por tanto, hemos de entender que cada iglesia local es como una especie de cuerpo que presenta aspectos del Cuerpo o Iglesia universal. Otro ejemplo aparece en Romanos 16:1, donde se habla de ***la iglesia en Cencrea***, como distinta a la de Corinto, aunque solo se hallaba a once kilómetros de la capital.

Así que hemos de entender ambas cosas: que cada iglesia local es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, como lo es la Iglesia universal, y que participa, pues, de todos los privilegios que el Cuerpo tiene en relación con su Cabeza. Pero puesto que cada iglesia local tiene miembros individuales, también cada miembro goza de los mismos privilegios. En definitiva, cada cristiano individual, cada iglesia local, y toda la Iglesia universal, tanto en la tierra como en el Cielo, tienen a Cristo por Cabeza.

Así que Dios instituye iglesias locales porque la Iglesia universal no puede estar, aquí la tierra, reunida para la adoración, la alabanza, la proclamación de la Palabra, la impartición de las ordenanzas, el ejercicio de la disciplina, o para cuantas cosas son propias de la Iglesia. Y aunque el pasaje que nos ocupa hace una primera referencia a la Iglesia universal, no estamos de acuerdo con aquellos que restringen su significado de este modo.

Cristo ***constituyó a unos apóstoles; a otros profetas*** [que sirven a la Iglesia universal] ***a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros*** [que sirven a iglesias locales] ***a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos llegue-***

mos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef 4:11-13). Y *Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella* (Ef 5:25), de modo que ambos pasajes pueden aplicarse a la Iglesia universal, suma de todos los elegidos de Dios que no será completada hasta el final de la historia humana, pero también a las iglesias locales y a cada miembro de estas. El privilegio no es solo como conjunto global, sino también a todos los niveles más bajos, hasta llegar a las personas (*cf.* Ef 4:14-16).

Y aunque no vamos a detenernos en el tema de las iglesias (hay muy buenos libros que hablan de la Iglesia como cuerpo de Cristo) aún añadiremos unas observaciones más.

La primera es que, aunque muchas iglesias se llamen cristianas, solo lo son aquellas que tienen la autoridad dada o delegada por Cristo, de igual modo que solo debe llamarse rey aquel que tiene autoridad como rey.

La segunda, que no puede haber iglesias locales con un obispo que las gobierne a todas, como vemos que tiene el catolicismo romano. Cada iglesia local es cuerpo de Cristo, y Cristo pone en cada una de ellas a sus ministros que gobiernen. Lo otro sería como disponer de una cabeza para distintos cuerpos.

Y *la tercera*, y es un pecado *capital*, esto es, un pecado contra la *Cabeza*, es el hecho de que una persona pretenda usurpar y ostentar el sitio de esta. La Cabeza suprema de la Iglesia es Cristo, y no ningún papa, y no es de extrañar que algunos hermanos nuestros hayan identificado al papado con el anticristo, pues pretende tener la exaltación, la autoridad y la dirección que solo a Cristo corresponden. Aún más, pretende tener autoridad sobre el siglo venidero, creando el purgatorio y diciendo lo que hay que hacer para sacar a las

almas de ese sitio. La historia demuestra que el papado ha pretendido estar sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, y ha pretendido tener todo sometido bajo sus pies, siendo la cabeza de la Iglesia. Pero, evidentemente, la Iglesia no es su cuerpo, ni su plenitud, ni el papa es aquel que todo lo llena en todo.

Terminamos, pues, esta primera parte, con este pensamiento: es un consuelo que Cristo sea Cabeza de la Iglesia, Cabeza de nuestra iglesia local, y Cabeza de cada uno de nosotros para llenarnos a todos, del mismo modo que lo llena todo y que lo es para su Iglesia universal.

Ahora entramos en el significado de la palabra Cabeza, de la cual ya dijimos algo en el capítulo anterior.

El primer significado de «cabeza» es autoridad, soberanía, poder, etc., como el que ostenta un gobernante sobre un grupo de gobernados. Así, Cristo es **la cabeza de todo principado y potestad** (Col 2:10). Evidentemente, Cristo es Cabeza de la Iglesia en este sentido, pero es mucho más, pues los ángeles son sus siervos, mientras que la Iglesia es su esposa en unión mística con él.

El siguiente significado de la palabra «cabeza» tiene que ver con las peculiaridades de los oficios de Cristo en favor de la Iglesia, con el cuidado y conducción de esta.

Primero, su oficio real, como Rey y Señor de ella, pero hemos de entender que hay una diferencia entre un rey y una cabeza de un cuerpo natural; el primero gobierna solo externamente por medio de leyes y decretos, mientras que la segunda lo hace de un modo natural porque forma parte del mismo cuerpo. Así, Cristo no nos gobierna como un rey externo, por medio de leyes, promesas y recompensas, sino que nos conduce y aceptamos su gobierno, natural e interiormente, como los miembros de un cuerpo aceptan el gobierno de la cabeza.

Segundo, su oficio profético, también con una peculiaridad, pues él no enseña a los miembros por dictados externos, sino por medio de impresiones internas, tal como leemos en Hebreos 8:10: ***Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré.*** Esta es la forma más gloriosa de enseñanza en el mundo, y así hace Cristo con nosotros.

Tercero, su oficio sacerdotal, el cual, como sabemos, tiene dos partes: una primera de ofrecimiento de sacrificios, y otra segunda de intercesión ante Dios. Cristo ya hizo lo primero, y ahora, a semejanza de Melquisedec —del que nunca leemos en la Escritura que ofreciera sacrificio pero sí que bendijo a Abraham—, se encuentra en los cielos intercediendo por nosotros (*cf.* Gn 14:18-20; He 5:6,10; 6:20; 7:25). Y esto es también natural, porque es natural que la cabeza hable en favor de los miembros. Así como la lengua habla, y al hacerlo cuida y puede prevenir de algún peligro, así también la cabeza cuida de los miembros intercediendo y suplicando por ellos.

Un tercer significado de la palabra «cabeza» es el que hace referencia a la influencia que esta tiene sobre los miembros del cuerpo para el crecimiento de estos. Cristo, cuando ascendió, fue capacitado en su humanidad para llenarlo todo en todo, de modo que ahora tiene cuidado y obra para que cada miembro vaya siendo hecho conforme a su propia imagen, pues para esto han sido predestinados (*cf.* Ro 8:29). Esta influencia se ejerce por varios modos, todos ellos comunicativos para el crecimiento, pues Cristo comunica vida, movimiento, poder y gracia a todos los miembros del Cuerpo, por unión mística con todos ellos.

Primero, porque toda nuestra vida espiritual proviene de él. Ya hemos hablado de que hay vida vegetal, animal, racional y espiritual, y un cuerpo natural puede tener vida vegetal,

pero no vida animal o racional sin la cabeza. Así también las personas pueden tener una vida natural que proviene de Adán, pero la vida espiritual proviene toda de la Cabeza que es Cristo (*cf.* Col 2:19), y todos los lazos, como los nervios y los tendones que nos unen a él, provienen de él mismo. Pero es que, además, Cristo no solo nos comunica la vida que nos da exteriormente, sino que nos une a sí mismo, que es la Vida; primero, él nos prende a nosotros y después nosotros lo prendemos a él, tal como nos dice Pablo en Filipenses 3:12.

Segundo, la cabeza es el principio del movimiento, del mismo modo que es el principio de vida y de unión de los miembros. No hay movimiento en ningún pequeño miembro que no se forme primero en la cabeza: la cabeza origina el pensamiento y luego envía la orden a cada uno de los miembros para que actúen en uno u otro modo. Nosotros, los cristianos, tenemos una poderosa Cabeza que puede pensar lo que es bueno para cada uno de sus miembros, y que dirige a cada uno de ellos, enviando a su Espíritu, que obra en ellos lo que Cristo quiere. Es como si imagináramos a un hombre gigante que tuviese su cabeza en el cielo, sus pies en la tierra, y sus brazos abrazaran a todo el mundo, y que cuando pensara algo en el cielo, sus pies en la tierra se pusieran en movimiento. En el caso de la Iglesia, aunque incluso algunos de sus miembros se encuentran en el Cielo, también se mueven bajo la orden de la Cabeza.

Tercero, la cabeza es fuente de poder. En el cuerpo humano, la fuerza reside en el espíritu, de modo que cuando este sale del cuerpo, el cuerpo muere. Así también, si Cristo deja de fortalecernos, también morimos espiritualmente. Por eso Pablo ora por este poder en Efesios 3:16, y habla de este poder en otros lugares (*cf.* Fil 4:13; Efe 6:10), del que el pro-

pio Señor Jesucristo dijo: ***Separados de mí nada podéis hacer*** (Jn 15:5).

Cuarto, y de igual modo, la cabeza es fuente de toda gracia. Cuando vemos a un experto pianista tocar su instrumento, aunque lo haga con los dedos, entendemos que es una acción racional en la que pone toda su alma. Los dedos solo actúan por medio de participación, y es el alma y la razón las que los guían. Así también, cualquier virtud en nosotros es por participación, pues toda procede de Cristo, que es la Cabeza. Toda la sabiduría está en ella, y Cristo nos ha sido hecho ***poder de Dios y sabiduría de Dios*** (1 Co 1:24). Nosotros no tenemos ninguna en nosotros mismos, pero, como dijera Isaías, él es ***Admirable, Consejero*** (Is 9:6).

Y todo esto lo podemos resumir con las palabras de Juan en su Evangelio, quien hablando de Cristo dice: ***De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia*** (Jn 1:16 RVR 1995). Así pues, Cristo, para su Iglesia, no es solo una Cabeza ordenante, sino una Cabeza amante, que cuida, conduce, que es compasiva, y que comunica vida, movimiento, poder y gracia.

Finalmente, podemos indicar un *cuarto significado* para «cabeza», que es el de la eminencia. Cristo también es Cabeza en este sentido, como podemos leer en Colosenses 1:18. Como Adán fue la cabeza de la creación por eminencia, así también lo es Cristo de la nueva creación. Y, de igual modo, esta eminencia se refleja en que Cristo es más digno que todo el Cuerpo. Si en un cuerpo natural pudiésemos separar la cabeza de este, esta sería más digna y gloriosa, porque en ella se encuentran la razón, la sabiduría, y es la base de los sentimientos y deseos. La belleza también se encuentra principalmente en el rostro, y el rostro está en la cabeza, de modo que cubrir la cabeza es cubrir el rostro con un velo. Así también

Jesucristo: ahora podemos vernos los santos los unos a los otros, con nuestros defectos, y podemos pensar en todo lo que seremos juntos en la gloria, pero por encima de todos nosotros, y por encima de un millón de cuerpos que pudiera tener Cristo, está su propia eminencia sobre ellos. En Cristo se encuentra toda la belleza, y por eso se habla del **conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo** (2 Co 4:6).

La verdadera imagen de Dios se ve en la Cabeza, más que en todo el Cuerpo: **Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación** (Col 1:15); es **el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia** (He 1:3). Y dijo: **El que me ha visto a mí, ha visto al Padre** (Jn 14:9). Por eso Dios se complace cuando mira la Cabeza, aunque los miembros estén enfermos y sarnosos. **En él tengo complacencia** (Mt 3:17; 17:5) —dice el Padre—, y él es el que hace que el cuerpo parezca bello a los ojos de Dios. **Él es el más hermoso de los hijos de los hombres** (Sal 45:2), más hermoso que todos los hijos de los hombres juntos.

Y hay otros significados de la palabra «cabeza» en los que no vamos a detenernos, tales como origen, capacidad, liderazgo, ejemplo, consumación, responsabilidad, etc., todos ellos aplicables al propio Cristo en relación con su cuerpo.

Finalmente, hay otra cuestión en el versículo que nos ocupa que no hemos de pasar por alto, pues dice: **Lo dio por cabeza sobre todas las cosas** [sobre todo] **a la iglesia**. De estas palabras también comentamos algo en el capítulo anterior, y ahora solamente recordaremos que tienen muchos sentidos y todos son muy confortables para nosotros.

El primer sentido es el de que la Iglesia es el mayor don que el Padre ha dado a Cristo para que Cristo sea su Cabeza, por encima de la soberanía sobre todas las cosas que anteriormente se han mencionado.

El segundo sentido es que dicha soberanía y superioridad de Cristo es para beneficio de su Iglesia, como si pudiéramos leer el pasaje del modo siguiente: *Al que está sobre todas las cosas, lo dio por cabeza a la Iglesia*. Era necesario que la Iglesia tuviese esta Cabeza porque tenemos demasiadas cosas en contra de nosotros; pero si este Cristo es por nosotros, ¿quién podrá prevalecer contra nosotros?

El tercer sentido está incluido en la propia palabra Cabeza, pues Cristo no fue dado a la Iglesia para ser simplemente un Señor, un Rey, un Profeta, un Sacerdote, un Esposo, o un Hermano, sino para —sin dejar de ser todo lo anterior— ser también Cabeza.

Y cada uno de estos sentidos, repito, tiene que ser para nuestro consuelo, paz y seguridad. Jesucristo tiene más en cuenta, si así podemos decirlo, el ser Cabeza de la Iglesia que todos sus dominios o su autoridad sobre todas las cosas. Por tanto, debemos preguntarnos cuánto valoramos nuestra relación con Cristo, y para ello, debemos mirar cuánto valora el propio Cristo su relación con nosotros. Para él, ser la Cabeza es mucho más que estar exaltado sobre principados y potestades, más que estar sobre todo nombre; nosotros, pues, los cristianos, debemos valorar a Cristo más que todas las riquezas, autoridades, nombres, o cosas que el mundo pueda darnos. Ser miembros de Cristo es mucho más que cualquier otra cosa.

Cristo fue dado por Cabeza. *Lo dio*, dice el texto. La pregunta que debemos hacernos es: ¿Qué debe hacer la Iglesia, qué debo hacer yo como miembro de su Cuerpo, ahora? Ser Cabeza es más que ser el Salvador del cuerpo, pues ser Cabeza es un asunto eterno. Cuando el pecado no sea más recordado, cuando su sacerdocio haya terminado, Cristo seguirá siendo una Cabeza para siempre, aun cuando haya entre-

gado el Reino a Dios el Padre. Hemos de pensar que es la mayor bendición para nosotros. A ninguno de los ángeles se le ha dicho que Cristo sea su marido, su Cabeza, o que alguno sea su Cuerpo. Este es solo un privilegio para la Iglesia.

Ahora amamos a Cristo porque nos ha salvado, nos ha justificado, y porque nos está limpiando; el último día lo amaremos porque pronunciará sobre nosotros su bendición, porque todos los pecados habrán sido perdonados, y porque no entraremos en condenación. Pero cuando todo esto haya sucedido, nuestra dulzura y bendición para siempre seguirá siendo que Cristo es nuestra Cabeza.

Por tanto, debemos considerar qué Cabeza tenemos, y apreciarla *sobre todas las cosas* porque *sobre todas las cosas* está, lo cual no llegamos a comprender totalmente. En su persona, *habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad* (Col 2:9). En su relación con nosotros, *Cristo es el todo y en todos* (Col 3:11). En su poder, está *sobre todo* (Ef 1:21). Y en la comunicación de sus bendiciones, *todo lo llena en todo* (v. 23). ¿No es, pues, *todo* suficiente para nosotros?; ¿qué más nos hace falta?; ¿qué más podríamos desear para ser guiados, cuidados, o para nuestro crecimiento?

Es como si una mujer dijera de su marido: «Es el mejor luchador y más fuerte del mundo, es el rey del mundo, tiene todo el poder y gobierno sobre el mundo, es sabio, es rico, está sobre todas las cosas en todas partes, y tiene toda clase de excelencias y virtudes en él mismo; pero, por encima de todo ello, es el mejor marido del mundo, y todo lo considera por debajo de este oficio, por debajo de este cargo y responsabilidad, de modo que en todo y en todos actúa para que sea lo mejor para mí».

Pero Cristo es aún más que esto, pues hemos dicho que, como Cabeza, nos comunica vida y guía internas y espiritua-

les, conocimiento, poder y gracia, cosas que un marido no puede dar, e intercede por nosotros ante el Padre de un modo también que ningún marido puede hacer.

Este es nuestro modelo como esposo, hermanos varones; y la Iglesia, Cuerpo de Cristo, es el vuestro, hermanas. Pero aquí no vamos a entrar.

Así es nuestro Señor Jesucristo: ***Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero,*** con todo sometido ***bajo sus pies***, pero muy por encima de todo ello dado por Cabeza a la Iglesia, con todo lo que esto implica, sobre todas las cosas a la Iglesia, para la Iglesia, en beneficio de todos y cada uno de los miembros de su Cuerpo.

Creo que debe ser suficiente, y espero y pido a Dios que estas meditaciones nos conduzcan, cada vez más, a vivir en obediencia, a su servicio, sometiendo todas nuestras relaciones, decisiones, objetivos, deseos, etc., bajo sus pies, y para su gloria, si verdaderamente él es nuestra Cabeza.

¡Qué así sea!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO V CRISTO E IGLESIA, PLENITUD

Efesios 1:21-23

Lectura introductoria: Isaías 64:1-4

Oh, si rompieses los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia! Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti. Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera.

En el presente capítulo vamos a concluir el estudio que hemos venido haciendo de la que hemos llamado *Oración de adoración a Cristo*, y debemos dar gracias a Dios por permitir que lleguemos hasta aquí y por lo que hemos aprendido en su Palabra en este tiempo.

Ya nos hemos detenido en la exaltación y supremacía de Cristo sobre todas las criaturas y sobre todas las circunstancias, no solo en esta tierra, sino también en el Cielo, y no solo en este mundo, sino que también seguirá teniéndolas en el venidero. Pero la parte de todo esto que más consuelo debe producir en nosotros es pensar que esta posición le ha sido dada por el Padre de gloria en beneficio de los que formamos su Iglesia.

Cristo es el don máspreciado para la Iglesia, así como la Iglesia es el don máspreciado dado a Cristo, y Cristo, como Cabeza de ella, la gobierna como Rey, no con órdenes externas, sino interiormente; le enseña la Palabra de Dios, escribiéndola en las mentes y en los corazones, e intercede por ella ante Dios el Padre. De este modo, la conduce y la guía, pero, además, ejerce influencia sobre ella comunicando a cada uno de sus miembros vida, poder, movimiento y gracia. Cristo está por encima de todo para su Iglesia, y el resumen de todo lo dicho hasta ahora lo tenemos en sus propias palabras y en las de Juan: ***Separados de mí nada podéis hacer*** (Jn 15:5); y: ***De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia*** (Jn 1:16 RVR 1995).

Ahora nos queda detenernos en el versículo final de Efesios capítulo 1, pero lo haremos tras la lectura de la Palabra y la oración a Dios por su bendición, pues si él no edifica, ***en vano*** lo intentaremos (Sal 127:1-2).

... según la operación del poder su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. (Ef 1:21-23).

Oración personal a Dios

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

Estamos considerando los tres últimos principios de esta oración, los cuales pueden resumirse así: Cristo ha sido exaltado

hasta lo sumo con el fin particular de beneficiar a su Iglesia, siendo Cabeza de esta, la cual a su vez es su Cuerpo y su plenitud. Y hemos dicho que en estos últimos versículos de Efesios capítulo 1 teníamos que considerar tres partes: a Cristo y su relación con la Iglesia, a la Iglesia y su relación con Cristo, y los dones que suponen ser Cabeza y Cuerpo el uno para el otro. Ya hemos hablado de los dones, y en el capítulo anterior estuvimos fijándonos en Cristo y su función como Cabeza. Ahora hemos de considerar a la Iglesia, pero antes de ello, todavía tenemos al final del **versículo 23** una parte que también corresponde a Cristo, y en la cual vamos a detenernos. Se indica que Cristo es ***Aquel que todo lo llena en todo***, es decir, que Cristo, además de ser Cabeza de la Iglesia, *todo lo llena en todo*.

El significado de estas palabras es que Cristo llena *todo el universo en todos los aspectos*, es decir, que el universo depende de él para la provisión de lo necesario y es sustentado por él (*cf.* He 1:3). Pero, aparte de este sentido amplio, que también aparece en Efesios 4:10 (***subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo***), gobierna el universo para beneficio, como hemos visto, de la Iglesia, de modo que podemos centrar nuestra atención en la aplicación de esas palabras a la propia Iglesia, tal como tenemos en Colosenses 3:11: ***Cristo es el todo, y en todos***.

Cristo fue, pues, sentado a la diestra del Padre para ser Cabeza y para que llenara a todos los miembros de su Cuerpo, y los llenara ***en todo***, y esto implica, *en primer lugar*, que todos estábamos vacíos en todo excepto en el pecado. Por eso dice: ***Separados de mí nada podéis hacer*** (Jn 15:5), y por eso también está escrito: ***A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos*** (Lc 1:53), o también: ***Todo valle se rellenará*** (Lc 3:5). Una y otra vez la

Escritura hace referencia a nuestra condición inicial antes de ser llamados por Dios empleando palabras de este tipo, todas las cuales indican vaciedad y carencia: hambrientos, sedientos, ciegos, cojos, leprosos, enemigos y, definitivamente, muertos.

Por tanto, todos los santos, en el Cielo y en la tierra, estaríamos completamente vacíos sin Cristo, sin una gota de bondad en nosotros hasta que Cristo nos va llenando de todo lo bueno. Esta es, pues, también una gloria de nuestra Cabeza, que pasa de decirnos: *¿Podréis vosotros hacer bien estando habituados a hacer mal?* (Jer 13:23), a afirmar: *Vosotros sois la luz del mundo* [porque Jesucristo es la Luz del que recibimos luz], y a ordenar: *Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5:14-16).

Ahora, *en segundo lugar*, nos podemos preguntar: ¿De qué nos llena Cristo? Y, evidentemente, no podemos decir que sea de cosas materiales, de aquello que procuran nuestros deseos carnales, de salud, de comodidades, o de cosas por el estilo. Desde el comienzo del Nuevo Testamento hasta el libro del Apocalipsis, lo que se nos indica es que Cristo nos llena con su Espíritu, al tiempo que nos ordena que nosotros lo hagamos (*cf.* Ef 5:18). Y así, se nos van diciendo cosas como las siguientes: *Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios* (Fil 1:11), *llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual* (Col 1:9), *llenos de gozo* (Hch 13:52), etc. Y si todo esto no fuera suficiente, en la misma carta a los efesios se nos indica que podemos ser *llenos de toda la plenitud de Dios* (Efe 3:19).

En tercer lugar, esta llenura o plenitud en nosotros que hace Cristo es debida a lo que adquirió o le fue dado por el Padre por su obra aquí en la tierra, es decir, por sus propios méritos y por lo que le fue concedido en su exaltación posterior. Pero también hemos de saber que si él nos da todo es porque antes se había desprendido de todo, a saber: puede hacernos ricos porque antes *se hizo pobre* (2 Co 8:9), y puede llenarnos en todo porque antes *se despojó a sí mismo* (Fil 2:7).

Finalmente, en cuarto lugar, volvemos a resaltar lo que se señaló anteriormente: esta frase se aplica a todos y a cada uno de los santos, porque todos estamos llamados a crecer *a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo* (Ef 4:13), sin que ninguno se quede fuera. Todos, como hemos dicho, éramos *vasos*, pero *de barro* (2 Co 4:7), *vasos*, pero *de misericordia* (Ro 9:23), pero todos podemos ser llenos de la plenitud que habita en Cristo, tal como lo fueron las *vasijas de aceite* de aquella viuda que se acercó a Eliseo, cuando se nos dice que el aceite cesó *solamente* cuando ya no había más vasijas (2 R 4:1-7). La plenitud de Cristo es como un mar sin orilla y sin fondo; así leemos en Efesios 3:18 (*anchura, longitud, profundidad y altura*); pero si preguntamos: ¿De qué está lleno ese mar?, a lo anterior le sigue: *El amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.*

Todos los santos vamos siendo llenados, sin importar la clase de santos que seamos —*judío* o *griego*, rico o pobre, *esclavo* o *libre*, *varón* o *mujer* (Gá 3:28)—, y vamos siendo llenados de toda clase de virtudes y de dones. Esto no quiere decir que *todos* tengamos *todos* los dones, pues no todos los miembros del cuerpo son iguales, pero sí quiere decir que Cristo llenará el ojo como tal, la mano como tal, y a cada uno

de los miembros para que todos hagan su función en plenitud y perfección. Después, con todos juntos, Cristo será todo en todo.

Y Cristo va llenando a cada uno de sus miembros en todo, de forma que el conocimiento, la voluntad, los deseos, los sentimientos, etc. también van siendo llenados. Antes se ha dicho que estábamos vacíos de cosas buenas, pero muy llenos de las que nos estorban y son sucias. Por eso, para Cristo ir llenándonos, tiene primero que vaciarnos de cada una de esas cosas deformadas y sucias que teníamos. Él no nos dará otro conocimiento más pleno que el de sus propios pensamientos, y así hasta que nuestra mente sea como la suya; él llenará nuestra voluntad y nuestros deseos para que sean como los suyos; finalmente, él nos llenará de todo el gozo y placer que él mismo tiene al estar sentado a la diestra de Dios.

A esto hemos sido predestinados, y lo que quiere decirnos esta frase es que Cristo nos cambiará de ser personas egoístas, centradas en sí mismas y amadoras del mundo, a estar centradas en él y a ser amadoras de Dios. Y al igual que en la antigüedad la nube de la gloria de Dios llenó el Templo, así también serán llenos hasta la plenitud nuestros cuerpos que son templo del Espíritu Santo. Cristo nos glorificará a nosotros con la misma gloria que él tiene, y nos llenará cada una de nuestras partes hasta lo sumo (*cf.* Jn 17:22).

Ahora debemos entrar en el último aspecto de estos versículos: la Iglesia y su relación con Cristo, de la cual se dice que ***es su cuerpo y la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.*** Si nos fijamos, en la descripción anterior de Jesucristo hay dos cosas en ella: lo que él es, ***cabeza***, y su oficio, ***todo lo llena en todo.*** Ahora, con respecto a la Iglesia, también se dicen dos cosas que podemos entender como la responsabilidad de ella,

o dos cosas por las que tiene que rendir cuentas, o con las que se responde a las dos anteriores de Cristo: la Iglesia es **su cuerpo**, que ha de rendir cuentas a la Cabeza, y es **su plenitud**, que ha de rendir cuentas al que todo lo llena en todo.

Nos fijamos en primer lugar en la expresión **su cuerpo**. Y en relación con ella nos podemos preguntar: ¿Cuántos cuerpos tiene Cristo?

En primer lugar, Cristo tiene un *cuerpo natural* en virtud de su encarnación, el mismo que estuvo en el sepulcro pero que ahora ha sufrido una transformación y está en el Cielo glorificado. Pero puede decirse que tiene un cuerpo natural (o sobrenatural ahora: *cf.* 1 Co 15:43-53).

En segundo lugar, puede decirse que Cristo también tiene un *cuerpo sacramental*. Aunque no creemos en el sentido dado a los sacramentos por la Iglesia romana y, en particular, no creemos en la transustanciación, sí que participamos espiritualmente del cuerpo y la sangre de Cristo cuando tomamos los símbolos en la Santa Cena, según sus propias palabras: **Tomad, comed; esto es mi cuerpo** (Mt 26:16; 1 Co 11:23-24).

En tercer lugar, también puede decirse que tiene un *cuerpo ministerial*, que es la iglesia local o asamblea de los santos donde se administran las ordenanzas y se proclama su Palabra (*cf.* 1 Co 12:27; 10:17).

Finalmente, Cristo tiene también un *cuerpo místico*, en el que existe una misteriosa unión de los miembros unos con otros y también con la Cabeza, en un modo que sobrepasa a nuestros sentidos. Y es, obviamente, a este cuerpo místico al que se hace referencia en el versículo que estamos considerando.

Con este tema del cuerpo han surgido errores en la Iglesia de Roma, pero también entre los que nos llamamos cristia-

nos evangélicos. Si nos fijamos, la misma palabra, **cuerpo**, se emplea tanto para el pan que se parte como para cada uno de los cristianos, y algunos han dado muchísima importancia a lo primero, ignorando o quitándola a lo segundo: reverencia al cuerpo sacramental y casi ignorancia al cuerpo místico. Es más, otras divisiones han surgido también por este mismo tema, y lo que debía servir para aumentar la comunión entre los cristianos, ha sido utilizado por el diablo para fomentar la desunión. Algunos hablan de la transustanciación, otros de la consustanciación, y otros, como sucedía en la iglesia de Corinto, terminan con disputas antes o durante la propia Cena del Señor (*cf.* 1 Co 10:16-17), olvidando que, si son cristianos, forman un único cuerpo.

Hemos de recordarnos una y otra vez que somos el cuerpo místico de Cristo, y que debe haber entre nosotros los cristianos una unión más fuerte que cualquier otra que haya en el mundo, por encima de otras, como las paternofiliales; así es como las considera el propio Cristo: ***Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre*** (Mt 12:50).

Y no solamente somos un cuerpo, sino que somos *el Cuerpo de Cristo*, de modo que si no amamos al resto de miembros, tampoco amamos a la Cabeza, que es Cristo (*cf.* 1 Co 12:12,25-26; 1 Jn 4:20-21). Somos **su** *Cuerpo*, y esto nos habla de la cercanía que debemos tener con Cristo y que Cristo tiene con nosotros, así como de la cercanía que debe haber entre nosotros mismos. Somos **su** *Cuerpo*, y esto es lo que nos da excelencia, pues no tendríamos ninguna belleza si la Cabeza de la que procede toda la vida y la gracia fuera quitada de nosotros.

Y ahora entramos en el segundo aspecto que se usa para designar a la Iglesia: somos **la plenitud de Aquel que todo lo**

llena en todo. Esta frase ha dado lugar a innumerables páginas en los comentarios para indicar su significado, pues admite varios por la propia construcción gramatical de esta. No vamos a entrar en los detalles de cada uno de ellos, pero diremos algunas cosas.

El sentido de esa frase puede tomarse en forma activa o pasiva, de modo que puede indicar que Cristo llena a la Iglesia (Cristo llena *todo en todo* y así, y por tanto, la Iglesia sería llena hasta su plenitud, la de ella procedente de él, la propia de ella, la que ella admite) o también que la Iglesia es la plenitud de Cristo porque de algún modo Cristo está falto de algo sin su Cuerpo.

Con el sentido activo, podemos citar a Samuel Pérez Millos, que dice: «Es posible establecer un triple influjo, que en cierta medida es una acción vertical pero que permite entender algo mejor todo este concepto de *plenitud*: En primer lugar, Dios *llena* a Cristo, y Cristo es *la plenitud* de la Deidad (Col 1:19; 2:9). En segundo lugar, Cristo, lleno de la plenitud de Dios, *llena* a la Iglesia, la cual es *la plenitud de Cristo* (Ef 1:22-23; 4:13). Y, en tercer lugar, cada uno de los creyentes se unen a Cristo en la Iglesia y viven una vida completa en la *plenitud* de Dios (Ef 4:11-13)».

Con el sentido pasivo, William Hendriksen escribe: «Por supuesto, en lo referente a su esencia divina, Cristo no es en sentido alguno ni dependiente ni posible de ser complementado por la Iglesia. Pero como Esposo, sí está incompleto sin la esposa; no se puede pensar en él como Vid sin sus pámpanos; como Pastor no lo podemos imaginar sin las ovejas; y así también, como Cabeza halla su total expresión en su Cuerpo, la Iglesia». A esto podemos añadir que no puede haber un Redentor sin redimidos. Así, el significado sería parecido al que el propio Cristo da a su poder en nosotros,

pues, aunque lo tiene todo (*cf.* Mt 28:18), dice: ***Mi poder se perfecciona en la debilidad*** (2 Co 12:9).

Calvino dijo: «La parte: ***Aquel que todo lo llena en todo***, se añade para guardarnos de la suposición de que existiese cualquier defecto real en Cristo al estar separado de nosotros. Su deseo de ser lleno y, en algunos aspectos ser hecho perfecto en nosotros, no proviene de falta o necesidad, puesto que todo lo bueno que hay en nosotros o en cualquiera de las criaturas es un don de su mano».

De cualquier modo, sea el sentido activo o pasivo el que demos a la frase, o sean ambos, lo que hemos de tener presente es el gran honor que se ha conferido a la Iglesia al ser su plenitud, la cual se alcanzará perfectamente cuando estén, al final de los tiempos, todos los miembros unidos en un mismo Cuerpo a la Cabeza, y cuando cada uno de ellos haya sido perfeccionado a imagen de esta. Mientras que haya un santo que aún no haya sido llamado, como si faltara un dedo en el cuerpo, aún no se alcanza la plenitud. Pero también, mientras que haya un santo que no haya sido totalmente perfeccionado, tampoco se alcanza (*cf.* Ef 4:13,15).

Y de todo lo dicho, podemos y debemos extraer unas conclusiones.

La primera, incuestionable, es que los santos podemos tener seguridad de salvación, pues una vez que se es miembro del Cuerpo de Cristo, ya nunca se deja de ser: ***Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos [...] Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*** (Ef 5:29-30,32). Habrá un período de perfeccionamiento en cada miembro, pero nunca un miembro será echado fuera, nunca Cristo perderá a uno de los

miembros de su cuerpo, pues en ese caso no alcanzaría la plenitud de la que se habla (*cf.* Jn 10:27-29).

La segunda conclusión, también incuestionable, es que los verdaderos miembros crecen en la gracia, porque están unidos a la Cabeza, que es la Fuente de esta. Un cristiano que no crece tiene en sí mismo la negación de su pretendido cristianismo, pues sería equivalente a decir que el Cristo que ha sido exaltado hasta lo sumo en los cielos y que está sobre todo y sobre todos, y que todo lo llena en todo, no es suficiente para llenarlo a él. Pero, para este crecimiento, también hemos de esforzarnos: esforzarnos por tener un mayor conocimiento de Dios, esforzarnos dedicando tiempo al estudio de la Palabra, y esforzarnos por poner en práctica en nuestras vidas todo aquello que se nos indica en ella (*cf.* Fil 2:12-13).

La tercera es que, una vez más y desde otro punto de vista, debemos mirar el amor hacia nosotros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Él pudo haber tomado todo el honor y la gloria para sí mismo. El Espíritu Santo podía haber inspirado a escribir: *Él es la cabeza de la Iglesia, la cual es el cuerpo de Aquel que todo lo llena en todo.* Pero ha incluido también **la plenitud de Aquel.**

Cualquier alma convertida es vista por Cristo para derramar en ella su gozo, toda su gracia y su plenitud. De igual modo que se nos dice que ***ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito***, también se indica a continuación: ***Ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros*** (1 Co 12:21). Es el amor de Cristo hacia nosotros el que también debe llevarnos a la adoración, y es ese amor el que debemos reflejar en nuestras vidas. Esta carta a los efesios habla precisamente de esto: amor de Dios o de Cristo hacia la Iglesia (*cf.* caps. 1:5; 2:4; 3:19), y amor que debemos mostrar entre nosotros y para con los demás (*cf.* caps. 4:1-2; 5:1-

2; 6:23-24). No hay ni un capítulo en la carta que no resalte este tema, y si no captamos esto, aún no hemos entendido nada de todo el estudio realizado.

*La cuarta conclusión es considerar que llevar a las personas el evangelio y ganar almas para Cristo es el mejor trabajo del mundo, porque con él estamos contribuyendo a que Cristo alcance su plenitud, añadiendo a dicha plenitud. No es solamente ayudar a los pobres o hacer buenas obras, sino predicar **el glorioso evangelio del Dios bendito** (1 Ti 1:11). Si lo vemos así, como una respuesta nuestra al amor y a la exaltación de Cristo, estaremos dispuestos, como el apóstol Pablo, a sufrir tribulaciones de todo tipo, diciendo: **Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aficiones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia** (Col 1:24). De igual modo, todo nuestro trabajo por los santos y para la edificación de los santos contribuye a añadir a la plenitud de Cristo, y así, no han sido pocos los cristianos que han dicho a lo largo de la historia que ser pastor y predicador es el mejor trabajo del mundo.*

*Finalmente, podemos mirar con los ojos de la fe la gloriosa reunión en la que estaremos presentes en el último día cuando Jesucristo tenga toda su plenitud, cuando su cuerpo al completo sea perfecto, unido con él en gloria, perfectamente limpio, sin esperar a nadie más, y a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. No solamente veremos a la Cabeza coronada con toda gloria y honor, sentada a la diestra de Dios y teniendo todas las cosas bajo sus pies, sino también rodeada de todos sus miembros, hechos perfectos de forma proporcional a la Cabeza, y sin ninguna deformidad entre nosotros. La belleza de Cristo unida a la belleza de su propio cuerpo será algo inefable. Es lo que nos indica Pablo en 2 Tesalonicenses 1:10: **Cuando venga en aquel día para***

ser glorificado en sus santos y ser admirado en (no «por», sino «en», aunque también lo será «por») **todos los que creyeron**. Toda la historia del mundo y del universo apunta hacia ese día, y todo ha sido concebido para llegar a ese día, el cual deberíamos esperar y anhelar con expectación. Todos los apóstoles, todos los profetas, todos los santos de todas las épocas unidos, perfectos, y unidos a Cristo para siempre.

Desde que fuimos concebidos, estábamos en la mente de Dios para llevarnos a este glorioso día, y ser miembros del Cuerpo de Cristo, teniendo a Cristo como Cabeza. Aunque se sea el miembro más insignificante, es algo glorioso porque contribuye también a la plenitud de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Estas cosas no las vemos con los ojos físicos, pero sí con los ojos de la fe, y no por ello dejan de ser reales. Cristo no dio este lugar y honor a los ángeles; ellos no son su Cuerpo ni tampoco su plenitud. Y pensar en estas cosas, en la obra de Cristo y en su exaltación, y pensar que todo ha sido en beneficio de su Iglesia, y pensar que Cristo amó a su Cuerpo místico mucho más que a su cuerpo natural, porque dio el uno por el otro, debe llevarnos a la adoración, la gratitud, la confianza, la reverencia, el amor, el servicio, la entrega y el gozo.

Hemos de concluir nuestro estudio y también el libro, pero es el sentimiento del que escribe continuar meditando en estas cosas gloriosas, y espero que también lo sea el de los lectores.

De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia (Jn 1:16 RVR 1995), de modo que cuando seamos completamente llenos de esa plenitud, que no es otra sino **toda la plenitud de Dios** (Ef 3:19), él también estará en su plenitud, presentándose **a sí mismo, una iglesia gloriosa, sin mancha**

ni arruga ni cosa semejante, sino [...] santa y sin mancha (Ef 5:27).

¡Oh, la plenitud de Cristo! ¡Oh, **Cristo en nosotros, la esperanza de gloria** (Col 1:27)! ¡Oh, Cristo en nosotros y nosotros en Cristo! ¡Oh, la gracia del Señor! De esta última escribió Jonathan Edwards:

La gracia es grande, en proporción a la excelencia de lo que se entrega. El don era infinitamente valioso [...] una persona de dignidad infinita, de gloria infinita, e infinitamente cercana y querida para Dios.

La gracia es grande en proporción al beneficio que hemos recibido, el cual es doblemente infinito: liberación de una desdicha infinita, por ser eterna, y recibimiento de una gloria y un gozo eternos.

La gracia es grande en proporción a la indignidad de quien la recibe pues, en lugar de merecer ese don, nos hicimos acreedores de una represalia infinita a manos de Dios.

La gracia es grande conforme a la manera en que se da o en proporción a la humillación y el coste del método y los medios empleados para posibilitar la entrega del don. Lo entregó para que morase entre nosotros; nos lo entregó encarnado, con nuestra naturaleza, y con debilidades similares, aunque libre de pecado. Nos lo entregó en un estado humilde y afligido; y no solo eso, sino inmolado, para que pudiese ser un banquete para nuestras almas.

La gracia de Dios al otorgarnos este don es completamente libre. Dios no tenía obligación alguna de otorgarlo. Jamás hicimos nada para merecerlo. Se entregó cuando éramos enemigos y antes de que nos hubiésemos arrepentido.

Terminamos, no sin antes repetir el que hemos incluido como único motivo de oración en relación con todos estos asuntos: Debemos meditar con frecuencia en la exaltación de

Oración de adoración a Cristo V

Cristo para que la adoración a él, y la gratitud, la confianza, la reverencia, el amor, el servicio y la entrega que se le deben, sean unas constantes en nuestras vidas.

¡Que así sea, para su gloria y bendición nuestra y de muchos!

ORACIÓN DE GRATITUD

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Ver. Principios de la oración

3 Bendecir a Dios es adorarlo, reconocer su excelencia, y expresarle nuestra más alta gratitud.

La adoración es debida a Dios por quién es y por lo que es en sí mismo, por quién es y por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

La adoración es al *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*.

Solo Dios puede bendecir y bendice a los cristianos por ser nuestro Dios y nuestro Padre. Por tanto, no hay adoración posible sin comunión con Dios y con los hermanos.

Las principales bendiciones de Dios para nosotros son espirituales, son todas unidas, son para todos los cristianos, son en los lugares celestiales, y son en Cristo.

Motivos de la oración

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por quién es y por lo que es en sí mismo, por quién es y por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por ser el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, con todo lo que esto implica.

Orar y esforzarnos para que no se rompa la comunión con Dios o con los hermanos, para que nuestros corazones sean limpios en este sentido, pues sin esta comunión no hay adoración aceptable.

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, adorando y dando gracias a Dios por todas sus bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo.

ORACIÓN POR CONOCIMIENTO

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, ¹⁷para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Vers.

Principios de la oración

- 15** Si Dios nos glorifica y nos bendice tanto, lo menos que podemos hacer es darle gracias y vivir para su gloria.
La fe y el amor (con la comunión que implican) son las mejores evidencias de una conversión genuina.
- 16** Las acciones de gracias a Dios deben preceder a las peticiones.
- 17** La gloria de Dios es la excelencia de su Ser, sus perfecciones o la unión de todos sus atributos en resplandeciente combinación.
Debemos aspirar, desear, y trabajar para un conocimiento más completo de Dios y para una comunión más íntima con Dios.
Necesitamos Espíritu, y espíritu, de sabiduría y de revelación en, y para, el conocimiento de Dios.
Hay distintas clases de conocimiento y en distintos grados. Y una cosa es el conocimiento espiritual y otra el que procede de los dones.
Dios ha prometido que sus hijos lo conocerán.
La verdadera sabiduría, como la revelación, es de lo alto.

Motivos de la oración

Dar gracias a Dios y alabarle por sus bendiciones en nosotros y en el resto de los hermanos.
Orar, esforzándonos en ello, para mostrar la fe que obra por el amor y que lleva a la comunión.
Orar, esforzándonos en ello, para mostrar espíritu de agradecimiento.
Dar gracias a Dios por ser nuestro Padre de gloria, y esforzarnos y orar para mostrar cada vez más esa gloria, para gloria de su nombre.
Dar gracias a Dios por el conocimiento que tenemos de él y la comunión con él que ya gozamos, y pedir por un aumento de ambos.
Orar por una llenura cada vez mayor del Espíritu Santo.
Orar por más sabiduría y revelación en el conocimiento de Dios en Cristo para amarlo más, y para dar a conocer ese conocimiento.

ORACIÓN POR MÁS LUZ

... Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Ef 1:18).

Ver. Principios de la oración

18 Necesitamos que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados continuamente con más vista y con más luz.

Necesitamos mayor disposición para aprender y un humilde deseo de ser instruidos por Dios.

La esperanza, en la Biblia, no es un simple deseo de que algo pueda realizarse, sino una expectativa confiada en que se realizará.

El llamamiento eficaz de Dios es firme y seguro, puede y debe comprobarse personalmente, y llega con el fin de que la persona cumpla la voluntad de Dios.

Los cristianos podemos y debemos estar seguros de nuestra salvación.

El llamamiento eficaz de Dios conlleva la herencia para los llamados, la cual es gloriosa y plena de riquezas.

El mayor consuelo, la mayor paz, y el mayor gozo estriban en saber que el propio Dios es nuestra herencia.

Es glorioso (a falta de otras palabras mejores) que los santos seamos la herencia de Dios.

Motivos de la oración

Orar a Dios por más vista y por más luz para las cosas espirituales.

Orar a Dios que ponga en nuestro corazón un mayor deseo de aprender de él y de ser iluminados con luz interior y espiritual.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener más conocimiento del fundamento de nuestra esperanza.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener cada vez un mayor conocimiento de las riquezas gloriosas de nuestra herencia, reservada en los cielos para nosotros.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener cada vez un mayor conocimiento de Dios como nuestra herencia, y de nosotros como herencia de Dios.

ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL

... Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza (Ef 1:19).

Ver. Principios de la oración

19 El hombre natural se encuentra espiritualmente muerto y solo el poder de Dios puede llevarlo a la vida.

Existen terribles y grandes poderes espirituales contrarios a las personas, y el hombre natural es esclavo de su propio pecado y de Satanás.

No es bueno, aunque sí es frecuente, que los santos tengan poca fe y muchos miedos.

Necesitamos entender que el Señor es nuestro Guardador y quien nos preserva.

En la medida en que se conoce más el poder de Dios, aumentan también la honra y la gloria que podemos darle.

Dios emplea distinto grado de poder según la obra que se propone hacer.

Se necesita la operación del poder de la fuerza de Dios para que un alma sea convertida y después preservada.

Motivos de la oración

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios, que actuó y actúa en nosotros, con el fin de eliminar todo orgullo.

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios, que prevalece sobre el poder del pecado y el poder de Satanás.

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios para que nuestra fe aumente y nuestros miedos se pierdan, y todo para una mayor gloria suya.

Orar y pedir a Dios que manifieste el poder de su fuerza para salvación de otras almas, con el fin de que muchos se unan a nosotros para glorificarle.

ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO

... la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Ver. Principios de la oración

20 La muerte de Cristo fue espiritual y física, y su resurrección precisó de la operación del poder de la fuerza de Dios.

La resurrección de Cristo es el patrón de la medida del poder que Dios ejerce en los que creemos, y hay una relación y analogía entre dicha resurrección y la que será la nuestra.

El poder de Dios que operó en Cristo y opera en los que creemos no es solo poder físico u omnipotencia; es, además, el poder de su justicia, o su justo poder.

Cristo no solo resucitó, sino que fue ascendido y exaltado, y debemos comprender que este es también el patrón para los que creemos.

Motivos de la oración

Orar por más conocimiento interior de la operación del poder de la fuerza de Dios en los que creemos, el cual es el mismo que operó en Cristo resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales.

Orar a Dios para comprender que ese poder no es solo el de su omnipotencia sino su justo y glorioso poder.

Orar a Dios para experimentar, por ese poder, una mayor liberación del pecado, de los poderes de las tinieblas, y del temor a la muerte, que aún conservamos, porque la victoria está asegurada por el mismo poder que resucitó a Cristo.

Orar a Dios para tener una mayor comprensión de lo que debe suponer en nuestras vidas el estado y el lugar del Cristo exaltado.

ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO

... la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef 1:21-23).

Vers. Principios de la oración

- 21** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, muy por encima de todos los ángeles, sea cual sea la condición de estos, su rango o su grado.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo en el Cielo y en la tierra, ahora y por toda la eternidad.
- 22** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, y a él le están sujetas todas las criaturas, pues es Señor de todo y sobre todo.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo con el fin particular de beneficiar a su pueblo que compró con su sangre.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo y es Cabeza de su Iglesia, con autoridad, por influencia, y por unión mística.
- 23** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo para tener un Cuerpo, la Iglesia, la cual es, además, su plenitud.

Motivos de la oración

Debemos meditar con frecuencia en la exaltación de Cristo para que la adoración a él, y la gratitud, la confianza, la reverencia, el amor, el servicio y la entrega que se le deben, sean unas constantes en nuestras vidas.

ORACIÓN DE GRATITUD

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Ver. Principios de la oración

3 Bendecir a Dios es adorarlo, reconocer su excelencia, y expresarle nuestra más alta gratitud.

La adoración es debida a Dios por quién es y por lo que es en sí mismo, por quién es y por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

La adoración es al *Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.*

Solo Dios puede bendecir y bendice a los cristianos por ser nuestro Dios y nuestro Padre. Por tanto, no hay adoración posible sin comunión con Dios y con los hermanos.

Las principales bendiciones de Dios para nosotros son espirituales, son todas unidas, son para todos los cristianos, son en los lugares celestiales, y son en Cristo.

Motivos de la oración

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por quién es y por lo que es en sí mismo, por quién es y por lo que es para los cristianos, y por lo que nos ha dado.

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, bendiciendo y adorando a Dios por ser el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, con todo lo que esto implica.

Orar y esforzarnos para que no se rompa la comunión con Dios o con los hermanos, para que nuestros corazones sean limpios en este sentido, pues sin esta comunión no hay adoración aceptable.

Orar, y pedir para interiorizar el orar así, adorando y dando gracias a Dios por todas sus bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo.



ORACIÓN POR CONOCIMIENTO

Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, ¹⁷para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él (Ef 1:15-17).

Vers.

Principios de la oración

15 Si Dios nos glorifica y nos bendice tanto, lo menos que podemos hacer es darle gracias y vivir para su gloria.

La fe y el amor (con la comunión que implican) son las mejores evidencias de una conversión genuina.

16 Las acciones de gracias a Dios deben preceder a las peticiones.

17 La gloria de Dios es la excelencia de su Ser, sus perfecciones o la unión de todos sus atributos en resplandeciente combinación.

Debemos aspirar, desear, y trabajar para un conocimiento más completo de Dios y para una comunión más íntima con Dios.

Necesitamos Espíritu, y espíritu, de sabiduría y de revelación en, y para, el conocimiento de Dios.

Hay distintas clases de conocimiento y en distintos grados. Y una cosa es el conocimiento espiritual y otra el que procede de los dones.

Dios ha prometido que sus hijos lo conocerán.

La verdadera sabiduría, como la revelación, es de lo alto.

Motivos de la oración

Dar gracias a Dios y alabarle por sus bendiciones en nosotros y en el resto de los hermanos.

Orar, esforzándonos en ello, para mostrar la fe que obra por el amor y que lleva a la comunión.

Orar, esforzándonos en ello, para mostrar espíritu de agradecimiento.

Dar gracias a Dios por ser nuestro Padre de gloria, y esforzarnos y orar para mostrar cada vez más esa gloria, para gloria de su nombre.

Dar gracias a Dios por el conocimiento que tenemos de él y la comunión con él que ya gozamos, y pedir por un aumento de ambos.

Orar por una llenura cada vez mayor del Espíritu Santo.

Orar por más sabiduría y revelación en el conocimiento de Dios en Cristo para amarlo más, y para dar a conocer ese conocimiento.



ORACIÓN POR MÁS LUZ

... Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Ef 1:18).

Ver. Principios de la oración

18 Necesitamos que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados continuamente con más vista y con más luz.

Necesitamos mayor disposición para aprender y un humilde deseo de ser instruidos por Dios.

La esperanza, en la Biblia, no es un simple deseo de que algo pueda realizarse, sino una expectativa confiada en que se realizará.

El llamamiento eficaz de Dios es firme y seguro, puede y debe comprobarse personalmente, y llega con el fin de que la persona cumpla la voluntad de Dios.

Los cristianos podemos y debemos estar seguros de nuestra salvación.

El llamamiento eficaz de Dios conlleva la herencia para los llamados, la cual es gloriosa y plena de riquezas.

El mayor consuelo, la mayor paz, y el mayor gozo estriban en saber que el propio Dios es nuestra herencia.

Es glorioso (a falta de otras palabras mejores) que los santos seamos la herencia de Dios.

Motivos de la oración

Orar a Dios por más vista y por más luz para las cosas espirituales.

Orar a Dios que ponga en nuestro corazón un mayor deseo de aprender de él y de ser iluminados con luz interior y espiritual.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener más conocimiento del fundamento de nuestra esperanza.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener cada vez un mayor conocimiento de las riquezas gloriosas de nuestra herencia, reservada en los cielos para nosotros.

Orar por más luz y visión, y esforzarnos en ello, para tener cada vez un mayor conocimiento de Dios como nuestra herencia, y de nosotros como herencia de Dios.



ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL

... Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis [...] cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza (Ef 1:19).

Ver. Principios de la oración

19 El hombre natural se encuentra espiritualmente muerto y solo el poder de Dios puede llevarlo a la vida.

Existen terribles y grandes poderes espirituales contrarios a las personas, y el hombre natural es esclavo de su propio pecado y de Satanás.

No es bueno, aunque sí es frecuente, que los santos tengan poca fe y muchos miedos.

Necesitamos entender que el Señor es nuestro Guardador y quien nos preserva.

En la medida en que se conoce más el poder de Dios, aumentan también la honra y la gloria que podemos darle.

Dios emplea distinto grado de poder según la obra que se propone hacer.

Se necesita la operación del poder de la fuerza de Dios para que un alma sea convertida y después preservada.

Motivos de la oración

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios, que actuó y actúa en nosotros, con el fin de eliminar todo orgullo.

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios, que prevalece sobre el poder del pecado y el poder de Satanás.

Orar y pedir más interiorización del poder de Dios para que nuestra fe aumente y nuestros miedos se pierdan, y todo para una mayor gloria suya.

Orar y pedir a Dios que manifieste el poder de su fuerza para salvación de otras almas, con el fin de que muchos se unan a nosotros para glorificarle.



ORACIÓN POR COMPRENSIÓN DEL TRIUNFO DE CRISTO

... la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales (Ef 1:20).

Ver.

Principios de la oración

20 La muerte de Cristo fue espiritual y física, y su resurrección precisó de la operación del poder de la fuerza de Dios.

La resurrección de Cristo es el patrón de la medida del poder que Dios ejerce en los que creemos, y hay una relación y analogía entre dicha resurrección y la que será la nuestra.

El poder de Dios que operó en Cristo y opera en los que creemos no es solo poder físico u omnipotencia; es, además, el poder de su justicia, o su justo poder.

Cristo no solo resucitó, sino que fue ascendido y exaltado, y debemos comprender que este es también el patrón para los que creemos.

Motivos de la oración

Orar por más conocimiento interior de la operación del poder de la fuerza de Dios en los que creemos, el cual es el mismo que operó en Cristo resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales.

Orar a Dios para comprender que ese poder no es solo el de su omnipotencia sino su justo y glorioso poder.

Orar a Dios para experimentar, por ese poder, una mayor liberación del pecado, de los poderes de las tinieblas, y del temor a la muerte, que aún conservamos, porque la victoria está asegurada por el mismo poder que resucitó a Cristo.

Orar a Dios para tener una mayor comprensión de lo que debe suponer en nuestras vidas el estado y el lugar del Cristo exaltado.



ORACIÓN DE ADORACIÓN A CRISTO

... la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef 1:21-23).

Vers. Principios de la oración

- 21** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, muy por encima de todos los ángeles, sea cual sea la condición de estos, su rango o su grado.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo en el Cielo y en la tierra, ahora y por toda la eternidad.
- 22** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo, y a él le están sujetas todas las criaturas, pues es Señor de todo y sobre todo.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo con el fin particular de beneficiar a su pueblo que compró con su sangre.
Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo y es Cabeza de su Iglesia, con autoridad, por influencia, y por unión mística.
- 23** Cristo ha sido exaltado hasta lo sumo para tener un Cuerpo, la Iglesia, la cual es, además, su plenitud.

Motivos de la oración

Debemos meditar con frecuencia en la exaltación de Cristo para que la adoración a él, y la gratitud, la confianza, la reverencia, el amor, el servicio y la entrega que se le deben, sean unas constantes en nuestras vidas.



